

A woman with long brown hair is lying on a white bed, her head resting on her hands. She is wearing a white bra. The bed is covered with white sheets and several red rose petals are scattered around her. The background is a soft, out-of-focus white.

Los
viajes de
Jimena
Carmela Díaz

Click
EDICIONES

ÍNDICE

Portada

Prólogo

I Parte: Cuando la oscuridad se
llena de luz

 Cuando creas un monstruo...

 La feria de las vanidades

 Las armas las carga el diablo...

 ... Y el diablo tiene nombre de
 mujer

II Parte: Lady Venezia

Castigo sobre terciopelo

De animales y hombres

Los traidores son peores que
los enemigos

Primer viaje insular sin Rodrigo

III Parte: Ángeles que no lo son

Amar en relaciones revueltas

Asaltos irreverentes

Sorpresas te da la vida

Ángeles y demonios

Las fantasías peligrosas

Leyenda de amor de la luna
nueva

IV Parte: Las quintas islas

Duelo de gatas

Secretos perversos que cambian
rumbos

Vodevil en la ópera

Guardianes alados

Al fin la dama y el caballero

Pétalos que llevan mi nombre

Epílogo: Cartas a Clea

Cuando la vida es más
fascinante que la más épica
literatura

Créditos

Te damos las gracias por
adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y
descubre una nueva forma de
disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha
del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

PRÓLOGO

¿Hay tropiezos definitivos? El

fortuito encuentro entre Jimena y Rodrigo provocó hace casi cinco años un latigazo implacable en sus respectivas existencias: desencadenó un vendaval que trastocó por siempre sus trayectorias vitales, procederes, pensamientos y corazones.

¿Existen almas gemelas en el lado oscuro? La dama: mujer astuta, libre, inteligente, atractiva, osada. El caballero: escritor de éxito, brillante, ególatra, déspota, refinado. Personalidades complejas y extravagantes que se creían inmunes a todo, y posiblemente lo fuesen, excepto a ellos mismos.

¿Las expectativas amorosas son una amarga condena? Lo que se inició como un juego de adultos, un romance travieso, un desafío

placentero, un viaje a través de cinco islas para probarse, para transgredir, para enterrar secretos y fantasías en lo más profundo, se fue complicando por la aparición inesperada de sentimientos, celos, emociones, incertidumbre...

¿Cuál es la línea entre infierno y paraíso sentimental? El propósito inicial de los protagonistas —huir de la realidad durante sus viajes insulares, permaneciendo en un mundo mágico

moldeado por dos intelectos privilegiados— se enredó en los recovecos del miedo y de las inseguridades psicológicas — especialmente las de él— y en los excesos implacables de ella.

¿Caperucita se comió al lobo?

El desafío mudó en tormento ante los caprichos e irreverencias de la dama, que hizo y deshizo a su antojo, se zambulló de lleno en el pozo más oscuro de los deseos, desterró las diferencias entre el

bien y el mal, dejando atrás el sentido común, los límites, las fronteras...

¿Los amores imposibles merecen una segunda oportunidad? El final de tan sensual viaje culminó con una ruptura anunciada. Solo tras su dramática separación, Jimena y Rodrigo cayeron en la cuenta de que el amor se había convertido en el dueño y señor de las islas del pecado.

Los viajes de Jimena son la crónica de un reencuentro con desenlace incierto...

Sorpresas te da la vida. Tras un lustro y sin planificarlo, se retoma una historia inacabada en el punto geográfico donde nunca debió haber concluido: Venezia.

I PARTE

**CUANDO LA OSCURIDAD
SE LLENA DE LUZ**

Siempre hay un mañana y la vida nos da otra oportunidad, pero por si me equivoco y hoy es todo lo que nos queda, me gustaría decirte cuánto te quiero, que nunca te olvidaré.
(Gabriel García Márquez)

A pesar de mi insistencia por negarlo durante meses, ahora confieso: no fue literatura, sino

biografía novelada. Todos me preguntan cómo escribí *Pecados*, y ahora lo voy a contar.

Él confesó:

—En las islas parece que, cuando te alejas, dejas en ellas lo vivido sin que te persiga.

Y ella propuso:

—Pues en ellas dejaremos todo lo que hayamos hecho. Vamos a escaparnos juntos a cinco islas, en cada una de las cuales viviremos un secreto que no nos perseguirá. En la primera disfrutaremos la lujuria; en

la segunda haremos realidad nuestras fantasías más ocultas; en la tercera daremos rienda a la transgresión; en la cuarta desafiaremos las cosas prohibidas..., y en la última, el caballero tiene carta blanca para fascinar a la dama y grabar a fuego en su memoria momentos inolvidables. Quiero cruzar todos los puentes, saltar todas las barreras, no poner límites. Y quiero que sea contigo. Tendrás libertad absoluta para ser el amo de mi

cuerpo. Yo, a cambio, me convertiré en la dueña de tus pensamientos, obsesiones y deseos.

Antes de finalizar, estableció las condiciones:

—Te regalo un año de mi vida para vivir juntos esta historia. Te he propuesto una buena sinopsis. Tú debes desarrollar el relato y organizar la escenografía. Los dos protagonizaremos esta aventura y, si lo crees

conveniente, te doy permiso para narrar la crónica de nuestras experiencias: el resultado será, sin duda, la mejor novela de tu vida.

(Pecados que cometimos en cinco islas)

Aquel día de San Jorge de hace años, de mi puño y letra no salió ni una palabra más que las que acaban de leer; tampoco tuve intención de escribir más.

Ahí quedaron esas frases

sueñas, el prelude de dos vidas alteradas para siempre y sinopsis de una novela de éxito inesperado, no por la intensidad y originalidad de la historia o por la complejidad de sus personajes, sino por salir de la cabecita de una profana de las letras.

Desconozco el tiempo que aquellas palabras permanecieron reposando en el bloc de notas. Solo recuerdo que otro día, móvil en mano, abrí ese cuadernillo de prisa para anotar la dirección de un

restaurante al que debía acudir, mientras que desde el otro lado del aparato me dictaban el nombre de la calle en la que se ubicaba dicho local; al ojear esas frases tan decisivas en mi vida, escritas de aquella manera —de modo rápido, descuidado, al azar—, las copié en mi portátil en un documento Word nada más colgar el iPhone.

Creo que se me pasó por la testa algo así como que el bloc era inseguro: hojas que se arrancan, escritura desordenada de notas o

avisos. Esos breves párrafos debían ser escritos en otro soporte más fiable. (¡Qué ironía!, ¡como si yo fuese a olvidarlas!...). Y una vez en el procesador de textos, continué con la escritura de manera espontánea, recordando cada momento desde el instante en que su mirada descarada se clavó en mí en aquel rancio restaurante de lujo y postín.

La intención inicial no fue recrear una historia. Al principio, tras las primeras páginas, yo lo

identifiqué como una especie de diario personal; eso sí, algo extenso y sofisticado. Una manera de describir con detalle todo lo vivido, aún nítido, pero eternamente presente en mi memoria. Puede que fuese un mecanismo de defensa involuntario. Por una parte, quería mantener esa viveza de los acontecimientos compartidos con Rodrigo hasta el día de mi muerte. Porque ahora, hasta el tono de su risa lo recordaba con claridad, pero ¿quién me aseguraba que dentro de

treinta años los detalles no se habrían desdibujado?

Por otra, nunca nadie conoció la verdadera historia. ¿Cómo contar a alguien semejante locura? Aunque el protagonista hubiese sido anónimo, ya era complejo compartir hasta con los íntimos tal sucesión de despropósitos, emocionales y sexuales.

Si a eso le sumamos el flamante Premio Nobel como compañero de cama y extravagancias, ya resultaba del todo imposible.

Algunos, los muy cercanos, conocieron de pasada la existencia de una relación. O se la imaginaron porque mi indiscreción brilló por su ausencia. Mi habitual reserva y enfermiza mesura me llevaron en alguna ocasión a negar lo evidente en todo lo relativo a Ro por convicción personal, jamás por vergüenza o arrepentimiento.

El que menos debía haber conocido detalles de esta íntima relación, Diego Ayala, fue el único que se acercó de puntillas —y

guiado por mi mano diabólica, que le arrastró engañado hasta Venezia — a la auténtica complejidad de la batalla perversa y excitante que libramos Rodrigo y yo.

Y además, eso ¿cómo se contaba? En medio de un soporífero café de domingo con amigas, de repente, para animar la velada, sueltas la noticia bomba de «Me estoy tirando a Rodrigo» con la consiguiente perplejidad de los oyentes y las seguras preguntas impertinentes del tipo *¿Es tan*

gilipollas como parece?, ¿Qué hay de cierto en todas y cada una de las leyendas urbanas que circulan por ahí?, ¿Pero ese es capaz de hacer el amor a alguien que no sea él mismo?, ¿Qué tal amante es?, ¿La tiene grande?, o las menos impertinentes, pero igual de incómodas, por parte de las más mojigatas: ¿Y cómo os conocisteis?, ¿Cómo empezó todo?, ¿Dónde vive?, ¿Cómo es su casa?, ¿Os habéis enamorado?, ¿Vais a formalizar la relación?

¿Como si una no pudiese ser la tía más feliz del mundo disfrutando las ventajas que proporciona un buen amante, cómplice y amigo! ¿Por qué tener como marido a un personaje paradójico pero extraordinario si le puedes disfrutar como amante?

Todas esas buenas razones me llevaron a mantener la boquita cerrada hasta sobre la parte más convencional de la relación. ¡Impensable por incómodo el ponerme a exponer los detalles escabrosos sobre polvos peligrosos

desafiando la furia de la naturaleza,
bellas desconocidas provocando
nuestra libido en noches de luna
llena, sesiones sádicas de mortajas
y esposas con nativos africanos,
eyaculaciones sobre tumbas de
bucaneros idealistas, gondoleros
desatados emulando el espíritu de
Casanova u orgías compartidas con
viciosos cocainómanos anónimos,
camuflados tras máscaras
venecianas en palacetes góticos a la
luz de las velas!

Uff, ¡pero si ni siquiera era

viable comentar los detalles menos escabrosos! Masturbaciones simultáneas, polvos fugaces en carreteras solitarias, vuelos internacionales sin ropa interior o gritos de placer y dosis de exhibicionismo en baños públicos con la puerta abierta tampoco salieron a relucir en mis confidencias.

Supongo que algún remoto lugar de mi subconsciente albergaba la idea de perpetuar la historia para que no cayese en mi olvido un solo

detalle, para poder compartir con el resto de la humanidad una relación tan extraordinaria. Pero conscientemente jamás. Ni por asomo.

En la escritura adquirí una rutina no preconcebida: cada día era capaz de redactar unas veinte páginas. Al día siguiente, antes de comenzar a idear nuevos contenidos, repasaba y corregía los del día anterior; en ocasiones los ampliaba. La rapidez con la que salían las palabras me resultaba

pasmosa. La agilidad en la narración, la frescura en el estilo, la originalidad de dos voces narrativas exponiendo la misma vivencia desde el punto de vista de cada uno de los protagonistas, la desvergüenza en la descripción al detalle de escenas sexuales explícitas o la riqueza de vocabulario me tenían boquiabierta. Tanto parabién es lo que me ha hecho creer que el espíritu de la tramontana menorquina, de Safo, de los piratas, o la osadía de las

máscaras venecianas me habían poseído. Yo solo redactaba lo que una fuerza lejana me iba dictando. Mi mano era mero instrumento de un ente superior —en quien yo no creía y rechazaba racionalmente— que actuaba por mí.

En la escuela, la redacción siempre se me dio bien; además, soy devoradora de literatura clásica y contemporánea, y mi cultura está por encima de la media —muy por encima, vamos a dejar de lado la falsa modestia; esa perspectiva me

la inculcó Ro y he acabado por convertirme en una arrogante crónica—. Pero de ahí a escribir un *best seller* sin experiencia previa en el arte de las letras en apenas un mes... Porque eso es lo que tardé exactamente en escribir *Pecados que cometimos en cinco islas*: poco menos de treinta días. A finales de mayo el manuscrito original estaba completado.

El resultado final de unos cientos de folios nunca podría reflejar en todo su esplendor el

cambio radical que un encuentro provoca en dos vidas. Las palabras no son sustitutas de las emociones, las estrofas no son equiparables a las horas, ni las expresiones a los minutos. Los sentimientos pierden su intensidad transformados en meras letras, y el sexo sobre el papel es más aburrido que el real; pero aun con el convencimiento sincero por mi parte de la necesidad de una revisión ortográfica, sintáctica y semántica, intuía que la historia enganchara.

Había sido capaz de escribir de mi puño y letra la novela que mi imaginación dibujó para que Rodrigo la plasmase con su pluma.

Cuando, finalizada la obra y tras una noche en vela, leí de un tirón el contenido, me maravillé no de la historia escrita, sino por haber sido capaz de protagonizarla en la vida real.

En la vorágine de las islas, en el pulso a muerte con Rodrigo, en la obsesión por controlar la situación, en mi permanente mano a mano

conmigo misma para no ponerme límites y ser capaz de cruzar todos los puentes, en la ceguera del deseo y la pasión que nos consumía, todo se percibía de una manera diferente. Con prisa y con ansia. Con creciente desasosiego. Con la incertidumbre de conocer cuál sería la próxima reacción de ambos. Solo estábamos centrados en nosotros mismos.

Sin embargo, ahora, como lectora de una novela que podía ser ficción o podían haber

protagonizado otros, descubrí lo descabellado de nuestras ideas y la valentía para llevarlas a cabo. Y lo más importante, la frialdad para mantener el equilibrio y recobrar una existencia rutinaria tras el inesperado desenlace. ¿¿¿Recobrar una existencia rutinaria??? Siendo franca, mi vida nunca volvió a ser la misma.

Pero necesitaba la opinión de terceros. Yo era subjetividad pura, protagonista de la historia en la realidad y autora involuntaria de la

novela de ficción. Reflexioné mucho sobre ello, pero me decidí: igual el material era bueno y podía ser publicado, así que tomé la determinación de presentarlo como una invención fabricada por un ingenio calenturiento.

Sacar a la luz la historia como verdadera y desvelar quiénes eran los protagonistas quedaba totalmente descartado. No soy tonta ni nací ayer. Me resultaba evidente que descubrir al mundo la identidad del caballero y presentar la novela

como autobiográfica garantizaba ventas y dinero, un éxito fulgurante e inmediato, si no por la calidad literaria, sí por el morbo que genera desvelar los detalles más íntimos y privados de uno de los personajes más mediáticos del país, un recién nombrado Premio Nobel. Pero rechacé tal opción antes incluso de haberla planteado. Por encima de mi cadáver. Los sentimientos y afectos íntimos deben quedar en el ámbito de lo privado. Por respeto a uno mismo y a las personas que

compartieron contigo esa intimidad y te regalaron su confianza.

Y al dinero hay que concederle su justa importancia, siempre como un medio, nunca como un fin. Que a todos nos gusta vivir bien y que se nos reconozca lo que valemos en base a nuestros méritos, de acuerdo, pero nunca es buena cosa enriquecerte a base de perder la dignidad personal a cualquier precio, aunque esta sociedad vana, frívola y superficial se focalice justamente en lo contrario.

Las islas se darían a conocer al mundo como ficción pura y dura. No había marcha atrás. Y este último aspecto, etiquetadlo con la categoría de innegociable conmigo misma.

No quería dar a leer mi obra a los más allegados porque al final, como es lógico, les puede el cariño y no logran hacerlo con el grado necesario de objetividad. Y el pudor también tuvo peso específico en esa decisión. Me decidí a elegir como primeros lectores a

conocidos de confianza, y además, con cierto criterio profesional; periodistas habituados a la redacción, al análisis y al tratamiento de textos. Y con una petición sincera: que no fuesen benevolentes. Que se excediesen en la crítica era preferible a que se quedasen cortos.

Recibí comentarios y sugerencias de todo tipo. Respecto a la forma: adjetivación excesiva, determinados pasajes narrados más con estilo periodístico que

literario... Respecto al fondo: algunas contradicciones en los personajes —eso para mí no es algo negativo, al contrario, aporta credibilidad: todos estamos llenos de contradicciones—, necesidad de un hilo conductor más sólido, más elaborado, posibilidad de explotar más las emociones de los personajes, que al parecer no se desnudan totalmente.

Pero en la vida real, ¿quién desnuda su alma al cien por cien? Rodrigo, con mucho tino, me

advirtió en su día que es mucho más fácil acostarse con alguien que despertarse a su lado. Yo añado que es mucho más sencillo desnudar el cuerpo que el alma.

Pese a las posibilidades de perfeccionar la obra, unanimidad absoluta en el veredicto final: la historia gustaba, y mucho. Además, enganchaba. El argumento era original, los personajes reflejaban a unos cerdos encantadores que a todos nos gustaría conocer —e incluso imitar, pero nos faltaban

agallas para hacerlo—; el ritmo de la narración trepidante, *in crescendo*, con un final de infarto en Venezia.

Parece que la lectura deparaba una sorpresa tras otra, e incluso los más visionarios le auguraban posibilidades cinematográficas. No estaba nada mal para tratarse de una novata que nunca tuvo intención de hacerse literata.

Con tanto halago, no me quedó más opción que enviar el manuscrito a varias editoriales.

Enseguida Planeta se interesó; de ahí a su comité de lectura, y de allí a la firma del contrato. Revisiones de la redacción, eliminación de alguna incoherencia semántica, cambio de algún tiempo verbal, modificación de alguna repetición innecesaria, correcciones ortográficas y tipográficas, algún añadido por parte de los expertos —como en cualquier otra novela antes de posarse en las estanterías de librerías y grandes superficies—, y la editorial, lanzando al

mercado *Pecados que cometimos en cinco islas*.

Demasiado rápido, demasiado fácil, pero así fue. En menos de un año desde el punto final tecleado en la pantalla de mi ordenador, ese título se iba a convertir en inesperado éxito comercial. El mérito de la inspiración siempre se lo atribuiré al espíritu de las islas, a la fuerza de una desgarradora historia real y a la personalidad de un hombre único: Rodrigo.

En esta vorágine de sucesos

intensos y sorprendentes, sin embargo, había algo que seguía machacando mi cerebro, mi estómago, mis sueños, mi corazón y hasta mi alma día sí y día también: ÉL.

Yo seguía enganchada a una relación histriónica, descabellada, a la ilusión de un caballero que ya no existía para mí y a la esperanza de una quinta isla que nunca alcanzaríamos.

¿Cómo había asimilado él la publicación de las islas del

pecado? Desde el corazón quiero imaginar que con ilusión; desde la cabeza, asumo que con fastidio. Cuando menos, debió darle un dolor crónico de barriga. Porque para él, la escritura de ese libro por mi parte conllevaría una segunda lectura, una tercera, una cuarta...

¿Se habría tomado mi osadía de escribir como una afrenta personal? ¿Como una provocación, tal vez? ¿Habría leído la novela? ¿Con qué criterio había juzgado mi obra: profesional y objetivo, o visceral?

¿Se sentía amenazado por mi éxito?
¿Le había gustado el libro? ¿Cómo
lo habría escrito él? ¿Sentiría
nostalgia al leer todas y cada una de
nuestras experiencias, narradas, sin
duda, con una sinceridad brutal?
¿En su interior se removió el cariño
y la ternura? ¿O se acrecentó el
odio profundo hacia mí? ¿O quizá
la publicación de *Pecados*, su
calidad literaria y el recuerdo hacia
mi persona le producían la aparente
indiferencia que me había
demostrado su actitud en los

últimos cinco años?

Jamás escribí las islas con la intención de demostrar nada a Rodrigo, o de traicionar nuestros recuerdos, o de enfrentarme con él. La novela no iba en su contra, sino a favor de perpetuar en el tiempo unas vivencias intensas y profundas que debían permanecer en la memoria de los lectores cuando nosotros ya no existiésemos. De convertir nuestra historia en eterna.

Menos aún me lanzaría a competir con el maestro escritor.

Yo era un cachorrillo recién nacido al azar en ese mundo de las letras, y él era el rey y dueño absoluto de la selva. Yo, apenas una obra publicada, y aunque certeros y alabados, solo algunos artículos muy estudiados y mediáticos, frente a las decenas de títulos de éxito, miles de artículos y columnas, todos los galardones, premios y reconocimientos de prestigio de él. Y ahora, para culminar semejante currículum, el Premio Nobel de Literatura.

Ro había cumplido el sueño por el que había luchado y peleado desde hacía casi treinta años. Su tenacidad, su obcecación y su convencimiento de que los sueños que se persiguen sin descanso ni tregua durante toda una vida al final se consiguen dieron sus frutos.

Espera, que todo tiene su momento; sigue, ya llegarás; no dudes, lo lograrás; los imposibles de hoy serán los posibles de mañana; sueña lo

*que deseas soñar; intenta ser
lo que deseas ser.*

Rodrigo (*Pecados que
cometimos en cinco islas*)

* * * *

CUANDO CREAS UN MONSTRUO...

*El hombre que ha perdido la
aptitud de borrar sus odios
está viejo, irreparablemente.*

(José Ingenieros)

Aquellas tormentas trajeron
estos lodos, o el que siembra
vientos recoge tempestades...
Cualquiera de estas expresiones

sería válida para titular estas breves líneas.

Jimena es una puñetera espina clavada. Me sacó de mis casillas como nadie había sido capaz en toda una vida plagada de experiencias complejas. Me humilló y apasionó a partes iguales. Se introdujo en mi cuerpo como un parásito para chupar la sangre, la energía del cuerpo que habita, y lo consiguió. Creo que me hizo perder la razón.

Pero en plena decadencia

emocional por el influjo poderoso de la dama, tuve un instante de bendita lucidez y salí huyendo de una perdición anunciada. Es lo que tiene ser poseedor de una mente privilegiada: que en el momento clave, en la crisis, nada puede contigo. Que tu fuerza renace de las cenizas. Como el Fénix...

Y como ave mitológica, extendí las alas y volé lejos, muy lejos; hacia otras féminas más previsibles y manejables, dispuestas a dar placer sin rechistar; hacia damas de

compañía entre las que yo era el único protagonista, y ellas, meras comparsas o sumisas secundarias.

Ganas de saber de Jimena, de llamarla, de reencontrarnos, de volver a ingeniar locuras divinas, de poseerla, de penetrarla, de dominar sus entrañas y hasta de amarla, miles.

De hecho, suplicaba por hacerle el amor cada día; y si dependiese únicamente de mi deseo y voluntad, varias veces al día... Pero la racionalidad se impuso: mi sentido

común y mi orgullo fueron más fuertes que el deseo de más caña al cuerpo y más vida al alma. No iba yo a haber traspasado el medio siglo como amo y señor del mundo conocido para sucumbir a las tretas —y a las tetas— de un pequeño capullo que ni siquiera había florecido aún.

Y razón de más —me advertía con muy buen criterio mi cultivado intelecto—, que si ya de capullín era tan sofisticada y peligrosa, como flor en todo su esplendor las

consecuencias podían ser imprevisibles.

La naturaleza es sabia. Algo tan hermoso y delicado como una rosa tiene en el tallo espinas traicioneras. El dejarte llevar por la belleza y por el olor de tan hechicera flor sin prestar atención a todo lo demás trae como consecuencia un pinchazo profundo y doloroso. Jimena misma...

Como añadido, yo estaba a punto de conseguir mi sueño. Mi nombre cada vez sonaba con más

insistencia para el Nobel —que obviamente, y como era de justicia, terminé por conseguir—, y todos mis esfuerzos debían dirigirse a disfrutar de tal recompensa. Sería de auténtico gilipollas que tras treinta años de luchas, esfuerzos y sinsabores, ahora que rozaba la gloria con la punta de los dedos me fuese directo al infierno de un fracaso, empujado por la influencia de un cuerpazo de infarto, de un buen culo y un mejor coño..., cierto es que complementados con un

peligroso cerebro femenino en constante ebullición.

Las tentaciones de un reencuentro no cesaban. Pero la experiencia te acaba enseñando que, cuando existe adicción, una sola vez es sinónimo de recaída y perdición. Las recaídas no son una opción. Al menos para mí.

De escribir sobre las islas, ni soñarlo. La historia contaba con todos los ingredientes necesarios para un éxito asegurado, pero ponerme a redactar palabra por

palabra mis experiencias con el capullo en flor —la innombrable; estuve meses y meses sin poder siquiera pronunciar su nombre— supondría un martirio diario; además de una manera de catapultar a la fama —convirtiendo en historia de la literatura la brillante idea y el deseo confeso de la señorita sabelotodo— a una hiena, a la sacerdotisa de la perfidia.

Casi todas las batallas de las islas las había ganado ella. Pero yo había triunfado en la guerra. Mi

desaparición de su lado supuso poner los puntos sobre las íes. «Hemos jugado hasta donde yo he querido y esto se ha terminado a mi santa voluntad. Aquí se separan nuestros caminos y ahí te quedas. Sin un mísero adiós y sin darte la oportunidad de una despedida gloriosa, que seguro hubieses hecho también tuya.» Eso me repetí a mí mismo muchas veces como justificación a lo que otros pueden denominar, y con toda la razón, cobardía pura y dura.

Para colmo, ella me había pedido que escribiese esa novela. Motivo adicional para no hacerlo. Sucumbir hubiese significado rendirme otra vez más a sus sugerencias, a sus anhelos. Renuncié a un título de éxito seguro a cambio de la satisfacción personal de un triunfiteo de macho ibérico. Poco práctico y cavernícola, lo sé, pero mi posición privilegiada en el mundo literario me permitía descartar nuevos logros profesionales si ello

significaba una paz espiritual que nunca antes fue quebrada.

Lo que no podía imaginar en la peor de mis pesadillas es que la muy hija de puta me iba a volver a ganar. A traición. Y donde más duele. Retorcida hasta para machacarme desde la distancia. Pese a una larga temporada de alejamiento autoimpuesto y voluntad férrea para no quebrar esa distancia necesaria, ¡fue capaz de suplantarme en la escritura! Triunfó en mi propio feudo. Conquistó mi

reino. Publicó un libro que estaba destinado a ser escrito por mí, y con un éxito innegable.

Nadie puede imaginar la cara de póquer y las náuseas en el alma —y en el hígado— al enterarme de la llegada a las estanterías de las librerías de una novela titulada *Pecados que cometimos en cinco islas*. Durante unos segundos planea por tu psique la posibilidad de una coincidencia, pero tu olfato de perro viejo se impone a todo lo demás y enseguida asimilas que

esos son tus pecados y que aquellas son tus islas. Compré el libro por impulso. Cuando abrí la cubierta y vi la foto de Jimena, casi lo tiro por la ventana. Mi primer sentimiento fue odiarla de nuevo. Estaba espléndida. Radiante. Seductora. Desafiante. Irresistible. Más follable que nunca.

La calidad literaria de la obra la desconozco. Ni la he leído ni me apetece. Ahí tengo el libro, en un rincón bien visible de mi despacho. Para recordarme a mí mismo todos

los días que yo soy el culpable de que esa obra haya visto la luz: soy el artífice de un nuevo éxito literario, aunque esta vez como personaje protagonista y no como escritor. La autora no es el adversario, es el enemigo. Toparme cada mañana con el lomo de ese libro es como una flagelación espiritual permanente.

Pero no le daré la satisfacción del triunfo definitivo. Ella ha tenido la extraña combinación de audacia para atreverse y de azar para

triunfar a las primeras de cambio, publicando un libro que narra nuestros pecados. La suerte del principiante.

No seré yo el que contribuya a consolidar el famoso refrán español «Encima de cornudo, apaleado». Adaptado a mi caso, «Después de derrotarme, vuelvo a claudicar ante ti». Aun sin leerlo, puedo afirmar con convicción que yo lo hubiese escrito mejor. Muchísimo mejor.

Si ella ahora es un monstruo es porque yo lo he creado. Moldeé el

capullo a mi medida —a mi imagen y semejanza es imposible, porque soy inimitable— para que, al florecer, el resultado fuese extraordinario. Si Jimena es como es se debe a su paso por mi vida. Ella me lo debe todo.

Y una última conclusión: me niego a que la alumna supere al maestro. Lucharé por ello. Aunque el maestro esté enamorado de ella en la distancia y nunca haya conseguido el olvido.

Razón de dicha es para el escritor el pensamiento capaz de transmutarse, todo él, en sentimiento, y el sentimiento capaz de devenir, todo él, en idea.

(Thomas Mann)

LA FERIA DE LAS VANIDADES

La vuelta definitiva de los viajes a las islas y la desaparición de Ro envolvieron mi vida en un período de auténtica negrura, que se fue iluminando con el paso del tiempo hasta relucir por completo tras la publicación de *Pecados*. Pero ese nuevo amanecer estuvo precedido de una nebulosa

tenebrosa, ciega, lúgubre.

Comencé a detestar la rutina de un trabajo que no me aportaba nada. ¿Nunca os habéis preguntado por qué tenéis que estar obligados a hacer todos los días algo que os aburre? ¿Que vuestra contribución en iniciativas y esfuerzo vale mucho más de lo que recibís económicamente a final de mes? ¿Que invertís vuestro tiempo en hacer más ricos a los que ya lo son? ¿Que no estáis suficientemente valorados? ¿Que los que deciden

tienen bastante menos idea que vosotros? ¿No os habéis sentido decepcionados cuando descubriste que un buen enchufe es mucho más útil que un excepcional currículum? ¿Que uno tiene ya un bagaje y experiencia suficiente como para tener que aguantar tonterías y caprichos fuera de toda argumentación lógica y profesional de los que están por encima en el escalafón? ¿Que ceder horas de tu ocio y de tu vida personal y familiar a cambio de nada no tiene

sentido? ¿Que tu esfuerzo diario a ti solo te sirve para sobrevivir y a otros les enriquece?

De mis relaciones personales en aquellos días mejor ni hablamos... Todavía peor. Puse en práctica lo que todos mis amigos me recomendaban desde que tengo uso de razón: búscate un chico normal y deja de sentirte atraída por esos hombres tan raros que te fascinan.

Lo que para ellos era *raro*, en verdad se trataba de personalidades excepcionales. Lo que mi entorno

definía como estabilidad, para mí significaba aburrimiento. Lo que mi círculo cercano identificaba con seguridad, para mí implicaba una previsibilidad decepcionante.

Aun así, decidí que por probar no perdía nada. Que siempre hay tiempo para mandar a paseo a los niños buenos y retomar las aventuras al límite con los malotes deslumbrantes.

Jaime, treinta años. Ojazos negros, buena planta, culo prieto, fiel por encima de todas las cosas,

buen amigo, adoración absoluta por mamá, canguro solícito de sus sobrinos, responsable, cumplidor, arquitecto con proyección... Vamos, el yerno ideal que toda madre quisiera para una hija, y un futurible «buen partido» para aquellas señoritas que todavía mantengan la patética mentalidad años cincuenta en pleno siglo XXI, que son muchas más de las que pudiese parecer —las burguesitas buscadoras de partidazos siguen acechando en cada esquina—. Un

mes me duró Jaimito. El dechado de aparentes virtudes en realidad resultó ser un inmaduro, inseguro, caprichoso, mimado, consentido..., un hombre carente de iniciativas e ideas. Y lo más flagrante: un amante plano, vulgar, del montoncito, por no entrar en más detalles. ¡Menudo pelma el niño bueno!

Eso me reafirmó en que, por mucho que me aconsejen los que me quieren, cada uno es como es y a mí los tíos corrientes y molientes me aburren en dos días. Necesito

intelectos extraordinarios, mentes despiertas y retorcidas que reten mi imaginación, excelentes conversadores y experimentados amantes..., por muy canallas que luego puedan llegar a ser.

Así que, tras este pequeño *kit-k a t* en forma de yogurín mediocre, después de ese proyecto de diseñador de edificios y seguro papá de familia numerosa en apenas seis años —según su propia confesión—, me sumí en una etapa de rechazo a todo lo que se movía.

Cualquier hombre me resultaba un coñazo.

Para colmo de males, detestaba tanto mis hábitos que, cada vez que el lunes sonaba el despertador, gritaba de rabia e impotencia y soltaba por mi boca toda clase de improperios antes siquiera de haber puesto un pie en el suelo; algo que no me había ocurrido en la vida. Identificaba mi rutina con el mismísimo averno.

Fueron unos meses realmente negros. Supongo que cuando entras

en una espiral negativa todo te lo parece. Una temporada sin catar varón ni ganas remotas de hacerlo —debía estar realmente mal: el rechazo al contacto masculino y la falta de libido sí me resultaban muuuuuy preocupantes—. Se sucedieron tiempos de quedarme domingos enteros en la cama sin querer ni levantarme. Adormecida, con los ojos cerrados, en posición fetal y soñando despierta, o con la mente en blanco, que era como mejor me sentía. Escuchando a

través de los cristales —siempre cerrados a cal y canto— el lejano sonido de la vida y de la calle, como si fuese algo remoto, extraño.

Rechazaba el contacto humano. Me daba una pereza terrible acudir a cenas o reuniones en las cuales cada uno iba a soltar sus problemas cotidianos, preocupaciones que a mí, en mi estado, me importaban un comino. O peor, tener que escuchar comentarios frívolos y cotilleos sin sustancia, de los que siempre me han producido salpullido. Si

habitualmente los chismorreos sobre supuestos acontecimientos privados de vidas ajenas me ponían enferma, en los sombríos meses «post-pecados insulares», convencida estaba de que me hubiesen provocado instintos asesinos hacia quienes los relatasen.

Al principio tuve que inventar excusas para rechazar invitaciones, cosa que a mí nunca se me ha dado bien, hasta que de tanto darlas y tras acumular una larga lista de

negativas a todo bicho viviente, el teléfono dejó de sonar. Algo que, en contra de lo que puede parecer, constituyó un alivio. Cada vez me resultaba más difícil lo de las excusas —a veces por pereza ya ni cogía el teléfono—, y tampoco era de mi agrado mentir sistemáticamente a personas a las que apreciaba.

Ni me dio por el alcohol, ni por las drogas, ni por las pastillas de ningún tipo, ni por pensamientos suicidas, ni nada extraño. Solo

quería estar sola, en plan ameba. Comer poco, dormir mucho, no hablar nada ni ver a nadie. Del horrible trabajo —cumpliendo lo justo y evitando a los demás— a casa, y de casa al horrible trabajo. Así durante semanas que no se me hicieron ni largas ni cortas, porque un cuasivegetal apenas tiene conciencia del paso del tiempo.

Poco a poco, sin ningún motivo aparente ni acontecimiento extraordinario que cambiase el rumbo de mis días lóbregos, volví a

leer libros, comencé a pasear en solitario por mis rincones favoritos de Madrid, acudí donde solía a tomar mis cafés, devoraba diarios y prensa cada vez con más interés..., es decir, retomé algunas de mis costumbres. Iba recuperando la normalidad. Sin prisa pero sin pausa. De una manera natural, sosegada, sin presiones.

Simplemente creo que, tras una experiencia vital tan excepcional junto a Ro, me tocó morir un poco para volver a renacer de mis

cenizas. Como el Fénix...

También renació otra cosa que había estado dormida... Dormida no; muerta, finiquitada, destruida: la ilusión por una nueva relación personal y sentimental. ¿El culpable? Bruno Bergareche, un periodista de raza y macizo hasta decir basta. Un tío cañón y un tipo relisto. A pesar de «sus cosas» — que las tiene, como todos—, Bruno fue el único hombre que tras esa etapa tan gris supo llevarme con ciertas dosis de sobresalto y

armonía, complementado con un cariño sincero y una complicidad crónica; y el único capaz de echarme unos polvazos que no eran de este mundo. *Orgasmos cósmicos*, los denominé. No eran los de Ro, pero...

Nos conocimos en uno de esos desayunos informativos que proliferan en la capital como champiñones. Nos sentaron codo con codo en la misma mesa y las chispas saltaron disparadas hacia todas las direcciones desde el

minuto cero. Curiosas
circunstancias, nuestras vidas
contaban con ciertos paralelismos,
y profesionalmente atravesábamos
momentos tan dulces que teníamos
que manejar la situación con tino
para no empalagarnos de tanta
congratulación ajena.

Nos intercambiamos los
teléfonos y, en apenas un par de
días, le llamé para vernos. Si algo
te gusta, atrápalo antes de que te lo
quiten de las manos, porque si no
espabilas y te lanzas, otro lo hará

por ti.

En menos de una semana tuvo lugar esa cita inesperada. Creo que yo tenía tantas ganas de volver a disfrutar de la Jimena perra, de la Jimena hembra, de la Jimena lasciva, de la Jimena sensual, de la Jimena requetesexual, que le di el abrazo más sentido que he dado a nadie jamás. Mezcla de remordimiento por mi tiempo muerto, de deseo, de culpabilidad, de añoranza, de alegría, de desamparo y hasta de alivio por

sentir una pequeña llama que creí apagada para siempre.

¡Qué dicha más grande! Un hombre volvía a provocar en mí lo que los hombres deben provocar en mí. Muchas sensaciones se mezclaron en unos segundos muy intensos, preludio de una velada maravillosa.

Ese encuentro supuso rescatar —¡por fin!— a la Jimena genuina, abrazar al espíritu de años atrás, cuando solo era una joven decidida a comerse el mundo, rebosante de

energía y ganas, poco herida aún por las dificultades y decepciones que el día a día va dejando por el camino... Venga, va, menos melodrama, que mi existencia tampoco se caracterizaba por una tromba de sinsabores... Siendo sincera, quería decir una vida no maleada tras mi paso por las islas, ni infectada por el veneno — carente de antídoto— que Ro me inculó en la sangre y en las entrañas.

Bruno se esforzó tanto en

agradarme, en hacerme sentir la mujer más deseada de toda la Tierra, en amarme dulce, sosegado, sutil... Dormimos con las manos entrelazadas toda la noche, con nuestros cuerpos revueltos, sin despegarnos ni un solo centímetro, ni durante un escaso segundo, hasta pasado el mediodía.

Tras ese esperanzador comienzo, seguimos viéndonos con la tónica habitual que gobierna mis normas: juntos, pero no revueltos, amantes amantísimos, pero tú con tu

vida y yo con la mía. Afortunadamente, Bruno es de mi misma cuerda.

En aquel momento y tras tanta verbena de sentimientos, no estaba preparada para nada que no fuese disfrutar de esos polvos cósmicos y dejarme besar por esos labios carnosos, tan solícitos y rebosantes de calidez que me atontan. Sus besos amansan la fiereza de mi instinto. Y yo no rechisto. Me gusta ser una muñequita manejable entre sus brazos, dejarle hacer.

A pesar de mi escepticismo innato por el género masculino, he descubierto muchas cosas tras esta aventura llegada de imprevisto, sin buscarla, pero que está arrasando. Y abrasando... Bruno me provoca emociones. Revuelve algo dentro de mí que solo despierta su presencia. Yo soy fría, racional, pragmática y programadora. Practico el estoicismo. Y me va bien. Hago y deshago a mi antojo y casi siempre me las ingenio para que las cosas salgan como yo

quiero —Ro es una de las pocas excepciones: se me escapó vivito y coleando en el último suspiro, el muy cabrón—. Pero la mujer en la que me convierto cuando estoy con Bruno no la puedo controlar, aunque de una manera completamente diferente a mi convivencia con el Premio Nobel: él despertó la fiera más salvaje, la bestia más peligrosa, más indómita, brava, bárbara; Bruno, en cambio, enciende la chispa de mi personalidad más dócil, la más

entrañable.

La cercanía de ese hombre domina mi instinto básico. Creo que soy vulnerable a Bruno. Consciente de sus virtudes, de sus defectos, conoedora de nuestras reglas, defensora acérrima de no pasar del estatus de amantes amantísimos sin más complicaciones, lo cierto es que mis defensas sucumben bajo el chispazo de sus ojos verdes. Tiene una mirada limpia, pura, penetrante. Cuando fija sus pupilas en las mías, una corriente eléctrica me azota por

dentro, aunque se trata de una sacudida placentera, deseada, anhelada.

A pesar de haber estado tanto tiempo a dos velas, con la libido enterrada, un solo beso de Bruno implica que ya no puedo dejar de desear más besos suyos, de rendirme a sus abrazos sin condiciones.

No quiero compartir a este hombre con nadie. La imagen de Bruno follando con otras mujeres me sobresalta. Pero no creo que se

trate de celos: es pura posesión, egoísmo. Ese cuerpazo me pertenece. Es mío, mío y solo mío. Detesto la idea de que alguien más tenga acceso a esa piel; deseo disponer de esta nueva adquisición cada día y en cada momento que se me antoje. Tengo adicción a su cuerpo, también de un modo que difiere radicalmente de la obsesión sexual crónica que rubricó Ro en mi voluntad...

Desde el inicio, la esencia de nuestra relación rechaza la

exclusividad. En estos momentos nadie me atrae —malditos recuerdos que todo lo convierten en vulgar, en mediocre, en poco apetecible—, pero jamás consentiré que Bruno interfiera en mi vida íntima en caso de contar con otros amantes —en cada una de mis vidas íntimas, los demás no tienen cabida —; aun con estas exigencias, no soporto que otras puedan disfrutar lo que me pertenece. Y menos de igual manera y con tal intensidad.

Por este y por otros pequeños

detalles, me voy dando cuenta de que Bruno se está convirtiendo en una persona importante para mí; que me hace sentir viva; que mis reacciones desde su llegada, más humanas, con muchas luces y pocas sombras, provienen directa o indirectamente de su cercana presencia y de su agradable compañía. Cuando le veo aparecer con ese aire ausente, tímido a la vez que perturbador; cuando se va acercando con esas camisetas imposibles que marcan un torso,

bíceps y espaldas de escándalo, me inunda la felicidad. Así de simple y así de hermoso.

En sus brazos me siento resguardada. Nada malo puede pasarme al lado de este cuerpazo masculino. Bruno es mi cobijo.

Y aunque resulte contradictorio, que lo es, posiblemente la persona con la que más cómoda me siento para hacer confesiones íntimas es con Bruno. Quizá porque no le conocía de antes, porque no pertenecía a mi círculo, porque sin

antecedentes no hay lugar para los juicios ni los prejuicios, porque es un recién llegado. ¡Cuánto más fácil resulta abrir tu corazón y tu alma a un desconocido que a un habitual!

Preguntas que yo hubiese considerado impertinentes aun viniendo de boca de alguna de mis amigas de siempre se las respondo a él con total franqueza y complicidad. Si yo fuese una asesina, me creo capaz hasta de confesarle mis crímenes en nuestros momentos íntimos, tras hacer el

amor. Hasta tal punto alcanza el efecto balsámico del cuerpo de Bruno en mi mente y en mi estado de ánimo.

Él también me habla abiertamente de sus relaciones y sentimientos hacia otras mujeres, de sus dudas, sus miedos y sus fracasos; como buen caballero, sin poner nombre a cada una de esas historias, pero sin medias tintas, a corazón abierto... Aunque sé que él se calla más cosas que yo; desconozco si por pudor o por

temor a incomodarme. Es algo huidizo, taciturno y melancólico, pero su sensibilidad a flor de piel le convierte en un hombre increíble, adictivo e imprescindible.

Una tarde, en el sofá de su casa, tomando un merecido café tras una larga sesión de orgasmos «*made in Bruno*», ante sus preguntas directas me descubrí casi sin darme cuenta confesándole sensaciones y pensamientos muy privados acerca de mi historia con Ro, el hombre que casi asesina mi libido, mi

capacidad de relacionarme con otros hombres, mi alma, mi esencia y hasta mi autoestima; algo que jamás nadie antes había conseguido.

En un clima de confianza extrema, Bruno preguntaba sin acritud y yo respondía sin dobleces.

—Bruno, la relación que mantenemos tú y yo nada tiene que ver con lo que viví con él. Aquí estamos, hablando de su persona con total naturalidad y plena confianza. Sería inviable la situación inversa: no puedo

imaginar una conversación sincera y profunda con Ro acerca de ti.

—Cada relación es un mundo, pero la nuestra superará todas tus expectativas. Te lo prometo... — asentía Bruno mientras acariciaba mi pelo tiernamente y me miraba con dulzura con esos ojos castigadores e hipnóticos.

Y carambolas de la vida: con todas las controversias que genera Rodrigo entre el personal, resulta que Bruno es un ferviente admirador suyo. Considera a su

teórico contrincante como un hombre extraordinario, causante de provocar un antes y un después en la literatura española contemporánea. Qué cosas...

Y así, poco a poco, por estos y otros mil motivos más, es como voy descubriendo —mitad asombrada, mitad muerta de miedo— que Bruno, además de un placer sideral y de orgasmos galácticos, me provoca emociones. Lo más sorprendente: de una manera fulminante. Otro empujón adicional

para recuperar la ilusión por volver al mundo de los vivos y abandonar para siempre el de las almas en pena. Es como si la fortuna, que me había sido esquiva durante una larga temporada, de repente se hubiese arrepentido y quisiese compensarme. A lo bestia.

* * * *

Todas las anteriores líneas han constituido una confesión a corazón abierto de lo que aconteció y de cómo me sentí durante el sombrío período que transcurrió entre mi regreso de Venezia, la publicación de *Pecados que cometimos en cinco islas* y la actualidad.

Estoy orgullosa del éxito, más aún de inmortalizar para

generaciones venideras y por los siglos de los siglos mi experiencia legendaria con Ro; pero lo que realmente me ha hecho feliz es la posibilidad de dedicarme a lo que me gusta: comunicar. Tener la oportunidad de compartir mis reflexiones, mis opiniones, mi punto de vista, mi parecer, mis análisis con el mundo entero.

Me ofrecen todo tipo de propuestas. Bueno, a mí no, supongo que a la heroína en la que se ha convertido la Jimena (el

personaje) para muchos lectores: independiente, valiente, fuerte, inteligente, atrevida, brillante, mujer de armas tomar, que sabe llevar las riendas de su vida, que somete al poderoso y sale triunfante... Un torpedo de hembra, ejemplo a imitar. Convertirme en imagen de marcas pijas, alguna campaña de publicidad más concreta, desfilas como modelo e incluso posar ligerita de ropa en las típicas revistas...

Vamos, un dineral llegaron a

ofrecerme por mostrar pecho y la parte más noble y baja de la espalda, incluso con antifaz veneciano al canto si ese era mi deseo... Desconocía yo que se cotizasen tanto los trozos de carne al natural en el mercado del consumo. Pagan cantidades considerables por mostrar unas tetas y un culo de los que se ven por miles en cualquier litoral planetario. De coña.

Rechazo sistemáticamente este tipo de proposiciones. Yo tengo

muy claro los atributos de la marca que estoy creando y cuál debe ser su posicionamiento. Desvestirme públicamente destroza cualquier atisbo de credibilidad y hasta de misterio. No encaja con mis planes.

En cambio, sí acepté algunas crónicas en digitales; más tarde, una firma en un suplemento de fin de semana, y algunas columnas esporádicas en periódicos de diversas ideologías y líneas editoriales. Doy opiniones frescas, ácidas, con puntazos constantes de

escepticismo y alguna chispa de cinismo sobre la actualidad política y social. No me caso con nadie y no dejo ni respirar tranquilo a títere con cabeza, pero sin recurrir al insulto o la descalificación fácil. Intento no salirme de la compleja senda de una irreverencia hábil.

Y ahora es cuando me han planteado la proposición estrella. La que puede provocar otro terremoto tras la publicación de *Pecados*. Se trata de una iniciativa de la edición española de *Vanity*

Fair, revista extraña, pero fascinante. Extraña porque es capaz de combinar frivolidades con actualidad política y social, espíritu provocador con reflexiones profundas y fotografías vanguardistas con reportajes de calado. Fascinante porque, lejos de que una mezcla a priori tan extraña no defina un perfil claro, es idolatrada por las élites más variopintas, pero que representan la excelencia en sus respectivos ámbitos. Desde siempre he leído

sus números cuando viajaba al extranjero y me parecía una publicación magnética, con unos interiores cuidadísimos. A pesar de su extensión, se devora con rapidez, lo cual demuestra que sus contenidos son interesantes. Exactamente la misma sensación que tuve al ojear el primer número editado en España. Aunque aprecié un punto negativo, un motivo para dar un tirón de orejas a sus responsables: la elección de la protagonista de la portada. ¡Pues

anda que no hay personajes en España mucho más interesantes y que tienen más que aportar al panorama patrio que *royals* de desiertos lejanos! Considero crucial la primera portada de toda publicación, y choca que una revista que cuida en exceso el identificar los gustos y preferencias en cada país para adecuarse a ellos seleccione como personaje estrella de su primer número en nuestro suelo a alguien ajeno a nuestra cultura, inquietudes, actualidad y

sociedad. Y además, ¡*Vanity* no es una revista del corazón! ¿Por qué elegir a alguien que solo aparece en ese tipo de prensa rosa? Y puestos a elegir una fémina de relevancia internacional, se me ocurren miles de nombres de mujeres hechas a sí mismas que, a base de esfuerzo y méritos propios, pertenecen a la élite mundial sin la etiqueta de «consorte de».

Recibo una llamada para conocer la redacción y, de paso, la invitación de su directora a un

almuerzo; pienso que andarán buscando una entrevista, que por supuesto concederé.

Pero me equivoco: de mí quieren algo mucho más interesante y retador. Me ofrecen participar en su edición mensual buscando relaciones similares a la de Jimena y Rodrigo, pero en la vida real — ¡qué ilusos!, la nuestra era la más verídica de todas—. Mi misión consistiría en escribir un relato corto de apenas dos páginas basándome en dichas historias.

Libertad total de estilo literario, de tono y de enfoque: carta blanca para la autora.

La propuesta es más que interesante. Incluiría una parte de investigación, de búsqueda de historias, de contacto directo con la gente que las ha vivido, de contraste y verificación de lo que me cuenten... y, naturalmente — aspecto que más pesa para mí—, la parte literaria de transformarlo en relato corto según mi propio estilo. Además, el encargo encaja

perfectamente con mis aspiraciones y está bien pagado.

Antes del sí definitivo, voy a moldear a mi gusto las cláusulas y condiciones del contrato. Estoy cogiendo el gustillo a tener siempre la última palabra.

—Carol —así se llama la directora de *Vanity*—, la verdad es que vuestra idea me parece muy acertada. ¡Me gusta!

—Me halaga saberlo.

—Pero encuentro algunos inconvenientes.

—Cuéntame e intentaremos solucionarlos. Obviamente, esto es la propuesta inicial, pero estamos abiertos a tus sugerencias. Podemos adaptarnos.

—La edición es mensual y buscar historias tan complejas, decidir cuáles me sirven y cuáles rechazo, descubrir el enfoque más atractivo para el lector, escuchar a sus protagonistas y finalmente reescribirlas me llevará mucho más de un mes. Te propongo entregarte una al trimestre, cuatro al año.

Carol permanece unos instantes en silencio; parece sopesar los pros y los contras.

—Una al trimestre más otra adicional, para el número de verano, que a la vez será la más extensa y la más elaborada. Dispondrás de hasta seis páginas para ese especial estival.

—Hecho —asiento convencida y satisfecha.

—Pero vamos a firmar por un año con posibilidad de prorrogar tu colaboración durante el siguiente,

en idénticas condiciones e igual número de entregas.

—Con posible revisión de mi caché el segundo año si las entregas son un éxito, que lo serán.

—Además, te voy a proponer algo que te va a encantar y que te va a suponer un plus y una reafirmación en el acierto de tu decisión.

—Tú dirás, Carol.

—¿Sabes que todos en la redacción veneramos el personaje de Jimena?

—Os lo agradezco de veras.

—Te has inventado un personaje totalmente atrayente para todos los públicos, especialmente para las féminas contemporáneas. Las mujeres triunfadoras que han marcado un estilo lo fueron a través de un personaje ficticio: Norma Jean inventó a Marilyn Monroe, Louise Veronica Ciccone construyó a Madonna, Heather Renée Sweet se transformó en Dita Von Tesse... Jimena podría seguir esa estela. Lo único, que tú bautizaste al

personaje con tu nombre de pila. Curioso. Ella es fuerte, decidida, misteriosa, una mujer atrayente, que muestra al mundo su mejor parte, o hasta donde ella decide. Es una criatura fabulosa porque Jimena puede provocar muchas sensaciones entre el personal, pero nunca indiferencia.

—Muchas gracias. Es algo de lo que estoy especialmente orgullosa. Jimena es un personaje creado exclusivamente por mí. ¿Tienen las características de

Jimena algo que ver con el valor añadido a la propuesta que me acabas de comentar?

—Sí. Desde *Vanity Fair* queremos dar más relevancia a su figura. Queremos colaborar a engrandecerla. Aportaremos nuestro *know-how* para convertirla en más fascinante aún. Cada relato irá acompañado de una imagen tuya interpretando a Jimena, a tu personaje, con estilismos especiales de *Vanity*. Pondré a tu disposición al mejor equipo del

mundo, el nuestro. Fotógrafos expertos, maquilladores y estilistas de celebridades, para que junto a tu idea de Jimena, a tus aportaciones, y sin perder la esencia de lo que quieres que represente, consigamos para cada relato una fotografía impactante de ti..., bueno, de la otra Jimena, de tu personaje literario. Veneramos tu devoción por las mujeres con personalidad arrolladora. Realizaremos fotos de perfil, de espaldas, boca abajo, con los decorados o efectos que debatas

con los expertos... ¿Qué te parece?

—Definitivamente, es imposible de rechazar para una mujer presumida ponerse cada tres meses en manos del equipo de *Vanity Fair* para que diseñen una obra de arte sobre tu propia piel, y para que encumbren, aún más, a la protagonista de tu novela.

Así cerramos el acuerdo Carol y yo, con el convencimiento mutuo de que la colaboración sería fructífera. Y así fue: un acierto.

Momento en el tiempo que casi

va a coincidir con el cumplimiento del mayor sueño de Ro, el que llevaba anhelando toda la vida, el que había marcado su rumbo, su comportamiento, su trayectoria vital: conseguir el jodido Premio Nobel.

Ganar un Nobel no deja de ser parecido a que te toque la primitiva. Existe un gran componente de suerte, porque al final acaban teniendo más peso específico aspectos políticos, geográficos, incluso de género —si

el año anterior se ha concedido a una mujer, pues al siguiente se evita repetir—, que la propia calidad literaria del autor. Incluso hay quinielas sobre quién será el agraciado cada año con el premio, casi todas inútiles, porque al final el nombre del elegido suele sorprender, sobre todo en los galardones concedidos en los últimos años.

Rodrigo llevaba ya sonando como candidato favorito varias ediciones. Era cuestión de tiempo.

Y al fin, le ha tocado.

Me hubiese gustado estar a su lado cuando recibió la gran primicia. El notición de su vida. Observar su expresión, disfrutar con su reacción, abrazarle, gritar con él de alegría, brindar con champán por el éxito...

Cuando yo me enteré, me quedé helada. No es que no lo esperase — sabía y deseaba, tanto desde mi cabeza como desde el corazón, que algún día lo conseguiría—, pero no por ser un acontecimiento esperado

dejó de paralizarme. Me alegré sinceramente por él. Ese premio conseguido era de justicia. La extensión y la calidad de su obra literaria bien lo merecen. También por la universalidad de sus escritos. Sus títulos han sido traducidos a casi todos los idiomas conocidos y la figura de Rodrigo es bien apreciada y respetada fuera de España, especialmente en Hispanoamérica; mucho más que algunos ganadores del Nobel de ediciones recientes.

Al escuchar la noticia en el telediario de la noche se me escapó alguna lágrima. Venga, vale, seré honesta: lloré como una magdalena. No sé muy bien por qué, pero durante un largo tiempo que no pude calcular —seguro que más de una hora— lo único que atiné a hacer fue enjugarme miles de lágrimas y sonarme los mocos. No podía parar.

El sofoco tenía su origen en lo más hondo; era como un desahogo necesario que llevaba tiempo

atrapado muy dentro de mí y por fin se liberaba. Mis ojos se asemejaban a balones medicinales por la hinchazón cuando me miré al espejo.

Supongo que fue una explosión de sentimientos reprimidos lo que me llevó a aquella exagerada llorera: la alegría por el máximo triunfo y el reconocimiento internacional de alguien a quien has querido, quieres y querrás, aunque te joda hasta reconocértelo a ti misma, el cumplimiento del sueño

que llevaba persiguiendo toda una vida el hombre que marcó la tuya y cambió tu rumbo, mezclado con la nula posibilidad de compartir con él ese momento único, contribuyeron a una reacción tan tremenda por mi parte.

Resultaba evidente que jamás podría librarme de él. Se trataba de un GRANDE. Tendría que convivir hasta el día de mi muerte con la imagen pública de una celebridad. Así es imposible el olvido. Desayunar con sus declaraciones o

con una nueva polémica suya reflejada en la prensa de la mañana, visualizar su imagen a la hora de la comida mientras los informativos no cesan de mostrar la recogida de algún nuevo premio o su presencia en algún acto cultural, acompañar mis cenas con sus opiniones en los programas de debate o actualidad... Todo aquello era demasiado cruel hasta para mí, una impasible vocacional.

Y ya se sabe aquello de que, si Mahoma no va a la montaña, la

montaña tendrá que ir a Mahoma... Una extraña idea se va maquinando en mi retorcida cabecita, todavía no tiene forma, pero está madurando poco a poco.

Lo positivo y hasta arriesgado es que la Jimena genuina ha vuelto de pleno al mundo de los traviesos. Rotunda. Activa. Alegre. Ingeniosa, con la misma capacidad de siempre para generar ideas. Algunas brillantes, otras peligrosas, la mayoría extravagantes... Y se trata de una Jimena más experimentada,

más mujer y mucho más guerrera.

Cuando renaces, absorbes lo bueno de tu antigua vida, reforzándolo con todas las ganas de la nueva: focalizas tus renovadas energías en todo lo que está por venir.

* * * *

Ocurrió esta mañana al despertar, recién levantada. Cuando estás dando vueltas a algo y no dejas de pensar en ello, la

inspiración te llega en cualquier momento, en la ducha, conduciendo, en la cama, paseando... o mientras preparaba el café, como en este caso. Me ha parecido una idea redonda. La que me va a conducir hacia la quinta isla cuando yo ya había perdido toda esperanza, cambiando de manera radical el resto de lo que me queda de vida.

Desayuné en un segundo, me vestí en dos, y conduciendo como un kamikaze por el centro de Madrid —cometí cuatro «pirulas»

gordas en los menos de tres kilómetros que separan mi casa de la redacción de *Vanity*—, me he presentado allí con el firme propósito de no marcharme hasta convencer a Carol de la puesta en práctica de mi ocurrencia.

Al principio, mi irrupción sin previo aviso y visiblemente agitada ha desorientado a la directora de la revista, temiéndose lo peor —que llegaba allí para cancelar nuestra colaboración o cambiar radicalmente a mi favor los

términos de las condiciones laborales que nos unían—. Sin embargo, mis primeras palabras han resultado ser balsámicas para su infundada alarma.

—Carol, he parido un proyecto.

—Tú siempre estás pariendo ideas; a tus escritos me remito. Lo que no sé es si la de ahora es beneficiosa o perjudicial para los intereses de la revista.

—Muy beneficiosa.

—Eso me tranquiliza. Por cierto, ¿te apetece un café? Con el

susto ni siquiera te he ofrecido nada.

—Pues sí, he salido de casa como un bólido y me he dejado la taza a medias por las ganas que tenía de llegar aquí sin perder ni un minuto. ¿Tienes algo de comer? Me muero de hambre.

—Por supuesto. ¿Dulce o salado?

—A esta hora de la mañana, mejor algo dulce.

—Diré que nos traigan unos *macarons* de varios sabores para

acompañar el café. ¿Frambuesa con chocolate blanco, pistachos con chocolate negro y de rosas con violeta te parece bien?

—Ummmmm, acertadísima elección. Adoro las frutas del bosque, los pistachos, el chocolate..., y de las fresas y las violetas, ya ni hablamos. Su sabor, su olor, esa textura...

Mientras nos acercan el café y los dulces, decido plantearle a Carol mi atrevimiento sin preámbulos, de un tirón. Dar rodeos

nunca se me dio bien, y cuando estoy segura de la conveniencia de una propuesta, menos todavía.

—Carol, he pensado que, sin dejar de escribir mis relatos, me gustaría participar esporádicamente de alguna otra manera en la revista.

—¿Te refieres a opinar sobre actualidad con tu toque sarcástico, como vienes haciendo en otros medios?

—No exactamente.

—Tú dirás. Te escucho.

—Me gustaría llevar a cabo

alguna entrevista ocasional a personajes excepcionales. Desde la óptica, la perspectiva, la personalidad, el descaro y la forma de hacer las cosas de la otra Jimena, el personaje. Mordacidad, chispa, audacia, insolencia, mala uva, pero sin perder la elegancia. Preguntas arriesgadas a personas de éxito que estén atravesando circunstancias extraordinarias.

Carol calla. La expresión de su cara no delata ni entusiasmo ni rechazo, quizá sorpresa. Puede que

no esperara algo similar. En ese primer instante justo después de soltar mi idea, parece algo desconcertada.

—Podría ser interesante, la verdad.

—Me gustaría llevar a cabo tres o cuatro entrevistas al año. No más. Insisto en que deben ser personas excepcionales en momentos especiales de su vida, y mi idea es dar a cada entrevista un enfoque diferente al tradicional... Y aquí va la bomba.

—Dispara.

—Las entrevistas tendrán lugar en una isla. Compartir un fin de semana con cada entrevistado en un espacio relajado, viajar con ellos a alguna isla que siempre quisieron conocer y no pudieron. O a la que siempre vuelven. O en la que tuvo lugar algún acontecimiento inolvidable de su vida. Formulando preguntas atípicas que todos quisieron hacer en algún momento, pero que nunca se atrevieron, por pudor, por respeto, por miedo.

Serán entrevistas que no dejen indiferente a nadie, empezando por el entrevistado mismo.

—La irreverente Jimena poniendo en aprietos a personajes difíciles en una tónica alejada de lo que se supone una entrevista convencional... Y en una isla... He de reconocer que tiene mucho morbo y suena muy atrayente para los lectores. Me gusta la idea. Es insólita, pero irresistible. Muy *Vanity Fair*. Enhorabuena por la propuesta. Te la compro sin titubeo

alguno.

—Más te va a gustar cuando te diga quién es la persona con la que quiero comenzar mi ronda de entrevistas.

—Sorpréndeme, eres un torbellino. No sé quién ganaría en un reto: si la Jimena personaje o la Jimena autora del personaje...

Sonreímos ambas ante sus palabras antes de soltar el zambombazo.

—El nuevo Premio Nobel de Literatura.

—¿El todopoderoso que está por encima del bien y del mal? ¿El altanero, soberbio, arrogante e insoportable? Ahora con el Nobel, ya ni te cuento dónde debe estar posicionada su escala de autoestima. En un universo paralelo. —A Carol se le salían los ojos de las órbitas.

—El mismo. — Personaje excepcional donde los haya en su momento de máxima relevancia. Acaba de pasar a formar parte del exclusivo club de los españoles

poseedores de un Nobel.

—Sí, señora, el disparo ha sido a matar. ¡Eres increíble! A mí me parecería una pasada. Un rotundo éxito de *Vanity* que la primera entrevista tras el galardón se la concediese a nuestra revista. Sabes que Rodrigo es omnipresente: artículos, columnas, debates, opinión, literatura... ¡Pero jamás concede entrevistas personales! Hay miles de leyendas urbanas acerca de él, jamás desmentidas o confirmadas por su propia boca.

Además, hace las cosas cuando a él le apetecen o le interesan por algún propósito en concreto, no cuando otros se lo proponen. Ahora con el Nobel tendrá un listado de peticiones infinito... No encuentro un motivo contundente que podría hacerle decantarse por nosotros frente a ofertas de otras publicaciones.

—A Jimena Alberdi le será concedida esta entrevista y responderá preguntas comprometidas de una manera

sincera.

—¿Hay algo que yo no sepa?

Sonríó para mis adentros, pero solo respondo:

—Nada, es un palpito, una premonición.

—Tienes mi bendición y la portada completa de la revista si lo consigues. ¡Qué noticia tan sensacional! Única entrevista que concede el señor dios entre los hombres, y se la lleva *Vanity*. Primera entrevista que realiza Jimena, y es para *Vanity*. ¡Sería un

exitazo sin precedentes para la edición española! ¡E incluso tendría repercusión internacional!

—¡Desde luego! —asiento sonriendo picarona, sabedora de que estoy a punto de conseguir lo que me había propuesto esa misma mañana mientras preparaba la cafetera.

—Pero sigo pensando que por muy atractivo que le resulte a Rodrigo ser el primer entrevistado por la pecadora Jimena, la tentación no será suficiente para convencerle.

Es un hombre imposible. Solo obedece a su santa voluntad. Se sabe por encima del bien y del mal y esa creencia la aplica a rajatabla a cualquier circunstancia de su vida.

—Carol, ¿aceptas la propuesta o no? —Ya conocía de memoria la fama de Ro y no había llegado hasta ese punto para escuchar una perorata acerca de los cotilleos populares sobre el dueño perenne de mis nostalgias y desvelos.

—Tu idea de entrevistar a

Rodrigo está aceptadísima, desde luego; solo digo que, a pesar de tu entusiasmo, lo veo complejo. Nadie lo consiguió antes. La propia *Vanity* en su versión americana ya lo intentó hace un par de años, cuando ni siquiera era un Nobel, y solo obtuvo amables negativas por su parte. Los líderes de opinión, no. Declaraciones de Rodrigo en canutazos, miles. Pero entrevistas personales y en profundidad, ninguna. Reconozco que Jimena y Rodrigo en estos momentos son

personajes de máximo interés, estrellas que brillan con luz propia. Reunirlos a ambos como entrevistadora y entrevistado sería mágico; por eso insisto en mi escepticismo a que consigas una cosa así, por mucho empeño que le pongas.

—Rodrigo concederá la entrevista y abrirá su corazón a Jimena Alberdi. Y aquí lo dejamos.

La cara de Carol es un poema, mezcla de estupor absoluto y curiosidad. Resulta evidente que mi

seguridad en la consecución de tal ardua tarea esconde un as bajo la manga que yo no deseo desvelar. La directora de *Vanity*, mujer de mundo, avispada, se abstiene de romper el mágico momento con alguna indiscreción que no viene al caso.

Antes de marcharme, le explico cómo debe desarrollarse el proceso. Y estas premisas son innegociables.

—Carol, una última cosa. La exposición de la propuesta, las

negociaciones, detalles..., todo, absolutamente todo, debe realizarse desde la revista. Ro... —uff, casi se me escapa el Ro a secas; el subconsciente puede llegar ser muy traicionero—, Rodrigo y yo solo nos encontraremos el día, a la hora y en el lugar en el que se acuerde llevar a cabo la entrevista. Ningún contacto previo, directo ni personal entre nosotros. Ninguno.

—Así se hará.

A estas alturas resulta obvio que Carol se muere de ganas de

formular preguntas —la evidencia de que aquí hay gato encerrado no deja lugar a dudas—, pero se contiene y es capaz de mantener un sabio silencio.

—¡Ah, disculpa! —grito desde la puerta—. Una última cosa.

—Dime, Jimena, en ascuas me tienes.

—La entrevista tendrá lugar en la isla de Venezia. Eso es innegociable. No te preocupes, Rodrigo aceptará la localización sin rechistar.

Con todo lo vivido, y yo todavía pecando de ingenua.

Para Rodrigo y Jimena, el escritor y la escritora, los examantes, la encarnación de la locura, es indiferente el lugar del mundo para ubicar un reencuentro. Ro y yo somos un asunto personal: nosotros y el ámbito íntimo de nuestros sentimientos significan la misma cosa.

Por mucho que yo intente disfrazarlo de lo que no es.

* * * *

LAS ARMAS LAS CARGA EL DIABLO...

Puede uno amar sin ser feliz; puede uno ser feliz sin amar; pero amar y ser feliz es algo prodigioso.

(Honoré de Balzac)

Acojonado me quedé. Y no era el momento.

Pocas cosas podrían haberme

perturbado tras mi nombramiento como flamante Premio Nobel de Literatura. Vivía en un estado de nirvana permanente desde entonces. La angustia, sobresaltos, inseguridades, frustraciones, preocupaciones y demás sensaciones desasosegantes que habían marcado toda mi existencia desde que tengo uso de razón habían pasado a un merecido olvido. Hasta ahora.

La felicidad existe, y yo la estoy disfrutando en mi segunda madurez.

El escepticismo que rodea a los humanos respecto a la consecución de una felicidad plena es erróneo: se puede conseguir. Yo la ando gozando con plena conciencia y total empeño, pero ahora, cuando menos lo esperaba, retorna la innombrable para sacarme de quicio y tocarme los huevos como solo ella sabe. Y por cierto, muy bien que los toca, que hay cosas que no se olvidan por mucho que uno lo intente.

Pero es que la tía se va

superando con el paso de los años. Si su llegada a mi vida fue un ciclón de consecuencias hiperbólicas, si consiguió extraer de mí comportamientos inimaginables, si las situaciones que vivimos rayaron la demencia, si en la distancia no conseguí olvidarla —al contrario, para mi desgracia, fue en el transcurso de su larga ausencia impuesta por mi santa voluntad cuando descubrí el AMOR con mayúsculas, amor hacia ella—, si la publicación de su

novela, un libro que estaba destinado a ser escrito por mí, me dejó anonadado... Cuando, después de todo aquello, parecía imposible volver a ponerme el estómago en un puño, otra vez caigo en el error de subestimarla. ¡Maldita zorra!... Algún día pagará por sus *Pecados* y arderá en el infierno.

¡Ahora pretende entrevistarme! ¡A mí! ¡Al hombre al que se entregó como una salvaje! ¡En *Vanity Fair*, ni más ni menos! ¡Y en nombre de la Jimena de las islas, la que me

había desquiciado, humillado, enloquecido!

Lo peor de todo es que lo que yo he subestimado se trata ni más ni menos de las capacidades de mi propia creación, de mi monstruo particular, de mi pequeña Frankenstein, lo que en el fondo implica que me estaba subestimando a mí mismo. Mal hecho, Rodrigo. No tuviste hijos de tu propia sangre, pero de haberlos tenido, no te habrían salido tan perfectos como tu obra maestra:

Jimena.

Cuando contactaron conmigo los de la revista creí que se trataba de una broma pesada, pero me explicaron que la muy perra va a colaborar con esa publicación destinada a la autocomplacencia de sibaritas, nuevos ricos, repijos variopintos y gilipollas variados.

Y tras este descubrimiento, la obviedad. Como un jarro de agua fría para mi recién estrenado estado de nirvana. La mente retorcida de Jimena puede ser capaz de idear

cualquier cosa macabra cuando algo tiene que ver directamente conmigo. Así que no tuve más remedio que rendirme a la evidencia. Tras tanto tiempo de calma elegida, la tempestad, el tormento, la tortura. ¿La bruja hechicera ha decidido mambo? Pues lo tendrá.

Lo fácil hubiese sido colgar el teléfono y mandarlos a tomar por culo a ambos, a los de la revista por la osadía de perturbar mi derecho a disfrutar de las mieles

del triunfo sin interferencias, y a la innombrable por la ocurrencia de reaparecer cuando la felicidad inunda mi vida en forma de Nobel merecido, si bien sufrido, luchado y deseado. Pero ya dije una vez que lo fácil se lo dejo a otros. Tengo que meditar largo y tendido sobre la proposición para ver de qué manera puedo dar la vuelta a la tortilla. Algo se me ocurrirá. La guerra es la guerra.

 Mi gran preocupación se debe al impacto emocional que puede

suponer para mi espléndida madurez un cara a cara con ella, enfrentarme de nuevo a los ojos de Jimena. Y a su culo, a sus piernas, a sus tetas. ¿Estoy preparado para salir indemne? Sí, lo sé, es una pregunta estúpida, nada apropiada viniendo de un intelecto como el mío. Lo que trato de decir es: ¿estoy preparado para ganar la partida, para salir triunfador? Ha transcurrido cerca de un lustro...

Resultaría sencillo mandar al carajo semejante despropósito —yo

nunca he caído en la vulgaridad de conceder entrevistas—, así que ni excusa tendría que inventarme para rechazar esa condenada propuesta. Pero precisamente por eso no lo hago: Jimena solo aterriza en mi bendita existencia para alumbrar despropósitos.

Si me llegan a decir entonces que junto a la señorita estupenda a la que no quitaba ojo mientras me zampaba un exquisito *steak tartar* me iba a embarcar en unos viajes con destino a la lujuria, la

transgresión, las fantasías, las cosas prohibidas; que esa misma señorita iba a compartir conmigo espacio en las listas de libros más vendidos mediante una novela ¡protagonizada por mí!; y que la misma descarada criatura se iba a convertir en la primera persona de este mundo a la que yo concedía una entrevista personal... Ni en un sueño perverso lo hubiese creído. Pero qué cierto es que la realidad inspira la ficción y que las historias de la vida son insuperables.

Jimena tendrá su entrevista, pero las reglas correrán de mi cuenta. O las acepta, o no hay espectáculo. Y mis condiciones pecarán de maquiavélicas. Yo conozco donde más le duele, lo que para ella supone un gran sacrificio. Pero en el amor y en la guerra todo vale. Y esto es una guerra. El amor impregna la esencia de nuestra historia, pero ya no tendrá cabida...

¿O sí?

* * * *

... Y EL DIABLO TIENE NOMBRE DE MUJER

—¿Que ha pedido quéeeeeeeeeeeeeee? —Mi voz no es un grito humano, sino un rugido de leona enfurecida.

—Lo que oyes. Él acepta la entrevista si en dicha conversación reconoces ante el resto del mundo que Jimena y Rodrigo en la ficción son Jimena y Rodrigo en la

realidad. Vamos, que harás público que la autora de *Pecados* es la protagonista de *Pecados*. Tú misma. Que vuestra historia es tan real como las ediciones publicadas y los ejemplares vendidos. Es condición indispensable para seguir hablando. Requisito previo e innegociable. O consientes, o no hay entrevista que valga.

—¿Me está pidiendo que todo dios se entere de que soy la ideóloga e intérprete de semejante novelón en la vida real? ¿Que todo

lo plasmado en *Pecados* antes fue vivido en mis propias carnes? ¿Que fuimos amantes hasta la enajenación y más allá? ¿Se atreve a decidir sobre mi propio futuro? ¿A marcar la percepción de los otros sobre mí con semejante revelación ante la opinión pública? ¿Pretende que tire por la borda mis deseos de presentar la obra como ficción y salvaguardar los aspectos más profundos de mi intimidad?

—Él argumenta que los dos interesados tienen que poner algo

de su parte para alcanzar un acuerdo que satisfaga a ambos. Que si él sacrifica parte de su privacidad, ya que será la primera vez que acepte preguntas relacionadas con su esfera íntima, tú también debes renunciar a parte de la tuya. Mostrar tu verdadero rostro. Él dará declaraciones sinceras y exclusivas, «abrirá su alma a la chusma», según sus propias palabras, y tú darás una gran primicia: Jimena es Jimena Alberdi. Y hay más.

Ahí ya casi me he puesto a temblar. El mamonazo se lo ha currado. Ro en estado puro.

—Dime, Carol, te escucho. — Sudores fríos me están entrando de lo que puede venir a continuación.

—No solo quiere tu testimonio. También tu imagen. La portada la compartiréis ambos, posando juntos, en perfecta armonía...

—¡¡Será cabrón!!... ¡¡El muy hijo de la gran puta!! Yo te maldigo. ¿Así que volvemos a jugar? ¡¡Pues tendrás juego, Rodrigo!!

Carol está epatada por la revelación de nuestro secreto, pero su única preocupación en este momento es seguir hacia delante con lo que posiblemente será el reportaje de su vida. Tampoco lo disimula; además, he de agradecer que en ningún momento formule pregunta alguna alejada del ámbito profesional: el cierre de la entrevista para su publicación.

Sea como fuere, es de suponer que su mente está siendo bombardeada por una interminable

sucesión de cuestiones jugosas... e inquietudes morbosas.

—Mira, Jimena, no es necesario que lo decidas ahora. Comprendo que necesitas meditar largo y tendido. Piénsatelo todo el tiempo que haga falta. Faltaría más. Pero eres inteligente y comprenderás que el punto de vista de la revista es claro. Esa portada sería de órdago. El nuevo Premio Nobel de Literatura a corazón abierto y un personaje mediático en alza, la prometedora Jimena, reconociendo

en amor y compañía su tremenda historia. ¡*Vanity Fair* total! El personaje emergente entrevistando a la celebridad con la que compartió una experiencia extrema, un romance tan extravagante como excepcional, que se convirtió en *best seller* y en película de éxito antes incluso de desvelarse la identidad del héroe de ficción. ¡Y exclusiva mundial por partida doble! ¡Primera vez que Rodrigo responde preguntas personales, a la vez que descubrimos que ambos

sois los que vivisteis *Pecados que cometimos en cinco islas* en primera persona antes de ser plasmado sobre el papel! Este tío es un genio; siempre lo fue. Cretino, sí, pero dotado de una brillantez insoportable. ¡Esto no lo podríamos haber imaginado ni en nuestros mejores sueños! Vamos, que encierro a todo el equipo de *Vanity* internacional en un *brainstorming* con incentivo millonario y no se nos ocurre algo semejante ni de lejos. Ni toda la plantilla durante un retiro

de un año podría haber ideado una excentricidad informativa semejante.

—¿Será hijo de puta?... —Yo oigo a Carol, pero no puedo escucharla. Intuyo su entusiasmo por su cara de felicidad, pero sus palabras pasan de largo porque la cólera se ha apoderado de mí.

El muy cabronazo quiere desenmascararme. Y machacarme. Conoce mi fobia a la exposición pública de mi intimidad. Si salgo en esa portada, ¡adiós a mi vida como

yo la conozco! Mi independencia absoluta canjeada por una aborrecida popularidad en la prensa del colorín. El morbo elevado a la máxima potencia servido en bandeja de plata para el populacho sediento de chismes. Porque al señor Rodrigo le ha salido de los huevos hacer las cosas a su manera. Como siempre. Porque yo debo pagar una penitencia atroz para expiar mis pecados para con él.

—Además, es que esa portada

tendría tantas connotaciones...
Hasta una romántica: el genio de la literatura y la figura en alza, presente y futuro. Otra reivindicativa: mujer de éxito como figura emergente frente al retiro del hombre triunfador...

Carol sigue hablando sola.

Ella a sus cosas. ¡Vaya golpe de suerte el suyo! En este caso, los efectos colaterales del fuego cruzado entre dos viejos guerreros se traducen en una lotería para el mensajero: para *Vanity Fair*.

—Voy a aceptar. —Suelto de repente, sin vacilación, con tremenda determinación. A bocajarro.

No hay mucho que pensar. Me encuentro ante el desafío que me tiende Ro y no puedo rechazar su invitación para retomar una bravata inacabada.

Esto no tiene que ver con la entrevista, ni con el libro, ni con la revista, ni con nada de lo que se supone que estamos debatiendo. Esto se centra en nuestros egos, en

nuestra historia, en nuestras islas,
en nuestras heridas, en nuestros
recuerdos y sentimientos.

La sonrisa de la directora
ilumina su cara de lado a lado.
¡Menudo espaldarazo profesional
sin comerlo ni beberlo! A eso lo
llamo estrella en el culo. Solo
porque dos perturbados deciden
reiniciar una guerra, aceptar un
envite sin límites, enfrentarse a una
herida abierta, a una llaga
sangrante, a una cicatriz en carne
viva en el corazón y en el alma, ella

se lleva el gato al agua con uno de los reportajes más atractivos de los últimos años, codiciado por cualquier publicación de prestigio; un petardazo periodístico de los grandes. Y sin hacer ni un esfuerzo; ni siquiera agudizar el ingenio. Eso ya lo ponemos Ro y yo.

Acaba de iniciarse el último viaje de Rodrigo y Jimena: el que nos trasladará a la quinta isla, a una promesa incumplida, al encuentro final con nuestro destino. ¿¿¿Y qué destino nos aguarda???

Aunque eso todavía lo desconocemos. Aún quedan muchos combates por librar antes de la contienda definitiva entre dos pecadores condenados al fuego eterno...

¿O a la felicidad perpetua?

II PARTE

LADY VENEZIA

Venezia. Diosa. Pórtico hacia mi futuro, reminiscencia de mi pasado, rúbrica de mi desventura. De nuevo perdida entre el serpenteo de sus canales, entre el duelo de sus misterios, entre el hechizo de sus embrujos; de vuelta a los recovecos más dolorosos de mis recuerdos. Y a los más inolvidables. A los que marcan toda una vida. A la

felicidad con regusto amargo porque la disfrutas, sí, pero la sientes como una felicidad efímera que se escurre entre tus dedos. Al tormento placentero porque una vez te deleitaste con lo que ahora está proscrito.

No fui capaz en estos cinco años de regresar a uno de mis rincones favoritos del planeta. Ni tan siquiera de ojear de pasada alguna imagen icónica de la ciudad de las máscaras. Tal era mi desazón desde que Ro se evaporó *motu*

proprio.

Me resulta insoportable afrontar cualquier evocación a mi ayer con Rodrigo. Ya confesé en alguna ocasión que jamás volvería a los lugares en los que fui feliz, a no ser que lo hiciese en idénticas circunstancias a las que me provocaron tal dicha. La coyuntura actual, obviamente, nada tiene que ver con nuestros viajes a las islas, pero al menos él estará allí. Y su presencia compensa todo lo demás.

Volveremos a compartir

compañía y Dios sabe qué más cosas... Carecer de expectativas, pero estar abierta a lo que está por venir es, quizá, la postura más sabia tratándose de Rodrigo, Jimena y Venezia... O de Jimena, Rodrigo y Venezia. O de Venezia y nosotros dos.

Desde el momento en que acepté ese reencuentro, cualquier otro detalle del día a día pasó a un segundo plano. Afortunadamente solo transcurrió un mes entre mi visto bueno y la celebración de la

entrevista. No hubiese soportado tal estado de desasosiego, de inquietud, de incertidumbre, ese runrún machacón en mi cabeza durante mucho más tiempo.

Apenas pego ojo y los nervios me dominan noche y día. No puedo pensar, ni concentrarme, ni interesarme por nada que no sea el fin de semana que nos espera en la *Serenissima*. Tantas preguntas sin respuesta, tantas dudas sin resolver, tantos remordimientos sin censura...

Desconozco por completo cuál será mi reacción al volver a enfrentarme cara a cara con el hombre que más me ha impactado, con el varón que cambió mi existencia, mi forma de ver y vivir la vida.

Hay un antes y un después en la mujer que actualmente soy, en la fémica en la que me he convertido. Y semejante hazaña cuenta con un único valedor: Rodrigo. El paso de los años y la serenidad que aporta la madurez en la que me voy

adentrando me llevan a reconocer la evidencia sin el menor recelo, aunque reconozco que me costó largo tiempo admitirlo tan abiertamente sin incomodidad ni rencor.

Me acerco a mi cuarta década, y aunque sigo conservando una auténtica fiera dentro de mí, una rebelde indomable, una inconformista incorregible, acepto ciertas cosas con una naturalidad que antaño despreciaba. La edad y la experiencia es lo que tienen...

Rodrigo no fue una aventura, un *affaire*, un juego, un romance, un desafío, un despropósito... Él debió haber sido el hombre de mi vida si hubiésemos manejado aquello de una manera más civilizada, más realista, más tradicional, más sincera. Si en vez de competir al «y tú más», hubiésemos tenido el valor —y las ganas— de profundizar bajo la capa de fantasía que todo lo cubría, la de la lujuria, el flirteo, la tentación, el peligro, la transgresión, lo

prohibido, el riesgo, la excentricidad, el dominio, la imprudencia, la supremacía sobre el amante... Pero todo esto lo sé ahora, no entonces. Lo descubrí de un plumazo cuando comprendí que él jamás regresaría; bien sabido es aquello de que no se valora lo que se tiene hasta que se pierde.

Mañana se producirá el ansiado vis a vis. No como yo lo he soñado en tantas ocasiones, pero nuestro reencuentro al fin y al cabo.

Ro ha exigido que no

coincidamos en ningún caso antes de la entrevista —como antaño yo sugerí que viajásemos por separado al baile de las máscaras y que solo el azar tendría la potestad de citarnos en algún rincón veneciano si así era su capricho—. Y el muy retorcido puso la condición innegociable de que las preguntas tengan lugar en el Palazzo Erizzo. Concretamente, en el dormitorio principal de la segunda planta en el que todo terminó; donde mi máscara, certera señal premonitoria

de una ruptura anunciada, se partió en dos. Me responderá recostado en el amplio butacón barroco en el que me besó por última vez. Aquí igual ha ejercitado su sadismo hasta el extremo... Solo un sádico puede regocijarse con una escenografía tan macabra. Tiemblo al recordar ese beso tantas veces recreado en mi memoria.

La besé como nunca había besado a nadie en toda mi vida. El beso más difícil nunca

es el primero, sino el último.

Rodrigo (*Pecados que
cometimos en cinco islas*)

Y como entonces, decenas de invitados representarán el papel de secundarios en una obra protagonizada por la dama y el caballero, si bien esta vez serán personajes bien diferentes. En la orgía de la cuarta isla nos rodeaban degenerados que estaban de vuelta de todo, impúdicos a los que desprecio, hipócritas de doble

moral, cínicos ávidos de experiencias extravagantes que criminalizan en público y practican en privado, salidos reincidentes, *voyeurs* adictivos, cocainómanos viciosos... En cambio, nuestros acompañantes de dentro de unas horas serán profesionales como la copa de un pino que se han trasladado hasta aquí para desempeñar su trabajo y que intentarán conseguir, con su contrastado saber, la excelencia en el resultado: estilistas, fotógrafos,

maquilladores, peluqueros,
iluminadores...

Echaré de menos al golfo
encantador de Diego Ayala.
Renunció a la literatura, pero no a
la buena vida. Seguimos en
contacto. No deja de ser alguien
que formó, forma y formará parte de
mí.

Más exigencias del Premio
Nobel, que ha debido cogerle el
gustillo a eso de demandar
caprichos rocambolescos cual
estrella del *rock* en sus cláusulas

contractuales: durante la entrevista estaremos solos en la habitación, que deberá permanecer vacía de miembros del equipo de *Vanity* cuando yo acceda; solo Rodrigo estará presente en el fatídico momento —igual debió haber previsto la presencia cercana de un médico por si sufre un infarto, algo que yo no descarto en ningún caso—. Las fotografías que acompañarán el reportaje serán tomadas en el propio dormitorio principal del Palazzo Erizzo, una

vez finalizada la entrevista, y en la *suite* Pisani del Gritti —lugar donde, en plena efervescencia de mi perversión de antaño, me alojé con un engañado Diego Ayala para mortificar de celos a Ro—, para rematar la jugada iniciada en la barra del Harry's Bar —el tercer escenario impuesto por él para las tomas de la entrevista—, cuando cometí el sacrilegio de presentarme con mi *otro amante*, Diego, a nuestra cita sagrada en el corazón de nuestra cuarta isla.

Y para más inri, ha exigido que nuestra indumentaria en las instantáneas del Gritti recree a las cortesanas y a los nobles venecianos del Renacimiento. ¿Pretende humillarme haciéndome creer que en sus recuerdos me equipara a una especie de prostituta refinada? ¿Esas tenemos? Pues no, *cuore*, pinchas en hueso. Si urdes mi mortificación, si buscas dañarme con algo tan burdo, emularé a las cortesanas honestas, y no a las de fuego, que para eso en la Venezia

del siglo XVI convivían ambas: las primeras eran mujeres instruidas, sofisticadas, admiradas, seductoras, libres y célebres.

Me inspiraré en Veronica Franco, símbolo de la época dorada de una ciudad de leyenda, mujer cosmopolita, con grandes capacidades artísticas y literarias. Amante de la música, versada en el laúd y la espineta, buena conocedora de la literatura clásica, lectora avezada de los mejores autores griegos y romanos. Poetisa,

benefactora y defensora de los derechos de la mujer hace cinco siglos. Fémina bella y fascinante, ingeniosa, de exquisitos modales, capaz de expresar sus opiniones en voz alta ante los más nobles foros y auditorios, cultivando sus intereses culturales por encima de cualquier otra cosa; incluso formó parte de uno de los círculos literarios más famosos de la ciudad, participando en los debates públicos y subvencionando la impresión de antologías poéticas. Mujer que

publicó con éxito varios volúmenes de poesía, que hizo caer rendido a sus pies al mismísimo rey de Francia, y a quien el maestro Tintoretto inmortalizó en un lienzo, recreándose en su belleza y su sensualidad. Gracias a su pericia e inteligencia, Veronica salió absuelta de un juicio de la implacable Inquisición —algo complejísimo e inusual en aquella época— tras la acusación de un hombre despechado, corroído de celos y de envidia porque el talento

poético y literario de Veronica superaba con creces su mediocridad con la pluma.

Así que Ro, llámame cortesana si es tu deseo... Pero atente a las consecuencias. Como los que osaron retar a la inmortal Veronica, puedes salir escaldado.

Rodrigo no ha dado puntada sin hilo. Parece que el tío sigue en plena forma. Intuyo que con tal puesta en escena pretende, de alguna manera, sacarse una espinita clavada haciéndome regresar a

cada localización en la que, si algo de mi alma permanece viva, puede asaltarme cuando menos algún atisbo de culpabilidad.

No le censuro por ello. Yo no soy merecedora de indulto alguno. Lo de hacerle creer que iba a ser violado por un nativo africano con un pollón de dimensiones descomunales no estuvo bien. Lo de engañarle a conciencia para que viajase solo a Venezia fue una cabronada de perra perversa. Y lo de presentarme en nuestra cuarta

isla con otro hombre a traición es imperdonable. Para retorcerme el pescuezo con saña. En figurado y en literal.

¿Desde cuándo la humillación del hombre al que adoraba me provocaba un placer tan intenso?

Jimena (Pecados que cometimos en cinco islas)

Hoy, la noche previa al encuentro, apenas estoy pegando

ojo, como era previsible. Inquietud, todo tipo de bichos macabros machacando las entrañas —nada de delicadas mariposillas de colores revoloteando por el estómago—, excitación traicionera —ni rastro de libido en ebullición—, sudores fríos, taquicardias, ansiedad y una permanente sensación de garganta seca, áspera.

Ni siquiera me he acercado a la cena que el equipo de *Vanity* ha organizado en el Cip's Club, uno de los locales más sibaritas de

Venezia, lugar de peregrinación obligada para sucumbir ante uno de los más bellos atardeceres de la ciudad. En La Giudecca, ver caer el sol arropado por tonalidades rosáceas, violetas y anaranjadas sobre la laguna es una experiencia extrasensorial; disfrutar del ascenso de la luna mientras la cúpula celeste se torna plata y lapislázuli, imborrable; dejarse embaucar por el parpadeo de una vela con el Campanile en la retina, hechicero. He excusado mi presencia con la

predecible cantinela de que quiero repasar la entrevista, ultimar detalles, no dejar nada a la improvisación ni al azar y no trasnochar ni un minuto para lucir esplendorosa en el reportaje fotográfico. La segunda parte es del todo cierta. La primera, ni de coña. He de confesar que no he planificado ni una sola pregunta para Rodrigo. Improvisaré, me dejaré llevar.

Lo he intentado, claro que sí, pero me ha resultado

completamente imposible, hasta ridículo, enfrentarme al folio en blanco que suponía un cuestionario con enfoque profesional, cultural o literario destinado al hombre que había puesto un punto final a una parte de mi vida, dando lugar al nacimiento de mi segundo yo. Algunas preguntas me rondan por la cabeza, pero he descartado enumerarlas en un papel. Además, ¿alguien se cree que Rodrigo y yo, frente a frente, tras cinco años de ausencia física, que no psicológica,

emocional ni afectiva, vamos a ceñirnos a cualquier guion preestablecido? ¿Que respetaremos las reglas y mantendremos el tipo?

Pues eso. Que mañana yo me plantaré ante el señor de mis desvelos y al toro —y que Dios me pille confesada, todo sea dicho.

* * * *

Un *ecce homo* se queda corto para describir el aspecto que yo presento al despertar. Es lo que

tienen las malas noches en toda piel y bolsas de ojos que se precien, y la Ley de Murphy, que aparece en forma de «Grrrrr, estoy peor que nunca», que toda fémina conoce antes de cualquier cita de tron o. ¡Menudo careto! ¡¡¡Puaf!!! Doy asco.

Afortunadamente, el equipo de *Vanity* consigue concienciarte de que los milagros existen: en apenas hora y media, la señorita Jimena ya está presentable. Venga, va, me han dejado niquelada. Eso sí, bajo mis

estrictas instrucciones: melena suelta, lisa, ondulada en las puntas, maquillaje suave, pestañas XXL, pómulos marcados, *gloss* cereza, pantalón pitillo de Schlessler — siempre llevo alguna prenda de moda española en mis estilismos ante los medios—, camisa de seda blanca de Etro, *stiletto*s Louboutin y, como único complemento, un anillo Cartier. Pero de los que quitan el sentido y dejan tiritando la cartera; de los que provocan miradas de envidia femenina

cuando agitas tu mano —con aire despreocupado, pero con toda la intención— en cualquier dirección.

Mi reflejo ante el espejo de la habitación del hotel es el último recuerdo nítido que mantengo de los minutos previos a «la hora Ro». A partir de ese momento, vaivén de emociones, congoja, vorágine de sensaciones, palpitaciones disparadas...

Un taxi acuático, instrucciones y comentarios del equipo que por uno me entran y por otro me salen, risas

lejanas, espuma de sal, vagas percepciones de fachadas, de ventanas venecianas, las curvas de la laguna, pilotes, graznidos de gaviotas, bamboleos y... el Palazzo Erizzo frente a mí.

A plena luz del día, el embrujo cede terreno a la elegancia sobria. Sin gondoleros pícaros, farolillos de luz tenue, túnicas negras, máscaras de fantasía, espíritu de Casanova jugueteando a su libre albedrío, destellos de lentejuelas, rostros e identidades ocultas,

lejanos acordes de bienvenida...
¿¡¿Lejanos acordes de
bienvenida?!? ¡Maldigo tu astucia,
cabrón! La melodía de la *Barcarola*
de Offenbach vuelve a sonar cuando
traspaso las puertas del *palazzo*.
Como aquella imborrable
medianoche.

Conozco el camino. De
memoria. El imponente salón en el
que una vez dancé, busqué, observé,
palpé, enfurecí, temí, sollocé, me
señala silencioso las escaleras de
acceso a la segunda planta.

Yo ya me licencié *cum laude* y soy perfecta conoedora de la distribución simétrica de los palacios venecianos. Me dirijo hacia esos escalones, hipnotizada, temblorosa, congestionada, asustada, pero al mismo tiempo en modo ameba, es decir, sin sentir ni padecer.

Subo cada escalón despacio, pausada, atontada —«Ahí desabroché el cordón de mi capa despojándome de ella»—, accediendo a la planta superior

—«Aquí quedó, resbalando hacia abajo para culminar su descenso reposando sobre las losas de mármol»—, y dejando a un lado el primer dormitorio, en el que alguna vez crucé miradas de fuego con la dama imponente de la espléndida desnudez —«Al fondo, como espectadora en la penumbra, una segunda mujer se limitaba a observar con la capa abierta de lado a lado, exhibiendo un cuerpo diez, perfecto...».

Los recuerdos se agolpan con

tal rapidez, con tal nitidez, que me siento noqueada. Uno tras otro golpean mi psique, boom, boom, boom... Sin piedad.

Identifico el recorrido por aquella larga galería como algo equivalente al paseíllo nupcial o al trayecto por el corredor de la muerte. Supongo que el síncope que me domina debe ser similar a tales situaciones de excepción.

Puerta entreabierta. Denso terciopelo cubriendo una cama en la que descansa una máscara adornada

con plumas negras —parece ser que el condenado bastardo no ha descuidado ni un nimio detalle.

—*Rodrigo, ¿dónde estabas? Nada de esto tiene sentido sin ti. Las cosas prohibidas solamente pueden dejar de serlo a tu lado. Venezia sin ti es una ciudad incómoda, sucia, decadente, rodeada de agua de cloaca. Venezia contigo es sensual y lujuriosa, es la ciudad de los misterios, de los*

excesos, del desafío, es la capital de las máscaras. Venezia es nuestra cuarta parada.

Jimena (Pecados que cometimos en cinco islas)

Esas son exactamente las últimas palabras que dirigí a Rodrigo —tras la orgía de las máscaras jamás volvimos a contactar—, palabras que retumban en mi cabeza mientras traspaso el umbral que me acerca al que alguna

vez fue mi caballero.

Vuelvo a visualizarle en el mismo sitio y en idéntica postura, tal y como le recuerdo la última ocasión en que le vi, hace casi un lustro.

Aquella vez irrumpí agitada, nerviosa, con precipitación, con tremendo desasosiego, impetuosa, desesperada. Ahora lo hago pausada, cautelosa, solemne, respetuosa, digna, elegante, aunque terriblemente insegura...

Sentado regio en el butacón

barroco, dominando la imponente estancia, pétreo, recio, divino, se encuentra Rodrigo en todo su esplendor. Mi caballero.

No tengo palabras para describir el cúmulo de sensaciones y la explosión de emoción que me invade. A veces una buena pluma no es suficiente.

* * * *

¿Alguna vez os ha pasado que tenéis tanto que contar que no os

salen las palabras? ¿Tanto que preguntar que os volvéis mudos? ¿Tanto deseo de expresar lo que sentís que un silencio demoledor termina por invadirlo todo?

Sin ser capaz de articular ni una sílaba, solo puedo clavar mis ojos —verdaderamente hipnotizada— sobre un Rodrigo cuya etapa vital por excelencia es, sin duda alguna, la madurez. Jamás en su más de medio siglo anterior deslumbró tan atractivo, tan galán, tan irresistible, tan varón. Impecable, con *jeans*,

blazer azul marino y camisa blanca, sin un gramo de grasa, con las justas arrugas que confieren personalidad sin afear y con un pelo cano acentuando su señorío.

El reencuentro me deja más K.O. de lo previsto. Anonadada, flotando. Más allá de las nubes. Sin embargo, él se muestra imperturbable. Se levanta, toma educadamente mi mano y, tras besarla suave —sus labios apenas rozan mi dermis, siguiendo un modelo de conducta que adoptaría

con cualquier otra dama, no con SU dama—, me invita a sentarme y a proceder con las preguntas. Sin más preámbulos. Ni siquiera vislumbro algún remoto destello de brillo en sus ojos. Frío, impasible.

«¿Cuántas veces me pensaste, me añoraste, me lloraste? ¿Suspirabas por mí cuando amabas a otras? ¿Tienes la sensación de que nos queda mucho por compartir y por disfrutar? ¿Te arrepientes de nuestro paso por las islas? ¿Me odiaste tanto como me deseaste?

¿Has perdonado mi sacrilegio imperdonable? ¿Indultaste mi osadía por ultrajarte? ¿Todavía tienes ganas de mí? ¿Te asaltan los recuerdos compartidos como una pesada losa? ¿Te ha perseguido lo vivido en las islas cada día? ¿La nostalgia de lo allí acontecido te invade? ¿Y de lo que nos queda por vivir? ¿Por qué no escribiste *El caballero de las cinco islas*? ¿Dolía hasta el alma adentrarse en un pasado tan cercano y tan extremo? ¿Leíste mis *Pecados*? ¿Te

reconociste? ¿Qué te pareció?
¿Cómo hubiese tu pluma moldeado
nuestra obra? ¿Me convertí en la
dueña de tus pensamientos,
obsesiones y deseos desde la
distancia? ¿Querías volver a
cruzar los puentes, saltarte todas las
barreras, despreciar los límites?
¿Conmigo? ¿Sabes que cuando te
marchaste, y solo entonces,
descubrí que te amaba? ¿Llegaste a
amarme en algún momento? ¿A
idolatrarme tanto como yo a ti?
¿Volverías a regalarme un año de tu

existencia? ¿Me regalarías todo lo que te quede por vivir?»

Tal cantidad de emociones se agolpan en mi mente como un torbellino, pero, para mi desgracia, allí quedan. Porque, lejos de soltar a bocajarro todas esas preguntas sin respuestas, los interrogantes que albergan mis anhelos más íntimos, debo proceder con la retahíla de cuestiones que tienen que ser publicadas por *Vanity*.

Decepcionada conmigo misma. ¿Volveré a permitir, como entonces,

la supremacía de la cobardía sobre mi máspreciado anhelo?

—*Que qué tal tu nueva etapa como Premio Nobel.*

—*Que si tras ese sueño te queda algún otro por cumplir.*

—*Que qué se siente al comprobar que tu talento es reconocido internacionalmente.*

—*Que si una vida se queda algo vacía al conseguir el mayor reto.*

—*Que si vas a escribir hasta el*

día en que te mueras.

—Cuál es el título favorito de tu obra, de obras ajenas.

—Qué proyectos idea para el futuro un gran triunfador.

—Cómo ves la situación política actual.

—Qué desconoce la gente de ti.

—Por qué crees que la polémica rodea todo lo que haces o dices.

—Cuentas con algún ídolo.

—Dónde te podemos encontrar cuando te quieres perder.

—*Tus otras grandes pasiones además de la literatura* (y de las mujeres; aunque ese fugaz pensamiento no llegué a formularlo en voz alta, ya lo hizo él por mí...).

Sus respuestas, puro Rodrigo, provocación e irreverencia, vienen a decir:

—*Una nueva fase como otra cualquiera.*

—*La trayectoria vital consiste en una sucesión de etapas; de cada cual depende exprimir las al*

máximo.

—*Si estás vivo, siempre quedan sueños por cumplir, pero no los confesaré públicamente; dejarían de ser quimeras propias para convertirse en chismes ajenos.*

—*Mi talento no necesitaba de premios para un reconocimiento internacional.*

—*Cuando un reto es cumplido, hay que buscar otro aún mejor: a reto culminado, reto gestado.*

—*El título favorito de mi obra*

es el que está por escribir; pocas obras ajenas me han roto por dentro, pero no descarto que alguna no leída llegue a conseguirlo (inciso personal inevitable: ¿se estará refiriendo a mis Pecados?).

—Los proyectos no se planifican, se ponen en marcha sin dilación alguna.

—En una sociedad de borregos, es lógico que gobiernen los mediocres: ser brillante está penalizado en el pelotón de los

necios.

—Ni provocho ni busco la polémica: soy fiel conmigo mismo, coherente con mis pensamientos y valores, con mis principios. Cómo me vean los demás es asunto suyo; el vulgo sobre mí desconoce todo lo capital, afortunadamente.

—Mi ídolo soy yo mismo cada vez que me supero.

—¿Crees que si me quiero perder voy a confesar dónde me podéis encontrar? Aunque en más ocasiones de las recomendables,

andamos tan perdidos dentro de nosotros mismos que ni falta nos hace una movilidad hacia la distancia geográfica.

—Las mujeres bellas, pecaminosas, brillantes, viciosas; también las tontas y manejables, aunque todavía no descubrí en qué orden de preferencia. Las astutas, versadas y admirables dan problemas. Las tontas, solo placer. Ni más ni menos.

Y cuando me dispongo a replicar semejante respuesta por

machista, por inapropiada y, para qué negarlo, porque me siento aludida en lo de que las astutas y versadas son problemáticas, intuyéndola dirigida hacia mí con toda la intención, mi gozo en un pozo. A tomar por saco. Han transcurrido los cuarenta y cinco minutos pactados para el cuestionario y las puertas se abren de golpe. El equipo de *Vanity* entra en tromba para proceder con la primera sesión de fotos que ilustrará el reportaje, la que se

realizará allí mismo, en el dormitorio principal del Palazzo Erizzo.

Mañana por la mañana tendrá lugar la sesión fotográfica en el Harry's, y tras el almuerzo, las últimas tomas en la *suite* del Gritti con *atrezzo* renacentista, tal y como ha requerido Rodrigo. Y una vez finalizado el trabajo de los fotógrafos en las tres localizaciones seleccionadas por expreso deseo del entrevistado, vuelta a Madrid. *C'est fini.*

Pero ¿podría limitarse mi reencuentro con Ro tras un lustro de alejamiento, sinsabores, remordimientos y añoranza, a un mero tropezón profesional? ¿Sin un solo momento para nosotros? Pues mucho me temo que sí, porque la frialdad y la indiferencia que está demostrando él en este primer asalto asustan.

Decepcionada, cavilo una evidencia que siempre aconsejas a los demás, pero, ¡ay!, cómo duele cuando la padeces en primera

persona. Que los sentimientos no siempre son bidireccionales, que generalmente la distancia sí es el olvido, que el perdón es un don con el que no todos cuentan, que lo que para unos es eterno en una relación para otros es efímero, que la rotundidad de las señales muestra lo que parece: ni una despedida, ni un adiós, ni una explicación, ni una toma de contacto durante más de cuatro años, ni la publicación de la novela prometida indican a las claras que Ro ha pasado página sin

titubeos ni lamentos.

Se acabó, solo que la muy imbécil de mí ha dejado pasar más de cincuenta meses para asumirlo. He tenido que regresar al lugar donde abruptamente terminó todo para enfrentarme al más duro de los finales: el de la indiferencia del ser amado.

Y en estas lúgubres conclusiones estoy yo inmersa, deambulando como alma en pena, cuando regreso a mi *suite* dispuesta a pasar la noche entera mojando

pupila y empapando almohada.

No me apetece lo más mínimo que algún miembro del equipo de la revista advierta mi palpable desazón, así que lo más conveniente es hacer mutis. Quizá una copa de vino en la *suite* y un buen baño, espumoso y caliente, recompongan en parte mi pésimo estado de ánimo.

Y mientras me descalzo de unos *stilettos* de precio prohibitivo dispuesta a abandonarme en el mundo de los sollozos

inconsolables, descubro algo extraño sobre la cama.

—¡Cristo bendito, no puede ser!
—grito como una loca desbocada sin control ni medida. El corazón se me sale del pecho.

Sobre el terciopelo ocre descansa un papiro, idéntico al que recibimos dieciséis pervertidos aquel lejano octubre citándonos el mes siguiente a una orgía veneciana. Lo desenrollo, extendiéndolo con ansia, sorpresa y nerviosismo.

Misma letra de escribano. Elaborada, puntiaguda, artesanal, escrita con tinta oscura. Explica con todo lujo de detalles, de manera muy precisa, las instrucciones para mi inesperada cita de esta noche, mucho más apetecible y privada que la de la jornada laboral que nos ha ocupado casi todo el día: Rodrigo me invita a La Fenice. Desde un palco privilegiado de uno de los teatros más emblemáticos del mundo, disfrutaremos de la representación de hoy: la ópera

Don Giovanni, el libertino castigado y castigador, el cabronazo encantador, culto, subversivo, arrogante, insolente, embaucador, promiscuo... Muy apropiado.

Cuenta la leyenda que el mismísimo Giacomo Casanova influyó en *Don Giovanni*, que el libreto está inspirado en las andanzas y romances que el italiano narró en primera persona al gran compositor alemán, a Mozart, y que incluso Giacomo estuvo presente en

el estreno de la ópera en Praga.

Para no creer en los juegos del azar ni en la intervención de los hados del destino, asisto atónita a una sucesión de casualidades inexplicables. Hace cinco años el espíritu del legendario amante veneciano se adueñó de mi voluntad, eclosionando mi sensualidad y mi sexualidad hasta el extremo, camino del Palazzo Erizzo, lugar en el cual el romance con mi seductor contemporáneo particular, Rodrigo, murió para

siempre. O al menos, reposa en un *stand by* permanente.

Mi reencuentro —el genuino, no el profesional— con Ro tendrá lugar al son de los acordes de una ópera a la que Casanova, cuando menos, tocó con su varita mágica.

Se escenificará en La Fenice, cuyo emblema y cuyo nombre rinden pleitesía al Ave Fénix, objeto de mi veneración, entusiasmo del que hice partícipe a Rodrigo en nuestro regreso de la segunda isla, Lesbos:

El Ave Fénix. Me fascina lo que simboliza y la forma en que es esculpido sobre la piedra o el bronce. Criatura inmortal que renace de sus propias cenizas. Resurrección, inmortalidad, y si vamos más allá, recuperación tras una catástrofe, seguir adelante tras un traspie, superar un varapalo, resurgir tras la desolación, levantarse con más fuerza después de una dolorosa

caída. ¿Tú sabes aquello de que el que tropieza y no cae avanza dos pasos? Pues eso es el Ave Fénix, dejando de lado todas sus connotaciones mitológicas, acercándolo a un espacio más cercano y terrenal: optimismo y fuerza vital pura. Triunfo.

*Jimena (Pecados que cometimos
en cinco islas)*

Y el órdago que me lanzó
Rodrigo entonces, órdago que,

como tantos otros, quedó en suspenso tras la radical ruptura.

Y entonces, Jimena, ¿me has dicho que vas a subir conmigo algún día al lado de cualquiera de los Ave Fénix que coronan emblemáticos edificios madrileños para dejarte llevar? Imagina, si juntos perdemos la cabeza y el Fénix tanto te provoca, la combinación de los dos juntos cerca de ti puede ser

explosiva...

Rodrigo (*Pecados que
cometimos en cinco islas*)

En suspenso, que no en el olvido, porque como cada palabra, cada conversación, cada caricia, cada orgasmo, cada momento, cada beso, cada experiencia compartida, permanece grabado a fuego en mi memoria.

Que la fortaleza del Fénix y la picardía de Giacomo me guíen en esta nueva aventura que me

dispongo a iniciar.

Las tornas han cambiado. Ahora es Rodrigo el que propone, el que me reta. Y en esta ocasión soy yo, Jimena, quien acepta el desafío.

* * * *

La Noble Sociedad del nuevo teatro por erigirse en Venezia sobre el fundo adquirido en los barrios de San Ángel y de Santa María Zobenigo ha encargado a sus presidentes y adjuntos procurarse diseños y modelos... invitando a la competencia tanto a los arquitectos nacionales como

extranjeros para proponer la forma de un teatro (...) el más satisfactorio al ojo y al oído de los espectadores (...).

Así recita el bando del concurso para la edificación del teatro La Fenice, publicado el 1 de noviembre de 1789. En los catorce artículos de los que estaba compuesto, el documento estableció que la futura construcción tenía que prever cinco órdenes de palcos «que se denominan *pepiano*», con

un número no menor a treinta y cinco palcos por cada orden. Una clara elección a favor de las «pequeñas galerías según la costumbre de Italia», con el fin de obtener como resultado las dos características generalmente requeridas para una sala teatral: buena visibilidad y la mejor acústica.

Traducido literalmente al español, La Fenice es el Fénix, la criatura mitológica renaciente de sus cenizas objeto de mi devoción

desde que tengo uso de razón.

El teatro es sobrio por fuera; majestuoso, opulento, embriagador por dentro. Algunos entendidos defienden que tal dicotomía del espacio escénico se inspira en los Apolo y Dioniso.

El dios del sol, del orden y de la razón para dar la bienvenida, y el reino del exceso —gobernado por Dioniso o Baco— para potenciar el éxtasis que provoca el espectáculo en el escenario. Se ubica en el Campo San Fantin, en el centro

histórico de la ciudad.

En La Fenice se han estrenado obras de Rossini, Bellini, Verdi y Leoncavallo, tales como *Rigoletto*, *La Traviata*, *Tancredi* o *Simón Boccanegra*. Casi nada.

Fue inaugurado en el año 1792, con estilo arquitectónico neoclásico, diseñado por Giannantonio Selva. Como el ave que venero, el teatro veneciano por excelencia ha resurgido hasta en dos ocasiones de sus propias cenizas, si bien con las sucesivas

reformas podemos hablar hasta de cinco Fenices distintas a lo largo de la historia. Cinco Fenices como cinco islas...

El primer incendio ocurrió en el año 1836. La destrucción resultó casi completa, aunque en apenas un año reabría sus puertas, siendo la restauración conducida por los ingenieros y arquitectos Tommaso y Giovanni Battista Meduna, quienes también se encargaron de la nueva decoración. En la noche inaugural, el 26 de diciembre, fueron

representadas la ópera *Rosmunda in Ravenna* de Giuseppe Lillo, y el baile *El rapto de las doncellas venecianas* de Antonio Cortesi.

El segundo incendio es reciente, tuvo lugar en la última década del siglo XX, en el año 1996; se trató de un incendio pavoroso que redujo el teatro a cenizas, aunque en esta ocasión no lograron reabrir sus puertas hasta transcurridos siete años, en 2003, debido a que la reconstrucción no comenzó hasta el 2001. Los trabajos fueron fieles al

estilo del siglo XIX, basados en un diseño del arquitecto Aldo Rossi y utilizando como referencia fotografías antiguas del edificio.

El 14 de diciembre de 2003, con un concierto inaugural de Beethoven, Wagner y Stravinski, La Fenice se puso de nuevo de largo ante el público, con opiniones diversas entre los venecianos, y es que, tratándose de una de las escasas localizaciones de la ciudad en la que los lugareños superan considerablemente en número a los

visitantes, aquellos tienen mucho que decir. Para algunos, el lugar es una falsa imitación del pasado; para otros, la clave debió pasar por atreverse a construir un edificio totalmente nuevo; la mayoría acepta el resultado de la segunda restauración. La prensa española lo narraba así:

La Fenice, el teatro de ópera de Venecia, reabrió ayer sus puertas con toda pompa. Para los no habitués del lugar, solo

un intenso olor a barniz y algún detalle menor, como el brillo excesivo de las lámparas de cristal, delataba la obra nueva. El resto parecía llevar allí toda la vida: las molduras, los estucos, la yesería recubierta de lámina de oro (se han empleado 5000 metros cuadrados), los putti (angelotes) del techo. Ni una mala placa recuerda la jornada histórica de ayer, en que La Fenice consiguió volver

a ser lo que había sido y en el mismo lugar en que fue edificada en 1792. Volvió a repetirlo el alcalde veneciano, Paolo Costa, en el único discurso que precedió al concierto con el coro y la orquesta del teatro dirigidos por Riccardo Muti: «La pesadilla ha concluido». Una pesadilla que ha durado ocho años y de la que los únicos responsables, para la justicia italiana, fueron dos

electricistas, que provocaron intencionadamente el fuego para no tener que pagar la penalización por el retraso en los trabajos que realizaban (...).

El programa que Muti ofreció en la sesión inaugural careció de riesgo. Si de lo que se trataba era de borrar toda idea de novedad, de hacer olvidar por todos los medios lo ocurrido, a fe que las obras escogidas lo consiguieron.

Tras el himno nacional cantado a pleno pulmón por el coro, abrió La consagración del hogar, que Beethoven escribió para inaugurar un teatro vienés. ¡Qué tiempos aquellos en los que las aperturas de los teatros se celebraban con estrenos de los creadores del momento! La pieza de Beethoven, claro homenaje a Haendel, es todo un clásico para este tipo de circunstancias. Siguió a esa

pieza un conjunto de obras íntimamente ligadas a Venecia. En primer lugar, la Sinfonía de los salmos, de Ígor Stravinski. Fue esta la parte en que la capacidad para el matiz de Muti se puso brillantemente de manifiesto. Los contrastes tímbricos y los abruptos cambios de volúmenes exigieron la máxima atención de instrumentistas y coristas, que acabaron superando la prueba con nota alta.

La segunda parte estuvo marcada por la rutina. El Te Deum del compositor barroco veneciano Antonio Caldara sonó apagado y los solistas, colocados detrás de la orquesta, se escucharon francamente poco. Cerraron la velada dos marchas de Richard Wagner, que en esta ciudad vio el fin de sus días. Ambas obras, de escaso interés intrínseco, sirvieron para poner a prueba la acústica de la nueva sala.

Fue, pues, una velada intensa: más desde el punto de vista emocional que propiamente musical.

(Agustín Fancelli, *El País*, 15-12-2003)

La tradición operística de Venezia no es comparable a la de, por ejemplo, su vecina Milán, ni La Fenice es La Scala, pero los pudientes venecianos —que tienen en las noches de representación uno de sus más deseados momentos

socialité—, en los estrenos, exhiben joyones hasta la exageración, amén de otros excesos. Damas encopetadas y caballeros emulando modales aristocráticos.

Y es bien asumido por cualquier avezado cosmopolita que ir a la ópera —en Venezia y en la Cochabamba, lo mismo da—, por encima de connotaciones culturales o musicales, es un acto social a los que se acude para ver y ser visto.

Hasta la propia arquitectura de

los teatros así lo atestigua: pocas localidades ofrecen buena visibilidad del escenario. Incluso los palcos están dispuestos para observar divinamente el panorama y no tan bien la representación operística. En cualquier teatro a lo largo y ancho de los cinco continentes, nos encontraremos con una disposición meramente social.

La verdad, a mí me resultaba indiferente la vestimenta que los asistentes al *Don Giovanni* fueran a lucir aquella noche. Aunque el resto

de los mortales se hubiesen personado en pelotas o en pijama, mi aparición solo podía ser de una manera: estelar. Rodrigo tiene que quedar epatado al primer golpe de vista. Sin respiración por lo menos, pero todavía desconozco si la evolución de la velada pudiese concluir en un boca a boca de la dama que le reanime del impacto que suponga mi radiante presencia.

Encima, cuento con ventaja para conseguir mi propósito: el equipazo de *Vanity*, todos tan cerquita de mí,

en las habitaciones contiguas del hotel. ¡Como para no tirar de ellos en una ocasión tan vital! Les he pedido un favor: si por la mañana habían sido capaces de niquelar mi aspecto tras una mala noche, en esta ocasión deben cincelarme como si tuviese que ganar uno de esos horrendos concursos femeninos de belleza más propios del Medievo que del siglo XXI.

—Vamos, chicos, no os cortéis, el objetivo de esta noche es *Jimena for Miss Universo*. Pero con

muuuucha clase, ¿eh?

¡Y vaya que si han cumplido con creces! Se han tomado bien a pecho mis instrucciones, sí, señor...

No nos engañemos. Ni se os ocurra dejaros intimidar jamás por portadas o sesiones de fotos de mujeres irreales: cualquier fémina medianamente atractiva, pasando por el proceso de chapa y pintura de semejantes equipazos de profesionales, puede eclipsar a cualquier *top model* que se le ponga

por delante. No es coña.

Del Photoshop y las ridículas mujeres de cartón piedra, ya ni hablamos. A todos nos gusta lucir un aspecto saludable, cuidar nuestra imagen y vernos —y que nos vean— con un físico atractivo. Pero de ahí a retocar imágenes hasta excesos que rozan el ridículo y a obsesionarnos con estampas imposibles que solo son alcanzables vía cirugía virtual hay un mundo. ¿Será porque nos ha tocado vivir en una sociedad donde

todo es manipulación, y no solo en las fotografías?

Una cosa es mejorar artísticamente una instantánea — enfoque, matices de color, iluminación adecuada—, incluso es admisible eliminar algún defectillo que afea el resultado —vello fuera de lugar, barba mal recortada, granito inoportuno—, en definitiva, corregir imperfecciones que se podrían liquidar con cualquier tratamiento de belleza, y otra muy diferente manipular la imagen hasta

el punto de cambiar la percepción real de una persona. Cinturas imposibles, pechos perfectos, pómulos inverosímiles, labios hipercarnosos, cutis impolutos, torsos de Adonis, culos inalcanzables o siluetas increíbles alimentan estéticas irreales, inseguridades en personas valiosas y dramas en adolescentes.

Vender imágenes utópicas no es sano. Utilizar programas de retoque en modelos guapísimas y con tipazo que ya al natural son un cañonazo es

absurdo. Convertir a señoras estupendas que pasan —y de largo— el medio siglo en caricaturas de sí mismas, intentando competir con las dermis de sus nietas, es delirante.

Y ya ni te cuento cuando hacen lo propio cargos públicos en reportajes «glamurosos»... Personalidades que se nos desmarcan con unos posados de Supershop —el Photoshop se queda pequeño ante tal despliegue de efectos mágicos— cual estrellas del

papel cuché, a sabiendas de que al día siguiente vamos a ver de nuevo en televisión o prensa su verdadero rostro. Es obligación de los que sirven —o servían— de ejemplo a los ciudadanos no alimentar más la sociedad de la falsa imagen ni potenciar la sobrevalorada belleza física. Los rasgos trucados pueden tener su gracia pasajera, pero una persona es mucho más que eso.

El verdadero encanto reside en un todo: el tono de voz, la manera de moverse, de caminar, la

profundidad de una mirada, los gestos, la sonrisa, el estilo. Por supuesto, la belleza plena engloba la personalidad, las experiencias vitales que moldean un carácter, la generosidad, la capacidad de sorprender, de entregarse, de superarse... Y sin olvidarme del hechizo de la naturalidad, la que sin duda es mi favorita: la sensualidad de la inteligencia.

¿Cómo sería nuestra sociedad si el empeño dedicado a la obsesiva búsqueda de la perfección física lo

destinásemos a conseguir la excelencia en valores morales, superación personal, respeto al prójimo, relación con los que nos rodean, educación de las nuevas generaciones?, ¿en saber, conocer, aprender y dar lo mejor de nosotros mismos cada día?

* * * *

CASTIGO SOBRE TERCIOPELO

Espléndido vestido de cóctel en seda salvaje de color verde esmeralda firmado por Gucci; escote inteligente; semirrecogido que muestra un rostro despejado respetuoso con la formalidad del conjunto, pero permitiendo cierta movilidad en la melena; maquillaje con suave ahumado en los ojos y

rojo intenso en los labios; pendientes en lágrima de diamantes talla pera de la prestigiosa casa Carrera y Carrera —mi toque español del *look*—, y taconazos de los insufribles, pero tan divinos estilizando piernas y silueta hasta lo imposible que el suplicio se convierte en gusto. ¡Casi no me reconozco en el espejo, qué artistas estos «vaniteros»!

La ocasión requiere un «antes muerta que sencilla», aunque, por supuesto, sin obviar ni mi esencia,

ni mi estilo, ni mi personalidad. Lo han clavado. ¡Qué pedazo de mujer apetecible, elegante, señora refleja la imagen de cualquier cristal con el que me voy cruzando en mi camino! Y con la tremenda seguridad que proporciona el sentirse atractiva, esplendorosa, seductora, poderosa, asciendo los seis escalones que me permiten traspasar el umbral del pórtico austero de La Fenice, coronado por su emblema, un Fénix dorado con sus majestuosas alas extendidas.

Una amable señorita —cortesía de Rodrigo, supongo— me espera allí. Antes de guiarme al palco, me dirige a un pequeño reservado donde me ofrece una copa de *champagne* rosado —mi favorito—, que aniquilo de un trago, pidiendo sin pudor otra segunda copa que bebo siguiendo idéntico procedimiento: del tirón. La solícita señorita me retiene por un indeterminado espacio de tiempo.

—Don Rodrigo ha ordenado que solo debe acceder usted al

palco transcurridos unos minutos.

Me mosqueo —Dios sabe el porqué de este retraso planificado; tratándose de Rodrigo, cualquier maquinación, macabra o placentera, es posible—, pero simultáneamente una sensación de alegría, una explosión mezcla de incertidumbre y expectación me invade: si Ro ha puesto reglas, es porque hay juego. Bienvenido sea.

Me paso todo el primer acto de *Don Giovanni* —¡y esta ópera solo cuenta con dos!— dándole al

champagne en el reservado sin más que hacer posible y sin poder presentarme de improviso en el palco de Ro, porque no tengo ni pajolera de cuál es ni dónde está ubicado.

Los gorgoritos lejanos de barítono, bajos, sopranos, tenor y orquesta retumban en mi cabeza, pero apenas presto atención: las dudas, la incertidumbre creciente y el pavor a un plantón, a una tomadura de pelo, a un plan macabro, comienzan a tomar forma.

¿Por qué me habrá citado en La Fenice para compartir en mutua —a saber si agradable— compañía la representación del jocoso drama del disoluto Don Juan si ahora me mantiene apartada de su lado con premeditación y alevosía? ¿Pero es que la historia entre este hombre y yo rayará, ni siquiera en una mísera cita, los límites de lo predecible? En estas elucubraciones ando sumergida —mientras yo me sigo sumergiendo en las burbujas del rosado, ¡menuda chispa me voy a

agarrar!— cuando la pelma, que no me ha quitado ojo y parece mi guardaespaldas personal, me indica que la siga.

Parece que ha llegado el momento. ¡Aleluya! No cesamos de subir escaleras —raro que Ro haya seleccionado un palco tan elevado: él solo elige los mejores emplazamientos, los *Premium*, los que solo están al alcance de los privilegiados; a menos que La Fenice, *Don Giovanni* y hasta Venezia sean una mera excusa para

otro propósito más calenturiento, algo que, por otra parte, no descarto en absoluto.

Cuando, después de alcanzar la última planta del teatro, los pasos de la estirada señorita me conducen hacia uno de los palcos más escorados, concluyo que mi teoría es certera: Ro ha maquinado algo y estoy a punto de descubrir de qué se trata. Tras su indiferencia matutina, desconozco si tal intriga obedece al guion de una reconciliación, de una chanza o de una *vendetta* en toda

regla.

He de confesar que a estas alturas me siento más acojonada que expectante. Puede que el sexto sentido me esté lanzando señales de peligro, me alerte de que estoy a punto de traspasar una puerta arriesgada. Otra más...

La *sexy* guía al fin se detiene ante una puerta, la abre despacio, y me invita con un gesto sincronizado de manos y cabeza a entrar en ese espacio —casi perpendicular al escenario, cinco plantas por encima

— marcado por los tonos dorados, rebosante de terciopelos y estucos. En cuanto cruzo el umbral, escucho el sonido de unas llaves volteando una cerradura —las puertas de los palcos de los teatros se cierran por fuera, no por dentro—. En el manual de instrucciones de esta noche, Ro debió incluir una cláusula específica de «encerrar a Jimena en el palco en cuanto lo pise».

A la vez que mi oído escucha el sonido de esas llaves traicioneras,

mis ojos vislumbran dos cabezas en la penumbra. En los palcos de La Fenice la oscuridad nunca es absoluta, porque las luces no se apagan del todo.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, incidiendo con saña en las vísceras, por la presencia de una compañía inesperada. Reconozco la testa de Ro —puedo evocar cualquier parte de su cuerpo, no he olvidado ni un milímetro de su anatomía—, mientras descubro que la otra

presencia pertenece a una mujer.

De todos los argumentos que yo podría haber predicho entre el descubrimiento del papiro esta tarde y mi reciente aparición en el palco, este era el único que no tenía cabida en mi imaginación. ¿Quién coño osa entorpecer el añorado reencuentro con mi caballero?

Claro que el impacto es todavía mayor cuando la susodicha —a la que se intuye desde detrás, desde mi posición, con buen porte, elegancia, clase y señorío— vuelve

su cabeza muy despacio, altiva, pendenciera —el cabronazo de Roni siquiera se molesta en girarla para darme un obligado buenas noches—, y clava sus ojos desafiantes en mi rostro demudado. Paralizada me encuentro cuando queda al descubierto la identidad de la invitada.

«¡Maldita hija de puta!», pienso para mis adentros, mientras me focalizo en mantener la compostura y no dar sensación de un K.O. técnico en toda regla.

Me acomodo digna en mi butacón, como si la cosa no fuese conmigo, mientras observo de reojo —mitad pasmo, mitad odio— a una mujer excepcional; para describirla con tino en pocas palabras, puedo afirmar que se trata de un perfecto *á l t e r e g o* de Rodrigo, pero de género femenino. Alguien a quien en los mentideros de la Villa relacionan en las últimas semanas con mi Ro —aunque las habladurías de cenáculos y mentideros capitalinos no son fiables al cien

por cien, parece que en esta ocasión no andaban mal encaminados.

Inteligente, polémica, osada, manipuladora, cruel, atractiva, rozando un medio siglo demasiado bien llevado. Una de las mujeres más ricas de Europa. La mujer más poderosa de España. Pérfida, malvada, despiadada, multimillonaria e insidiosa: Adriana Liébana.

Qué decir sobre Adriana Liébana. Cuán complejo es

describir a semejante fémina. Hay seres humanos con una dimensión personal tan enorme, con una trayectoria vital tan intensa, que las palabras, por muy elaboradas que estén, por muy exhaustiva que sea la recreación que de ellas se hace o muy concienzuda sea la pluma del que traza su perfil, jams podrn reflejar la realidad del personaje en toda su amplitud.

 Qu  se le puede antojar a una mujer que cuenta con todo desde la cuna?  A qué aspira alguien a

quien el destino premió hasta el exceso, mujer con la que los hados, las estrellas o los dioses fueron tan excesivamente generosos que podría considerarse un agravio comparativo respecto al resto de los mortales? ¿Qué ofrecer a quien todo lo posee? ¿Cómo incentivar a la que todo ha conseguido? ¿Qué motiva a una triunfadora innata?

Nacida en el seno de una de las familias más influyentes del país, tanto de apellido como de

patrimonio. Hay algunos carcamales que sacan a pasear estandartes y apellidos sin un puto duro en los bolsillos, pero a los que se respeta —hasta cierto punto— por el estatus y la gloria de sus antepasados en tiempos mejores. Otros acumulan patrimonios extraordinarios de nuevo cuño que les permiten abrirse hueco en determinados ambientes económicos y empresariales, pero que jamás consiguen el estatus social

implícito en el rancio abolengo. Los Liébana de Sidonia y Aliaga de Haro iban sobrados de todo: de linaje, de patronímicos rimbombantes, de Historia de España —que corría por sus venas—, de influencias, de amistades en las altas esferas —en cualquier alta esfera—, de millones de euros acumulados en bancos nacionales, internacionales y hasta paraísos fiscales, o de extenso patrimonio, mobiliario, inmobiliario, cultural, artístico, siendo además uno de los

*mayores terratenientes de Europa.
Un caramelo de familia.*

*Por si tal dispendio de riqueza
y excesos no fuese suficiente,
Adriana había salido lúcida,
brillante, intelectual,
perfeccionista, ambiciosa,
competitiva, extraordinaria
lectora, superlativa oradora y
magnífica conversadora: una
joyita de damisela. Para rematar
la faena, la heredera del imperio
Liébana era tremendamente
atractiva a la mayoría de los ojos*

masculinos y de muchos femeninos —frente a las señoras levantaba más controversia: despertaba admiración y corrosiva envidia a partes iguales—. Podría afirmarse con rotundidad que Adriana coleccionaba odios y pasiones por doquier, pero no dejaba indiferente a ningún españolito.

Muy esbelta, de pelo negro e intensos ojos verdes, la dureza de sus rasgos faciales era suavizada por una figura delicada, de sedosas curvas y exquisita

elegancia en todos los frentes posibles: en el vestir, en el hablar, en la manera de comportarse, en la sutileza de sus movimientos, en una refinada educación solo al alcance de los elegidos. No era mujer de extraordinaria belleza, ni mucho menos, pero emanaba un aura de poderío y de seducción que la convertían en arrebatadora. Con una inteligencia por encima de la media —la leyenda urbana le atribuía un cociente intelectual de 160—, una clase singular y una

gracia natural, arrasaba allá por donde pasara.

Su verdadero punto fuerte consistía en una personalidad arrolladora, una erudición extraordinaria y una convicción en la oratoria que anonadaba. No había argumento, por muy disparatado que a priori pudiese parecer, del que no consiguiese adueñarse y hacerlo suyo.

Tal despilfarro de cualidades no estaba exento de otras tantas imperfecciones y defectos. Los que

la conocían bien la acusaban de clasista, egoísta, insensible, altanera, soberbia, déspota, cínica, embustera, manipuladora, fría y calculadora hasta el límite. Una mezcla explosiva la de la señora Liébana...

Su formación se había desarrollado en el mejor colegio de la capital, con extraordinarias calificaciones, posteriormente, durante el bachillerato, en un internado en Suiza —dominaba, pues, el inglés y el francés—, para

finalizar licenciándose con honores en ICADE.

Además de absorber todo el conocimiento que los libros podían ofrecer, Adriana tenía otra pasión: la velocidad. Todo lo quería devorar rápido y todo lo quería conseguir ya, siendo una de las maneras en las que mejor podía sentir esa sensación de vértigo, de subidón de adrenalina, de sentirse plenamente viva, volar a lomos de cualquier ejemplar de su colección de caballos pura sangre. Adriana

era una experta amazona desde la adolescencia, montando los fines de semana en las fincas familiares de Ávila, Toledo y Extremadura. Su padre, que todo le consentía, se sentía dichoso sorprendiendo a la niña con corceles que costaban una millonada y a los que su hija hacía galopar como si no existiese un mañana. Pisar el acelerador de cualquier descapotable por carreteras poco frecuentadas, deleitándose con el viento golpeando su cara, era otra de las

satisfacciones frívolas de Adriana —cómo no, con la bendita velocidad como protagonista.

Apenas un año después de alcanzar su título universitario, contrajo matrimonio con un joven de noble linaje, Mario Mendoza de Rocamora, para mayor jolgorio y satisfacción de familiares directos, colaterales y de los ilustrísimos miembros del copetín patrio. El flamante esposo no podía distar más, en absolutamente todo, de su cónyuge. Anodino, tranquilo,

mediocre, pasivo, conformista, sin más aspiraciones que disfrutar de las tierras familiares, salir de caza en temporada, organizar partidas de mus regadas por buen coñac con los amigos o acudir de cuando en cuando a cenorrios de postín compartiendo sonrisas falsas con conocidos de compromiso.

Eso sí, estaba profundamente enamorado de Adriana, pues su única vocación era convertirse en esclavo servil y sumiso de la mujer a la que idolatraba.

Ni que decir tiene que la felicidad de ambas estirpes se colapsó con los nacimientos, en apenas tres años desde la celebración del enlace, de Josefina primero, y Rosalía Mendoza de Rocamora y Liébana de Sidonia después.

Lejos de adaptarse al modelo de riquísima heredera de la alta sociedad de la década de los setenta, Adriana rompió moldes. Su educación conservadora, exquisita, su entorno familiar y

personal, su concepto tradicional y ordenado de la familia la empujaron con convencimiento hacia un matrimonio y una maternidad tempranos con un hombre a la altura económica y social de sus circunstancias, compromiso que ella asumía como una evolución lógica de su madurez. Simplemente, la boda era para ella algo que tenía que pasar, y contando con el beneplácito y los parabienes de padres y demás ascendentes directos. Todo muy

correcto en el ámbito privado. Un nuevo estado civil que, lejos de cuestionar en su juventud, aceptó de buena gana.

Pero el terreno profesional era harina de otro costal. Su inquietud intelectual y su ambición personal la arrastraban hacia el epicentro de la actualidad, que durante su vida universitaria giró en torno a la Transición española. Muerte de Franco, coronación de Juan Carlos, primeras elecciones en democracia, devolución de las

libertades públicas, la ilusión de toda una sociedad, el resurgir de algunos partidos, el nacimiento de otras nuevas formaciones políticas, los amigos de la familia de toda la vida que adquirirían cargos y liderazgo en esas diversas opciones políticas que iban tomando forma — preferentemente en la liberal—... Aquello era lo suyo, sin dudarlo: sentía fervor intenso por la vida pública.

Con una recomendación

paterna —el patriarca Liébana, a pesar de tal fortuna y posición, había sido ambiguo con el antiguo régimen en algunas ocasiones, crítico con el dictador franquista en otras tantas, lo que ahora le otorgaba respeto, prestigio y gratitud durante la democracia—, Adriana entró por la puerta grande: conocedora de los modelos de otros partidos con larga trayectoria en el liberalismo europeo —no en vano había vivido varios años en Centroeuropa—,

propuso la idea de agrupar a los más jóvenes del partido, liderando con éxito y con tremendo magnetismo a las juventudes de los liberales prácticamente desde los albores de dicha formación política.

Su trayectoria fue meteórica: presidenta de esas juventudes liberales que ella misma había ideado a los veintidós, diputada nacional a los veintisiete —coincidiendo con el nacimiento de su segunda hija—, presidenta del

Senado a los treinta y cinco, presidenta de comunidad autónoma a los cuarenta y pocos, ocupando, recién cumplidos unos espléndidos cincuenta, la cartera de Fomento y la vicepresidencia segunda del Gobierno de España.

Irrepetible currículum e impresionante dama. Pero ojo, que esa es la cara A, la amable, la admirable. Existe una cara B, la oculta, la odiosa, la despreciable. Por el camino y para alcanzar la cima de poder, Adriana —como

casi todos los que han sucumbido a la llamada de alcanzar la supremacía a cualquier precio— sembró cadáveres, despojándose de escrúpulos, de principios, de valores y de muchas cosas más.

Si había que pagar favores, se pagaban —la infinita fortuna familiar podía permitirse el lujo, además, de colmar caprichos, de comprar ambiciones personales de terceros—; si había que dejar por el camino a algún colaborador incómodo, se le defenestraba sin

miramiento alguno; si la traición a compañeros implicaba un ascenso por la vía rápida, culminaba presto la conjura; si había que mentir a esa ciudadanía mediocre y gris que la encumbraba con sus votos, se contaba una embellecida sarta de embustes en portada o en prime time, y si esos infelices aguantaban estopa, pues doble ración...

La que todo lo tenía y todo había conseguido sin esfuerzo alguno acabó encontrando la

satisfacción plena, la motivación, el cosquilleo en el estómago, en el lado oscuro. Sortear el peligro, compadrear con lo prohibido, torear lo ilegal o vencer al sistema se convirtió en su motivación con el paso de los años. La corrupción para ella era un juego, un pasatiempo, no un fin, habida cuenta de que difícilmente acumularía delinquiendo en lo público ni la décima parte del patrimonio heredado por la estirpe de Liébana de Sidonia, heredad

que garantizaba la buena vida de sus hijos, nietos, bisnietos, tataranietos y varias decenas de generaciones sucesivas.

A decir verdad, también contaba con otro motivo de satisfacción más mundano: la conquista. Desarrollar hasta lo maquiavélico el arte de la seducción.

Los primeros años de su matrimonio transcurrieron con tranquilidad. La pronta llegada de las niñas inclinó la balanza hacia

un matrimonio volcado en la paternidad más que en la vida de pareja. Realmente el que crio, educando con esmero y hasta con veneración, a Josefina y a Rosalía fue su padre, ya que Adriana estaba absorbida por el partido, entregada a la consolidación de la democracia, a la vida pública y a alimentar una ambición personal a la par que a satisfacer un ego que crecía exponencialmente.

La responsabilidad que adquirió con su escaño en el

Congreso y, sobre todo, la Presidencia del Senado —cuarta autoridad institucional del Estado—, sin haber cumplido los cuarenta, apenas le dejaron tiempo libre para la familia.

Confiaba en su marido, se entendía con él —mismo tipo de educación, idéntico estatus, misma visión de la vida—, le tenía cariño, valoraba sobremanera su entrega hacia las niñas y hacia ella misma: era alguien de la familia, que siempre estaba ahí, un ser

querido en quien apoyarse tras un día difícil o con quien disfrutar alegrías y compartir fechas señaladas. Pero nunca sintió amor pasional, deseo carnal o admiración hacia el hombre con el que compartía vida y hogar.

Durante más de una década de matrimonio Adriana fue fiel; estaba tan ocupada ascendiendo en el escalafón que apenas si reparaba en algo más que no fuesen sus responsabilidades y su imagen pública. Pero acercándose

a la cuarentena, descubrió el placer de lo prohibido desde la infidelidad, y a partir de entonces fue un no parar.

Su fama de «devora-hombres» era épica en los restringidos círculos del poder —para el resto de los ciudadanos, para los votantes, era el prototipo de superwoman capaz de compaginar a la perfección el rol de brillante profesional con el de solícita esposa y mamá—. Se rumoreaba que había vuelto locos de amor a

dos miembros emparentados con la familia del rey, que desde entonces andaban enemistados entre ellos por sus amoríos con la tigresa.

Pero accidentes esporádicos aparte, el perfil de varones que volvían loca a Adriana estaba perfectamente definido: hombres atractivos, de buena planta, varios años más jóvenes que ella, elegantes, con clase, exquisitos modales, de fuerte carácter, gran carga intelectual, independientes, triunfadores en el ámbito laboral y

muuy apasionados en la cama. Directivos de multinacionales que conocía en actos públicos, poetas o periodistas de éxito con los que coincidía en presentaciones de libros, decoradores de moda sentados frente a ella en una cena privada organizada por amigos comunes, algún actor al que le echó el ojo tras felicitarle por un gran estreno, abogados, arquitectos, algún deportista de élite...

La lista era numerosa pero

selecta, salvo lapsus accidentales. ¡Faltaría más! Recién cumplidos los cincuenta, Adriana Liébana se sentía en el cénit, en la plenitud absoluta como mujer. Jamás se había visto tan bien delante de un espejo ni tan segura en la intimidad con los hombres.

Y aquí estoy yo, encerrada con semejante ejemplar femenino, con la tigresa, con la «devora-hombres», con la ninfómana todopoderosa —se ve que en los

últimos tiempos compatibiliza jovencitos macizos con maduros cautivadores— a la par que con un Rodrigo que ni se ha inmutado, ni se ha dignado dirigirme no ya la palabra, sino una mísera mirada. ¡Menudo papelón el mío, a merced de Rodrigo y Adriana! Dos piezas de colección del museo de los horrores dispuestas a disfrutar de una agradable velada a mi costa.

El segundo acto de *Don Giovanni* comienza, y con él uno de los episodios más humillantes de mi

vida, si no el que más hasta la fecha. Se ve que Ro me la tiene bien guardada por mis «travesuras» de las islas. Los que, visto lo visto, me atrevo ya casi con plena seguridad a catalogar como amantes me ignoran por completo mientras se dedican entre ellos todo tipo de muestras de aparente cariño y complicidad. Sí, aparente, porque con dos seres humanos tan fríos, tan pragmáticos y tan astutos nunca se sabe.

Oteo los dedos de Rodrigo

acariciar el pelo de Adriana y, de vez en cuando, dibujando círculos en sus rodillas. Trago saliva. Esos dedos comienzan a ascender hacia los muslos mientras ella —que está sentada entre Rodrigo y yo—, tras el contacto de unas manos solícitas, abre sus piernas de manera instintiva. Vuelvo a tragar saliva. ¡La que me espera! ¡Virgencita de la Caridad apiádate de mí!

Después de unos segundos que me resultan eternos —e incómodos—, él baja sus dedos de nuevo

hasta las rodillas, dedos que a la tenue luz que ilumina el palco se perciben mojados. ¡La muy zorra está gozando mientras yo sufro!

Intento con todas mis fuerzas concentrarme en el intercambio de sombrero, capa y personalidades entre Leporello y Giovanni, pero las tretas de estos dos demonios que tengo al lado son más poderosas. La pérfida comienza a gemir sutilmente mientras él, en un rápido movimiento, sube su falda hasta la cintura dejando el sexo de

Adriana Liébana al descubierto. En el asiento de al lado, a escasos centímetros de mi codo, de mi mano izquierda, de mis rodillas. ¡Toma ya! La doña de España actuando como una perra en celo sin pudor alguno, ¡y yo de testigo forzoso!

Con esta puesta en escena no están buscando mi intervención en su fiesta; ni siquiera me miran ni se insinúan. No quieren que yo participe, solo que visualice por la fuerza, sin mi permiso, contraviniendo mi voluntad,

ultrajando mis deseos, la práctica de sus relaciones. El putón, sin ropa interior, deja al descubierto un pubis bien marcado y depilado, pero con vello. Luce unas medias rematadas con encaje negro *vintage* que presionan unos muslos muy firmes para una mujer de su edad. Las medias están sujetas por un ligero fino, prendas que Rodrigo comienza a acariciar con una mano, mientras con la otra penetra de nuevo en la vagina de Adriana. No solo no me excito; es que lo que

estoy observando por la fuerza me repugna.

Las manos que acarician las medias ascienden lentamente, recreándose en la línea alba, hasta pararse en los pechos de ella. Rodrigo los aprieta, dibuja con la yema de su dedo corazón un pezón duro, que sobresale a través de la ligera camisa de seda blanca que lleva puesta la pérfida.

Sin apenas dejar transcurrir ni un segundo, la mano de Ro se desliza bajo esa prenda para

apretujar el otro pecho, el más cercano a mí. Por un momento sus dedos bajo la blusa casi rozan mi codo. Desabrocha los dos botones superiores dejando al descubierto casi todo el torso de la mujer; en un pispás, con destreza, baja un sujetador de La Perla, también de encaje negro, semitransparente, mostrando el seno izquierdo, turgente, firme, no abundante, pero con un pezón enorme, oscuro, rotundo. La estética de cualquier teta queda bien definida por el

pezón, y el de Adriana Liébana es sin duda el protagonista indiscutible de su pecho.

Rodrigo se inclina, y tras empapar ese pezón con la saliva de una lengua ansiosa, se recrea mordisqueándolo una y otra vez mientras su otra mano no deja de entrar y salir, cada vez con movimientos más rápidos y descontrolados, de la vagina de esa perra odiosa. ¿Pero qué mujer en su sano juicio encierra a la examante de su amante en un palco para que

vea cómo se lo folla?

Y entre tanto yo, obcecada en concentrarme —sin éxito— en la humillada Elvira que deambula por el escenario, mientras Giovanni y Leporello huyen hacia el cementerio hasta los pies de la estatua que cubre la tumba del Comendador.

¡Manda huevos! Seguro que Rodrigo tampoco ha pasado este detalle por alto y por eso está recreándose aún más. En este segundo acto de la ópera, los

protagonistas de la trama hacen parada en un cementerio —¡qué situación tan distinta a la acontecida en aquel africano cementerio pirata donde provoqué a Ro, donde terminé echando uno de los polvos más salvajes, transgresores, morbosos y placenteros de mi vida sobre las lápidas de los bucaneros!.

Ella, que a estas alturas está tan excitada como yo indignada, noqueada y paralizada, se limita a bajar la bragueta del pantalón de Ro, descubriendo ante mi vista su

pollón completamente erecto, en todo su esplendor. Ese miembro grueso, largo, opulento, colmado, rebosante de vigor. El pene que yo veneraba como infatigable, laborioso, insaciable, tenaz y eternamente agradecido porque me había regalado tantas y tantas erecciones portentosas con tan solo el sutil roce de mi dermis. Al que yo caí rendida por siempre jamás. El que me deleitó hasta el éxtasis en cada embestida, haciéndome sentir la última mujer que habitaba el

planeta Tierra.

En cualquier otro momento me hubiese puesto tan cachonda como estaba la Liébana, me habría arrodillado a satisfacer ese miembro con mi lengua, con mis labios, con mi pecho, con mis manos; pero en ese preciso instante yo estaba a punto de echarme a llorar. Tal cual. De hecho, creo que algo de líquido comenzaba a mojar mis pupilas mientras yo hacía un esfuerzo titánico para que aquello no fuese a más ni esos dos malditos

percibiesen mi desazón. No les voy a proporcionar la satisfacción de un llanto por semejante ignominia hacia mi persona mientras ellos están a punto de correrse de placer. No, señor.

Agacha su cabeza, lo lame, lo succiona, lo acaricia, lo vuelve a succionar haciendo desaparecer de mi vista ese falo al introducirlo hasta su garganta...

Menudo panorama para mis ojos: Adriana Liébana con la blusa desabrochada, el pecho izquierdo al

descubierto, el derecho visible bajo un sujetador semitransparente, los pezones pétreos, las piernas abiertas, los muslos empapados, los sexos henchidos —el masculino y el femenino— mientras sus dedos y sus lenguas no se dan tregua, satisfaciendo el placer mutuo y emitiendo unos gemidos que, sin ser escandalosos por el entorno, sí son totalmente perceptibles para mí.

Adriana desabrocha el cinturón y baja el pantalón y la ropa interior blanca inmaculada de Rodrigo para

morderle los testículos a la vez que introduce el dedo corazón de su mano izquierda en el ano; él, al borde del éxtasis, clava su mirada en mí por primera vez en toda la noche justo en el momento en que un chorro inmenso de su semen, babeante, caliente, denso, estalla en la cara de Adriana Liébana, quien al sentir la leche de Ro sobre su rostro abre su boca para que él derrame las última gotas de la corrida sobre su lengua. Ella traga ese semen sonriente mientras

juguetea con la lengua y el resto del líquido que se desliza por toda su cara.

Ni se han besado. Muy romántico todo.

Él continúa clavando sus pupilas en mi cara; intuyo que a estas alturas ni siquiera debe expresar espanto: me siento vacía de toda emoción.

Voy volviendo en mí con la estremecedora voz del bajo y la sobrenatural melodía que refleja el momentazo en el que el

Comendador ofrece a Don Giovanni una última oportunidad para arrepentirse, pero él la rechaza categóricamente, con chulería, en su línea de machote de las cavernas. La estatua se hunde en la tierra y arrastra consigo al libertino Giovanni.

Esta escenificación de mi reencuentro con Ro denota un sadismo extremo; es obra más de un monstruo que de un hombre. Porque también aparecen las estatuas como antaño, cuando yo confiaba a Ro mi

fascinación por las esculturas que coronan los edificios de Madrid y nos emplazamos a un encuentro junto al Fénix que nunca se pudo llevar a cabo. ¿O se acaba de materializar con la aparición del Comendador esculpido en piedra en este bochorno que estoy padeciendo en La Fenice?

El fuego del infierno y un coro de demonios rodean a Don Giovanni conforme este se va hundiendo. El coro me devuelve un poco más a la realidad hasta que el

público rompe en aplausos. La ópera ha finalizado, aunque seguro que Ro percibe embriagado esos vítores de los espectadores como suyos, como premio a su hombría por su reciente orgasmo. Mientras tanto yo vuelvo a la cruda realidad, vuelvo en mí, ahora sí, de sopetón y en plenas condiciones.

Acabo de comprender de golpe lo que ha ocurrido. Rodrigo me ha devuelto con creces las humillaciones a las que le sometí en el pasado y en un dos por uno. ¡Qué

crack!

Atarle, amordazarle, vendarle, privarle de movimiento, de capacidad de acción, de voz, imposibilitarle, dejarle a mi merced como antaño en Saint-Marie, es equiparable a encerrarme por sorpresa en un palco de La Fenice. No había escapatoria posible... Bueno, sí, lanzarme desde la quinta planta del teatro y bajar en caída libre hacia el patio de butacas, con todas la papeletas para matarme o, cuando menos, partirme el cráneo,

destrozarme el espinazo, los piños y una decena de huesos. Muy hábil.

Para colmo, sin ponerme una mano encima, sin actuar en contra de mi voluntad: yo había accedido gustosa a la invitación operística, entrando en el habitáculo ornamentado con dorados y terciopelos por mi propio pie. Todo lo contrario a mi perrería de entonces en la que, mientras él suplicaba con su mirada que le liberase de semejante suplicio —el hacerle creer que iba a ser violado

sin piedad alguna por un nativo africano extraordinariamente bien dotado—, yo disfruté alargando su angustia hasta el límite de la resistencia humana.

Presentarme en el Harry's Bar con mi otro amante, cometiendo un sacrilegio imperdonable en nuestra historia de las islas, en una trama urdida, planificada y que debía ser protagonizada en implacable exclusividad solo por los dos ideólogos, la dama y el caballero, Rodrigo y Jimena, él lo acaba de

suplir con la entrada en escena de su actual amante, Adriana Liébana —por cierto, el golfete de Ayala parece un San Diego en comparación con esta bruja odiosa.

Para culminar la jugada con maestría, nos ha arrastrado a los dos a la representación de *Don Giovanni*, el *gigoló* que se burla de las mujeres, el *play boy* que las utiliza para saciar su ego, el «picha brava» que engaña a su antojo a las que caen en sus redes. Y ha seleccionado una ópera con una

escenografía y unas connotaciones repletas de simbolismos y de coincidencias con los *Pecados que cometimos en cinco islas*.

Mientras que, en su día, yo simplemente me limité a pavonearme con un inofensivo Diego Ayala por delante de sus narices con el único propósito de jugar, de encender sus celos, de ir un paso más allá en el camino de saltarme todos los puentes, de cabrearle jugando con fuego en territorio vedado, él, haciendo gala

de un comportamiento despiadado, me acaba de obligar, sin posibilidad de escapatoria, a sufrir la vejación de contemplar cómo Rodrigo y su nueva amiga se proporcionan un orgasmo delante de mis narices.

Venganza pura y dura. Revancha, escarmiento, desquite. Eso sí, como no podía ser de otra manera tratándose de Rodrigo, una **VENGANZA** en mayúsculas. Única, genuina, con su rúbrica.

Salgo de La Fenice

traumatizada. Con profundo dolor. Aún aturdida por padecer en primera persona un episodio tan feroz. Las gotas de lluvia que comienzan a caer cada vez con más fuerza, lejos de ayudar a calmarme, me enfurecen más. Corro hacia el taxi acuático que me espera para trasladarme al hotel, pero mis prisas de nada sirven, porque cuando alcanzo el *lobby* del Cipriani estoy completamente calada.

Entro en mi *suite* furiosa,

encolerizada. Me despojo de la ropa con violencia, como si estuviese arrancando mi piel a tiras, y me meto en la cama con el pelo empapado, con las gotas de lluvia mojando mi piel. Tiritando.

Tan solo olvido desabrocharme los pendientes de lágrimas con los diamantes en forma de pera de Carrera y Carrera. Completamente desnuda, empapada y con los diamantes. Demasiado sensual para encontrarme inmersa en un dramón sentimental...

Ni me molesto en acercarme a por una toalla. No siento ni padezco. Afuera, la tormenta arrecia, anuncio de lo que promete ser una noche en vela enfatizada por los aullidos del viento y el ruido del agua golpeteando techos y ventanas.

Si no fuese por mi aversión a la magia y a los fenómenos sobrenaturales, hasta afirmaría que Rodrigo se ha transmutado en Fausto para pactar con el diablo. Por una noche. Por esta noche. Su

pacto incluye mortificar a Jimena con la más desagradable de las tormentas, con un diluvio salvaje que acompañe la medianoche más espeluznante de su vida.

«Hasta donde yo no puedo llegar, que lo hagan los rayos, los truenos, el viento, el agua, las sombras y la oscuridad para atormentarla...», debió concertar Rodrigo con el Maligno.

DE ANIMALES Y HOMBRES

Esas inquietantes reflexiones son los últimos pensamientos que recuerdo antes de que unos golpes me sobresalten, aún de madrugada. He debido caer rendida a causa de la desazón, el disgusto, el *shock*, la rabia, los nervios, la decepción, el cansancio acumulado en los últimos días durante los preparativos de la

puñetera entrevista, a la postre, preámbulo del horripilante reencuentro con Ro.

Al principio creo que los golpes son obra del viento, que aún es fuerte, a pesar de las horas transcurridas desde el inicio del diluvio que azota Venezia. Pero no. Me espabilo un poco y comprendo que alguien está golpeando mi puerta.

Miro el reloj que hay sobre la mesilla. Las cinco de la mañana. Me doy la vuelta y paso de

levantarme. ¿Quién coño puede dar por saco antes del alba? Pero siguen aporreando la puerta y decido acercarme para soltar un par de exabruptos e insultar con saña al gilipollas que ha interrumpido mi sueño en un amanecer de pesadilla.

Me siento sobre la cama y descubro que me acosté completamente desnuda. A punto estoy de abrir al impertinente de tal guisa, pero en el último suspiro me acerco hasta el baño, alcanzo una toalla blanca y la enrolló por

encima del pecho cubriendo de pleno mi desnudez.

Repaso mentalmente la sarta de insultos que voy a soltar de carrerilla en cuanto me quede frente a frente con el meapilas del pasillo que no para de llamar a mi puerta. Igual es alguno de los «vaniteros» que vuelve de fiesta con dos copas de más y no controla mucho lo que hace. Incluso puede haber errado el número de habitación. Seré condescendiente en tal caso.

Muda me quedo. Demasiadas

conmociones en tan corto período de tiempo. Lo que me encuentro al otro lado de la puerta me deja helada. Me sacude el alma. Me fustiga la voluntad. Un Rodrigo chorreante por la lluvia viene a mi encuentro. Completamente mojado —¿habrá estado deambulando por las calles venecianas durante una noche en blanco? ¿Le corroen los remordimientos? ¿O es que viene a rematarme clavándome una puntilla?—. Me mira, remira y vuelve a requetemirar. No cruzamos

palabra alguna. Simplemente permanecemos uno frente a otro, en completo silencio, solemnes, hundiendo cada uno la pupila propia en la ajena con toda la fuerza de la que Ro y yo somos capaces, que es mucha.

Imposible calcular cuánto tiempo transcurre. Solo sé que me invade un *tsunami* de sensaciones y sentimientos que soy incapaz de describir por su potencia, por su grandeza, por su inmensidad.

Ro da un paso al frente e invade

mi espacio vital. Retrocedo. Él da otro paso. Y otro. Y otro. Sigo retrocediendo. La puerta permanece entreabierta, aunque ninguno de los dos se molesta en cerrarla. Sujeto la toalla con mis puños; supongo que se trata de un acto reflejo de autoprotección. O puede que intente evitar hundir ese puño con toda la rabia que me domina sobre su rostro circunspecto.

Él sigue avanzando hacia mí, me agarra de uno de los brazos y me empuja hacia la pared más

cercana, de modo suave, pero con determinación. Durante este proceso ninguno baja la vista, ninguno deja mirar, ¿al adversario?, ¿al enemigo?, ¿al competidor?, ¿al rival?, ¿al examante?, ¿al objeto de deseo?, ¿al amor?...

Rodrigo abre el puño de mi mano izquierda —el único que aún sujeta la toalla— y la deja caer; noto cómo se desliza por todo mi cuerpo hasta reposar sobre mis pies. Y sospecho que, con ese escudo extendido sobre el suelo,

mis defensas también han sido derrotadas. No se molesta en observar mi cuerpo desnudo porque no deja de enfrentarse a mi mirada ni durante un mísero segundo.

Sin ningún preámbulo, introduce un primer dedo en mi vagina. Está muy frío y húmedo por la lluvia, congelado por la meteorología desapacible que gobierna la ciudad esta madrugada. Yo me estremezco al sentir la piel gélida dentro de mí. Al segundo dedo que mete mis entrañas chorrean. Sin más. Al

tercer dedo que mueve dentro de mí comienzo a gozar.

Noto todo el peso de su cuerpo abalanzarse contra mí para estrujarme contra la pared. Con el roce de su anatomía sobre mi piel desnuda, palpo cómo su polla se ha puesto durísima en tan breve espacio de tiempo.

Subo el brazo por encima de la cabeza, elevando mi pecho a la altura de su lengua, que lo devora sin demora; abro mis piernas para facilitar el movimiento de sus

dedos dentro de mí. Mis jugos están empapando mis muslos a un ritmo impropio, demasiado acelerado para tan poca cosa.

Rodrigo se recrea mordisqueando mis pezones primero, mi pecho al completo, para ir clavando sus dientes en cada recodo de mi piel con el que va topando. Me domina sin apenas disimular un ansia animal irrefrenable hacia mi carne prieta.

Llevo mis manos a la camisa de Ro, rasgándola con furia, haciendo

saltar los botones. Me he cargado la tela sin miramiento alguno. Él desabrocha su cinturón, el botón de su pantalón, y en un movimiento rápido, lo baja por debajo de sus rodillas.

Me sube a horcajadas, apoyando mi espalda contra la pared que nos sostiene; envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y, casi al mismo tiempo, percibo la piel de su glande deslizándose sobre mi clítoris. Solo es cuestión de décimas de segundo, porque

apenas estoy comenzando a sentir la suavidad de su piel sobre mi coño, cuando su miembro me penetra con una potencia desgarradora. Es tal el golpe del embate que el profundo dolor físico va de la mano de un placer inmenso. Disfruto de una penetración acometida con ansia, de una invasión voraz.

No sé si estoy siendo violada. O violentada. O comparto el mayor deleite que haya probado nunca de manera consentida y gozosa. No sé nada. No entiendo. Desconozco si

estamos interpretando el odio feroz, el amor extremo, la locura, la posesión, el egoísmo, la brutalidad. Pero me da igual. Solo quiero más Rodrigo. Más sexo duro. Más saña. Más instinto animal adueñándose de cualquier atisbo de racionalidad.

Por un instante rememoro nuestra primera isla, Menorca, la tremenda noche de tramontana en el faro. Tanta similitud acojona. Escucho mis jadeos acompasados con la furia del viento y las ráfagas de lluvia que golpean los cristales

de los múltiples ventanales panorámicos, prácticamente alcanzando los 360 grados, que rodean la *suite* Palladio.

En apenas siete u ocho empujones más, rematados con una fiereza que asusta y encandila a partes iguales, un Rodrigo que no ha dejado de mirarme a los ojos comienza a convulsionar cabeza, labios, dientes, brazos, torso, mientras clava sus uñas en mi espalda de arriba hacia abajo. Siento cómo me está marcando,

arañando, cómo desgarrar mi piel, pero me place casi tanto como disfrutar la presión que ejerce mi vagina sobre su polla.

Durante un instante fugaz, cierra sus ojos —el único momento que deja de mantener contacto visual conmigo—. Se corre dentro de mí a la vez que yo me deleito hasta el éxtasis con uno de los orgasmos más agudos, profundos e intensos de toda mi vida. Indescriptible. *In crescendo*, proporcionando un regocijo creciente que sacude mi

cuerpo en su totalidad, eclosionando en unas contracciones de una potencia extraordinaria. Incluso la garganta se resiente con un leve escozor causado por el grito animal que he soltado.

Él sigue dentro de mí durante varios minutos más mientras yo me aferro a su carne con firmeza, presionando sus músculos, transcurridos los cuales saca su miembro todavía goteando aunque ya flácido, sube sus pantalones, abrocha su cinturón y, como parece

ser la costumbre por esta noche, se aleja hacia la puerta sin bajar su mirada de mi rostro sudoroso, jadeante, sin evitar el reto que nuestras miradas están protagonizando.

Se marcha mientras le observo apoyada en la pared en la que acabo de ser suya. Las azoteas de Venezia nos contemplan. Un repicar armónico de los centenares de campanarios que coronan la laguna acompaña su partida. Acaban de dar las seis. En tiempo real ha

transcurrido una hora; yo apenas la he percibido como un mero instante.

Fue una experiencia tremenda. Abrumadora. De las que te dejan marcado. La imagen de dos cuerpos empapados, abandonados al sentido común, encontrándose con ansia animal, dándose golpes involuntarios e incontrolados contra las paredes de un faro perdido en noche de tramontana (...), es

inmortal.

No me arrepiento de haber sentido por unos pocos segundos la parte más animal que habita en un ser humano.

Cuando acariciaba su cuello entremedias del frenesí, algo en mi interior me empujaba a hundir mis dedos en ese cuello, a estrangular sin compasión a quien en ese momento ante mis ojos no era una mujer, sino una vampiresa a la que solo restaba chuparme la sangre y

dejarme sin vida, ya que me había arrancado la voluntad y la sensatez. Luego, correr deprisa y tomar impulso para lanzarme por el acantilado, liberarme de todo para volver a renacer.

Rodrigo (*Pecados que cometimos en cinco islas*)

Mi estado va mucho más allá de la perplejidad. Puede que esté catatónica. Tiemblo. Mecánicamente recojo la toalla del

suelo y me cubro con ella, más como señal de protección que para mitigar un frío interior, que no corporal.

Me dirijo hacia uno de los ventanales tiritando, agotada, intentando recobrar unas fuerzas que se me han escapado en cada empujón, en cada ahogo, en cada suspiro, pero plena, satisfecha. Haciendo un rápido repaso mental de lo acontecido, mientras me recreo con las primeras luces del nuevo día que ya asoman, descubro

anonadada cómo en una única noche —esta que ahora muere mientras comienza a clarear sobre la ciudad de los canales—, Rodrigo y yo hemos recreado todo lo sucedido en nuestro paso por las islas en apenas unas horas.

Nos hemos amado y nos hemos odiado, nos hemos buscado y nos hemos rechazado, nos hemos deseado y nos hemos herido, nos hemos encontrado y nos hemos rehuido. Hemos mantenido sexo sucio como en Menorca, me ha

secuestrado contra mi voluntad igual que yo le sometí contra la suya en Sainte-Marie, hemos contado con invitadas inesperadas como en Lesbos, me ha humillado con la presencia de su otra amante como yo a él en el Harry's Bar, ha tenido cabida un cementerio — aunque no pirata—, nos han acompañado la lluvia, el viento, la tormenta, Casanova, el Fénix, Don Giovanni, las esculturas que cobran vida... Increíble. La vida misma, de nuevo, es la mejor fuente de

inspiración para la más excitante de las novelas de ficción.

Yo, Jimena, acababa de representar el acto que iba a cambiar el resto de mi vida de manera fulminante. Pero esas cosas nunca se saben mientras están sucediendo.

LOS TRAIADORES SON PEORES QUE LOS ENEMIGOS

*Hay puñales en las sonrisas
de los hombres; cuanto más
cercanos son, más sangrientos.*

(William Shakespeare)

Hace cinco años me alejé de ella porque no era el momento, porque no controlaba aquello como

el resto de sucesos que acontecen en mi calculada existencia. Porque no estaba preparado. Porque me acojoné. Porque semejante hembra—alguien que embriagaba mis entendederas y mi voluntad—suponía un estorbo para la meta que rozaba con la yema de los dedos. Porque lo mejor de la mejor de las mujeres no es comparable con el más ínfimo de los anhelos de un triunfador nato como soy yo. Al menos, en mi mundo, en mi universo propio, el que había construido

durante casi medio siglo, el amor y los sentimientos no deben prevalecer sobre la gloria.

Cumplido ya el sueño, alcanzado el objetivo de toda una vida, el reconocimiento universal de que soy el mejor de mi generación —yo ya lo sabía, pero el Nobel abre los ojos de los más descreídos y también de los cretinos, que son la mayoría—, tenía un asunto pendiente que resolver: Jimena.

Para las mentes simples, los

vulgares y anodinos carentes de ideas brillantes e iniciativas, las deudas sentimentales son mucho más sencillas: el perdón, la reconciliación, la satisfacción del reencuentro con el ser amado y pamplinas similares con las que edulcoran los cuentos de hadas; de las que te meten por los ojos en los folletines rosas de calidad paupérrima y te venden sin tregua en una sociedad vacua.

Pero para mí, mitad hijo puta, mitad genio, aquello no era tan

sencillo como un *hola*, *qué tal*, *cuánto te eché de menos*, *tus grandísimas cabronadas están olvidadas*, *hasta si lo miro desde la distancia podría tener su gracia*, *tus desprecios y humillaciones pasaron a mejor vida*, *pelillos a la mar*, *seamos felices y comamos perdices...*

Cierto es que sentía la historia con Jimena como inacabada —la más trágica de las rupturas es la que deja incertidumbre, asuntos pendientes sin resolver,

interrogantes en el aire—, que un caballero —y yo lo soy desde la cuna— cumple sus promesas y el juramento incumplido de la quinta isla no estaba a la altura de mi educación, categoría, clase y buenas costumbres. Pero para enfrentarme a tareas que permanecían en suspenso, primero debía poner los marcadores a cero. Requisito indispensable. En un ser que lleva la competitividad en las venas como es mi caso, para volver a amar, antes debía empatar en

odio, desplegar todo el abanico de mi perversión contra la culpable de unas humillaciones que jamás llegué a superar. Ojo por ojo y en paz.

Como siempre, la sinceridad extrema de la que hago gala sin mamoneos ni medias tintas escandalizará a muchos. Peor para ellos. Las hordas de mediocres se tragan sin rechistar aquellos manidos «el perdón libera» o «la venganza es peor para quien la practica que para quien la padece».

Lo ponen en uso, y con su mentalidad «cortoplacista» hasta creen haber resuelto cuitas y liberado fantasmas sin más.

Lo que desconocen los muy lerdos es que, con el devenir de los días, los resentimientos no resueltos van invadiendo lentamente el interior. Crecen y se reproducen como las cucarachas, especialmente en las cabecitas de chorlito. Un rencor no reconocido corroe por dentro. Una herida sin cicatrizar mengua la certeza de una felicidad

plena. Es como un cáncer del alma que provoca un desasosiego íntimo que no se sabe cómo atajar. Se trata de un virus mortífero, letal.

Estos mequetrefes que pululan por las calles cual zombis lobotomizados, que son la mayoría, sin identidad genuina ni arrojo alguno, se conforman con el sentir general, con lo que se supone que debe ser, con lo comúnmente aceptado. No ahondan, ni analizan: la mayoría de las veces ni se toman la molestia de conocerse a sí

mismos. Que manda huevos que pierdan toda una vida intentando complacer al prójimo, teniendo en cuenta que con quien tienen que convivir cada segundo de sus patéticas existencias es con ellos mismos.

Yo sí me conozco. Demasiado. También a Jimena la maligna. Por ello mi método es más elaborado, cruel, inhumano, pero tremendamente efectivo: te la guardo, sigo con mi vida —la mejor venganza es el éxito, siempre, bajo

cualquier circunstancia y contra cualquier contrincante—, analizo qué es lo que más te duele, maquino sobre cómo devolvértela con premeditación y alevosía, descifro el momento más idóneo para proceder, disfruto un tiempito la venganza en frío que te voy a endosar..., y cuando menos te lo esperas..., ¡zasca, hostión en todos los morros!

Me libero al fin de esa sensación de ultraje, de tormento psicológico que me carcome desde

hace más tiempo del recomendable, y me sacudo de una vez por todas la impresión de panoli, de machito herido que me infligió una mocosa —con posibles, sí, pero mocosa al fin y al cabo—. Y tras esa liberación que proporciona el «tú me machacaste, pécora retorcida, pero yo he estado a la altura, puede que hasta te haya superado, jódete, pérfida, sufre y a partir de entonces, ya veremos», yo estaba en plena disposición para hacer borrón y cuenta nueva y para enfrentarme a

mis asuntos de faldas pendientes.

Llevar engañada a Jimena al palco de La Fenice no fue mucho peor que arrastrarme solo, sin su compañía, con triquiñuelas femeninas, hasta Venezia hace casi un lustro, burlado con la cantinela aquella de «nuestra historia de las islas es tan romántica y especial que, aunque viajemos cada uno por nuestro lado, el destino y su varita mágica harán por juntarnos de improviso en cualquier rincón de Venezia».

Encerrarla en el último nivel del teatro sin posibilidad alguna de escapatoria tampoco se trataba de algo más lacerante que maniatarme, amordazarme e inmovilizarme en aquella puñetera isla africana atestada de mosquitos y de espíritus de piratas libertarios. Enfrentarla cara a cara con mi último juguete femenino... Bueno, quizá ahí sí puse mi toque maestro para quedar por encima de ella, para machacarla; y lo hice por dos motivos. Primero, porque Adriana

Liébana es una adversaria imbatible, mientras que el meapilas de Ayala era un figurante irrisorio. Punto para Rodrigo.

Nunca había compartido juegos sexuales con una fémina de edad similar a la mía —siempre escogí doncellas de diez a veinte años más jóvenes—, pero la experiencia ha resultado placentera. Aunque es de justicia confesar que los retoques estéticos y los tratamientos de belleza a los que se somete Adriana son míticos: por numerosos, por

costosos y por certeros, con unos resultados que saltan a la vista, para el goce y el recreo masculino.

Por cierto, ella, mujer que está de vuelta de todo, intelecto extraordinario, todopoderosa de las finanzas, del poder y de la abundancia en todas sus variantes, tanto o más que yo de la literatura, quedó encantada con mi extravagante propuesta de «vamos a hacer pupita a mi ex»: no por motivos sexuales o porque excitase su insaciable libido ser observada

por otra mujer mientras practicaba sexo conmigo, sino por el placer que a ella le proporciona la mortificación, la deshonra y el sufrimiento ajeno.

Adriana personifica como nadie la crueldad. Persona que todo lo posee y que todo lo ha vivido, se encuentra ávida de parejas que le sugieran experiencias extremas para su plena satisfacción y entretenimiento, harta de amantes soporíferos que la temen y la veneran. Quizá por ello, esos

hombres grises que la cortejan, en vez de divertirla con mambo del bueno, que es el que ella está pidiendo a gritos, le proporcionan veladas aburridas y previsibles hasta la saciedad en vez de regalarle lo que la pérfida más desea: batalla, sangre y pelea. El segundo motivo precisamente era ese: obsequiar a Jimena en vivo y en directo con una sesión de sexo con otra mujer. No como parte de un juego sensual ni placentero, sino como un ultraje a su amor propio y

a su apabullante feminidad. Algo así como «tú no estás invitada, estás obligada; no eres la protagonista, aquí vienes de mujer florero; elijo a la otra en tu presencia, gozo con ella sin ni siquiera mirarte; me esmero en atenciones hacia esta mientras a ti te considero mero objeto de decoración del palco que ocupamos».

Estos detallitos malévolos a Jimena le joden de veras. Doble punto para Rodrigo. Y eso que he

de reconocer que me costó lo indecible no besarla hasta reventar ni hacerle el amor hasta que nos doliese en el dormitorio principal del Palazzo Erizzo, en cuanto vislumbré su silueta traspasando la puerta dispuesta a entrevistarme. Está espléndida. Físicamente formidable, deseable, apetecible, follable, enamorable...

Los años han moldeado para bien a una mujer pletórica, que ha ido ganando con el paso del tiempo hasta convertirse en una pedazo de

señora que provoca admiración en los hombres y celos entre las envidiosas. No solo por el físico, sino también por un porte distinguido, por una elegancia innata maximizada con el paso del tiempo.

Aunque su mejor extra es la inteligencia con la que ha sido premiada: para los conocedores de que no hay mejor órgano sexual que el cerebro —obviamente, para relaciones que van más allá de un polvo de desahogo—, el ingenio,

las conversaciones y las ocurrencias de esta dama son gloria bendita.

Magistral mi artimaña del palco, lo sé. Y no consentiré que nadie me tilde de nada. Ni escupa los consabidos reproches. Ni de cabronazo, ni de hijo puta, ni de sádico, ni de despiadado, ni de canalla redomado. No lo soy; esta última puesta en escena tan solo se ha tratado de un mecanismo de defensa necesario. Ella comenzó la ignominia de una traición no

merecida. Señores, abran los ojos, recapaciten, reflexionen: mucho peor es un traidor que un enemigo.

El enemigo no te engaña: se enfrenta a ti. Va de frente, reconoce que te desea lo peor, que sus actos van encaminados hacia tal propósito; el traidor te convence de todo lo contrario: que está a tu lado, que puedes contar con él. Cuando más confiado estás, te la clava hasta el fondo sin miramiento alguno. Al enemigo lo tienes identificado, sabes perfectamente a qué atenerte

con él; el traidor te la juega cuando menos te lo esperas. Con el enemigo guardas las distancias, eres precavido, mientras que con el traidor te muestras tal como eres, con tus fortalezas y debilidades, te desnudas ante él en cuerpo y alma, de manera que le regalas una ventaja impagable, porque sabrá golpearte en tu tendón de Aquiles. Ese es el traidor: el ser humano al que abres tu corazón para que te lo destroce en pedacitos.

Por todo ello, las tretas de

Jimena me partieron el alma, me hicieron sufrir de una manera desconocida para mí. Pero ahora, una vez que ella ya ha pasado por algo similar, por un trance traumático proveniente de alguien de quien esperas justo lo contrario, una vez que le he asestado un golpetazo tan parecido a los que ella me perpetró, es momento de ponerme manos a la obra con nuestros asuntos pendientes. De continuar esta historia inacabada, suspendida en el tiempo —que no

olvidada— durante casi cinco años.

A mi edad el tiempo no sobra, y ya que estoy jugando la segunda parte —y la vida no concede prórroga—, igual resulta más práctico ir en busca de la fiera para cazarla que dejarla suelta con peligro de un ataque a traición y por la retaguardia.

Ahora que por fin soy lo que siempre quise ser y tanto me costó —más de media vida—,

puede que haya llegado el momento de regalar a la dama el martirio de una quinta isla.

Rodrigo (Pecados que cometimos en cinco islas)

Aunque no finalizaré sin escupir una confesión, a todas luces polémica, pero que encuadro en la categoría de «verdades universales como puños»: el amor está sobrevalorado. Mucho. Desde críos te absorben el entendimiento con paparruchas focalizadas hacia la

búsqueda estéril de inexistentes príncipes azules y princesitas que estén a la altura.

Todo el tinglado está montado para abducirte acerca de las bondades de la vida emparejada. De que el sùmmum de la felicidad pasa por fusionarte con un alma gemela que en verdad jamás existió, existe, ni existirá. Que si no encuentras a tu media naranja eres un fracasado. Que el pan y la cebolla no saben igual si no te zampas solo la mitad de la pieza

mientras observas cómo el
compañero hace lo propio. Que el
centro de la vida y hacia donde
debes dirigir todos sus esfuerzos es
hacia el camino del AMOR. *Love,
love, love...*

¿Fueron felices y comieron
perdices solo porque se casaron?
¡Vamos, hombre! Mentira cochina.
Y que en pleno siglo XXI sigan en
boga —y en boca de todos—
semejantes creencias con una tasa
de divorcios rayando el 50%,
infidelidades crónicas hasta en la

sopa y la proliferación imparable de nuevos modelos de unidades familiares...

Los fracasados de veras son los que se obsesionan con el amor dejando de lado todo lo demás. Los que solo tienen ojos para una utopía sentimental despreciando el resto de las posibilidades que la vida ofrece, que son infinitas. Los que ante tres palabritas bobaliconas y cuatro miraditas lánguidas abandonan el cerco de la cordura y el sentido común. Se desentienden

de sí mismos por una sábana caliente, aunque los besos sean gélidos... Los que tiran por la borda sus aspiraciones personales, su talento y sus anhelos por un fulanita o menganita que en más ocasiones de las recomendables ni tan siquiera valora el sacrificio del supuesto ser amado. Los que se focalizan en los otros en vez de eclosionar todo el talento que emanan, poniendo todo el empeño en cumplir tantos sueños como atesoran. Lanzarse a la búsqueda

desbocada de un querer, de cualquier querer, rehusando los billones de opciones que se otean en el horizonte... ¡Qué gran error!

¿Y cuántos confunden plenitud con relación? Tantas relaciones en minúsculas que restan en vez de sumar, que provocan frustraciones por lo que se dejó de ser —y que ya nunca se podrá ser— a cambio de una dicha ficticia.

Sí, seamos razonables y hasta objetivos con conocimiento de causa: el amor puede ser la guinda

de un apetitoso pastel de muchos pisos. Pero culminar el pastelito con tino implica haber elaborado los cimientos del dulce con una buena base: la de la autoestima, el conocimiento, la instrucción, el desarrollo personal, las experiencias, la cultura, el compañerismo, la libertad, el deporte, la educación, los viajes, la lectura, la escritura, la amistad, la fotografía, el cine, los idiomas, el senderismo, el paracaidismo, la pintura, la solidaridad, la medicina,

la ciencia, el periodismo, la tecnología, el automovilismo, la arquitectura, la creatividad... Lo que a cada uno más le plazca, o todo ello para quien se vea capaz.

Yo es que fui a por todas desde que nací. ¿Cuántos lo hacen? ¿Por qué conformarme únicamente con la guinda pudiendo saborear todo el pastel? ¿Acaso esa minúscula fruta puede saciar igual que un pastel de interminables pisos? ¡Vamos, anda! Y que conste que no digo yo que esa esfera bermellón del amor sepa

a gloria tras haberse deleitado previamente con las exquisiteces de cada uno de los niveles que sustentan la tarta de la vida.

Y bien, tras tanta perorata, tras tanta sinceridad a flor de piel, tras un lustro de separación deseada..., ¡al fin! ha llegado el momento. Mi momento.

Me dispongo a regalar a Jimena, a mi dama, la quinta isla prometida. Eso sí, como no podía ser de otro modo, se tratará de un regalo a mi manera. A mi imagen y

semejanza. Prometo que no será un regalo envenenado. Tampoco previsible. Hagan sus apuestas.

* * * *

PRIMER VIAJE INSULAR SIN RODRIGO

Otra confesión desgarrada: en estos años fui incapaz de volver a pisar una isla. Y ya es complicado, pero lo evité con toda la intención. Viajes por tierra firme y continentes, docenas. Escapadas insulares, ni una. Soy coherente. No me hartaré de confesar que jamás volvería a los lugares en los que

una vez fui feliz, a menos que me acompañasen las circunstancias que provocaban dicha felicidad —y recomiendo encarecidamente a todo el que quiera escucharme que ponga en práctica esta máxima; es muy saludable para el sosiego del alma—. Las islas sin Ro se tornaban en tormento, así que determiné no viajar a ninguna.

El retorno a Venezia suponía, pues, mi reencuentro con esas divinas porciones de tierra rodeadas de agua, y también el

reencuentro con el hombre objeto de mi desasosiego, de mis noches en vela. Aunque nada salió según lo previsto. Bueno, sí, la publicación de la entrevista y la revelación de nuestra historia del pasado convertida en ficción novelada. Sus polémicas respuestas ilustradas por un magnífico reportaje fotográfico, las dichas instantáneas recreando la edad de oro de la ciudad con ropajes de la época, unido al morbo que despertaba sacar a la luz una historia de sábanas de un personaje

tan popular, provocaron un torrente de comentarios, chismes, dimes y diretes y material de oro para tertulianos, comentaristas y demás fauna que puebla el mundo del *cuore* y sucedáneos.

Me afectó lo justo. Una revelación concerniente a mi intimidad me jodía, pero a estas alturas, con una carrera profesional sólida, una novela de éxito y colaboraciones reconocidas y bien remuneradas en diversas publicaciones de prestigio, más que

perjudicarme incrementaba mi caché.

Así es el puerco mundo que nos rodea. No necesitaba más parné ni me atraía la fama más allá de la que provenía de los frutos de mi pluma, pero, sin buscarlo ni desearlo, mi reputación fue a más en esto de las verbenas mediáticas.

En los albores de la cuarta década de mi vida —vamos, que ya no era una jovencita alelada, ni inexperta, ni mucho menos impresionable por el frágil brillo

del estrellato efímero por el que tantos y tantos venden sus vergüenzas— y con una cabeza bien amueblada, he sabido gestionar perfectamente semejante revuelo: dejar bien claro desde el principio que jamás voy a hablar sobre mi vida privada, no cediendo ni un ápice en tal aspecto. Solo acepto el mismo tipo de trabajos y de colaboraciones que venía realizando desde siempre.

Cuando los que te buscan para sacar rédito del morbo comprueban

que no pasas por el aro, terminan por no perder más tiempo contigo para ir tras los que sí son presa fácil de los focos, los asuntos del higadillo, las celebridades de quita y pon o las aventuras de la carne. Así de simple. Y de vomitivo.

Sobre el «delicado» reencuentro con Ro, qué decir. Los primeros días tras el regreso de la *Serenissima* fueron duros. Mucho.

Joder, cada vez que regreso de Venezia lo hago descorazonada...

Me había creado unas

expectativas muy alejadas de la realidad. Sinceramente, albergaba la estúpida ilusión de una cita cargada de romanticismo. Pensé erróneamente que el transcurso del tiempo habría suavizado el ánimo de Rodrigo y que terminó por aceptar la entrevista como mera excusa para un vis a vis que nos costaba promover a ambos de *motu proprio*.

Supongo que, a mi manera, estoy enamoriscada de él o, al menos, soy consciente de que algo

inexplicable nos mantiene atados. A pesar de la distancia, de la nula comunicación, de Bruno Bergareche o de la bicha esa que se ha agenciado como «folla-amiga». ¿Pero por qué me costará tanto reconocerlo, por Dios? Un sentimiento inmenso, profundo, que no puedo fulminar es lo que Ro me inspira. Posiblemente amor.

Me costó por mi ofuscamiento, pero transcurridos unos días tras mi regreso a Madrid comprendí de manera meridiana, clara y cristalina

lo que él está buscando: poner el definitivo punto sobre la «i». ¿Venganza? Posiblemente. Tengo que cargar con mis pecados y lo acepto.

Hace tiempo que yo asumí mis culpas sobre aquellos comportamientos retorcidos que casi me llevaron a perder la perspectiva de la realidad en el tramo final de nuestro viaje por las islas, aquellas ideas macabras que rayaron el límite de la locura, aquellos acontecimientos en los

que, sin duda, nos saltamos a la torera los puentes, los límites, las barreras y lo que se nos puso por delante. Aquellos excesivos episodios en los que abandonamos la lógica y la cordura..., especialmente yo.

Tras casi cinco años de mi vida golpeada por unos remordimientos severos, considero que este reencuentro en Venezia me acaba de poner en mi sitio, habiendo cumplido con creces con ese tormento humano de «me lo

merezco».

En mi caso, ha constituido un golpe en todos los morros, porque él se limitó a seguir a rajatabla un guion que yo misma había escrito: se presentó con su otra amante, me obligó a presenciar su complicidad con ella mientras me ignoraba y limitó mi capacidad de decisión encerrándome en un espacio aterciopelado de La Fenice. Nada que en términos muy muy similares no hubiese yo puesto en práctica contra su persona en nuestros viajes

por las islas del pecado.

Se podría afirmar que ahora estamos empate; con lo cual, al menos por mi parte, pelillos a la mar.

Nuestro polvazo contra las paredes de la *suite* Palladio, a pesar de la aparente frialdad y cierto toque de brutalidad, no desmereció en absoluto a aquellos otros encuentros sexuales míticos del pasado: idéntica química, mismita intensidad y descomunales descargas de placer llevándome a

un éxtasis bestial.

Resulta evidente que aquella ansia mutua, esa excitación animal que nos provocamos el uno al otro, esos comportamientos salvajes en compañía, permanecerán hasta la muerte y más allá. Hay deseos que prevalecen sobre el sentido común y amores inusuales que perviven frente a las circunstancias más extremas. Y cada uno tiene que asumirlo, aceptarlo y manejarlo como buenamente pueda...

Pero la serenidad que se había

asentado en mi forma de ver y vivir la vida a lo largo de este último lustro me aconseja que, si debe haber más Rodrigo en mi vida, tendrá que ser porque él venga a buscarme: el caballero a mí, no yo a él.

Por la parte que me toca, este accidentado reencuentro en Venezia no ha dejado el más mínimo poso de rencor en mí —más bien comprensión—; tampoco doy un portazo a lo que esté por venir en el futuro.

Pero ahora me voy a centrar en las entrevistas con personajes formidables que debo realizar en las próximas semanas. Es lo que toca. También en el regreso de Bruno, que se marchó durante un mes a Washington —donde estuvo viviendo por cuatro años— con un doble objetivo: descansar unos días ante el nuevo reto profesional que le espera —la dirección de uno de los diarios líderes en España—, y reclutar a dos antiguos colegas del *Post* como colaboradores

habituales para su nueva cabecera.

Bruno ha ejercido hasta días antes de este viaje a Estados Unidos como periodista parlamentario y columnista de actualidad política en Orbe, uno de los diarios de información general líderes en España. Treinta y siete años, cuerpo moldeado por una hora diaria de running por las calles de cualquier ciudad, ojos verdes y personalidad arrebatadora. Libre por

naturaleza —en todos los ámbitos de la vida—, muy habilidoso en el noble arte de concatenar palabras y devorador compulsivo de literatura de calidad.

En la actualidad, colaborador en tertulias y debates, televisivos o radiofónicos, más para ganar un dinero extra que por vocación. A ese tipo de programas suelen acudir personajes que interpretan un papel —marcadamente sectario—, para mayor espectáculo y algarabía de las audiencias,

mientras que él se limita a exponer, de manera argumentada e imparcial, lo que la experiencia le iba mostrando; pero claro, para cualquier asalariado, la pela es la pela. Durante cuatro años fue corresponsal en Washington, aunque tras la enriquecedora experiencia internacional, solicitó la vuelta a casa. Madrid tira y España, con todas sus imperfecciones —y contradicciones—, es el mejor país del mundo para comer, para salir,

para disfrutar; en definitiva, para vivir.

Carrera consolidada, con una opinión cada vez más valorada, buena reputación como analista objetivo y muy buen ojo para la crítica, la sátira y la ironía, su reputación sigue subiendo como la espuma hasta el punto de haber conseguido recientemente todo un hito en alguien que ni siquiera cumplió los cuarenta: la dirección de un diario representativo.

Este es mi chico.

III PARTE

ÁNGELES QUE NO LO SON

Estoy tranquila. Calmada. ¿En paz conmigo misma? Quizá, pero...

Puede que vaya encaminadita hacia un estado muy cercano a la ansiada felicidad. Sí, esa que viene y va, pero a la que hay que atrapar cuando te ronda, aunque sea por segundos, minutos, horas, días o semanas... Se vende cara, carísima, así que, si la sientes cerca, ve a por

ella y déjate llevar. ¡Atrápala sin miedos, dudas ni titubeos! Nunca se sabe cuándo te volverá a rondar ni durante cuánto tiempo te honrará con su anhelada compañía.

He disfrutado de un mes magnífico, viajando de allá para acá junto a hombres extraordinarios, con motivo de la realización de las entrevistas para *Vanity*. Me manejo bien en el cuerpo a cuerpo —el enfrentarme de cara a las situaciones, a cualquier situación, siempre fue uno

de mis puntos fuertes.

He compartido charlas, horas de vuelo, complicidad, almuerzos, cenas, momentos de copas, de relax e incluso alguna que otra confidencia con personajes formidables que despiertan la admiración ajena, ídolos de masas, algo que a mí me escama. Jamás fui mitómana, ni siquiera soy capaz de comprender el encandilamiento desmedido hacia desconocidos con los que jamás se coincidirá ni un instante por mucho futbolista,

cantante, actor o escritor que sea, pero me facilita la oportunidad de adentrarme en la persona que esconden los personajes públicos en los que se parapetan.

Serán publicadas en los próximos meses, excepto la primera, que ya ha visto la luz. Exitazo total. Ha gustado el enfoque, el tono, la selección de titulares, alguna confesión desconocida del entrevistado y, por supuesto, el magnífico reportaje fotográfico que acompaña el texto.

Los «vaniteros» son unos maestros en el arte de perfeccionar imágenes.

La vorágine de las entrevistas en parajes tan dispersos, el no parar ni física ni psicológicamente, la concentración por alcanzar la excelencia en el trabajo, encontrar el punto justo entre las preguntas que sacien las curiosidades del lector sin llegar a rozar la impertinencia hacia el entrevistado, el repaso de biografías, la atención exquisita que mis acompañantes merecen, me ha tenido tan, taaaaan

ocupada que apenas me ha abordado el incidente Venezia. Ni siquiera en la soledad de las noches de hotel durante estas cuatro semanas.

Se trata de un asunto trascendental sobre el que todavía no he reflexionado a fondo —en algún momento tendré que hacerlo—, pero estoy casi segura al cien por cien de que mi sentimiento de culpa fue tan severo durante estos años que el castigo infligido por Ro lo único que ha supuesto para mí es

una liberación.

No debo obsesionarme con lo que yo deseaba, con lo que pudo haber sido y no fue: anhelaba una reconciliación en toda regla o, al menos, extraer por un par de días en nuestra lujuriosa y sensual Venezia la esencia de nuestra relación.

Ese fatídico reencuentro no lo habría imaginado así ni en una de esas pesadillas que te hacen sudar, las que te aterran y no puedes controlar, pero lo cierto es que me he quitado un gran peso de encima.

Curiosamente, un peso que no sabía que arrastraba hasta que me lo han arrancado. De sopetón y sin previo aviso. ¡Es fantástico liberarse de pesares y de cargas opresoras del alma!

Siento que al fin estoy en paz con Rodrigo. Lo más importante, conmigo misma. Que él se ha resarcido de las ignominias de las que le hice objeto. Que sus ruegos han sido concedidos. Que hemos escenificado un empate necesario. Que me ha metido el gol que él

creía merecer. De tiro directo, con una potencia imparable y por la escuadra. Un golazo. Mejor aún, que me ha asestado el jaque mate que llevaba tiempo cavilando — más apropiados los términos ajedrecísticos tratándose de Ro, ya que los futbolísticos le enferman.

Sobre los besos, mordiscos, abrazos, jadeos, arañazos y la cópula animal evito pensar. Me lo he prohibido; o por lo menos lo intento. Lo tengo aparcado en algún remoto rincón de mis pensamientos.

Soy consciente de que sentí lo que sentí y que fui tan Jimena, tan hembra y tan perra como antaño. Me comporté como su dama. El «efecto Ro» sigue vivo en cada poro de mi piel, pero habida cuenta de que él está con otra mujer que me ha restregado en mis narices, yo ando ilusionada con otro, un hombre de los que quitan el *sentío* —que, por cierto, está a puntito de regresar de Washington, ¡qué ganas! —, y cualquier encuentro, sexual o no, entre Rodrigo y yo roza la

paranoia. Casi mejor dejarlo estar.

Claro que una cosa es la lógica y la racionalidad y otra bien distinta la libido, el deseo, la pasión y las cosas del querer...

* * * *

No soy experta entre fogones: mi especialidad es zampar cualquier bocado delicioso elaborado por otros que se me ponga a tiro. ¡Adoro los manjares culinarios casi tanto como los placeres carnales! Además, carezco de la paciencia necesaria para dedicar el tiempo requerido para bordar cualquier receta que se

precie. Mi hiperactividad y el temple en la cocina son incompatibles. Pero hoy estoy haciendo un esfuerzo titánico.

Bruno ha regresado de Estados Unidos y hemos quedado a cenar tras un mes alejados. Y yo, faenando en su honor... Eso sí, mientras lo hago, voy catando cada ingrediente acompañándolo de un sorbo de un tinto insuperable como es un Barón de Chirel. También canturreo a Simple Mind, que suena a todo volumen en el iPad.

*Don't you forget about me
Don't, don't, don't, don't
Don't you forget about me
Will you stand above me
Look my way, never love me
Rain keeps falling, rain keeps
falling
Down, down, down
Will you recognize me?
Call my name or walk on by
Rain keeps falling, rain keeps
falling
Down, down, dooooooown*

*La la la la la laaaaaa la la la
la laaaaaaaaaaaaaa*

Él es tragón, pero como buen deportista —corre a diario, truene, nieve, llueva o se abran los cielos por el advenimiento del Apocalipsis—, se cuida, así que he optado por un menú acorde con los gustos del recién llegado. Unos entrantes ligeritos —el imprescindible jamón de bellota y una pirámide de quesos: parmesano, Boffard, ahumado,

picón y gorgonzola—, unos calabacines rellenos —los vacías y sofríes su carne con salvia y cebollita picada en la sartén, mezclas con un queso crema y yemas de huevo, rellenas los calabacines y al horno media hora — y ahora ando liada con el *roast beef*.

Tengo un método infalible para que salga perfecto. Por supuesto, lo principal es escoger la mejor pieza de la carnicería, perfectamente cortada y de la más alta calidad.

Aceite bien caliente y, tras el sellado de la carne, unas cuantas vueltas hasta que el exterior esté bien hecho, crujiente. Entonces sacas la pieza y de inmediato, mientras todavía está ardiendo, la envuelves herméticamente —sin dejar ni un resquicio por el que entre el aire— en papel de plata. El propio calor que desprende la carne junto con los jugos va consiguiendo con el paso de los minutos que el interior se quede rosado, en su punto. El contraste del crujiente y

bien cocinado exterior con el jugoso interior consigue la excelencia del plato.

A mí me gusta una buena salsa para acompañar el *roast beef*, pero Bruno es más de condimentos a base de mostazas, así que le daremos el gusto, una vez más, aunque solo sea por esta noche y sin que se acostumbre, que luego se viene arriba... como todos.

Para el postre he elaborado un *mousse* de mango, también casero, con mis propias manitas, suave,

esponjoso, dulce...

Aunque lo cierto es que espero que Bruno, además de en la elección del vino, se esmere de verdad en regalarme un postre extraordinario...

En estas ando fantaseando cuando suena el timbre del portal. Puntual como un reloj. Empieza con buen pie, como es debido, no haciendo esperar ni un minuto a la dama. ¡Pero qué ganitas tenía ya de este hombre!

Dejo abierta la puerta de casa y

vuelvo a la cocina para finalizar el emplatado. Escucho el ascensor parar en mi planta, pasos que se acercan y el ruido de la puerta al cerrar. Mariposillas en el estómago, arriba y abajo, izquierda y derecha, esta vez sí, de las que cosquillean y juguetean, de las que encienden el ánimo y las expectativas, no de las que angustian, te revuelven, te aturden y te colapsan..., es decir, las que me provoca Rodrigo.

—¡Hola, Jimena! ¡Holaaaaa!

—¡Estoy en la cocina, Bruno, ultimando la cena del señor! ¡Pasa!

Él viene directo hacia mí — ¡pero qué bueeeeeno está este tío, por favooooooooor!— y me da un piquito en los labios primero y enseguida un besazo de los que paralizan la razón en décimas de segundo. Es un hombre tentador: no pasa desapercibido. Algo solitario y huraño, extremadamente independiente, pero atento y caballero. Muy dulce. Con un físico arrebatador. Por no faltarle, ni

siquiera le falta ese puntazo de morbo que inquieta y atrae a partes iguales.

Me doy la vuelta para intentar colocar el último piso de la torre de quesos cuando siento a Bruno detrás de mí, muy pegado, estrechándome muy fuerte entre sus brazos, musculados, fornidos. Una gozada de varón.

Sentir ese cuerpo moldeado para el pecado junto a mis carnes prietas y comenzar a restregar mi culo contra su polla, muuuuuy

despacio, provocando lo inevitable, es todo uno. Me sitúo frente a él, rodeo su cuello con mis brazos y ahora la del beso de tornillo hasta la campanilla soy yo. Literalmente, le devoro. ¡Qué bien huele este hombre y qué bien sabe!

Me coge en brazos y me coloca sobre la encimera. Ufff, esto promete. Mientras él se recrea sobando mis pechos, yo le estrecho entre mis piernas y Bruno sube mi falda por encima de la cintura. Utiliza su boca para acariciar mi

clítoris, para echar su aliento caliente primero, para soplar frío después y para finalizar arrancándome el minúsculo tanga. Apenas soy consciente de nada — estoy tan excitada que en un arrebato tiro unas cuantas servilletas al suelo y la mayoría de los cubiertos que tenía preparados para la cena—, pero a pesar de tanta torpeza, sí atino a desabrochar el cinturón y a bajar el vaquero de Bruno.

En cuanto su miembro

completamente erecto queda liberado de ropa, lo relamo con mi lengua, hacia arriba, hacia abajo, primero despacio, recreándome en cada lamida, luego acelerando en cada movimiento, poco a poco. Mientras succiono su pene, siento sus dedos jugar dentro de mí, siguiendo el ritmo que yo marco con mi boca.

Los gemidos de Bruno se van haciendo cada vez más intensos, acompañados con los míos, su respiración se acelera a la par que

la mía y con mis ojos suplico que me penetre.

No se hace de rogar. Comienza despacio, por lo que siento de un modo pausado, embriagador, cómo su carne invade la mía hasta que no queda ni un milímetro fuera de mí. Plenitud. Se detiene suavemente al llegar al final y retrocede. Entonces me embiste con fuerza, como un latigazo que perfora las entrañas.

Presiono mis paredes contra su polla haciéndole gemir de manera tan intensa que parece un aullido.

Vuelve a mí con movimientos suaves, otra vez sin alcanzar el fondo, mientras noto que mis piernas, que abro lo más que puedo, chorrean de lo empapada que estoy. Subo esas piernas sobre sus hombros y él continúa penetrándome, cambiando de ritmo a su antojo. Soy totalmente suya y me dejo hacer: nada me pone más caliente que un hombre que hace de mí lo que quiere cuando estoy a punto de alcanzar el clímax. En esos momentos, y solo en esos,

suplico por un macho dominante.

Cuando creo que estoy a punto de correrme, él se retira, me da la vuelta, me inclina contra la encimera —siento el frío del mármol sobre mi ardiente piel y el contraste me pone todavía más cachonda—. Luego, tras quitarme el top de raso y desabrochar mi sujetador, toma un poco de *mousse* de mango de las copas del postre entre sus manos y la va extendiendo sobre mi espalda, dibujando una especie de ochos, como el símbolo

de infinito, para retirar acto seguido ese dulce esponjoso con unos lametones interminables, solícitos, deliciosos, que surcan toda la parte posterior de mi cuerpo, desde mi cuello hasta mis nalgas. Muero de gusto.

Me clava su polla de nuevo, y siento sus testículos golpear mi trasero mientras su miembro me penetra intenso, sin pausa. Miro de reojo un cuchillo sobre la encimera y atino a agarrarlo por el mango con mi mano derecha; me provoca

clavarlo en la tabla de cortar y lo consigo, a la vez que los envites de Bruno se tornan más y más rápidos, más ansiosos.

No puedo más. Hundir la hoja del cuchillo en la madera —mi penetración particular— ha desencadenado unas convulsiones imparables en mis entrañas. Me corro mientras siento cómo él se vacía también dentro de mí. Parte de su esperma denso resbala entre mis muslos, y unas gotas de ese líquido de la vida alcanzan mis

rodillas.

Él permanece en mi interior durante unos instantes, sin entrar ni salir, quieto, agotado, a la vez que recorre toda mi anatomía con besos suaves. Se limita a deslizar sus labios entreabiertos sobre mi piel. Me dejo hacer encantada, mientras ambos, yo reclinada en la encimera y él sobre mi espalda, jadeamos, respiramos, intentamos recobrar el aliento.

Todo perfecto, placentero, irresistible. Todo menos una cosa:

mientras me corría, mientras los espasmos de mis músculos me hacían abandonar el sentido común —o eso es lo que se supone debía ocurrir en tal tesitura—; mientras mi cuerpo se doblaba y retorció por el orgasmo, no dejaba de pensar en Rodrigo sin querer, de gritar su nombre sin separar los labios, de nombrarle sin pronunciar una palabra.

Rodrigo, Rodrigo, Rodrigo... Esas siete letras retumban en mi cabeza, martillean mi cerebro sin

piedad durante cualquier clímax de los últimos cinco años de mi vida. Como una bomba que estalla en mi mente cuando menos lo deseo.

Lo que me provocará satisfacción será saber que mientras el cuerpo de otro la penetra, ella me va a mirar a mí, me va a sentir a mí, me va a pensar a mí. A pesar de fundirse con otro cuerpo, su voluntad está doblegada a mi persona. Es el máximo triunfo.

La supremacía de mi masculinidad sobre la del resto de los hombres.

Rodrigo (Pecados que cometimos en cinco islas)

Todo muy lógico y muy normal... Estoy disfrutando de un hombre de los que cortan la respiración, un pedazo de tío bueno que se esmera en hacerme disfrutar, un varón de los de toma pan y moja que se desvive por conseguir mi placer, mientras mi cuerpo

responde a sus estímulos, al roce de su piel, al contacto de sus labios, a la tibieza de su lengua, sí, pero mi cabeza vuela irremediabilmente hacia otro cuerpo y otro hombre: Rodrigo.

¡Qué compleja es la mente humana y qué indefensa se encuentra nuestra voluntad ante los dictados de esa insondable materia gris! Esas jugadas traicioneras de un subconsciente que se alza vencedor, pese a los esfuerzos de tu racionalidad programada. El deseo

confeso de Ro —«Quiero que cuando lo hagas con otros pienses en mí»— se había convertido en mi maldición particular: no había manera de sacar de mi cabeza al puñetero Rodrigo en cualquier juego sexual con terceros.

Aparece como un espectro maligno décimas de segundo antes del orgasmo, y no se marcha hasta culminar el éxtasis. Y a veces — que es lo que más sangrante me resulta—, justo tras el último espasmo, una lágrima de rabia moja

mis pupilas. Una lágrima absolutamente involuntaria, pero inoportuna. Traicionera. Dolorosa.

Sin solución ni remedio alguno, me he acabado acostumbrando a semejante maldición, pero no se trata de un plato de buen gusto. ¿El pasado siempre vuelve? Puede ser. Joder, pero que siempre se materialice en la culminación de mi deseo hacia otros hombres es una putada de dimensiones descomunales.

—Todo muy rico, Jimena. Desconocía esta faceta tuya en la cocina. Eres una caja de sorpresas...

—No te acostumbres; con lo de la cocina, digo. Una vez al año no hace daño y punto.

—Pero lo más rico no ha sido el segundo plato... Lo mejor de la noche, sin duda, el aperitivo. — Bruno sonríe picarón y yo me derrito. Condenadamente guapo.

Esos ojos... Este tipo me gusta una barbaridad. Buena cosa.

—Pues en eso te equivocas. Espero que lo mejor todavía esté por llegar: el postre. Con o sin *mousse* de mango... —Ahora la de la sonrisa picarona soy yo. Llevo suspirando por el dichoso postre todo el día y un buen aperitivo no me va a privar de cumplir con el guion que tengo establecido para esta velada.

Bruno me mira de arriba abajo para sentenciar:

—¿La señora quiere postre? Tendrá ración doble. O triple, que todo se andará... Sus deseos son órdenes para mí. Al menos, hasta mañana al despertar.

—Ummm, pero qué requete bien pinta tu regreso —suspiro.

Aunque, antes de enfrascarnos en el dulce final, disfrutamos de una larga sobremesa. Las conversaciones con Bruno son casi tan placenteras como sus besos. Sus puntos de vista son certeros, enriquecedores y cautivadores.

Varias semanas sin vernos, teníamos que ponernos al día.

Obviamente, voy a omitir cualquier referencia al «incidente Ro» en la *suite* del Cipriani. No lo haría bajo ningún concepto, no tengo por qué dar la más mínima explicación a Bruno acerca de otros aspectos de mi vida privada que no guarden relación alguna con él, pero para más inri, es que ni siquiera me he parado a reflexionar conmigo misma sobre todo lo allí acontecido.

Lo estoy evitando, aunque en el fondo más oscuro y remoto de mi atormentada alma —plácida y feliz en el resto de mi existencia, quebrada en el compartimento que corresponde a Ro— soy consciente de que la respuesta es cristalina: estoy enamorada de Rodrigo, aunque posiblemente pase a mejor vida sin reconocérselo ni al lucero del alba. Pero ese es otro tema. Otra historia. Otro hombre.

— Compré *Vanity* en el aeropuerto. Magnífica entrevista.

Mis felicitaciones, señorita. Y ya me contarás con pelos y señales el resto de los viajes con tanto *superstar*. ¡Menudo mes te has pegado, cabrona! Lujo a tutiplén, personalidades la mar de interesantes a tu alrededor, intercambio de pareceres con personajes de trayectorias vitales extraordinarias, y encima, disfrutando de destinos apetecibles. De mayor quiero ser como tú...

—Bueno, se me está ocurriendo una maldad mientras hablas... Una

idea va tomando forma en mi cabecita...

—Huy, huy, huy, miedo y expectación a partes iguales, Jimena... Que tus maquinaciones suelen hacerme perder la sesera...

—Te va a encantar: toma las riendas del periódico como tú sabes. Demuéstrale al mundo entero lo gran director de una publicación líder que eres y propondré que una de las últimas entrevistas del año de *Vanity* sea para el gran Bruno Bergareche. Publicidad gratuita y

promoción de calidad para ti,
tiarrón con aire de modelo y fondo
de gran intelectual para la portada
de la revista y..., ¡tachán! Escapada
a alguna isla con el objeto de mi
deseo: TÚ. ¿Qué te parece, *cuore*?

—Que solo por el placer de
perderme en alguna isla de las tuyas
y contigo como única compañía
echaré el resto desde el minuto cero
para convertirme en el mejor
director de un diario de actualidad
que haya existido jamás en este
país.

Como mentira de *gentleman* me sentía halagada, pero Bruno no necesitaba ninguna motivación extra para dejarse los cuernos en ser el mejor. Lo llevaba en los genes. En su caso, el liderazgo y el espíritu de superación venían de serie desde el nacimiento.

—Por cierto, Bruno, ¿en qué isla te perderías conmigo? Nunca hemos hablado acerca de este detallito...

—Sin dudarlo, en Isla de Pascua. Remota, misteriosa y a

cuatro mil kilómetros del continente. Absolutamente perdidos. Tú y yo. En la otra punta del planeta. Además, ¿no te ponían cachonda las estatuas? Pues te vas a hartar con los *moais*...

—*Algunas* estatuas... —
puntualicé taciturna.

Bruno había leído con detenimiento *Pecados que cometimos en cinco islas*. Le encantó la trama, el ritmo, el planteamiento, las dos voces narrativas, el desenlace... Pero es

lo que tiene haber escrito una novela con tan alto contenido erótico, una historia que se adentra en recovecos inexplorados de las fantasías ocultas, la transgresión, la lujuria o los juegos prohibidos, que, te guste o no, lleva implícitas preguntas personales. Imposible evitar las suspicacias populares sobre si Afrodita a tu lado era una vulgar principiante.

Luego tus amantes —y tus no amantes, para qué negarlo— están sacando punta a cada expresión, a

cada palabra, a cada idea. Y más tras hacerse público —por capricho y orden del perverso Ro— que *Pecados* tenía tanto o más de biográfico que de literatura de ficción.

Pero qué se le va a hacer. El morbo vende. ¡Aaaah, se siente! Haber escrito sobre la meditación de los monjes tibetanos y no sobre dos viciosillos crónicos. A apechugar toca. Pero Bruno todavía no había pronunciado su última palabra.

—Además, Isla de Pascua cuenta con otro punto a favor para ser elegida como destino en una escapada contigo...

—Cuenta, cuenta...

—Tenemos a tiro de piedra la Polinesia Francesa. Más de tres mil islas habitadas, otras tantas inhabitadas y centenares de islotes en los alrededores, todas paradisíacas. Aguas cristalinas, arenas rosadas, perlas negras, lagos verde esmeralda, flores multicolores... Si tú me llevas a

Isla de Pascua, no prometo un regreso, pero te aseguro que disfrutarás de una aventura conmigo en cada isla e islote. Tú y yo olvidándolo todo...

«Y a todos...», me digo a mí misma, aunque en alto pronuncio algo completamente diferente.

—*Touché*, querido. Tentador hasta decir basta... Si nos escapamos a la Polinesia, lo dejo todo. ¡Ya estás tardando en comprar los billetes!

Brindis y beso largo. Velada de

las que superan las expectativas. Bruno podría llegar a ser algo más que un entretenimiento pasajero. Interesante.

—Pero antes de perderme contigo por islas tan lejanas, tendrás que ganarte la entrevista. Y para ello has de convertirte en ser la revelación periodística del año, o al menos acercarte... Cambiando de tema, cuéntame cómo te ha ido en Washington, mi niño. ¿Has conseguido las colaboraciones que fuiste a buscar?

—¿Dudas de mi capacidad de convicción? ¿Tal vez de mis técnicas de seducción? —Me guiña un ojo juguetón mientras toma un mechón de mi pelo para acariciarlo.

—Nooooooo, no dudo de nada que tenga que ver exclusivamente contigo y tus capacidades, pero en este caso entra en juego la voluntad de terceros, tus colegas americanos. ¿Los has convencido?

—¡A los dos! De Mike esperaba una firma quincenal; ese era mi propósito inicial, pero

tendré que conformarme con una mensual. Aun así es todo un éxito: nadie le había convencido antes para participar en una publicación europea. Con John se ha desarrollado todo tal y como había previsto. De él sí deseaba una colaboración mensual, y es justo lo que he conseguido. Ambos comienzan el próximo mes. Con un apretón de manos me basta, fuimos compañeros durante cerca de cuatro años, pero esta misma tarde ya he hablado con Legal y con Recursos

Humanos para que les hagan llegar sus contratos de colaboración esta misma semana. Estoy realmente contento. No es cosa del corto plazo, costará años si es que se consigue, pero una de las metas que me voy a proponer es traspasar fronteras. Es decir, me gustaría que un diario español sea una publicación de referencia mundial. Algo así como un *Post*, un *Times* o un *Mirror*. Como te digo, esto llevará años, quizás décadas, pero quiero ser yo el que inicie el

proceso, el ideólogo, el que impulse la europeización e internacionalización de nuestra prensa.

—¡Olé, olé y olé, ese es mi Bergareche! No esperaba menos de ti. Con esa personalidad y ese talento que Dios te ha dado, te mereces lo que has conseguido. Y a tu edad.

Bruno me mira fijamente. No alcanzo a describir la expresión de su mirada, pero es enigmática. Aparece de repente un brillo

singular en sus ojos. ¿De depredador tal vez? Ummmm, realmente no logro descifrarla. Acto seguido, me suelta una respuesta que da lugar a interpretaciones múltiples. Ninguna buena.

—Jimena, en este país de pandereta, de nepotismo, enchufismo, chanchullos y democracia irreal disfrazada de partitocracia excluyente perfectamente orquestada, el talento ni siquiera es un punto de partida.

Bueno, en este país y en todos, para qué vamos a engañarnos. Los asuntos del poder... El acceso a las élites no pasa por el mérito. — Apura su copa de vino para concluir—: Lo cual no quiere decir que una vez hayas traspasado el complejísimo umbral de acceso al *establishment*, inalcanzable para el noventa y nueve por ciento de los mortales, la inteligencia, la picardía y un talento innato jueguen a tu favor frente a otros que pululan por allí con menos cualidades que tú.

Una vez dentro, el manejo de tus cartas en la partida es cosa tuya, pero tienes que estar dentro.

Semejante media confesión — porque no se trata de una confesión en toda regla, apenas si ha esbozado la introducción de una declaración de intenciones— me lleva a intuir que quizá el haber alcanzado la dirección de *Orbe* sin haber cumplido los cuarenta no se deba únicamente a un olfato extraordinario para el periodismo ni a unas aptitudes excelentes para

el liderazgo.

Sea como fuere, hoy no es el día de ahondar en los motivos que han llevado a Bruno a convertirse en uno de los personajes de referencia de la actualidad, un hombre para tener en cuenta en España en los próximos meses si nada se tuerce.

Al referirse él a los asuntos del poder, me viene a la mente el palco de La Fenice y una figura femenina: Adriana Liébana. Recuerdo que Bruno la entrevistó recientemente —yo misma releí las preguntas y

respuestas un par de veces— y no puedo evitar la tentación de comentar sobre ella. Esa pécora...

—Hablando de poderes y poderosos... Tú has publicado una entrevista con la vicepresidenta del Gobierno hace apenas unas semanas, ¿verdad?

Si escasos segundos antes, al comentar sobre las cosas del poder, intuí un extraño brillo en los ojos de Bruno, tras mentar a la Liébana noto cómo él muestra una expresión aún más indescifrable.

Siendo mal pensada, hasta podría afirmar que ha dado un respingo involuntario hacia delante. ¿Tenso? No sé, igual se me está yendo la pinza tras la perorata que me acaba de soltar sobre los complejos intrincados que mueven los hilos desde la sombra. Aprecio una sonrisa... ¿forzada?..., y él se limita a asentir.

—Exacto. La entrevisté, no sé concretarte qué día, pero hará unos tres meses, poco antes de que me ofreciesen la dirección de *Orbe*.

¿Incómodo? Percibo a Bruno algo distante de repente, quizá a la defensiva. Porque no viene al caso y lo último que me apetece en una velada tan espléndida como esta es desvelar, ni tan siquiera rememorar, el incidente Venezia, pero me están entrando unas ganas locas de describir con pelos y señales las tetas y la ausencia de bragas de Adriana Liébana, el morbo que la domina por encima de toda prudencia, sus juegucitos exhibicionistas en la ciudad de las

máscaras para, de este modo, desmitificarla ante Bruno, sea cual sea la relación que mantiene con ella, si es que mantiene alguna.

Me contengo. Aunque quizá a Bruno no le sorprendan los vicios de Adriana: está en boca de medio Madrid su fama de ninfómana insaciable, preferentemente con adonis más jóvenes que ella, exceptuando a mi Rodrigo, que sobrepasa el medio siglo. Una anomalía en su disoluta conducta. ¡Que para una vez que

cambia de apetencia en esto de las edades de sus juguetes sexuales, tiene que ser con MI Rodrigo y en MI presencia!...

Caigo en la cuenta de que esto puede ser el inicio de una nueva novela; en realidad, de lo que me caigo es del guindo: andaba yo tan obcecada con el orgasmo salvaje de l a *suite* Palladio que no había reparado en que lo que tengo entre las manos es un bombazo informativo: el flamante Premio Nobel y la temida —y odiada—

vicepresidenta mantienen un *affaire* sabrosón...

Pero aparco dicho pensamiento y me concentro en que, antes de cavilar sobre relaciones ajenas — monstruosas o entrañables—, debo ser capaz de enfrentarme a mi tremendo reencuentro con Ro.

Está claro que a Bruno no le va a pillar de sorpresa el apetito carnal desmesurado de Adriana, pero apuesto mi postre de esta noche a que, si le desvelo que para su última travesura sexual la doña

ha utilizado a su amante, o sea, a mí
misma, mi Bergareche se cae de
culo.

Palabrita de Jimena.

* * * *

AMAR EN RELACIONES REVUELTAS

Llegó el momento de la quinta isla. Ha costado, pero ahora, y solo ahora, lo sé. Estoy preparado. Tras tanto tiempo dando vueltas al cómo, al cuándo, al dónde, al porqué, al fin me siento capacitado. Completamente seguro de encender la mecha de lo que será el comienzo de una segunda parte o del

definitivo final. Tras el baile de máscaras de entonces, mi alma quedó abierta en canal y, aun siendo consciente del torrente de sentimientos que aquella señorita despertaba en cada poro de mi piel, en cada neurona de mi cerebro, tuve que alejarme en busca de mi meta soñada —algo ya conseguido— y salí huyendo de mis propios miedos, es decir, del AMOR con mayúsculas —algo que no había abordado en cincuenta tacos a pesar de mis extraordinarias experiencias

vitales.

Ahora puedo acometerlo. Debo hacerlo. Me apetece. Lo necesito. Es el único desafío pendiente: el del AMOR.

¿He sido cruel en Venezia? Puede ser, aunque no más que ella en el Harry's Bar, cuando cometió el sacrilegio de emponzoñar nuestra mágica relación.

Pero todo aquello ya es historia pasada, *peccata minuta*: la partida está en tablas, nos encontramos ante el comienzo de la partida definitiva.

Además, en el Cipriani, a pesar de las particularidades de un reencuentro tan brutal, tan bestial, tan primitivo, tan descarnado, tan desgarrado —tan Jimena y tan Rodrigo, en definitiva—, he comprobado cómo sigo sintiendo por ella tanto o más que antaño. Y eso me ha tranquilizado.

La multitud de sensaciones por esta mujer —en todos y cada uno de los ámbitos que un hombre puede sentir por una hembra— permanecen intactas. Su presencia

me inspira, su voluntad me eleva, su contacto me enciende, su cuerpo me pierde. Entonces, ahora, siempre. Jimena es mi eternidad.

Aunque no se lo voy a poner fácil. Alcanzar la quinta isla no será un camino de rosas.

Maquiné lo suficiente —tiempo para ello he tenido— para convertir dicho sendero en una sucesión de batallas que culminen no en ganar una guerra, sino en la rúbrica a dos manos, a dos voluntades, de un pacto de paz. Pero, como en todo

duelo que se precie, habrá sangre, sudor y lágrimas.

¡Cuán compleja es la vida! Tras prácticamente un lustro suspirando por la dama perdida, dando tumbos entre compañeras anodinas, entre señoritas de tránsito, entre desahogos pasajeros, entre citas aburridas, entre putas de lujo, en este preciso momento en el que decido dar el paso que nos conducirá a la quinta isla es cuando ando retozando —y disfrutando— con una contrincante de altura, con

una crápula perversa en la vida y experimentada entre las sábanas. Con una mujer sin escrúpulos ni tabúes. Con una sacerdotisa de las habilidades carnales y emperatriz de los poderes terrenales. Con una malvada que hace de cada polvo un juego peligroso. Con una elitista corrupta que acostumbra a salirse con la suya hasta en los aspectos más intrascendentes.

Adriana Liébana no es Jimena. Pero podría llegar a serlo. E incluso superarla.

Comienza el camino de regalar a mi dama el martirio de una quinta isla.

¿Qué quedará de nosotros al final de este trayecto? ¿El descenso a los infiernos? ¿El paraíso soñado?

El gran amor y los grandes logros requieren grandes riesgos.

(Dalai Lama)

* * * * *

Jimena:

Nadie puede arrancarse el corazón ni los deseos más profundos.

Tenemos un asunto pendiente: la quinta isla. Lo sabemos. Estamos sometidos el uno al otro con la sola evocación de nuestro recuerdo.

Tú me dominas a mí y yo te someto a ti desde la distancia, en mutua ausencia.

No debemos evitar eternamente enfrentarnos a nuestro destino. Llegó el momento del desafío definitivo. Comenzará el próximo martes a las 20:00 h, momento en el que mi chófer pasará a recogerte.

El más difícil todavía nos aguarda.

*Tu caballero,
Ro*

Me falta el aire. O me sobra. Pulso disparado, palpitaciones, sudores fríos, calientes, templados, gélidos, ardientes, tembleque, titiritera, susto, aturdimiento, congestión, bloqueo... Leo, releo, vuelvo a releer. Un *e-mail* bomba estalló en mi Outlook. ¡Rediós! Rodrigo me está retando a una quinta isla que yo había dado por

perdida; y lo hace sin preaviso ni medias tintas. A su estilo. En su línea. ¡Ay, aaaay, aaaaaaaaaaayyyyyy!

No da pistas de lo que me espera, de hacia dónde nos dirigimos, de qué va su quinta isla. Solo esboza sutilmente que debemos hacer frente de una santa vez a nuestros asuntos pendientes y que nos vamos a mover en el terreno de los desafíos extremos — obvio, él y yo jamás caminamos sobre la cuerda de lo previsible.

¡Menudo hijo de la gran puta mi querido caballero! El don de la oportunidad. O de la maldad. Mira que lo pasé requetemal al regreso de la cuarta isla. Mira que sufrí, lloré y no levanté cabeza. Mira que supliqué por la publicación de su novela, para al menos encontrar un desahogo, hallar respuestas, aunque fuesen literarias. Mira que rogué por una explicación, una llamada, una conversación. Mira que estuve meses bordeando el límite de la apatía y de la indiferencia ante la

vida. Mira que transcurrió un largo período durante el cual lo más agradable que llegué a sentir por el género masculino fue ¡fobia!

Y justo ahora, cuando disfruto de un momento profesional tan dulce que hasta duele, cuando tengo a mi lado a un hombre que, además de vestirse por los pies, es listo, educado, encantador, triunfador y está tan bueno que hasta podría pasar por irreal, viene mi Ro de los cojones a trastocarme la vida. *One more time.*

Pero es lo que toca. Lo irremediable desde hace ya demasiado tiempo. Las historias inacabadas requieren un final. Las experiencias excesivas, también.

Él y yo somos plenamente conscientes de que, mientras no abordemos la quinta isla, no descansaremos. No habrá paz ni plenitud en nuestras vidas, juntos o por separado.

He de ser sincera, conmigo misma y con los demás: siempre supe que este momento llegaría.

Desconocía cómo, cuándo, dónde, pero tenía la seguridad de que sucedería. Aunque cuando se ha plantificado así, de sopetón, en el buzón de mi correo electrónico, en un momento vital tan inoportuno, impacta, desazona. Sí, acojonada me encuentro. Y mucho. Y yo no soy de las que se acobardan...

Pero asumo que solo hay una actitud posible, una salida, una respuesta. Voy a por todas. Me enfrentaré a la quinta isla, a Rodrigo y a todo lo que esta última

aventura nos traiga.

No me tiembla el pulso en la escritura de una respuesta directa, breve, implacable, extraída de mi epílogo de *Pecados*, ya que no puede ser más certera ni apropiada en estas circunstancias.

Rodrigo:

Las promesas están para cumplirlas; los deseos, para ser vividos; y las historias plasmadas en los libros, para hacer soñar. ¿O para convertir

en realidad los sueños?

*El reto de nuestra quinta
acaba de comenzar.*

Tu dama,

Jimena

ASALTOS IRREVERENTES

Una vez más vestida para matar. Como en el Harry's Bar. Como en La Fenice. Espero que con mejor fortuna...

Hay citas que requieren un «antes muerta que sencilla», ¿recuerdan? Hay aventuras que son iniciadas mucho antes de que comiencen. Con un ritual de belleza

en casa —como en Lesbos, por recordar el pasado ahora no tan lejano de esta historia que nos disponemos a reescribir—. Disfrutando cada segundo de preparación para el momento del encuentro.

Absoluta ignorancia de lo que me aguarda, pero sea lo que sea, lo abordaré desde la belleza, desde la elegancia, desde la plenitud femenina. Melena al viento con las puntas onduladas —conozco el gusto de Ro de perderse entre mi

cabello, de acariciarlo, de olfatear su aroma de recién lavado—, el maquillaje justo, con un toque sensual —rojo en los labios, a juego con uñas de manos y pies—, un vestido blanco de gasa, *vintage*, estilo lencero, que insinúa pero no aprieta, diseñado con holgada hechura en su parte superior, que debido al movimiento de un suave caminar va regalando un hombro al descubierto en cada nuevo paso; elegantes sandalias Blahnik que me elevan diez centímetros sobre el

suelo y aportan un toque de color a la sobriedad de la vestimenta. El último vistazo que me echo de reojo en el espejo del portal muestra a una mujer atractiva, más sensual y segura que nunca. Una señorita apetecible. Y decidida. Mucho.

El chófer de Ro ya está esperando cuando salgo a la calle y subo al coche con sensaciones encontradas. Puede que las mariposas cañeras que siempre aparecen en los previos en los que Ro va a participar se hayan

acercado fugazmente a saludarme —siento su machacona presencia por leves instantes—, pero una sensación conocida es la que se apodera de mí. Algo así como una lucha por la supremacía entre las dos personalidades que cobijo: la de la cordura y la paranoia.

Soy consciente de que esa batalla vuelve a librarse, pero me dejo llevar porque en eso consiste mi historia con el caballero: dejar de ser la pragmática Jimena para convertirme en la irreverente dama.

Enterrar mi lado más dulce cuando procede y desempolvar el pérfido, el malévolo. O viceversa. Hallar el justo equilibrio entre ángel y demonio según la circunstancia que devoramos en cada momento. Y me gusta. Me siento plena, me elevo, me crezco.

Aunque en esta ocasión, camino de alguna parte —el chófer conduce Castellana hacia abajo, nos vamos aproximando a la mítica plaza de Colón—, una nueva impresión, esta vez desconocida, me invade, se

adueña de mis sentidos.

Es un sentimiento poderoso, arrebatador, potente. Va más allá del sexto sentido. Todas las alertas de mi psique, de mi subconsciente y hasta de mi consciente me hacen ver meridianamente claro que me dirijo hacia un territorio inexplorado, desconocido. Que este desafío final es algo grande y que nada será como antes cuando el desenlace se presente ante nosotros.

Ni pajolera idea de si será bueno, malo, predecible,

sorprendente, pero a todas luces modificará para siempre el rumbo de mi vida tal como la conozco.

No temo por ello. Tan solo ando algo inquieta y expectante por el reto al que Rodrigo me va a someter.

Una certeza tengo: tratándose de él, será complejo, maquiavélico, enrevesado, en varios actos.

Al llegar a la plaza capitalina gobernada por el descubridor y por una inmensa bandera rojigualda, el chófer sube hasta la glorieta de

Alonso Martínez. Da la vuelta y vuelve a bajar hacia Colón por la calle Génova, pero en dirección contraria. Y entonces para. Justo en el enclave en el que dicha calle se fusiona con Castellana.

Alguien abre la puerta del coche desde fuera. Vuelco en el corazón por si es él, pero no. Una señorita espléndida —guapa y con un tipazo es-pec-ta-cu-lar— me indica gentilmente que la siga.

Los *warning* se me disparan interiormente en todas direcciones,

ya que la criatura exuberante que me precede, por algún motivo, me recuerda a la chica que me recibió a las puertas de La Fenice para guiarme hacia una ratonera. Lujosa, mitológica, suntuosa, pero ratonera al fin y al cabo: la de encerrarme en un palco operístico para contemplar cómo el amor de mi vida se lo monta sin escrúpulo alguno ante mi anonadada estampa con su actual amante, la mayor pécora del reino.

Algo me dice que me aproximo hacia algo que no va a diferir de

semejante monstruosidad. Que Rome las hará pasar putas en la conquista de la quinta isla. Pero tan asumida tengo su puesta en escena y su casi seguro macabro guion que voy a arrasar, sea lo que sea lo que su putrefacta mente haya sido capaz de concebir.

Y hablando de putas, que en estas ando cavilando cuando me topo de bruces con la entrada del Hot. Sí, ese local legendario del putiferio patrio de alto *standing*. En román paladino: una discoteca

como otra cualquiera, pero rebotante de preciosas prostitutas. Con sus pistas, sus mesas, sus sillas, sus reservados, sus barras, su barra —de *striptease*— y sus escaleras hacia un espacio reservado para las transacciones comerciales: sexo por dinero, carne por parné, fantasías por Visa. La vida misma.

¿Alguna diferencia respecto a otra tipología de negocio? Sí, que en el Hot las tías están buenísimas. Pibones. Unas señoritas bien

vestidas, de manera provocativa pero con cierta clase —como la tipa que me precede—, que son tan extremadamente bellas que siempre te acabas preguntando «¿pero estas tías por qué no se dedican a otra cosa?».

A todo esto, las que se contonean por, en, entre la barra de *stripper* son todo un espectáculo. Se contorsionan como malabaristas de circo mostrando cuerpos esplendorosos que dan gloria. La sensualidad de los movimientos, la

luz tenue, la perfección de su anatomía y la sugestión de los que, embobados —y encopados—, las contemplan las terminan por convertir en diosas para los espectadores de cada sesión. Eso es el Hot. ¡Ah! Las estupendas utilizan tarjetas con códigos de barras en las que los camareros van contabilizando las consumiciones a las que los clientes van invitando, de treinta euros en adelante, según la marca de *champagne* o de alcohol elegida para los

combinados. Escaleras arriba, a partir de ciento veinte euros la media hora hasta donde se quiera llegar —y pagar.

Muuuuuuchos, muchísimos gerifaltes de los que sientan cátedra sobre la moralidad y las buenas costumbres, de los que se confiesan a los cuatro vientos católicos, apostólicos y romanos de cintura para arriba, no vean lo asiduos que son a este local —y a otros similares— y las golferías que ponen en práctica de cintura para

abajo en la compañía de estas damas pecaminosas. Incluyo en esta categoría de hipócritas redomados a gran parte de los cargos mejor posicionados en el escalafón de las decenas de altas instituciones del Estado que se ubican en un kilómetro a la redonda.

Pero dejando de lado vergüenzas ajenas, voy a centrarme en mi rollo, para lo que he venido, lo que me trae a este obscuro entorno, ¿Rodrigo me está citando en un puti de lujo? ¡Ainssss!

La damisela que me guía abre las puertas de la casona del vicio y yo, ante circunstancia tan extravagante, no solo no me encojo, acongojo o me vengo atrás, no. Subo la cabeza bien alta y hago el paseíllo hasta el fondo —siguiendo a lo que ya, sin duda alguna, es una bien pagada de lujo—, como si fuese una más de las animadoras de la casa: erguida, altanera y contoneando lo justo —tampoco hay que pasarse— caderas y trasero.

Siento cómo docenas de ojos masculinos clavan sus pupilas en mis balanceos, lo cual me halaga, habida cuenta de que la competencia que me rodea puede presumir de un nivel estético de aspirantes a títulos de belleza variados y que la mayoría debe contar con entre diez, quince e incluso veinte años menos que yo.

Vamos, que sigo estando de buen ver en la antesala de los cuarenta. ¿Que me confundan con una habilidosa hetaira? Viniendo de

estos que están abarrotando la sala, me la pela. Si ellos están allí para culminar transacciones, sus miradas —y sus miras— están a idéntica altura que las de las señoritas con las que pactan el negocio. El que compra y el que vende no difiere en el estándar de moralidad ni en casi ningún otro. La que se vende no es peor que el que paga, y viceversa. Así pues, que se abstengan de autootorgarse superioridades morales aquellos a quienes no les corresponde.

Al fondo del local descubro a Ro. Está en una mesa acompañado de dos chicas y de una cubitera que deja al descubierto una botella de *champagne* cristal ya vacía y otra recién descorchada. Me acerco. Saludo con una inclinación de cabeza a la par que la chica que me ha acompañado se retira.

Radiografía a las dos figurantes con descaro. Treintañeras, una morena —guapa a rabiar— y una pelirroja que desprende tanto morbazo como curvas su anatomía.

Bien peinadas, maquilladas como para acudir a una fiesta, pero sin estridencias, luciendo buena manicura y pedicura; la morena viste unos *short* de lentejuelas negras de Dolce&Gabbana, una camisa de raso semitransparente del mismo color y unos *stiletto*s vertiginosos que estilizan aún más —si eso es posible— unas piernas de órdago. ¡Qué cabrona!, ¡qué buena está la tía y cómo es consciente de sus armas!

La pelirroja luce un vestido azul

turquesa que deja su espalda al descubierto hasta la última vértebra y un poco más, con un largo por encima de la rodilla que muestra medio muslo en sus calculados cruces de piernas; complementa su *look* felino con unas sandalias Jimmy Choo en tonalidades plata. Ni anillos, ni pulseras —¿para no entorpecer sus trabajos manuales? —, solo pendientes. Otro escandalazo de señorita. Pues vale.

Me siento en el sofá que comparten como si tal cosa, miro

desafiante a Rodrigo como diciéndole «El juego no sé si tiene buena o mala pinta, pero aquí estoy, dispuesta a participar sin titubeos ni mariconadas».

Me sirve una copa de espumoso, la apuro de un trago y me sirve la segunda. Esta vez la saboreo despacio, seductora.

Mientras me estoy recreando en el tercer o cuarto sorbo de la segunda copa de *champagne*, observo con el rabillo del ojo que las dos fulanas que Rodrigo me ha

plantificado delante —Dios sabe con qué propósito— están jugueteando con lo que parece ser una cartulina o un tarjetón.

Al principio lo hacen con algo de disimulo, y en apenas unos minutos, con descaró. Se pasan la tarjeta boca a boca, se la colocan en su canalillo la morena, canalazo la de cabellos cobrizos, se ríen, me sonríen, miran picaronas al hombre de la mesa...

Ro las observa impertérrito. También me mira a mí, pero a

priori no parece que vaya a hacer nada más. Y en estas andamos cuando la furia me domina. O vaya usted a saber el qué. Me viene a la cabeza por un instante cuando en la segunda isla, en Lesbos, el espíritu de Safo me poseyó, introduciéndome en un universo de fantasías no aptas para cardíacos.

Es que, de repente y sin causa aparente, Ro me ha tocado los cojones. Me convoca en un prostíbulo de lujo en lo que parece ser el supuesto pistoletazo de salida

hacia la quinta isla, y me encuentro a su completa merced, mientras dos moradoras del lupanar muy monas y estilosas andan jugueteando con un objeto que tiene que estar dirigido a mí.

Y en un arrebatado de orgullo, locura, ira y no sé cuántas sensaciones más, todas bárbaras, me transformo en la diabla que habita en mí en contacto directo con Ro y decido demostrarle a él, a mí, a las lolitas veteranas, al local entero, al universo interestelar y a

lo que se me ponga por delante, que soy la mejor en lo que me proponga. Y que para puta, yo.

Que estas dos que invaden mi mesa y todas las que pululan por la sala y los privados no son más que vulgares principiantes, niñas sin más oficio que el del beneficio carnal de los que pagan por sus entrepiernas y por sus nalgas. Mujeres insulsas e insustanciales que, más allá de las cuatro paredes del negocio y de las prácticas sexuales que llevan a cabo, jamás

tendrían la más mínima posibilidad de triunfo como contrincantes mías. Y que si me lo propongo, incluso en su territorio, jugando como ocasionalísima visitante, les puedo dar a todas en los morros.

Y en ese arrebatado —fuera de toda lógica y cordura—, decido que para caña, la mía, y que, incluso muy alejada de la vestimenta o de las maneras que de un zorrón de alto *standing* se espera, puedo adoptar sus mismos modos, puedo ejercer de toda una *showgirl* con

actitud de actriz porno. Aunque sea por efímeros instantes.

Hay un par de caballeros de mediana edad bebiendo en una mesa cercana que no son desagradables a la vista; uno de ellos hasta es atractivo. El atuendo de ambos es elegante y se diría que son correctos y bien educados.

Me acerco hacia su mesa, firme, sensual, pícara, misteriosa. Les susurro al oído. Alucinan. Les invito a levantarse. Me vuelvo a dirigir —con ambos señores en la

retaguardia— al lugar donde mi caballero y su odiosa compañía — ¿puede una mujer cuerda, fría e inteligente sentir celos feroces, odio visceral transitorio hacia dos putones verbeneros?— me observan con total estupor.

Tomo a Ro de la mano. Invito a la morena y a la pelirroja a seguirnos. Observo que la del vestido turquesa conserva el tarjetón entre sus manos mientras dirige una mirada fugaz de flipada total a su compañera de correrías.

Camino directa hacia las escaleras, hacia los privados, con una seguridad que asusta.

Rodrigo me sostiene una mirada completamente desconcertada, mirada que yo ignoro. Subo los peldaños a ritmo de la ochentera y pegadiza melodía de *99 red balloons* de Nena. Canturreo esa letra que hace referencia a batallas... ¿Guerra? La tendrás, Rodrigo. Y caña. Mucha caña.

—Apechuga, cabrón. —Es lo único que atino a pronunciar.

Bueno, no yo, esa fiera indomable, mitad harpía, mitad Afrodita, mitad putón, mitad enajenada, mitad diosa en la que él me convierte. Ese mismo hombre que ahorita mismo me sigue a apenas paso y medio de distancia con un desconcierto épico. Lo que él desconoce es lo que, sobre la marcha, he decidido llevar a cabo en su presencia: una cata de pollas. A ciegas.

Y debería sentirse orgulloso porque lo hago en su honor. Voy a catar tres miembros masculinos con

los ojos tapados para no ver y las manos atadas para evitar palpar cuerpos y piel; y estoy convencida, sin titubeo alguno, de que voy a descubrir al primer envite de cada uno cuál es la verga de Ro.

A las palmeras que configuran el *atrezzo* les digo que yo corro con los gastos de la juerga, servicio completo de una hora, si se limitan a hacer lo que les digo, es decir, prácticamente nada.

A los caballeros que ahora nos acompañan simplemente les he

susurrado: «Si suben a un privado con las personas que ocupan aquella mesa —señalo con la cabeza de qué mesa estoy hablando—, podrán disfrutar de tres mujeres completamente gratis. Yo misma y las dos señoritas que están allí sentadas, la morena y la pelirroja. No hay truco alguno. Si una vez arriba no se sienten cómodos, son libres de abandonar la habitación cuando les plazca».

Y claro, hay que ser muy lerdo para andar gastándose los cuartos

bebiendo combinados carísimos en un putiferio glamuroso, que te regalen el premio gordo y rechazarlo. Los caballeros me preguntan que dónde está el truco, que tiene que haberlo, aunque yo niegue la mayor, y mi respuesta es tan simple y convincente que acceden sin pestañear.

—Para gustos y fantasías, los colores, señores. No se trata de una orgía, ni de una broma de mal gusto, ni de cámara oculta alguna. Ustedes me penetran; esa es mi fantasía. Yo

no soy una de las que dan servicio en este local, soy clienta: he venido a pagar, como ustedes. Luego, se quedan con las dos espléndidas damiselas que sus ojos están contemplando por el gusto que me van a prestar a mí. Los gastos corren de mi cuenta. Lo que hagan con ellas una vez que mi acompañante y yo hayamos salido de la habitación es cosa suya. No se negarán a convertir en realidad la sencilla fantasía de una dama atractiva, atrevida y desconocida en

una aburrida tarde estival, ¿verdad?

Me miran de arriba abajo con unos ojos como platos que dejan al descubierto sin disimulo lujuria y estupor total a partes iguales, se miran entre ellos con cara de «¿Por qué no? ¿Qué perdemos?» — obviamente nada; más bien ganan una experiencia morbosa y extraordinaria— y se levantan sin más. Supongo que no todos los días se reciben semejantes proposiciones.

Ahora estamos los seis dentro

de una habitación que a mí me resulta sórdida —por la utilidad que recibe en su día a día—, pero que no deja de ser correcta, casi aséptica, desde un punto de vista estético. Hasta ese momento, solo los afortunados secundarios conocen lo que allí va a acontecer.

Llega el momento de comunicar a los otros tres, al resto de la comparsa, el papel que van a desempeñar en los próximos minutos.

—Señoritas, me vais a atar las

manos al cabecero, con nudos muy suaves, por favor, apenas perceptibles, y procederéis a tapar mis ojos con un pañuelo. Enseguida desnudarán a estos tres caballeros que nos acompañan, insinuando y tocando lo justo para que se pongan cachondos. Cuanto antes mejor. Sin más. Quiero que les provoquen una rápida erección. Ustedes, caballeros, me van a penetrar en el orden que más les apetezca, sin yo saber quién es cada cual. Eso te incluye a ti, Rodrigo.

Ro me mira con inquina, con tirria, pero no protesta, se mimetiza con el entorno y accede. Baja la cabeza. Normal su animadversión. Me intenta meter sin miramiento ni compasión alguna en la boca del lobo y Caperucita se come al lobo. Como entonces. Como siempre. Rodrigo, Rodrigo, ¿cuatro islas?, ¿tantísimas desventuras y sobresaltos no fueron suficientes para asumir con quién te la estás jugando?

Continúo con la escenografía de

la aberración que estoy a punto de cometer, sin darle vueltas ni reparar en nada, ya que de lo contrario lo menos que me pedirá el cuerpo es salir corriendo de allí. Y concesiones o victorias regaladas a Rodrigo, ni una.

—La penetración será breve, apenas dos o tres empujones. Sin tocar un solo centímetro de piel de mi anatomía, sin besarme, sin que sus rostros se acerquen al mío para evitar que otros sentidos, como el olfato o el gusto, puedan facilitarme

el cometido que me dispongo a probar. Se trata de una cata a ciegas de miembros viriles. Voy a reconocer la polla de mi amante sin más ayuda que su contacto con mi vagina, que la percepción de su piel al fusionarse con la mía, que su manera de moverse dentro de mí, que el reconocimiento automático de la memoria de mi intimidad, de sus proporciones, de sus dimensiones, de su saber hacer y de sus maneras en la profundidad de mis entrañas.

Todos me observan pasmados. Los acompañantes masculinos imprevistos, con expresión de póquer en sus rostros y brillo en sus ojos. Un día de suerte para ellos, sin duda. Satisfaciendo la fantasía de una dama y con putas pagadas como extra para finalizar la fiesta si esa es su apetencia.

Las prostitutas de élite diría que hasta me están observando con cierto respeto. Estarán acostumbradas a todo y más, pero dudo que entre sus quehaceres

diarios en el mundo del contrabando de la carne participan a menudo en una cata de pollas impulsada por una dama completamente ajena a su mundo.

Rodrigo, encabronado, porque le ha salido el tiro por la culata. Intuyo que pretendía humillarme — ¿no tuvo bastante en La Fenice?—, y ahora, el perplejo por el giro inesperado que han tomado los acontecimientos tras mi estrambótica iniciativa es él. Ajo y agua, querido. Haberme citado en

un enclave señorial con rosas, carantoñas, buen vino y mejores manjares en vez de en una mancebía de lujo.

—Una vez reconocida la polla de Rodrigo, me desataréis, me levantaré y me marcharé. No sin antes recoger un tarjetón con el que andáis jugueteando cuya destinataria, supongo, soy yo. Ustedes cuatro pueden quedarse en este habitáculo si les apetece; una hora de placer a cargo de estas chicas corre de mi cuenta si los dos

caballeros invitados quieren disfrutar de sus servicios. Haré que les suban también un par de botellas de *champagne* de calidad, por las molestias. Y tú, Rodrigo, puedes hacer lo que te plazca. Quedarte, irte, acompañarme, maquinar, despotricar, aplaudir, maldecir, resarcirte...

Se está poniendo tan rojo —de ira, no de pudor— que creo que puede estallar en cualquier momento. Cuando algo escapa a su control o se disgusta, el sonrojo

invade su cara. Pero aguanta y participa.

Ya atada desde la cama, observo cómo las fulanas se esmeran en desnudar a los invitados con mucho arte, tal y como les he indicado.

Ellas mismas se van despojando de las minúsculas prendas que las adornan para facilitar la excitación del personal masculino. Cuanto antes yo pase esta cruz, un calvario autoimpuesto, mejor.

También trastean con mi Ro.

Eso ya me divierte menos. Que unas rameritas que podrían pasar por *top models* de pasarela internacional acaricien a mi caballero de arriba abajo o deslicen su lengua despacio, suave, solícitas, alrededor de sus ingles, de su línea alba, haciendo paradas «técnicas» en sus testículos o en su glande, me inquieta, me revuelve, me desagrada.

Por ello pido que procedan cuanto antes con el cometido que nos mantiene atrapados en una

misma habitación a seis desconocidos, exceptuándonos a mi caballero y a mí misma.

Me dejo hacer sintiendo una suave piel femenina recorriendo mis antebrazos y mis muñecas. Idéntica sensación me asalta alrededor de mi frente, mis pómulos, mis párpados, mi cabello. Se erizan todos los poros de mi piel, también el vello apenas perceptible que recubre mi cuerpo.

Pasan unos segundos, quizás un minuto, cuando noto cómo alguien

se acerca y posa sus manos y rodillas sobre el colchón. Este se hunde, cede en parte, y abre mis piernas sin más preámbulos. Me dejo llevar. No puedo ver ni tocar. Apenas oler, ya que su rostro no puede acercarse al mío. Son las normas del juego que acabo de poner en práctica.

Un miembro masculino roza mi clítoris, mis labios, y se adentra en mi vagina. En el primer instante, el de la percepción de carne ajena que se introduce en mi cueva, solo

intuyo eso, una invasión. Pero al segundo o tercer embate, reconozco que ese miembro es demasiado delgado, demasiado blandito para tratarse de mi Ro. No colma ni presiona mis paredes.

Le invito a retirarse amablemente.

Escasos segundos más tarde, idéntica sensación. La de alguien que se acerca, se inclina sobre la cama, esta cede bajo el peso de un segundo morador, y palpo una piel que roza mi sexo antes de empujar

dentro de mí.

En esta segunda ocasión, el miembro sí colma mi túnel, mis paredes presionan con fuerza una polla que cuenta con el suficiente grosor como para pertenecer a Rodrigo. Ummmm, me concentro, pongo los cinco sentidos en mi útero y en sus alrededores. Pero algo no me cuadra, algo distorsiona mi evocación exacta del recuerdo sexual de Ro.

... *No puedo evitar*

*acordarme de Ro cuando
retozo con otro. Más aún,
cuando percibo que no es su
divino miembro el que me
penetra. Cuando no le
reconozco en el interior de mis
entrañas. Cuando no eclosiona
mi feminidad al vaciarse en mí.
(...)*

*Jimena (Pecados que cometimos
en cinco islas)*

Por cierto, llegados a este punto, ¡cuánto daría por observar en

estos momentos su expresión, por recrearme en descifrar los recovecos de su mirada! Lástima. Grabación de vídeo... Pero ya sabemos que los móviles y las cámaras audiovisuales, tratándose de menesteres sexuales, las carga el diablo; no procede tentar a la suerte cuando la protagonista de una escena que bien podría tratarse del culmen de una película muuuuuy pornográfica la estoy interpretando yo.

He follado tanto con Ro, en

cualquier situación, en ambientaciones extremas, con invitados, sin ellos, con saña, con amor, con deseo, con odio, con rencor, con adoración, por venganza, por pasión, por desafío..., lo hemos hecho de tantas maneras posibles que reconozco sobradamente su método, cada uno de sus movimientos en los segundos iniciales de la penetración. Y en los intermedios, los finales, los preámbulos, los post... Y esta poca delicadeza en una primera

embestida no cuenta con su sello; sin duda, este gañán, bruto y voraz, no se trata de mi caballero.

Hasta en los folleteos más salvajes, Rodrigo penetra en los estadios previos con suavidad, con extrema delicadeza, con un empuje lento, deslizando su miembro de un modo que permite ir disfrutando de cada centímetro de su pene hasta encontrarse con el fondo de mi vagina, hasta alcanzar la pared que no permite ir más allá. Entonces, y solo entonces, Ro, retrocede,

vuelve a introducirse con idéntica delicadeza por unas cuantas veces más, para tan solo en el momento en que me siente completamente empapada de gusto arrear con toda su fuerza. Cuando comienza su toma y daca poderoso, mis entrañas ya se encuentran dilatadas de cabo a rabo y yo estoy mojada hasta las rodillas. Así que invito al gañán a largarse de la cama y pronuncio su nombre.

—Rodrigo, Rodrigo... —
suspiro—. Solo faltas tú —continúo

—. Ciega, muda, inmovilizada, con espectadores, sin ellos, en un sórdido escenario, en el más exquisito de los decorados, de noche, de día, hace cinco años, dentro de un siglo, te reconozco, te busco, te encuentro. Ven a mí.

Rodrigo accede. Le siento, me relajo, disfruto... Ahora sí: ÉL ES MI CABALLERO.

Aún estoy tapada y capada de sentidos, pero mi sexo reconoce el suyo sin duda ni dilación alguna. La textura de su piel, el grosor de su

miembro, el vello de su vientre, el terciopelo de su glande, el compás de sus movimientos, las pausas en su ansia por regalarme placer, el ritmo acompasado de sus envites, la dulzura de sus vaivenes...

Pido a las cortesanas que me liberen de pañuelos opresores en ojos y muñecas para abrazar y observar a Rodrigo mientras culmina la faena.

En cuanto me recreo en sus ojos, en su rostro, en cuanto puedo complementar el placer que

provoca su pene en mis entrañas con la satisfacción de tocarle, de abrazarle, de apretarle, de observarle, de perderme en su mirada, mi éxtasis se multiplica hasta el infinito. Estoy convencida de que no se puede sentir más emoción en el contacto con un hombre: soy una dama privilegiada.

De nuevo, ya nadie tiene cabida en el universo que Ro y yo hemos creado —de reojo observo cómo los cuatro espectadores, nuestros figurantes por esta tarde, comienzan

a montárselo entre ellos mientras no nos quitan ojo—; pero una vez acometido con éxito mi propósito, todo lo demás me resbala. Los otros me resultan me complemente indiferentes; incluso me estorban.

Me dejo llevar hasta donde mi caballero desea, vuelvo a ser completamente suya, me abandono a todo lo que no sea mi adorado Rodrigo, y es entonces cuando un orgasmo descomunal, imprevisto, veloz, sacude todo mi cuerpo, me electrifica desde la cabeza hasta los

pies.

Grito sin control hasta rasparme la garganta, gruño, gimo, me revuelvo, me retuerzo y finalizo besando a Ro como si no hubiese un mañana.

—Ninguna mujer en el mundo, perversa Jimena, te llega a la altura de los talones. Eres un demonio, un ángel, una salvaje, una señora, una víbora, una osada, una perra, una dama, una puta, una diosa..., pero la gloria solo se alcanza contigo: tu cuerpo y el mío jamás volverán a

ser bendecidos si no es en mutua compañía.

Me mira extasiado —diríase que con ternura, que tela, telita, tela, después de lo que acaba de presenciar, de la que acabo de liar, del papel retorcido recién interpretado por mi lado más oscuro—. Aunque puede que saberse tan único y tan especial como para que yo le reconozca en una cata a ciegas de pollas le haya subido la moral, disparado la autoestima, le mantenga ufano y

hasta encandilado.

Vuelve a besarme como si en ello le fuese la vida. Poniendo un empeño que enamora. Sin pausa alguna cubre de mil besos cada milímetro de mi agotado cuerpo. Recreándose en cada recoveco de mi anatomía con un mimo extraordinario.

Me encuentro exhausta, algo aturdida por la experiencia, acojonada por mis sádicas reacciones. Casi destructivas. Porque la Jimena más extravagante

y peligrosa salta como un resorte con la presencia del caballero. Pero esta entrega sin límites de Rodrigo ante cualquier situación, incluso en las que le pongo a prueba hasta límites inhumanos, me vuelve loca.

Solo pronuncia seis palabras más antes de mi despedida en la tarde de hoy, palabras que convulsionan mi alma porque esa intuición, ese sexto sentido que emerge cuando menos te lo esperas, me alarma de que estamos viviendo un principio y un final, de que

estamos protagonizando un punto final para dibujar los trazos de un folio en blanco de desconocido e imprevisible desenlace.

—Te veré en la quinta isla. — Sentencia esta frase de manera solemne y me besa en la frente.

Antes de mi marcha, me alarga el, a estas alturas ya archifamoso, tarjetón, cuya entrega supongo que era el único propósito de una jornada que se ha tornado rocambolesca.

Leo expectante y releo

sorprendida:

*Dos ángeles que no lo son,
uno lo fue, el otro jamás lo será,
el yang te indicará el cuándo,
el yin es la puerta a nuestra quinta
isla.*

* * * *

SORPRESAS TE DA LA VIDA

El amor es la piedra en el camino con la que todos quieren tropezar.

(Rodrigo Santibáñez)

El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Eso es un dicho común y repetido por casi todos,

pero se trata de un refrán que está mal construido; al menos desde el *humilde* punto de vista de un flamante Premio Nobel.

El género humano es tan gilipollas que cuando ha sido capaz de reconocer a la más dañina de las piedras, a la más jodida de las que se cruzaron en su camino, vuelve a ella una y otra vez para destrozarse vivo. O para hacerse tanta pupa como cada cual pueda soportar. Y aunque en casi todo soy y actúo de manera bien diferente al común de

los mortales, en este asunto he pecado una y mil veces como el más lerdo miembro del populacho y a lo largo de mi medio siglo. Tratándose de asuntos de bragueta, más bien poco, porque iba a lo que iba y adiós muy buenas, *querida lady* de turno; pero Jimena es más que una aventura de faldas. Lo es —¿o será?— TODO.

No es que no desee volver a Jimena —la quinta isla es ahora mi único anhelo; veremos si la última parada de una trayectoria convulsa,

la meta de un destino incierto—, es que a estas alturas de tan delirante historia aún soy tan ingenuo —o soberbio, o ambas cosas— de pretender llevar a la dama por el camino que a mí se me antoje. Que una cosa es lo que yo prevea y cómo dibuje la situación en mi cabeza, y otra bien diferente es la puesta en escena que finalmente lleva a la práctica doña salvaje.

Si después de desafiar al peligro en una noche de tramontana en Menorca, de retar la prudencia

sobre las tumbas de los bucaneros en Sainte-Marie, de ejercitar el sadismo de una violación simulada en la isla africana, de olvidar la cordura presentándose con su otro amante en Venezia, todavía no he asumido que sus reacciones son impredecibles, que su personalidad camaleónica siempre da para una nueva sorpresa, es que soy otro gilipollas más dirigiéndose sin remedio al matadero: a darse de bruces contra su puñetera piedra.

La cité en un lupanar de lujo por

dos cosas: por puro morbo masculino —para observarla danzar entre las bellas hetairas de pago que tanto me han hecho gastar y tan poco disfrutar—, y por un atracón de altanería propia del Rodrigo más insolente, más dictador y hasta más machista, en un intento de darle en todos los morros; algo así como «No difieres mucho de cualquier otra perra en el ámbito de mis oscuros deseos: yo mando y tú obedeces».

Una manera como cualquier otra

de mentirme a mí mismo, porque si algo sabemos todos sobre Jimena a estas alturas —especialmente yo, que la sufro en mis carnes y en mi alma desde hace un lustro— es que se trata de la mujer más libre que se contonea sobre la faz de la tierra, dueña y señora de su vida, de sus decisiones, de su porvenir. Que por mucho que yo idee, maquine o planifique, ella será capaz de adueñarse de la situación tantas veces como le venga en gana.

Su repentina iniciativa de la

cata de pollas a ciegas ha resultado soberbia. Observar cómo estaba siendo penetrada por otros varones hubiese provocado hondo rechazo en mí de no ser conocedor del motivo de tal proceder: honrar mi virilidad en su máxima expresión. Ser capaz de reconocer mi sexo sin más herramienta que su propio sexo, inhabilitada de cualquier otro sentido que pudiese facilitarle alguna pista sobre mi identidad, se ha convertido en una experiencia gloriosa. Y más en los términos en

los que se llevó a cabo: apenas un par de empujones de cada uno de aquellos desconocidos para rechazarlos sin titubeo alguno, sabedora, con una seguridad abrumadora, de que semejantes modos y maneras no eran dignos de los de su caballero.

Que una hembra como Jimena esté tan apegada a mi hombría me rejuvenece, me hace sentir poderoso, puro macho, amante excepcional. Esta mujer sí que sabe cómo convertirse en inolvidable

para un hombre a cada nuevo instante.

Y he de confesar que Adriana Liébana, mi compañera reciente de viles juegos maquiavélicos, cómplice madura de trayectorias retorcidas, me está agradando de veras.

Jimena y ella no son comparables en casi nada; miento, quizá en la arrolladora personalidad que despliegan hasta en los gestos más nimios, en una inteligencia privilegiada, en una

elegancia innata en el ser y el estar, en la fortaleza inquebrantable de caracteres indomables, en el planteamiento de las relaciones sexuales como una extensión cinematográfica de la vida sin puerta alguna, dando cabida incluso a la ciencia ficción. Más allá de estos detalles —ni más ni menos—, Adriana es la maldad, la corrupción, la manipulación, la destrucción y la perversión hecha señora, mientras que a Jimena la identifico con términos positivos y

constructivos: creatividad,
superación personal, tolerancia,
libertad, osadía, aventura,
plenitud...

¿Dónde se halla mi quinta isla?
Cerca, muy cerca, pero no se lo
quiero poner fácil a mi dama.
¿Acaso me lo puso ella a mí en las
cuatro islas del pecado? No, me las
hizo pasar putas hasta límites
insospechados.

Y no se trata de rencor ni de
revancha. Esa fase ya la superé.
Simplemente deseo que se devane

los sesos durante unos cuantos días, quizá algunas semanas, para dar con la respuesta que tiene delante de sus mismas narices. De ahí la parafernalia del acertijo: una licencia poética, una travesura infantil en este desenlace de juegos de adultos.

Si por un extraño casual —algo improbable debido a su astucia— ella fuese incapaz de resolver este pequeño misterio, no tiene más que decírmelo y yo la guiaré de mi propia mano hasta nuestra quinta

isla.

Pero tratándose de Jimena, algo me dice que no solo alcanzará la isla propuesta, sino que, una vez conquistada, se las ingeniará para hacerla suya y dejarme boquiabierto con su punto final.

Expectante estoy...

* * * *

ÁNGELES Y DEMONIOS

Así que jeroglíficos tenemos. Rodrigo ejerciendo de capullo para no perder nuestras buenas costumbres de darnos por saco hasta el infinito y más allá. No podía citarme sin más en una isla cualquiera del planeta, la que más le provoque, la que más rabia le dé. No, me remite a unos versos enrevesados para que me estruje el

cerebro mientras maldigo su sadismo. Voy a tener que descifrar un puñetero rompecabezas para alcanzar la quinta isla, que, leído lo leído, puede encontrarse en cualquier lugar del mundo.

La única pista clara es que se trata de una isla con ángeles, o de ángeles con islas, o de islas de ángeles o de ángeles en una isla. Casi *ná*. ¡Toma castañas!

Por si la tarea no fuese de por sí compleja y frustrante, debo enfrentarme a una situación que

detesto: la de dar explicaciones. Soy indómita, lo sé, independiente hasta lo enfermizo; soy consciente, incluso, de que en ocasiones hasta me convierto en algo similar a una sociópata de manual, lo asumo; pero en este preciso momento de mi vida, hay alguien que no se merece que yo desaparezca sin más: en unos minutos me espera una espinosa explicación dirigida a Bruno.

Quedo con él en territorio neutro; para estos menesteres nada

mejor que localizaciones imparciales, asépticas. Tomamos unas cervezas en la terraza del Círculo de Bellas Artes, bajo la altanera supervisión de mi admirada Victoria Alada del edificio Metrópoli. Jamás dejaré de fascinarme por esa actitud desafiante de una criatura tan hermosa, a punto de surcar los cielos de Madrid.

Sin más preámbulos, tras pedir al camarero la segunda caña, suelto el bombazo.

—Bruno, me marchó de viaje por unas semanas.

Él pone cara de flipado total. Y eso que entre sus múltiples cualidades no destaca la expresividad. Sí las miradas incisivas y la calma indescifrable.

—¡Pero si acabas de regresar hace apenas un mes de tu envidiable *tourné* de entrevistas por unas cuantas islas!

—Cierto, tienes toda la razón, pero aquello era trabajo. Después de todo lo acontecido en mi

convulsa existencia en los últimos tiempos, de *Pecados que cometimos en cinco islas*, la revelación de su veracidad y de la relación con el Nobel, promociones varias, vorágine laboral, viajes obligados, *Vanity Fair*, tú mismo..., el cuerpo me pide un *kit kat*.

—Lo entiendo..., pero me dejas desconcertado. No lo esperaba, la verdad.

—Lo sé, ha sido todo repentino. No estaba planificado en modo

alguno. Mi cuerpo ha dicho «para, desconecta, relájate, carga las pilas. STOP». Y yo me veo en la obligación de seguir sus dictados.

Por breves instantes, vuelvo a mentir como una bellaca y con toda la intención, como la Jimena más cruel que alguna vez fui y que puedo volver a ser en cuanto Ro me incite. La que salió a la luz en Venezia, tanto en sus previos como durante todo lo allí acontecido, cuando engañaba como la más maléfica de las pécoras a dos de

los hombres más importantes de su vida con el único propósito de manejarlos a su antojo, de someterlos, de salirse con la suya: a Diego Ayala y a mi Ro.

Metiendo esta soberana trola a Bruno, vienen a mí aquellas artimañas —las desplegadas en la cuarta isla—, pero sin remordimiento alguno. Tan solo como una evocación.

—Lo puedo entender, lo de que quieras paz y calma por unos días, aunque lo cierto es que no me

apetece para nada alejarme de ti. Tus entrevistas para *Vanity*, mi reciente viaje a Washington, y ahora, tras apenas unas semanas juntos, volvemos a separarnos. No quiero parecer pelma ni posesivo, pero... me jode, y mucho, esta partida tuya imprevista.

—Prometo un millón de compensaciones a la vuelta.

Acercó mis labios a los suyos y le beso ardientemente; una manera como otra cualquiera de intentar redimir mis pecados. Caigo en la

cuenta de que los años siguen pasando y no dejo de acumular conductas pecaminosas merecedoras de fuego eterno.

—¿Por cuánto tiempo te vas?

—No sé decirte con seguridad.

En las próximas semanas estoy liberada de compromisos profesionales; la promoción de *Pecados* ya finalizó, el trabajo para *Vanity* de los meses venideros está entregado. Aun así, mi idea es no sobrepasar en ningún caso el mes o mes y medio viajando.

—Pues se me va a hacer bien largo ese mesecito sin ti...

—¡Vengaaaaaaa! Halagada estoy y me encanta que me lo digas, pero con el jaleo que tienes tú ahora haciéndote con las riendas del periódico, perfilando equipos, delimitando el terreno cual macho alfa, implantando una línea editorial sólida que no difiera de la que los lectores del diario esperan, pero que lleve impreso tu sello personal, conservando o incrementando las cuentas publicitarias del medio,

agasajando a gerifaltes patrios a tutiplén, etcétera, etcétera..., cuando menos te lo esperes, estoy de vuelta. Ni cuenta te vas a dar. Mira, hasta puede que te vengán bien unas semanas sin distracciones...

Pérfida Jimena de nuevo, ejerciendo de lleno las malas artes de la manipulación femenina. Esa vuelta a la tortilla en beneficio propio...

¿Por qué me siento culpable cuando miento descaradamente a

Bruno, como estoy haciendo ahora mismo y, sin embargo, ni el más mínimo remordimiento me acecha por episodios tan tremendos como el de la *suite* Palladio o el numerito del privado del Hot? La mente humana es inescrutable.

La queja de Bruno me saca del ensimismamiento al que me he dejado llevar por unos segundos.

—Déjate de monsergas, Jimena, que cuando uno está hasta arriba de todo (y créeme si te confirmo que es imposible tener más trabajo y

acometer más tareas simultáneamente de las que estoy llevando a cabo estos días, además de la responsabilidad que cargo sobre mis espaldas y el estrés que me ronda), nada mejor que una intensa distracción en mutua compañía para recargar energías y volver al tajo. —Y sonrío picarón antes de continuar—: ¿Te vas con alguna amiga? ¿Piensas visitar a alguno de tus múltiples conocidos repartidos por el mundo?

—Me marcho sola. Ya conoces

mi preferencia de pasar de todo y de todos cuando necesito desconectar a fondo. Y de lo mucho que me gusta explorar destinos a mi bola.

—¿Pero has pensado ya en algún plan?

—Algo tengo en mente, pero voy a ir improvisando sobre la marcha.

—¿Destino? Y como me digas que te piras a alguna remota y paradisiaca isla, me vas a poner muy pero que muy celoso.

Decido no tentar a la suerte y suelto otra mentira más. Total, una añadida esta tarde ya ni cuenta en el cómputo global de patrañas.

Bueno, en realidad se trata de una medio verdad. Porque no es cuestión de lanzar de sopetón a mi queridísimo amante —y mucho más— algo así como «Estoy a punto de embarcar en lo que puede ser la aventura de mi vida, la definitiva; voy a culminar mi historia, la inacabada con mi caballero, para bien o para mal, para poner un

punto final o para seguir escribiendo renglones, rectos o torcidos, con el que puede que sea el hombre de mi vida: marchó a encontrarme con Rodrigo en nuestra quinta isla».

En vez de semejante parrafón, terrorífico por las implicaciones que conlleva, pero certero cien por cien, solo digo:

—Cruzo el charco, Bruno. Me marchó a Norteamérica; y puede que no deje de realizar alguna escapadita a México antes de mi

regreso.

* * * *

Siempre tuve el pálpito — parece ser que erróneo— acerca de que nuestra anhelada quinta isla — elección de Rodrigo— sería Manhattan. Tengo que confesar que he estado totalmente perdida respecto al enigma planteado por el caballero. He buscado, rebuscado, investigado, repasado una y mil veces todo lo relativo a ínsulas y

ángeles, pero no encuentro nada que tenga sentido, que me satisfaga por completo.

Lo del yin y el yang ya es de nota. Es lo que tienen los cocientes intelectuales de 180 característicos de los genios y supongo que también de los Premios Nobel: que en más ocasiones de las recomendables resultan un engorro para el común de los mortales.

Tras múltiples horas de estudio e investigación, de búsqueda, de comparativas, de recordar

recuerdos —por si alguna de las interminables conversaciones compartidas con Ro podría aportarme alguna pista—, he estado al borde de tirar la toalla.

Bueno, para ser sincera, el agotamiento es traicionero, pero rendirme en semejante asunto es inviable en una mujer como yo. Aunque desquiciada es poco para definir mi estado y mi desesperación por la falta de resultados.

Así que decido cambiar de

estrategia: en vez de una búsqueda ilimitada hacia ninguna parte, comienzo por los descartes. No esperes resultados diferentes siguiendo idéntica táctica...

El primer descarte, la fobia que él tiene a todo lo que no huela al mal llamado *primer mundo*. Eso me borra de un plumazo más de medio globo terráqueo.

Además, teniendo en cuenta que en África se ubicó nuestra cuarta isla y conociéndole tan bien, sé que habrá elegido un nuevo territorio.

Cada una de las anteriores islas pertenecía a mares y océanos dispares; imagino que la quinta emergerá desde uno que no formase parte de nuestra anterior hoja de ruta. Con este razonamiento también queda descartado otro importante trozo del pastel planetario.

El yin y el yang me han despistado: son conceptos del taoísmo, es decir, que estos términos me conducen inevitablemente a China, pero aquello sí que no tiene ningún

sentido ni hay por dónde cogerlo. Ro no solo evita las áreas en vías de desarrollo, también cuenta con otras preferencias claramente definidas: absoluto amante del mundo occidental, poco dado a las costumbres, la filosofía y hasta la gastronomía oriental. Del régimen comunista ya ni hablamos...

Los gustos, las predilecciones de Ro para mí son determinantes, puede que definitivas, en su elección de la quinta isla — desecho radicalmente que

seleccione un mundo que le es ajeno, que no sabe apreciar; es muy intransigente con lo que no comparte—. Sinceramente, la simbiosis entre ángeles y el gigante rojo chino se me antoja cuando menos extravagante.

Estos seres alados suelen ser representados como mensajeros de Dios en la Torá, la Biblia y el Corán. Pero en el budismo y el taoísmo, religiones mayoritarias en China, no los encajo de ninguna de las maneras.

Por si todo esto no fuera esclarecedor, Ro anda peleado con la religión desde tiempos inmemoriales. Así que decido coger la calle de en medio respecto al yin y el yang: el pragmatismo siempre suele ser buen aliado en momentos de confusión y embrollo.

Y es que el yin y el yang ya han trascendido a concepto universal, muy por encima de su esencia genuina o de sus connotaciones iniciales vinculadas a la religión. Son nociones que exponen la

dualidad de todo lo existente en el universo. Describen las dos fuerzas fundamentales opuestas y complementarias que se encuentran en todas las cosas: el yin es el principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción; el yang es el principio masculino, el cielo, la luz, la actividad y la penetración. Por un momento, me imbuyo en mis propios pensamientos en medio de tanta elucubración: «fascinante cómo este hombre no deja nada al

azar, ni un cabo suelto: de manera poética y figurada incluye la penetración en la guía que me ha confeccionado hacia la quinta isla».

Según esta idea de dualidad, cada ser, objeto o pensamiento posee un complemento del que depende para su existencia y que a su vez existe dentro de él mismo. De ello se deduce que nada existe en estado puro ni tampoco en absoluta quietud, sino en una continua transformación.

Cualquier idea puede ser vista

como su contraria si se la mira desde otro punto de vista. En este sentido, la categorización solo lo sería por conveniencia.

Termino por escribir unas anotaciones en mi libreta sobre este tema para irme aclarando y mantener unificadas todas mis averiguaciones. Entre otras:

- El yin y el yang son opuestos. Todo tiene su opuesto, aunque este no es absoluto, sino relativo, ya que nada es completamente yin ni completamente yang. Por ejemplo,

el invierno se opone al verano, aunque en un día de verano puede hacer frío y uno de invierno puede ser soleado.

· El yin y el yang son interdependientes. No pueden existir el uno sin el otro. Un ejemplo: el día no puede existir sin la noche.

—¿Ni el hombre sin la mujer?
—Mis pensamientos en voz alta permanecen en constante ebullición al contacto con tan interesante temática. Continúo anotando.

· El yin y el yang pueden subdividirse a su vez en yin y yang. Indefinidamente. Otro ejemplo, un objeto puede estar caliente o frío, pero a su vez lo caliente puede estar ardiente o templado, y lo frío, fresco o helado.

· El yin y el yang se consumen y se generan mutuamente, forman un equilibrio dinámico: cuando uno aumenta, el otro disminuye. El desequilibrio no es sino algo circunstancial, ya que cuando uno crece en exceso, fuerza al otro a

concentrarse, lo que a la larga provoca una nueva transformación. Sería como cuando el exceso de vapor en las nubes (yin) provoca la lluvia (yang).

· El yin y el yang pueden transformarse en sus opuestos. La noche se transforma en día, lo cálido en frío, la vida en muerte. Sin embargo, esta transformación también es relativa. Por ejemplo, la noche se transforma en día, pero a la vez coexisten en lados opuestos de la Tierra.

· En el yin hay yang, y en el yang hay yin. Siempre hay un resto de cada uno de ellos en el otro, lo que conlleva que el absoluto se transforme en su contrario. Podemos equipararlo a una semilla enterrada que soporta el invierno, pero renace en primavera.

· La significación originaria de los términos *yin* (陰) y *yang* (陽) es incierta, relacionándose con diferentes acepciones; sin embargo, todos parecen provenir de conceptos naturalistas.

· El carácter chino tradicional del yin representa la parte norte, nubosa, de una montaña, mientras que en el simplificado (阴) aparece el carácter de ‘luna’ (月, *yuè*).

· El carácter tradicional del yang representa el lado sur, soleado, de una montaña; en el simplificado (阳) aparece ‘sol’ (日, *rì*). Se asocia a tales términos los fenómenos naturales de la nubosidad que cubre al sol y al brillo del mismo astro. El término *yin* se encuentra relacionado con el

tiempo frío, lo cubierto y lo interior; y *yang* sugiere lo soleado y el calor.

El conjunto de estas últimas deducciones son definitivas para mí. ¡Aleluya! Si estamos hablando de un jeroglífico que tiene como objetivo final descifrar una localización geográfica, resulta obvio que Rodrigo utilizó yin y yang en su ámbito de norte y sur, de soleado y de frío, de interior y de exterior.

Nada que ver con la simbología

religiosa, sino con los mapas y la cartografía. ¡Bingo! Las piezas comienzan a encajar. Ha costado, pero parece que he encontrado la senda adecuada.

Convencida estoy también de que, tratándose de todo un Premio Nobel de Literatura, se ha permitido la licencia poética de utilizar el símbolo que representa por antonomasia lo masculino y lo femenino, el pene y la vagina, el hombre y la mujer. Él y yo, en definitiva.

Y tras tanta reflexión, pensamiento, meditación, cavilación, estruje de mollera, ¡al fin! he descubierto un camino que me ilumina y me ilusiona. No se trata de una isla, sino de dos. ¿Una que me representa a mí y otra que le representa a él? Pues tiene toda la pinta de que así será... Ubicadas en una civilización que cohabita en perfecta armonía con la tecnología y el desarrollo, como no podía ser de otra manera si es una elección que proviene de los deseos de Ro.

Emergen en un mar y en un océano aún no contaminados por nuestra pasión. Están bautizadas con nombre de ángel, ambas. Y en un área geográfica relativamente cercana entre ellas, aunque alejadas de España por más de doce horas de vuelo.

El yin en el norte, frío, encapotado; el yang en el sur, soleado, caluroso. El yin se ubica en la bahía de San Francisco, siempre recubierta por la mítica neblina característica de aquella

zona californiana. El yang en el despejado y cálido mar de Cortés, en Baja California, frente a las costas mejicanas.

La isla de Ángel en California y la isla Ángel de la Guarda en Baja California —otro punto del yin y el yang, de los polos contrapuestos, la Alta y la Baja— podrían tratarse de mi quinta isla, de nuestra utópica isla, eso sí, por duplicado.

Brillo en los ojos, manada de dinosaurios *rex* en el estómago, expectación, alegría, adrenalina

disparada, sensaciones encontradas, euforia por encima de todo. Y esperanza, mucha esperanza. Hacia allá me dirijo.

Hasta el día de mi partida hacia California no puedo dejar de tararear a Loquillo: «Siempre quise ir a L. A., dejar un día esta ciudad, cruzar el mar en tu compañía. Pero ya hace tiempo que me has dejado, y probablemente me habrás olvidado, no sé qué aventuras correré sin tiiii...».

* * * *

En la bahía de San Francisco existe un recodo de difícil acceso, una gruta poco visible a los ojos de la mayoría. Se encuentra detrás de un risco: se trata de la cueva Ayala que nos conduce hasta la isla Ángel. Entiendo que el nombre de dicha cueva es mera casualidad, porque ya sería retorcido que el taimado de Ro, en su afán perfeccionista por no

dejar al azar ningún detalle, haya llegado al punto de hacer este guiño a Diego Ayala, el hombre cuyo paso por mi vida fue el preámbulo de nuestra relación y un actor secundario en mi historia con él. Diego, ese invitado involuntario en la historia de nuestros *Pecados*, cuyo desenlace definitivo estoy a punto de llevar a cabo.

La isla Ángel es un parque estatal de frondosa vegetación; cuenta con mayores dimensiones que su vecina y megafamosa isla de

Alcatraz, además de resultar mucho más pintoresca e interesante. Hace seis mil años, Ángel fue un territorio de la tribu de cazadores miwok; en los últimos tres siglos, sirvió como base militar desde la guerra civil americana hasta la Guerra Fría. Además, recibió miles de inmigrantes que eran allí retenidos antes de o bien ser admitidos en Estados Unidos, o bien ser deportados.

A la isla se llega en *ferry* desde San Francisco, desde el condado de

Marin o desde Oakland. La cara sur, repleta de playas de arena, mira hacia la bahía. El interior está constituido por pequeños bosques de gran vegetación en los que senderistas y visitantes se adentran para ascender el monte Livermore; se trata de una caminata de más de dos horas, que culmina con las impresionantes vistas desde las alturas, una panorámica excepcional de trescientos sesenta grados sobre la bahía y todos sus alrededores.

Aquí se encuentra el fuerte McDowell, construido en 1890, que aún sigue en pie y que durante la Segunda Guerra Mundial fue paso obligado para más de trescientos mil soldados.

Pero las historias más fascinantes que guarda la isla Ángel deben contarse desde la zona noreste, lugar donde se encuentra la estación migratoria que albergó durante semanas, durante meses incluso, a inmigrantes en busca de un nuevo porvenir en América,

como las familias chinas que llegaron desde las aldeas interiores del país.

Por esta isla pasaron cerca de doscientos mil inmigrantes chinos durante las primeras décadas del pasado siglo xx. Dramáticas inscripciones en el centro de inmigración dan cuenta de las historias, dramas y peripecias que protagonizaron estas personas durante su estancia en este pedazo de tierra, en su búsqueda por un futuro mejor. En la actualidad, lo

que fue el centro de inmigración se ha transformado en un museo y es uno de los dos únicos sitios de interés nacional en los Estados Unidos relacionados con Asia.

¿Otro guiño de Rodrigo? ¿En esta ocasión relativo al yin y al yang? Cada nuevo descubrimiento, cada paso que voy dando, me afianzo en mi convicción de que voy por el buen camino. Me estoy aproximando a la quinta isla.

* * * *

Aterrizo en San Francisco a finales de agosto. A pesar de pertenecer a California, su clima en nada se asemeja a las imágenes típicas de un sol espléndido sobre las playas de ensueño —atestadas de cuerpazos modelados por la cirugía y por el ejercicio físico compulsivo— de Los Ángeles o de Santa Mónica.

La meteorología de la ciudad de los tranvías es moderada: sus veranos son poco calurosos y los inviernos no especialmente fríos, siempre dulcificados por la brisa del Pacífico. Esa suavidad queda patente nada más bajarme del avión: pleno agosto, el mes más caluroso del año, y el termómetro marca tan solo 19 grados. Durante el período estival apenas llueve, pero no me libraré de los fuertes vientos, los cielos cubiertos y la neblina perpetua que cubre el

mítico Golden Gate, recreando ese paisaje de postal que todos visualizamos.

Los primeros cuatro o cinco días me dedicaré a patearme de nuevo la ciudad. Hace diez años que no la visito y para mí es, sin duda, una de las urbes más carismáticas del planeta. Nueva York es hiperbólica; San Francisco, pura elegancia. La Gran Manzana pasa por el gigante voraz, soberano de la vanguardia y de las tendencias. Es un espectáculo

interminable, multicultural e interracial: no tiene sexo porque abraza todos los sexos. Se trata de una ciudad hermafrodita. El sexto sentido se maximiza, la adrenalina se revoluciona sin remedio ni contención. San Francisco, el Milán americano, en cambio, desconoce adversario en el arte de la seducción: personifica la elegancia de un *gigoló* que tiende una mano mientras embelesa a cada nueva presa, sin que esta perciba más sensación que la de un cuerpo

apetecible y un aroma dulce que hipnotiza al ser aspirado. Es el amante arrebatador en el que toda hembra se debería perder alguna vez, el que impulsa a desatender la razón y convierte el silencio —y una mirada— en la mejor de las palabras, la más bella e intensa. Al recordar miradas, una punzada de culpabilidad me asola: los ojos de Bruno desde la distancia...

Tras esos días dedicados a mí misma, de asueto y desconexión total, exploraré la isla Ángel en

busca de no sé qué. Entiendo que debo encontrar algo que muy posiblemente me redirija hacia un punto concreto del yin, la isla de Ángel de la Guarda —muchísimo más extensa que la californiana, de hecho; se trata de la segunda isla más grande del mar de Cortés—. Y se supone que allí habré de reencontrarme con el caballero tras hallar la pista que me desvele el cuándo.

Mientras que la isla ubicada en el litoral de San Francisco cuenta

con numerosas historias e Historia, atracciones, visitantes y una ciudad tan cosmopolita a sus pies, la isla mexicana es pura naturaleza, uno de los lugares más bellos, aunque desconocidos, del país norteamericano: la isla en color sepia. Está formada por un enorme conjunto montañoso que emerge del fondo marino y alcanza una altura de más de mil metros en el extremo norte. Lo accidentado del terreno crea una variedad de fantásticos paisajes, entre los cuales

predominan los tonos pardos, anaranjados, debido a la aridez del lugar.

Se halla separada del continente por el profundo canal de Ballenas, caracterizado por la constante presencia de estos inmensos mamíferos. La gran riqueza del agua permite que exista una población permanente de ballenas a lo largo de todo el año, la cual se alimenta y reproduce sin tener que migrar, como sucede en otras regiones. También es común observar

grandes grupos de delfines y lobos marinos. Un paraíso natural. La isla está habitada por quince especies diferentes de reptiles, entre los que destacan dos subespecies de víboras cascabel que son endémicas —seres vivos exclusivos de un único lugar del planeta—: la cascabel moteada y la cascabel roja.

Ángel de la Guarda resulta ser un lugar único para los amantes de las aves; cuenta con infinidad de ellas, algunas tan hermosas como

las águilas pescadoras, los colibríes o los pelícanos. La isla despliega a lo largo de su amplia extensión las plantas más bellas del desierto sonorense y, además, cuenta con cinco especies exclusivas.

Si de flora y fauna mi próximo destino va sobrado, los seres humanos escasean. Vamos, que no me sentiré agobiada por pelmas indeseables: el hombre nunca ha habitado allí de forma permanente. Eso sí, la isla es ocupada

temporalmente cada año por cientos de pescadores y cazadores; también hay campamentos constantes de investigadores de mamíferos marinos y de estudiantes de facultades de ciencias. Además, en las últimas décadas, los yates de recreo o las embarcaciones de lujo de las grandes fortunas californianas y mexicanas fondean permanentemente en sus costas.

Da la sensación de que Ro ha dejado de lado por esta vez, y sin que sirva de precedente, historia,

mitología, literatura, lujo, misterio, opulencia, para centrarse en lo genuino, en la madre naturaleza, en un paraíso en toda regla.

Y me resulta una decisión de lo más acertada: la quinta isla debe ser novedosa, original, completamente diferente a todo lo vivido, lo experimentado; una hoja en blanco que no se pueda emborronar con ningún recuerdo inoportuno. Un punto de partida virgen. Chapó, Rodrigo.

Pero antes de alcanzar la

segunda parte de la quinta isla, debo perderme en la primera: el yin, isla Ángel, San Francisco.

No lo haré sola. La editorial me ha puesto en contacto con un autor californiano buen conocedor de la isla que me dispongo a patear de norte a sur, de este a oeste; de hecho, este escritor norteamericano publicó hace apenas un año un libro sobre las aventuras y desventuras allí acontecidas, tanto durante las oleadas de inmigración de inicios del siglo pasado como durante la

Segunda Guerra Mundial. Es un título cuajado de acontecimientos reales basados en los testimonios de personajes anónimos.

Hemos intercambiado algunos *e-mails* y parece un tipo encantador. Se muestra entusiasmado por mi interés en la isla y se ha prestado como cicerone, lo cual me viene de perlas. Como durante un año colaboró con la Universidad Complutense e incluso residió en Madrid, su español es muy bueno.

Se llama Nolan; Nolan Parker.

—¡Querida Jimena!

¡Bienvenida a mi país!

—Gracias, Nolan. Y un placer poder hablar al fin contigo, aunque sea telefónicamente, tras tanto intercambio de *mail*...

—Lo mismo digo.

—... Si bien es cierto que la bienvenida que me das es algo tardía. Aterricé el lunes, así que ya llevo cinco días por aquí, empapándome otra vez de San Francisco.

—¿Y cómo no me llamaste antes?

—¡No quería molestar! Además, hace diez años estuve un mes completo en la ciudad; ha sido pisarla y volver a recordar cada calle, cada avenida, cada panorámica, cada recoveco, cada café.

—¡Pero una escritora española joven y guapa nunca es una molestia, Jimena!

—También me apetecía estar unos días liberada de compañía,

caminar sin rumbo fijo, despreocuparme de horarios, fijarme en los viandantes e intentar descifrar qué aventura esconden, saborear cada minuto sin pensar en lo que ocurrirá después... Esas formidables sensaciones que tanto bien nos hacen y que tan pocas veces podemos disfrutar.

—En ese caso, estás perdonada. ¿Dónde has estado?

—¿Dónde no he estado, diría yo! He pateado el Financial District, he subido a la Sutro

Tower, he montado en tranvía (varias veces, por cierto), he saboreado China Town, he comido en Fisherman's Wharf, perdiéndome entre sus puestos, he paseado por North Beach; me he recreado decenas de veces, como hace una década, con los palacetes victorianos de Pacific Heights. ¡Quién pudiese vivir en una edificación así! Me he tumbado a leer en los alrededores del Fine Arts, he disfrutado de unos buenos cafés en Haight Ashbury, y hasta me

he dejado caer por el Lincoln Park para observar el Golden Gate en todo su esplendor.

—*Oh, my god!* Compruebo que no has perdido el tiempo y que has estado de lo más atareada. No te faltó casi de nada... En la isla algo podré enseñarte, pero sobre la ciudad me da la sensación de que la tienes bien trillada. ¡Se te puede dejar sola por el mundo! ¿Te queda algo por hacer?

—Bueno, sí, no te creas. Me ha faltado tiempo para hartarme de

compras, salir de la urbe (tengo ganas de acercarme a la zona de la bahía y de pasar una mañana en Berkeley), visitar alguna exposición... Tampoco tuve la oportunidad de darme el homenaje de una buena cena... El agotamiento acumulado por días de frenética actividad me llevaba directa a la cama una vez de regreso al hotel. Pido algún bocado al servicio de habitaciones y caigo rendida.

—Pues eso tiene solución, señorita.

—Tú dirás, Nolan.

—Te invito a cenar esta noche.

—¡Hecho! Con las ganas que tengo de conocerte, será estupendo no esperar ni un día más.

—¿Alguna preferencia de restaurante? ¿De zona, tal vez? La invitada manda...

—¡Para nada! Los deseos del anfitrión son órdenes para mí. Faltaría más.

—¿Has estado en Sausalito?

—¡Guaaaau! ¿Me propones Sausalito? No podías haber elegido

mejor. El Sausalito es uno de los sitios que mejores recuerdos me dejó en mi anterior visita a California. Es un lugar fantástico para una magnífica velada, sobre todo para una cena viendo caer el sol. ¡Has acertado de pleno! Qué bien vamos a entendernos tú y yo, Nolan...

—Conexión especial entre viciosos de concatenar palabras, Jimena. Ya sabes... ¿Cómo te viene si te recojo sobre las ocho? ¿En qué hotel te alojas?

—¿Encima vienes a buscarme? Todo un caballero, pero no hace falta que te molestes, puedo tomar un taxi hasta allí.

—Dime dónde te hospedas y estaré a las ocho. No se hable más.

—De acuerdo, de acuerdo, no discutiré contigo por comportarte como un *gentleman*. Me alojo en el St. Regis.

—¡Cómo te cuidas! Es un hotelazo. Y mira qué bien, además lo tengo relativamente cerca de casa. Vivo en el distrito Soma.

—Pues no se hable más. A las ocho te espero en recepción.

—¿Conoces el Scoma's?

—No lo recuerdo, quizá estuviese allí. Durante las cuatro semanas que permanecí en San Francisco visité Sausalito varias veces y cené otras tantas. Lo dejo a tu entera elección.

—Entonces adjudicado. Tienen buen pescado, carne jugosa y mejor marisco.

—Impaciente me quedo hasta que llegue la tarde. Hasta entonces,

Nolan. Un besazo, y mil gracias por todo.

—Será un placer tanto la velada de esta noche como ejercer de anfitrión tuyo en California y ayudarte en todo lo que pueda, para que conozcas cada detalle de la isla Ángel.

Definitivamente, Nolan todavía es más delicioso por teléfono que vía *e-mail*. Un palpito me señala que ganará todavía más en persona. Por si su amabilidad y simpatía no fuesen suficientes, me acaba de

demostrar que cuenta con un gusto exquisito. Fantástica zona para vivir —los alrededores del Modern Art lo son— y el hecho de elegir Sausalito para una cena son indicadores infalibles de que este chico sabe lo que es bueno.

Situado al otro lado del Golden Gate, Sausalito es un antiguo pueblo de pescadores que regala la más espectacular panorámica de San Francisco a la caída del sol, y también en la noche, con toda la urbe y sus edificios emblemáticos

iluminados al frente.

Esto de por sí ya constituye suficiente motivo para visitar la zona, pero es que las magníficas casas victorianas del pueblo que se encaraman por las escarpadas colinas de la bahía, acompañando a las arboledas de sauces que dan nombre a esta mágica población, son el remate.

Y sus más de cuatrocientas casas flotantes —la mayoría de los restaurantes se ubican en una— hacen que te encuentres suspendida

sobre el agua mientras saboreas un aceptable vino californiano —los americanos no han conseguido la excelencia de un Rioja por mucho que se han empeñado, aunque medios no les falten— y un sabroso marisco recién pescado —aunque no existe ningún otro mar en el mundo, y ya me he navegado unos cuantos, que ofrezca mejor marisco que nuestro Cantábrico.

La primera vez que disfrutas Sausalito, inicias un romance eterno entre tú y la bahía. Un lujo. Algo así

como el vínculo que se crea entre uno mismo y la laguna veneciana al primer golpe de vista..., salvando las distancias, claro está.

Me arreglo para la cena — quiero causar buena impresión ante mi anfitrión, y para las primeras buenas impresiones solo tenemos una oportunidad—, aunque voy a tener que esforzarme porque esta tarde estoy realmente agotada.

Llevo unos días rara, con un cansancio crónico y poco apetito, sin duda motivados tanto por el *jet*

lag —nueve horas de diferencia horaria pasan factura a cualquiera — como por los palizones de hiperactividad que me he metido entre pecho y espalda, San Francisco arriba, San Francisco abajo.

Opto por un palabra de honor en tono marfil, con cuatro capas de gasa, varios collares de cuentas y unas cuñas altísimas de Castañer. No olvido chal a juego — imprescindible en toda la zona cuando sales por la noche—, y un

guiño a la ciudad: unas pequeñas flores blancas naturales adornando mi cabello. «If you're going to San Francisco, be sure to wear some flowers in your hair», tal como invita Scott McKenzie a todas las chicas que peregrinemos a San Francisco en un temazo de los años sesenta que se convirtió en un himno generacional que clamaba por la libertad y el amor libre.

Reconozco a Nolan de inmediato, ya que nos intercambiamos respectivas fotos

en nuestros *mails* de contacto. Confieso que la instantánea que me envió no le hace justicia en absoluto.

Me encuentro ante un hombre muy apuesto: rubio, ojos claros, atractivo en sus facciones y con una planta excelente. Apuesto a que es carne diaria de gimnasio, porque su camisa deja al descubierto unos brazos fornidos y marca sin pudor unos abdominales tipo tableta de chocolate. Ronda los cuarenta años de edad y complementa con acierto

su camisa en tonos claros con unos pantalones de pinzas azul marino y unos mocasines de verano. Para completar el tentador cuadro que tengo ante mis ojos, la criatura que viene directa hacia mí con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja sobrepasa fácilmente el uno noventa de estatura.

—¡Por fin nos encontramos, Jimena! Eres más guapa al natural que en la foto que me enviaste. Disculpa la sinceridad, pero en la pantalla del ordenador parecías

algo mayor. ¡Estás estupenda!

Me da un cálido abrazo y dos sonoros besos, uno en cada mejilla.

—De perdidos al río, Nolan, sinceridad ante todo: justamente yo estaba pensando lo mismo acerca de ti. Ganas en persona, y mucho.

Ambos reímos abiertamente por la coincidencia de pareceres.

—Antes que nada, un millón de gracias por ser tan generoso y cederme parte de tu tiempo estos días.

Nos volvemos a abrazar y mi

anfitrión me dirige amablemente hacia la puerta del hotel, y nos seguimos piropeando mientras recorremos el trayecto que nos acerca a la puerta del *lobby*.

—Nos esperan en la salida con el coche en marcha. Espero que no te importe, pero nos acompaña Bru, mi pareja, que es quien conduce esta noche. Así podré acompañarte sin restricción alguna en los brindis con un buen vino.

—¡Cómo me va a importar! Os agradezco que seáis tan amables y

que decidáis dejar de disfrutar de una noche en mutua compañía por atender a una desconocida.

—Créeme, Jimena, es un placer, y más entre colegas de profesión. Y estoy en deuda con España. Durante mi estancia en vuestro país topé sistemáticamente con gente de lo más hospitalaria. Qué menos que comportarme igual cuando los amigos de allí nos visitáis. Mira, ahí está el coche. —Me señala con un movimiento de cabeza un descapotable color plata que nos

aguarda en la misma puerta.

Sorpresa. Al volante, un pedazo de tío igual de bueno que Nolan — si eso es posible—, con idéntica planta y similar estilo. Hasta podrían pasar por familiares directos, dada la similitud física apreciable al primer golpe de vista. Alza la mano jovialmente en señal de saludo.

—Te presento a Bru.

¡Vaya! Su pareja resulta ser un novio reguapo, cachas, macizo y elegante que ya quisiera yo para mí

en una noche de desenfreno, pasión y castigo. Tienen tal semejanza física —me encuentro ante dos buenorros clónicos— que podrían pasar por hermanos.

LAS FANTASÍAS PELIGROSAS

—Brindo por Jimena; porque su estancia en San Francisco sea inolvidable, y sobre todo, porque encuentre lo que ha venido a buscar.

La cena está resultando de lo más agradable, mientras damos cuenta de un festival de marisco: gambas, almejas, ostras, cangrejos

típicos de la bahía y langosta.

Hemos tocado casi todos los temas con naturalidad: la trama morbosa de mi libro, el pasado, las expectativas de nuestro futuro, España, las relaciones de pareja... Nada mejor como los desconocidos para abrir corazón y espíritu sobre asuntos que jamás tratarías con los cercanos.

Nolan y Bru son dos tipos amables, simpáticos y extrovertidos que se están portando fetén para hacerme sentir cómoda. Estamos ya

apurando una botella de vino del Valle de Napa, y a Nolan se le ve más desinhibido a cada nuevo sorbo.

Bru no habla español tan bien como su chico —el escritor es prácticamente bilingüe tras su paso por Madrid—, pero se desenvuelve lo suficiente como para mantener una conversación. Cuando algún término o expresión se le escapa, Nolan o yo se lo traducimos —y de paso practico algo el inglés, que falta me hace—. Me hablan acerca

de su relación sin tabúes ni medias tintas.

—Llevamos ya cerca de dos años. Vivimos juntos. Nos entendemos a las mil maravillas. Tenemos idénticos gustos y pensamientos muy similares en lo capital sobre la forma de ver y entender la vida. ¿Tú tienes novio, Jimena? Te lo pregunto porque he leído tus *Pecados*; también tu confesión posterior acerca de que la historia está basada en hechos reales. ¡Cómo me gustaría toparme

con tu Rodrigo en algún momento!
¡Qué grandísima aunque tremenda
experiencia la que compartisteis!
De las que justifican toda una vida.

Por un momento me asalta la
melancolía. Una punzada de dolor
agudo me traspasa el alma.
Mantengo el tipo. Es Nolan el que
ha hablado y Bru, tras la confesión
de su pareja, asiente complacido.

—¡Y a mí! Cualquier persona
sana e inteligente que te diga que no
le gustaría formar parte de una
aventura como la tuya en las islas

del pecado con un hombre como él te está mintiendo, Jimena.

Me salto a propósito la temática insular —evito desvelar que mi presencia en San Francisco se debe precisamente a la búsqueda de la quinta isla; además, la ausencia obligada de Ro, su lejanía, me entristece súbitamente— y procedo sin más a responder la pregunta de Nolan:

—Lo cierto es que desde hace bastantes meses tengo un amigo especial, que con el paso de los

días está sobrepasando ese estatus de amigo y hasta el de especial... Se llama Bruno y, además de un bombón, es un hombre inteligente, culto, sensato, sensible, extraordinario, conversador, que necesita su parcela gigante de independencia tanto como yo y que, además de amigo y confidente, es buen amante. Un hombre muy completo en todos los aspectos y con el que me encuentro la mar de bien. Me encanta.

—¡Vaya! Parece que eres

afortunada en el arte de toparte con varones de bandera. ¿Tienes alguna foto suya?

—Sí, en el móvil, espera.

Rebusco en el bolso y saco el iPhone. Les muestro una instantánea de Bruno con el torso al descubierto, con el vello justo que imprime virilidad sin afean la estética, recién quitada la camiseta, sudoroso, despeinado, bronceado, tras una de sus diarias sesiones de *running*. ¿Por qué esa y no una de él mismo frente al ordenador,

concentrado, en actitud intelectual, solemne? A todas luces, por una sanísima y malévola perfidia femenina...

—Es un tío muy atractivo..., demasiado, diría yo. —Nolan me guiña un ojo para, acto seguido, hacerme una confesión inesperada —. Bru es homosexual, jamás ha estado con una mujer, pero yo soy bisexual. Estoy con hombres y con mujeres, eso sí, en situación de monogamia sucesiva. Es decir, que cuando estoy con una pareja, soy

fiel a él o a ella durante todo el tiempo que dura nuestra relación.

—Supongo que es la más sabia de las opciones sexuales —atino a decir. Esa sinceridad a bocajarro y sin venir al caso me ha dejado un poco descolocada, la verdad.

—No te creas, Jimena, los bisexuales de ahora somos los homosexuales de hace unos años: unos apestados y unos incomprendidos. Poco a poco la sociedad ha ido abriendo su mentalidad con respecto a la

homosexualidad; intolerantes los habrá siempre en toda cultura y nacionalidad, pero cierto es que en el mundo occidental la posición y los derechos de gays y lesbianas han pasado en apenas unas décadas de utopía a realidad. ¡Afortunadamente! Fíjate en tu propio país, pionero en los matrimonios del mismo sexo.

—Es verdad. En España, excepto los que jamás saldrán de las cavernas por muchos años que pasen, inmiscuyéndose en la

intimidación de los otros, invocando una supremacía moral que no les corresponde, se trata de un tema cada vez más normalizado en todos los ámbitos habidos y por haber. Especialmente entre las nuevas generaciones.

—Sin embargo, el personal no es tan tolerante en lo referente a la bisexualidad. La mayoría asume que puedes tener una preferencia sexual hacia personas de tu mismo sexo o del sexo contrario, pero cuando tus deseos se dirigen

indistintamente hacia cualquier género, entonces lo que resultas ser ante los ojos ajenos es un pervertido y un vicioso.

—Puede ser... —afirmo mientras reflexiono lo que Nolan expone. Él continúa.

—Sin embargo, se trata de algo mucho más puro, más desinteresado. Resulta que yo me fijo en la persona; mis gustos, mis deseos, mi apetito sexual, mis sentimientos trascienden del género del otro, de si ese ser por el que me

siento atraído es masculino o femenino. Yo me fijo y me enamoro de la personalidad de alguien, de su sonrisa, de sus gestos, de su tono de voz, de su forma de hablar, de caminar, de sus manos, de su trayectoria vital, de sus cualidades innatas, de cómo yo me crezco al contacto y en compañía de dicha persona, sea hombre o mujer. Mi elección para la intimidad está muy por encima de penes y vaginas, de testículos y pechos, que no dejan de ser meras características

fisiológicas. Trozos de carne más o menos bellos. No sé de qué se escandalizan muchos; la cultura clásica, que ha dado al mundo algunas de las pautas modernas por las que nos regimos, como la democracia, o ha sido cuna de los mejores filósofos de la historia, como Platón, aceptaba la bisexualidad y hasta el adulterio. La sociedad griega (incluso la romana, que adoptó muchas de sus costumbres) no distinguía el deseo o comportamiento sexual por el

sexo biológico. Ellos, como yo, nos adentramos en el ámbito de los sentimientos, del querer, del amar, de la plenitud en mutua compañía, y eso está muy por encima de coños y pollas. ¿No te parece?

Menudas preguntitas a estas horas de la noche. Lo cierto es que, desde la publicación de *Pecados*, tuve que habituarme a que todo bicho viviente me formulase preguntas sobre cualquier tema espinoso relacionado con la sexualidad, el erotismo y los

sentimientos. A que me consulten sus dudas, sus miedos; a que me confiesen con pelos y señales detalles de sus relaciones para que les aporte mi punto de vista, para que les cuente qué es lo que yo haría —o Jimena, el personaje— en una situación similar, cómo la afrontaría. ¡Ni que yo fuese una Mata Hari contemporánea! Señor, qué cruz...

Respondo concisa y con sinceridad:

—Mira, Nolan, te puedo hablar

desde mi punto de vista personal. Yo creo que podría tener sexo con una mujer, eso sí, de manera muy, muuuuuy esporádica, en el contexto de una fantasía, de una escenografía excepcional, al estilo del episodio de Lesbos que ya leíste en mi libro. Y con toda probabilidad, con presencia masculina cerca. Dicho esto, puedo asegurarte que jamás podría enamorarme de una mujer. Lo cual no quiere decir que otros no puedan hacerlo, como es tu caso, y que además aplauda y hasta envidie

en cierta manera tu versatilidad sexual, que, permíteme que te lo diga, es una ventaja adicional. ¡Dobles posibilidades de todo!

Sonreímos los tres y ya me arranco definitivamente. De perdidos al río. El vino californiano no me motiva ni me estimula, pero la confianza a tres bandas sí.

—¿Gozas más con un hombre o con una mujer? —pregunto curiosa.

—Imagino que en esto me pasa como a ti con los hombres: depende

de la persona y de la química que exista entre ambos. Es decir, he tenido experiencias sexuales maravillosas y espantosas con hombres y con mujeres. Una vez más, se trata de la individualidad del ser humano por encima de su género. Antes de conocer a Bru, mantuve una relación de casi tres años con una mujer. Estaba profundamente enamorado de ella y la ruptura me causó un hondo pesar. No podía superar su marcha y buscaba a Kate (ese es su nombre)

en las otras mujeres. Pero solo servía para frustrarme. Entonces apareció este hombre que tienes a tu lado, quien, además de ayudarme a superar el dolor, consiguió que le deseara tanto como a la más hermosa de las Venus. —Nolan toma la mano de su novio y la acaricia con ternura mientras se miran con ojitos de enamorados.

Desconozco si son los estragos del alcohol que comienzan a hacer efecto —hemos tomado un par de cervezas antes de la cena y ahora

nos acabamos de pimplar una botella de vino entre Nolan y yo, porque Bru no lo ha catado— o los derroteros que está tomando la conversación, pero una idea macabra se va gestando en mi extravagante cerebro. El escritor californiano acaba de abrir la veda a un mundo de opciones a causa de su ambigüedad carnal.

En realidad, me encuentro ante una antigua fantasía jamás confesada salvo a mí misma: montármelo con una pareja de gays.

Me consta que también es una fantasía recurrente entre ellos: meter a una mujer en su cama alguna vez.

Desde luego, la ocasión la pintan parda: San Francisco, a más de diez mil kilómetros de mi localidad natal, dos hombres a los que, casi con toda seguridad, jamás volveré a ver y que, para redondear la jugada, son encantadores, amables, educados y están buenísimos. Ambos. Para qué vamos a engañarnos. Los pimpollos

lucen sendos cuerpazos de los que sería pecado mortal desperdiciar tan siquiera un gramo. Podrían haber servido de modelos al mismísimo Miguel Ángel para cincelar sus esculturas visionando la perfección de sus siluetas musculadas, fibrosas.

¿Por qué no plantearlo a bocajarro? Igual ellos solo necesitan un empujón... Ya que estamos metidos en harina de confesiones sexuales, viene a cuento tantear a ver qué se cuece...

Quizá lo más prudente sea esperar a la última noche, cuando Nolan me haya guiado por cada rincón y sendero de la isla Ángel, a ver si voy a espantar al cicerone antes siquiera de la primera salida al campo.

Tendría hasta más sentido. Habríamos ganado más confianza tras unos cuantos días compartidos, remataríamos la estancia en San Francisco con una noche loca de despedida... Pero es entrar en contacto con la historia de mis islas

—aquí estoy, dispuesta a hallar la quinta— y la fiera que llevo dentro se desboca sin atender ni por asomo a la llamada del sentido común ni de las buenas costumbres.

La Jimena perversa, la bomba de relojería sexual, la imprudente, la salvaje, la que salió escaldada por su comportamiento cruel con un hombre al que amaba, la fiera que he mantenido oculta bajo siete candados tras mi sufrimiento infinito por la marcha de Ro debido a mi sadismo, ruge por desatarse.

Al menos una vez más. Total, fácil sería dirigirme mañana a cualquier oficina de turismo de San Francisco para encontrar otro guía con el que recorrer cada palmo de la isla Ángel.

Lo complejo e improbable será volver a coincidir, casi en las antípodas, con una pareja gay formada por dos tiarrones de órdago con los que he adquirido en apenas unas pocas horas cierta complicidad. Así que, al trapo.

Discretamente me deshago de

una de las cuñas Castañer, la que calza el pie derecho, y dirijo mis dedos descalzos hacia la entrepierna del acompañante que tengo sentado frente a mí en la mesa. Casi a la vez, meto mi mano izquierda bajo el mantel, colocándola sobre el paquete del hombre sentado a mi lado, Nolan. La cara de Bru me indica un estupor absoluto. La de su novio muestra inmediatamente una sonrisa juguetona. Buena señal.

En escasos segundos, percibo

que su miembro responde a los estímulos de mis caricias. Bru y su anatomía, sin embargo, permanecen impasibles. Su nula apetencia hacia las mujeres puede tener la culpa de esta apatía, pero no se retira ni se muestra incómodo y se deja hacer. Esto promete: la peor —o la mejor— Jimena en acción, antes de completar su búsqueda de la quinta isla, la cual intuyo, desde que me embarqué en esta aventura, será el detonante que dirija mi existencia hacia otros derroteros.

Nolan me sigue el juego y también esconde su mano bajo el mantel para dirigirla hacia mis muslos sin demora. El vestido vaporoso que llevo puesto facilita la tarea. Es sentir sus dedos jugueteando alrededor de mi clítoris y me excito en décimas de segundo no tanto por el contacto físico, sino por todo lo que rodea lo que está a punto de pasar. Puro morbo.

Identifico la situación como una de las más perturbadoras que yo

haya vivido, y eso es mucho, habida cuenta de mi turbulento paso por las islas. Pero es que este momento —totalmente inesperado, por cierto— cuenta con todos los ingredientes necesarios para consagrarse como sùmmum de una excitación fulgurante: espontaneidad —mi cabeza ha maquinado sobre la marcha, nada premeditado—, el peligro por la alta probabilidad que existe de ser descubiertos en plena faena en un restaurante de solera de San Francisco —aunque somos de

los últimos comensales que aún permanecemos en el local—, la transgresión que implica poner cachondo a un homosexual —y el subidón que trae consigo para la autoestima— junto con el componente prohibido de seducir a los dos miembros de una pareja consolidada —y fiel— en presencia del otro. La leche. Como aderezo, dos cuerpos masculinos diseñados para el placer. ¿Se puede pedir más?

Hay situaciones sexuales en las

que necesitas de tiempo para llegar a entonarte; mucha tarea y empeño por parte del compañero de turno. En esta ocasión, el calentón ha sido monumental en cuestión de segundos.

Al menos para Nolan y para mí, ya que Bru sigue sin empalmarse: resulta obvio que necesita de las extremidades de su novio para tal menester, que mis encantos femeninos no le tientan lo suficiente. Sin embargo, la polla de Nolan ha multiplicado su tamaño

enseguida: la noto tan oprimida bajo la tela del pantalón que parece que la cremallera va a estallar. Pido a gritos ver la luz. No me lo pienso. Oteo rápidamente el panorama en el Scoma's, tras observar que solo queda una pareja en una mesa alejada y que ningún camarero supervisa la sala, y me meto bajo la mesa. El mantel es lo suficientemente largo, alcanza el suelo, así que puedo trastear a mi antojo. ¡Desde siempre fantaseé con practicar una mamada bajo la mesa

de un restaurante de postín!

Lo primero, desabrochar los botones del pantalón de Nolan, y tras conseguirlo, la penumbra me muestra un miembro de dimensiones épicas —probablemente el más grande que yo haya visto nunca en persona—, grueso y reventón.

Repito la operación con su novio, aunque en este caso, el resultado no luce tanto: su verga aún está despertando. Lo que viene siendo una morcillona en el lenguaje popular...

No tengo que pensar, procedo cual autómeta. Me siento en el centro de la mesa —a distancia equidistante de la pareja—, alargo mi mano para seguir entonando a Bru, acariciando su miembro, recreándome en su glante, y ataco con mi lengua ávida el agradecido —y agraciado— pollón de su novio.

¡Lo que yo daría por tener el don de la ubicuidad ahora mismo! Y es que me encantaría poder estar «arriba» observando cómo se están

mirando ellos dos, qué expresiones muestran, cómo afrontan una situación tan extraordinaria.

Ando faenando con la virilidad de ambos completamente fuera de mí, con una excitación indescriptible, cuando escucho que Nolan pide la cuenta. Al oír los pasos del camarero alejarse, toca reincorporarme en mi asiento, no sin antes recrearme con un recorrido milimétrico, húmedo, de mi lengua por su sexo, ingles y testículos —muy proporcionados al

resto de sus dimensiones, es decir, descomunales.

¿Toca retirada? Espero que no, que simplemente traslademos la fiesta a un lugar más privado. Un local señorial californiano es adecuado para los previos, pero inviable para la culminación, al menos en el comedor.

Dicho y hecho. Es arrojar los dólares en el interior del cofre en el que han traído la factura y Nolan me agarra con ansia para dirigirme fuera, al muro trasero del Scoma's.

La lascivia de su expresión es bien visible. Está tan cachondo como yo. Bru nos sigue, algo más cohibido.

Como somos los más tardíos en abandonar el restaurante y es cerca de medianoche, apenas hay viandantes. Él me empuja contra una de las paredes de madera de la casa flotante, pintadas en azul grisáceo: se trata de un muro desprovisto de ventanas.

El espectáculo que estamos protagonizando estremece, tanto por el ardor que desprenden tres

cuerpos erotizados como por la sensualidad de un entorno único. En la lejanía, los brillos y las luces de la ciudad, una luna nueva radiante iluminando en plata la bahía, y bajo nuestros pies, los focos que alumbran los pilotes que sustentan la estructura en voladizo, regalando un azul intenso en el agua que rodea la edificación al completo, a pesar de la oscuridad.

Es típico de Sausalito poner luces bajo las casas flotantes para conseguir ese juego de azules

celeste, índigo y plomo en el agua, tonalidades que se van difuminando hasta desaparecer en la inmensidad del océano Pacífico.

Nolan me besa con una pasión desbordante a la vez que hace lo propio con Bru —me besa a mí, le besa a él, me besa a mí, le besa a él —, propiciando que al fin este pase de juguete a jugador, que ataque, que participe, que su sexo eclosione. Bajan ambos sus pantalones sin demora y me coloco en el centro; mi mano izquierda

masajea con mimo a la par que con firmeza el pene de Nolan, y la derecha, el de su novio.

Ellos han deslizado con premura la parte de arriba de mi vaporoso vestido hasta la cintura — una gozada el contacto sobre la piel de las caricias de cuatro manos— y suben las capas de gasa de la falda por encima de la cadera.

Cierro los ojos, me relajo, gimo, disfruto, mientras dos lenguas solícitas chupetean mis pezones — cuando paran, noto cómo se besan

por encima de mi cabeza, cómo se tocan entre ellos, pero prefiero no mirar, las relaciones entre dos hombres nunca me resultaron agradables a la vista—, mientras dos manos pertenecientes a dos identidades masculinas diferentes penetran por turnos sus dedos en mi vagina.

Me viene a la cabeza Lesbos por los pequeños detalles: aire libre, mar en calma, aroma a salitre y a flores, luna hermosa, tres cuerpos ardientes, cuatro manos

acariciando con delicadeza todos los rincones de mi piel erizada por mil sensaciones, dos cuasidesconocidos —en esta ocasión, varones— entregados por completo al placer de mi cuerpo; hasta las capas vaporosas de mi vestido y su tono claro, marfil, emulan en cierta manera las túnicas griegas de las ninfas...

De unos comienzos titubeantes, pasé a meterme en el papel de elegida de las

diosas. Las besaba, abrazaba, desnudaba; éramos tres para tres, sin discriminación ni preferencias. (...) Olvidé todo. Que yo era una mujer, que mis ninfas también lo eran. Solo éramos personas y yo quería ser amada. Y empecé a amar. A diestro y siniestro.

*Jimena (Pecados que cometimos
en cinco islas)*

En estas ando, divagando por los parajes de Lesbos, llevando mi

mente al pasado, tan poseída por el espíritu de Safo que apenas he apreciado que Bru se ha tumbado en el suelo y me sienta encima, con mucho tacto —es un hombre delicado, de formas suaves—, a la par que Nolan —sin duda, mucho más macho, viril— se arrodilla sobre nosotros.

Solo entonces, cuando retorno de mi evocación espontánea a la isla griega y de mi episodio de las fantasías prohibidas con Ro, adquiero consciencia de que estoy a

punto de traspasar un límite más, de poner en práctica una sempiterna fantasía femenina tabú, un deseo prohibido de las mujeres, pero siempre soñado, apetecible y brutal: la doble penetración.

Bru procede a la penetración anal y Nolan a la vaginal casi simultáneamente; el dolor inicial es sobrecogedor, agudo, casi insoportable —tengo que meter el puño en la boca para no gritar como si de un aullido de animal salvaje se tratase—. Siento como si una

bomba azotase mis entrañas, la gran explosión del *big bang* en mi interior. Un estallido de materia emergiendo de la nada disparado en todas las direcciones que rodean mi útero, la expansión de dos erecciones inmensas rasgando mis paredes internas. Durísimo, vandálico, insufrible.

Pero tras unos momentos de desconcierto, de pánico, de desasosiego, de sorpresa, de irritación, de molestias inaguantables, unas embestidas

dulces y acompasadas consiguen que un millón de sensaciones placenteras, algunas desconocidas, invadan mi cuerpo, me electrifiquen de gusto, me sacudan de goce desde la cabeza hasta los pies. Sublime.

* * * *

Me incorporo frenética, empapada de sudor, con una sed y un mal cuerpo de mil demonios. Asustada. ¿Puede que tremendamente dolorida?

Estoy en la habitación de mi hotel, es madrugada cerrada, me encuentro desorientada por completo en la oscuridad, hasta que comprendo: ha sido un sueño.

La escenificación de la doble penetración con semejantes portentos masculinos, compañeros de mesa y mantel, se ha tratado de una preclara y vívida pesadilla erótica —o paradisiaca, según se mire—. La conciencia me trae el recuerdo de la despedida en la puerta de mi hotel, con cuatro

castos besos —dos por personaje— como momento más caliente de la noche. De la real, me refiero.

No sé si tal revelación es un alivio o un fastidio, pero, de cualquier manera, creo alegrarme fugazmente de no haberme dejado arrastrar al abismo de la carne y haber sucumbido por enésima vez a los desvaríos de esa alimaña lasciva y lujuriosa que me posee por completo, en la piraña voraz de sexo en la que me transformo cuando nos movemos por el

sendero de las cinco islas.

Si se supone que estoy acometiendo su punto final, debo conseguir que la Jimena sensata, inteligente, la yo genuina que guía el 99% de mi existencia no se deje arrastrar por la Jimena perra, perversa y viciosa, la bestia sexual que se despereza al contacto con las islas y su caballero.

Me levanto y abro el minibar para acabar con las existencias de agua, cuando una arcada inoportuna me obliga a redirigirme al cuarto de

baño. Vomito la cena.

¿Se trata de las consecuencias de un sueño tan espeluznante? Pudiera ser, aunque posiblemente el atracón de ostras tenga mucho que ver: a pesar de que no me sientan bien, soy incapaz de resistirme a su sabor ácido en contacto con el limón y a su textura casi de terciopelo.

Regreso a la cama e intento dormir de nuevo. Mañana hay excursión a la isla Ángel y mis cinco sentidos tienen que funcionar

al máximo rendimiento.

* * * *

Ni rastro. Hemos pateado el puñetero islote durante tres días completos —el último sobró, porque sus dimensiones no alcanzan para tanta exploración—. De cabo a rabo. Fue más mi persistencia que la necesidad de volver sobre nuestros propios pasos el motivo de reincidir un tercer día sobre la nada.

De hecho, Nolan, que conoce el terreno sobradamente —visitó la isla a diario durante un mes mientras escribía su libro—, ya me había advertido de la carencia de cosas extraordinarias en Ángel.

Más allá de las rutas de senderismo, la estación migratoria reconvertida en museo, una actividad de pastoreo casi desaparecida, alguna playa cuyo único punto positivo es la ausencia de multitudes a falta de cualquier otro atractivo propio, y el ascenso

al monte desde el que se aprecian impresionantes panorámicas de la bahía, apenas da para más. El interior del islote, puro monte. Los terrenos no incluidos en las rutas de senderismo son escarpados y toscos. Nada podríamos encontrar entre la maleza, pues.

—Querida, no dirás que no te advertí. Lo único destacable de esta roca son las historias que en ella tuvieron lugar, las aventuras y desventuras con nombres y apellidos, tanto de los inmigrantes

chinos en las primeras décadas del siglo pasado como de los soldados que batallaron en la Segunda Guerra Mundial. Geográficamente hablando, su interés es nulo. ¡No hay nada, y nada hemos encontrado!

Ando cabreada. Mucho. Decepcionada. La falta de resultados hace que confiese a mi cicerone la verdad: que lo que realmente me ha traído hasta California es dar con alguna pista que me lleve en volandas hasta la quinta isla prometida. Que Ro y yo

nos hemos reencontrado y vamos en busca de ese eterno destino conjunto o de una separación por siempre jamás.

Sea lo que sea lo que el azar nos depare, tenemos que pasar por el trance de esa quinta isla. Lo contrario nos mantendrá incompletos toda una vida.

Nolan permanece ojiplático, entusiasmado. El efecto de las cinco islas nunca deja indiferente a nadie. Me besa y abraza con satisfacción sincera, como si la

cosa fuese con él.

Hace tiempo —exactamente desde su publicación— tuve la oportunidad de descubrir que la historia de nuestras islas ya no nos pertenece al caballero y a la dama en exclusiva. Que cada lector la ha hecho suya a su manera. Que ninguno la siente, asimila, interpreta y percibe igual.

Algunos odian a Jimena —o sea, a mí— por su perversión, otros la desprecian por su inmoralidad, algunos se la tienen jurada por su

maldad, cocida a fuego lento en el devenir de las islas; sin embargo, la gran mayoría la admira por su osadía, por su desenfreno, por su audacia, por su personalidad carismática, por su sexualidad imaginativa y vigorosa, por retar al poderoso y salir triunfante, por vivir la vida desde su prisma: único, original, fascinante, arriesgado.

Con Ro pasa tres cuartos de lo mismo. Muchas mujeres me han confesado —algunas por lo bajini,

por aquello del pudor, sobre todo las más maduras— el deseo nunca cumplido de topar con un Rodrigo en su vida: modales exquisitos, seguro de sí mismo, culto, cortés, elegante, alejado de modas pasajeras, amante solícito y taaaaaan generoso; a unos cuantos les resulta antipático por esa seguridad apabullante, por esa egolatría épica; otros envidian su trayectoria vital, sus éxitos profesionales y su colección de bombones femeninos; algunos

detestan la megalomanía crónica, los delirios de grandeza que le restan encanto; otros muchos terminan por sentir lástima hacia el todopoderoso conforme evoluciona la trama y Jimena se las hace pasar putas, humillándole hasta unos límites que, he de reconocerlo por enésima vez, iban sobrados de crueldad.

Extraigo el tarjetón —ha viajado conmigo desde España y se ha convertido en una especie de talismán para mí— y leo a Nolan su

contenido, despacio, con entonación teatral:

*Dos ángeles que no lo son,
uno lo fue, el otro jamás lo será,
el yang te indicará el cuándo,
el yin es la puerta a nuestra quinta
isla.*

—¡Qué maravilla! Y ahora te cita en algún sitio desconocido que deberás descifrar a través de un jeroglífico. Verdaderamente, Rodrigo y tú en mutua compañía

sois un equipo excepcional. Os crecéis, traspasáis el pórtico de lo vulgar, de la rutina, de la mediocridad, para beber de las fuentes de la excelencia.

Hombre, visto así, soy una afortunada... Pero no es momento de filosofar y sí de ser pragmática.

Tras la lectura del acertijo le explico mi razonamiento minuciosamente y el porqué de haber llegado a la conclusión de que Ángel y Ángel de la Guarda pudiesen ser las claves que

esconden el enigma: destino occidental, «primer mundo», norte y sur, comodidad, lujo, sol y bruma, calidez y humedad, relativamente cercanas entre ellas, océano no contaminado antaño por nuestra pasión, islas complementarias en todo —yin y yang—, bautizadas ambas con nombre de ángel.

A Nolan tal planteamiento le parece razonable y hasta con mucho sentido, pero me aporta un punto de vista interesante que a la larga, sin yo todavía adivinarlo siquiera,

resultará definitivo.

—Quizá te centraste en lo complejo, en lo retorcido, en lo lejano (algo lógico tratándose de vosotros dos, de vuestras extravagantes perspectivas), y obviaste lo simple, lo cercano. Pudiera ser que el yin y el yang tan solo hagan referencia a vuestra condición masculina y femenina, a vosotros dos, a Rodrigo y a Jimena, y los ángeles formen parte de vuestra cotidianeidad.

Transcurridos tres días tras esta

reveladora conversación, después de dos semanas de estancia en San Francisco, abandono California. Tras el chasco que ha supuesto no hallar nada que pueda acercarme a la puñetera quinta isla —cinco años con ese trozo de tierra utópica grabada a fuego en mi cabeza, en mi corazón y en el alma comienzan a pesar—, me dirijo hacia el segundo asalto en el camino: la isla de Ángel de la Guarda.

Decido no anular el viaje —ya estaba todo organizado, reservado y

pagado desde España— y, aunque con pocas o ninguna esperanza de encontrar algo allí, al menos disfrutaré de unas breves vacaciones en este lado del mundo que tanto me gusta: otearé ballenas, lobos marinos, aves autóctonas... e incluso me bañaré en las siempre apetecibles y claras aguas del mar de Cortés.

Me quedan unas horas de conducción en coche hasta llegar a Baja California y cruzar la frontera mexicana. Una vez allí, la única

manera de alcanzar la isla es vía marítima, ya que no existe infraestructura portuaria en el canal de las Ballenas. Cuando contraté este destino, me decanté por una embarcación privada con capitán y dos asistentes, en vez de un prestador de servicios turísticos local.

Encuentre o no algo en la isla de Ángel de la Guarda, mis tres días de navegación por el canal no me los quita nadie. Nada equiparable a ti misma y la

inmensidad del mar para elevar el espíritu hacia el infinito y más allá, para adormecer temores, inquietudes y preocupaciones e impulsar la energía, la positividad y el optimismo.

Cuando tomo tierra en la isla advierto que es árida, solitaria, señora de un silencio tan solo perturbado por el bramido del viento, y que me bastará poco más de un día para recorrer lo que se puede recorrer y preguntar a los pocos a los que pueda preguntar.

Previsora como soy, desde San Francisco contacté con los pescadores e investigadores de esta temporada, que ya llevan unas semanas asentados allí.

Si Ro dejó algo para mí —algo en lo que ya no confío—, es obvio que tuvo que ser depositado con escaso margen de diferencia en el tiempo —en plena naturaleza, todo lo artificial corre el riesgo de ser alejado por el viento, mojado por la lluvia, deteriorado por la salitre, movido por un animal...

Aunque bien es cierto que pudo encargar dicha tarea a un lugareño, previo pago. (De eso sé mucho: yo misma contraté a un nativo africano por unas pocas monedas para participar en un juego erótico en la tercera isla.) Por si acaso, ya desde San Francisco envié la fotografía de Rodrigo en formato electrónico por *e-mail* a las bases pesquera y científica, por si alguien le había visto merodear por allí recientemente.

Se trata de una ventaja con

respecto a la ciudad californiana que no puedo desaprovechar: si en una urbe de casi un millón de habitantes, destino turístico mundial por excelencia, es inviable tirar de imagen para que cualquiera reconozca un rostro por la calle, en una isla casi inhabitada, con unas pocas decenas de universitarios, científicos y hombres del mar que se ven los caretos cada día mientras faenan en sus respectivos quehaceres —la investigación de fauna y flora o la pesca—,

cualquier desconocido merodeando no pasa desapercibido.

La respuesta fue negativa. Nadie vio al Premio Nobel por allí. Tras obtener el galardón, parece que la figura de Ro era reconocida hasta en localizaciones inverosímiles. ¡Joder con los premios de tronío! Ensalzan a sus ganadores hasta en los puntos más remotos del globo.

«Señorita —me respondieron por *e-mail* amablemente—, por acá desembarcan a diario algunos yates

de recreo, pero créame que nos hubiésemos fijado con devoción en la identidad de un recién nombrado Premio Nobel de Literatura. También lo hubiésemos comentado entre nosotros, y no se dio el caso. Tras preguntar a casi toda la colonia que estos dos últimos meses habita Ángel de la Guarda, ninguno lo reconoció en tierra.»

Como ya presentía, tras el fiasco que ha supuesto la isla californiana en cuanto a la carencia de resultados se refiere, parece que

este no es el camino correcto hacia mi quinta isla.

Eso sí, he visto de cerca ballenas, tiburones ballena, delfines y hasta una decena de lobos marinos. A algunos incluso los rocé con la yema de mis dedos. Me he recreado con el paisaje árido de una isla inhóspita. He bebido cerveza Sol sobre la cubierta de la embarcación tras nadar desnuda en las cálidas aguas del mar de Cortés. He intercambiado conversaciones e interesantes puntos de vista con los

rudos pescadores y los instruidos científicos en un par de ocasiones. He escuchado hasta el agotamiento e l *Capricho español* de Rimsky-Korsakov —obra basada en melodías españolas que me pone las pilas, y cuya inspiración para el compositor ruso provino precisamente de sus múltiples viajes, ya que fue marino; muy apropiado—. Me he emocionado con el cielo estrellado solo visible desde parajes donde la civilización respeta la madre naturaleza en todo

su esplendor. He disfrutado con la pureza que emana un lugar que se conserva casi intacto, que no ha sido alterado drásticamente por la mano del hombre. He brindado con tequila reposado y he saboreado José Cuervo Tradicional con hielo, una delicia.

Hasta he conocido la historia de Adelita: en agosto de 1996, una tortuga fue capturada y criada en la orilla de la isla de Ángel de la Guarda; se la bautizó con el nombre de Adelita. Poco después fue

liberada, pero con un transmisor incorporado, aparato que permitía conocer su paradero en todo momento. Un año después de su liberación, llegó a la bahía de Sendai en Japón, demostrando por primera vez la gran capacidad y el recorrido migratorio de las tortugas.

Por supuesto, también tuvieron cabida los pensamientos que no apetecen durante los momentos de soledad elegida: cómo afrontar mi relación con Bruno, si lo sabio es

llevarla a buen puerto olvidando de una santa vez las aventuras y desventuras de excesos y desvaríos. Bergareche es un hombre tan especial, tan genuino, tan inverosímil...

Cómo no, Ro invadiendo mis entendederas y perturbando mi paz desde el más allá. Qué ocurrirá cuando, frente a frente, afrontemos nuestro tremendo pasado, nos enfrentemos a nuestro incierto presente y provoquemos un ¿prometedor? futuro.

Pero de nuestra quinta isla ni rastro. ¡Menudo chasco!, aunque la única culpable en este caso y sin que sirva de precedente soy yo, por errar de pleno en mi análisis previo. Mal hecho, Jimena. Muy mal. *Mea culpa*.

Aún me restan unas cuantas horas de vuelo hasta aterrizar en Barajas. Volar sobre las nubes me calma, me hace sentir imbatible. Flotar desafiando la gravedad consigue sumergirme en un estado de buenaventura en el que las

preocupaciones y todo lo que acontece diez mil metros más abajo no tiene cabida. Contemplar un ocaso entre dos cielos es uno de los espectáculos más embriagadores que un ser humano puede disfrutar.

Lo que todavía desconozco es que, tras mi inminente regreso, me aguardan varias noticias; una de ellas, la que constituirá sin duda una de las mayores sorpresas jamás esperada. De las que modifican de cabo a rabo el rumbo de una vida. La mía.

Hasta entonces, mientras sobrevuelo esos cúmulos de algodón, mullidos, blancos y perlados, me pierdo en uno de los relatos sobrecogedores de Nolan recopilados en su libro sobre la isla Ángel.

Un relato que él mismo me ha recomendado porque, según dice, de alguna manera, sus protagonistas y la historia que escenifican le recuerdan a Ro, a mí y a nuestra complicada relación. En otra época remota, en otras circunstancias,

pero con unos protagonistas marcados por esos amores que no caen en el olvido por mucho que uno lo intente.

—Jimena, no esperes a hacer feliz a las personas que te importan para cuando ya sea demasiado tarde, como les ocurrió a Natsuki y Ryu. La vida es inmensa pero frágil; no lamentes lo que pudo haber sido y no fue.

Rememoro uno de los consejos que mi ya entrañable amigo Nolan me regaló horas antes de nuestra

despedida, antes de enfrascarme en la lectura de su texto.

Leyenda de amor de la luna nueva

La inmensa mayoría de los inmigrantes asiáticos eran hombres. Desembarcaban en California por centenares, principalmente a través del puerto de San Francisco. Casi todos planeaban trabajar duro por unos años para regresar ricos a casa.

No era el caso de Ryu, cuyo

nombre en japonés significa «dragón». Se alejó de su tierra huyendo del profundo dolor que provoca un amor imposible. Pero no hay distancia que cure los sentimientos eternos.

Natsuki, cuya traducción es «siete lunas», impresionaba por su sutil belleza desde la niñez. Ryu, desde adolescente, por su corpulencia y fortaleza. Ella, noble de cuna, nació en una elegante e inmensa mansión ubicada en un lugar privilegiado,

rodeada de frondosas colinas y jardines tan esplendorosos como vergeles. Él, un campesino de tantos, vino al mundo dos años antes en una diminuta casa con techo de paja, colindante con los montes cercanos al opulento palacio de Natsuki.

Durante su infancia, la niña — tal como era la norma entre la clase pudiente— creció rodeada de sirvientes y criados que se ocupaban de satisfacer el más mínimo capricho de la princesa de

la casa. Sin embargo, el mayor lujo del que gozaba el niño consistía en algo tan básico como calentarse durante el invierno alrededor de una hornilla colgada del techo.

La educación de la pequeña noble fue encomendada a un tutor culto y exigente, que la instruía en la residencia familiar, junto con el resto de sus hermanos. El pobre campesino asistía a una humilde escuela rural para aprender básicas nociones de lectura y

escritura, hasta el día en que un sollozo lejano cambió su fortuna y el rumbo de su vida.

Precisamente se hallaba retornando a casa tras las lecciones del día cuando escuchó lo que parecía un llanto humano. Aguzó el oído y caminó hacia el lugar del que provenían los lamentos.

Una chiquilla había caído al riachuelo, y aunque no se trataba de un caudal rápido ni peligroso, la pequeña estaba tan asustada

que no podía coordinar sus movimientos.

Ella era Natsuki, quien, en un descuido de las doncellas, se había alejado del grupo persiguiendo una mariposa; su inocente travesura infantil culminó con un tropiezo que desembocó en una caída al agua, distraída como andaba observando el movimiento y el vistoso colorido de las alas del insecto.

Ryu no lo dudó ni un instante y se lanzó raudo al río para rescatar

a la niña; tras sujetarla entre sus brazos, calculó sin errar que debería contar con unos doce años, aunque la claridad de su tez y lo carnosos de sus labios sugerían un proyecto de mujer hermosa. La niña se aferró a las manos de su salvador y alcanzaron la orilla sin más contratiempo.

Durante unos minutos —los que transcurrieron hasta que las doncellas dieron con ellos—, permanecieron tumbados el uno junto al otro, exhaustos por el

sobresalto, pero observándose con curiosidad: él, fascinado por unas facciones perfectas y un ropaje tan elegante, extremadamente suave; ella, agradecida al chico que acababa de rescatarla de una situación tan crítica.

Cuando el padre de Natsuki supo de la desinteresada actuación del benefactor de su hija, la niña de sus ojos, resolvió compensar al muchacho de una manera más útil que solo con unas cuantas monedas: la vida de su hija valía

mucho más que una transacción en metálico.

Pensó y sopesó, llegando a la conclusión de que una justa recompensa consistía en facilitarle a aquel solidario zagal una esmerada educación que, con el transcurso del tiempo, le pudiese proporcionar un salvoconducto al comercio y a los negocios, en vez de verse abocado a la vida de campesino que irremediablemente le esperaba.

Durante cuatro largos años, la

educación de Ryu fue encomendada al tutor de sus propios hijos; él acudía religiosamente unas pocas horas al día a la opulenta mansión para absorber conocimientos, aprovechando la oportunidad que el azar había puesto en las manos de un humilde descendiente de gentes de campo.

Ambos chicos convivieron durante su adolescencia, disfrutando juegos, compartiendo formación y creando un vínculo de

complicidad que se vio reforzado con el paso de los meses.

Y lo que estaba escrito siguió su curso. La belleza de Natsuki floreció y Ryu se transformó en un hombre portentoso, a la par que la ternura, el cariño y la simpatía que los muchachos habían fraguado evolucionó hacia la atracción propia de un hombre y una mujer que sucumben al despertar de la pasión adulta, deseándose con locura.

Por aquel entonces ella tenía

dieciséis años y él recién cumplió dieciocho; su formación había concluido y cada uno continuaría con la vida acorde a su estatus. Pero en una de las últimas tardes que pasaron juntos, decidieron caminar por la orilla del río que casi un lustro atrás les había unido. Como entonces, consiguieron despistar a las doncellas de la ya dama para reír, charlar, danzar y posar sus ojos el uno en el otro.

Con los últimos rayos de sol

deslizándose tras el horizonte bajo un manto celeste, rosáceo y anaranjado, acompañados del murmullo relajante de la corriente, la pareja se besó. Con candor e inocencia al inicio, pues aquel era el primer beso de amor para ambos, pero con fuego arrebatador después, conforme ese contacto se volvía más intenso y profundo.

Decidieron darse un baño en aquellas cristalinas aguas que un día encadenaron sus destinos, y

bajo la luz de una luna nueva que todo de plata lo tiñe, sus cuerpos se buscaron, se hallaron y se amaron, acariciados por el vaivén del caudal de un río que, además de poner al uno en el camino del otro, selló su unión para siempre.

Ambos asumieron desde esa noche que el suyo era un amor prohibido, ya que a pesar de la generosidad del progenitor de Natsuki, él jamás consentiría poner el futuro de su preciosa hija, de su princesa, en las manos de un

campesino, por muy instruido que este fuese; nunca aceptaría la vinculación de una estirpe que llevaba la más regia nobleza nipona en sus venas con un miembro de la plebe. Los señores japoneses, amantes de la tradición, se aferraban con tenacidad a los usos y costumbres de antaño.

Desafiando lo prohibido, retando a lo imposible, volvieron a encontrarse cada luna nueva durante unos cuantos meses,

hinchidos de juventud, de felicidad y de plenitud en mutua compañía, hasta que una calurosa tarde estival, Natsuki faltó a su cita.

A los pocos días de tal inesperada ausencia, el abatido Ryu conoció el motivo que alejó a su amada de sus encuentros furtivos: el patriarca había acordado su compromiso con un varón de la aristocracia más rancia. El casorio se celebraría en los meses venideros.

Aun a sabiendas de que aquello debería acontecer tarde o temprano, que en una fecha no muy lejana las previsibles circunstancias de la diferencia de clases tomarían forma, cuando la temida noticia se convirtió en realidad, el dolor golpeó el alma del joven como un millón de incisivos agujones sobre la piel más delicada.

Largos días e interminables noches pasó entre lamento, congoja y lágrimas, hasta que

tomó la decisión más dolorosa de su vida, pero que consideró la más acertada en pos del bienestar y de la felicidad de su amor. Con todo el dolor de su corazón, Ryu fue consciente de que lo correcto era no apartar a su adorada Natsuki del amor de su familia, de un estatus social privilegiado, de unas riquezas y comodidades a las que él jamás podría siquiera acercarse.

Había llegado a sus oídos, como al de otros tantos lugareños,

que jóvenes de las aldeas cercanas marchaban hacia América; muchos terminaban por quedarse en Estados Unidos, construyendo allí un nuevo porvenir.

Además de encontrar empleo en la minería y la construcción de los ferrocarriles, los inmigrantes asiáticos también trabajaban en la agricultura. Algunos habían llegado por primera vez a Hawái como obreros contratados para trabajar en las plantaciones de azúcar, donde se ganaron la

reputación de ser trabajadores responsables y estables. Eso era lo que se escuchaba cada vez con más insistencia en las aldeas y alrededores de la zona... Si otros habían encontrado una alternativa al otro lado del océano, ¿por qué no él? Si permanecía en su tierra, entre las colinas, los campos, los ríos o las nubes bajo las que había amado a Natsuki, se condenaba a ser un muerto en vida.

Con la excusa de su partida hacia un esperanzador futuro a

miles de kilómetros de la tierra que lo vio nacer y crecer, solicitó permiso para despedirse del hombre que le había proporcionado una educación digna de nobles, aprovechando la ocasión para desear una vida venturosa a la que, ante los ojos del mundo, era la hija de su mecenas, pero ante los ojos de la luna nueva era su único, verdadero y eterno amor.

Natsuki, que se debatía entre su deber de hija y sus deseos de

mujer, había pasado en pocas semanas de ser la más feliz de las jovencitas japonesas a la más desgraciada entre las féminas tras el anuncio de su compromiso. En vez de alegría y expectación, la cercanía de la fecha de su enlace provocaba en ella honda tristeza, aflicción y melancolía.

Cuando por sorpresa volvió a toparse con Ryu entre los muros de la mansión familiar, un estallido de gozo recorrió su alma..., aunque solo fugazmente.

Enseguida descubrió que la visita de su amor se trataba en realidad de una despedida: su hombre partía hacia las Américas. Jamás volvería a verle.

Al poco de esa marcha, quedó fijada la celebración de los esponsales de Natsuki para tres meses más tarde. Su dolor y congoja se acrecentaban cada día, tanto por verse abocada a compartir el resto de su vida con un hombre al que apenas conocía ni nada le transmitía como por

asumir que su verdadero amor se encontraba ahora a miles de kilómetros; casi con toda seguridad jamás podría besarle una vez más, ni tan siquiera contemplarle.

Pero hay sentimientos que son más fuertes que las raíces, las estirpes, los lazos de sangre, que el sentido común y hasta que uno mismo.

Tres días antes de la ceremonia de su enlace, Natsuki conoció de boca de unos sirvientes

que al amanecer otro buque partía hacia las costas californianas. No fue nada premeditado, ni siquiera sopesado. Simplemente supo que tenía que hacerlo: si se quedaba allí, resignada a una existencia que otros habían trazado para ella, sería un alma en pena hasta el fin de sus días.

Sin apenas equipaje para no llamar la atención, escapó de noche dos días antes de sus esponsales para dirigirse al puerto que la trasladaría ante las puertas

de su esperanza: Ryu lo había hecho tres meses antes hacia idéntico destino.

Tras varias semanas de travesía, al fin avistó desde la cubierta del buque las tierras americanas. La Estación de Inmigración de la isla de Ángel, conocida como «la isla de Ellis del Oeste», fue su primera morada en el nuevo continente.

Había sido diseñada para que se cumpliera la ley de exclusión y para mantener a los inmigrantes

aislados de amigos y familiares en el continente e impedir que se escaparan. En la isla de Ángel, los recién llegados eran sometidos, primero, a un minucioso examen médico que ella superó sin contratiempo alguno. Luego se enfrentaban a una intensa entrevista jurídica. Los entrevistadores realizaban a los solicitantes preguntas específicas acerca de su pueblo natal, de su familia y de la casa en la que vivían. Este proceso solía durar

días.

Los que no superaban los cuestionarios podían apelar, pero los trámites de reunir evidencias adicionales podían demorarse mucho tiempo. Los inmigrantes podían ser retenidos por semanas, meses, o incluso años.

Natsuki permaneció en la isla de Ángel durante varios días, encerrada en barracas de madera que hacían las veces de viviendas, apiñados en condiciones insalubres. Lejos de sentirse

deprimida y frustrada, habida cuenta de que toda su plácida existencia había transcurrido entre lujo, mimos y algodones, ella se limitaba a visualizar el momento de su reencuentro con Ryu: entonces sonreía y la felicidad inundaba todo su ser.

Durante sus paupérrimas estancias, hacinados cual cerdos en los barracones de la isla de Ángel, muchos de los recién llegados escribían mensajes, pensamientos, anhelos, nostalgias,

esperanzas, sueños, sobre las frías paredes del centro de inmigración. Natsuki, para matar el tiempo, se dedicaba a leer las reflexiones de sus compañeros:

«Dejé atrás mi pincel para escribir, dejé mi espada y me vine a América. ¿Quién podía imaginarse que, nada más llegar aquí, iban a correr dos ríos de lágrimas?»

«Un mundo incierto aguarda

esperando retornar algún día a la tierra que me vio nacer y a la que confío en regresar para el descanso final.»

«El futuro comienza en esa orilla que mis ojos ven desde esta isla, pero que mis pies todavía no pisan ni mis brazos alcanzan.»

Ella, repleta de nostalgia, agarró una pluma para inmortalizar la fuerza de su

amor sobre la piedra:

*«Ryu, mi hombre, mi amor,
mi compañero, mi amante, mi
vida:*

*Tu mujer de las siete lunas,
tu Natsuki, dejó todo atrás
para volver a gozar del
disfrute de tu piel, de tu cálido
cuerpo, sumergidos, tú y yo, en
algún riachuelo de aguas
cristalinas bajo la luna nueva
americana.»*

Los funcionarios se fijaron en la vestimenta de Natsuki, en sus modales, en sus cuidadas manos, en sus escasas aunque costosas pertenencias. Aquella joven nada tenía que ver con la turba reinante procedente de tierras lejanas. Se la intuía señorita de posibles, no inmigrante en la búsqueda de un futuro mejor. Fue de las primeras viajeras de su buque a la que le fue concedido el acceso a los Estados Unidos gracias a su finura, educación y modales, y

aunque no lo dominaba, sí había aprendido a desenvolverse en inglés en la casa de su padre, por lo que se manejaba con cierta soltura a la hora de comunicarse con los nativos americanos.

Tras ese golpe de buena suerte inicial, por pisar sin apenas demora el nuevo continente, siguieron unos meses oscuros para la dama japonesa. Natsuki pateó cada rincón de San Francisco en busca de su amado. Barrios de inmigrantes, guetos japoneses,

negocios donde se demandaba la mano de obra asiática... Ni rastro. Nadie había visto ni oído hablar de Ryu. Una y otra vez. Días, meses, semanas...

Ella sobrevivió durante un tiempo por la venta de las alhajas que llevaba encima y por la de algunas fruslerías que había transportado en su raquítico equipaje. Pero aquello no era el maná y el dinero se agotaba. Sin noticias de Ryu y sin más recursos, tocó atravesar sus días más duros

en la capital californiana. Era bien conocedora de que a su Japón natal jamás podría retornar: la traición y la deshonra de la familia es imperdonable en una civilización que se rige por el código del honor.

Cuando la desesperación estaba a punto de apoderarse de ella, le hablaron de un comerciante que buscaba profesora de japonés para sus dos hijas de corta edad. Exportaba e importaba productos del país del

Sol Naciente; su esposa acababa de fallecer y, ante la falta de hijo varón, pretendía instruir a sus dos retoños en el negocio, para que algún día, cuando él faltase, se hiciesen cargo de él.

La exquisita educación de Natsuki, sus nociones del idioma y su incuestionable belleza cautivaron al acaudalado empresario, que contrató inmediatamente a la dulce nipona.

Al poco tiempo él cayó rendido a su encanto innato, genuino,

enamorándose profundamente. Al cabo de unos años terminaron por casarse; él había sido bueno y generoso con ella, aunque Natsuki jamás olvidó a Ryu ni pudo sentir por su esposo el ardor ni la emoción que el solo recuerdo de su amor de juventud le evocaba.

Tuvieron un hijo varón y, a pesar de que ella jamás llegó a amar a su esposo, le cuidó y respetó hasta el fin de sus días, que no tardaron en llegar, ya que el caballero norteamericano

contaba con mucha más edad que la dama asiática.

Lo que Natsuki no supo durante más de media vida es que cuando ella desembarcó en el nuevo continente no encontró a Ryu porque el joven campesino, criado entre colinas, pura naturaleza, matorrales y arrozales, decidió alejarse de ferrocarriles y de otras industrias florecientes para trabajar en los huertos, los viñedos y las granjas de California, pero, ciertamente,

alejado de la urbe cosmopolita.

Algunos inmigrantes japoneses arrendaron granjas y tuvieron gran éxito en el cultivo de frutas y verduras. Otros formaron barrios étnicos que cubrían con holgura sus necesidades económicas y sociales. Uno de ellos fue Ryu, quien, para paliar el hondo pesar que la separación de su amada le había provocado, se centró durante los primeros años de su llegada al Nuevo Mundo en trabajar hasta la extenuación.

Con el paso de las décadas se convirtió en un gran terrateniente y, más tarde, en uno de los pioneros del cultivo con técnicas modernas en el valle de Napa, llegando a ser uno de los mayores bodegueros de las viñas californianas.

Se casó con otra inmigrante japonesa, una mujer cándida y bondadosa a la que respetó hasta el final, aunque su corazón siempre albergó el recuerdo inolvidable e imborrable de su

gran amor: la frágil y hermosa Natsuki.

Una tarde otoñal, regresó a la isla de Ángel para mostrar a sus dos nietas el primer lugar que él pisó nada más desembarcar en América, para que conociesen sus raíces, la historia de sus antepasados, sus orígenes humildes, para que comprendiesen que la vida acomodada que ellas llevaban no la disfrutaban otros niños, ni siquiera, en un pasado muy cercano, los miembros de su

propia familia.

Jamás volvió a pisar aquel lugar, ahora reconvertido en museo, y la impresión que le produjo el reencuentro con la parte más intensa de su vida consiguió arrancarle unas lágrimas de nostalgia, mojando sus pupilas de emoción y melancolía.

Pero aquello sería una menudencia comparado con el shock que le aguardaba apenas unos metros más allá. Sus nietas y

él leían con atención los mensajes que antaño escribieron los que entre aquellos muros aguardaban el permiso para entrar en los Estados Unidos, cuando, en el ocaso de su vida, el corazón le dio un vuelco, su alma se incendió y el mundo se puso del revés.

«Ryu, mi hombre, mi amor, mi compañero, mi amante, mi vida:

Tu mujer de las siete lunas, tu Natsuki, dejó todo atrás

para volver a gozar del disfrute de tu piel, de tu cálido cuerpo, sumergidos, tú y yo, en algún riachuelo de aguas cristalinas bajo la luna nueva americana.»

Y una fecha. Una fecha que correspondía en el tiempo a apenas tres meses después de su llegada a América, hacía ya más de cincuenta años.

Ella lo había dejado todo por él: una vida resuelta, un marido de

la más alta alcurnia, familia, lujos, caprichos... Renunció a un porvenir privilegiado por un devenir incierto, y lo hizo por él, por Ryu, por un amor más grande que la propia vida. Podían haber disfrutado de ese sentimiento magnánimo durante cinco décadas, porque ella, si aún vivía, debía andar por allí, cerca de él, mientras él la suponía en Japón...

Un anciano cercano a los setenta años, ahora respetado, poderoso e influyente, removió la

burocracia de la ciudad, puso patas arriba funcionariado y documentos oficiales y tocó las puertas adecuadas para tener acceso a registros, censos y demás información utilizada en la ardua tarea de localizar personas.

Y un día cualquiera, el más dichoso de toda una existencia compleja, la más feliz de las noticias aterrizó sobre su mesa de nogal en forma de documento certificado: Natsuki vivía y su domicilio estaba ubicado no muy

lejos, en una elegante residencia victoriana de San Francisco.

Ella, otro día cualquiera, apenas una semana después, abrió su puerta y al otro lado encontró a un caballero de buena planta y exquisitos modales con flores frescas y una patente emoción que le hacía temblar hasta el tuétano.

Transcurrido medio siglo, el único hombre al que había amado y al que jamás creyó volver a contemplar se encontraba frente a ella, en la puerta de su hogar. Ya

anciano, pero bien conservado y absolutamente reconocible: esa mirada, esa sonrisa, esas facciones, esas manos...

Natsuki lloró ahogada en felicidad; tantas fueron las lágrimas que regó las flores de su jardín con ellas.

Jamás, jamás, volvieron a separarse, ni por un minuto, durante los años que les restaron en este mundo. Debían recuperar un tiempo robado por el destino durante más de media vida.

Compartieron cada segundo como si fuese el último. Y lo lograron. El azar se lo debía y la pureza de sus sentimientos hizo el resto.

La dicha fue tanta, la felicidad tan extrema y la complicidad tan inmensa que murieron juntos, a la vez, dormidos y abrazados durante una noche de primavera. Sus ojos se cerraron simultáneamente y sus corazones dejaron de latir a la par. Era luna nueva.

Conmovedor.

Magnífica

historia. ¿Qué me había querido decir Nolan al recomendarme este relato de entre todos los de su libro? ¿Que, cuando los sentimientos son más poderosos que el sentido común y que tus entendederas, no hay que dejar pasar toda una vida para disfrutarlo? ¿Que, cuando la locura

de la pasión y el deseo por otro ser humano te dominan, debes dejarte llevar porque eres un afortunado?

En estas ando yo cavilando, con un resquemor punzante que no se aleja debido a mi clamoroso fracaso en la búsqueda de la quinta isla, cuando las ruedas del avión tocan tierra en el aeropuerto de Barajas.

Comienza, sin yo siquiera intuirlo aún, el primer día del resto de mi vida.

IV PARTE

LAS QUINTAS ISLAS

DUELO DE GATAS

Se va acercando el día en el que Jimena, si ha dado en el clavo, que sin duda lo hará —si no, le quedaría grande el título de «mi legítima dama» que hace ya un lustro le otorgué—, acudirá a nuestra cita, la que nos conducirá a la quinta isla.

Curiosa la psicología humana. Gran parte de mí desea tal fecha

como ninguna otra cosa en el mundo. Y eso es decir mucho en un tipo como yo, que casi todo lo ha logrado y casi todo lo ha vivido: triunfador en dineros, en laureles y en amores. (Puntualizo, más que en amores, en damiselas rendiditas a mis encantos de portentoso varón, en señoritas sucumbiendo a mis caprichos, a mis órdenes y a mis pies.) Hacía referencia a las peculiaridades de la psique porque, tras media vida de golferío sin límites y desprecio sistemático a

casi toda buscona conseguida y follada, ando nadando entre dos aguas. Mejor dicho, entre dos gatas. ¡Y qué gatas! ¡Qué porte! ¡Qué fiereza! ¡Qué relumbrón!

La referencia a las mininas viene a colación porque desde la juventud me ponen, y mucho, las comúnmente denominadas *peleas de felinas*: dos figuras femeninas vociferando, agrediéndose físicamente, gritando, insultándose, arañándose, tirándose de los pelos, desgarrando sus camisetas..., pero

solamente cuando ese altercado tiene su origen en una lucha por los favores de un hombre, cuando la competición se inicia para adueñarse de la virilidad soñada. Entonces y solo entonces, el duelo es el sùmmum, algo así como un orgasmo intelectual, directo al flanco del orgullo y del ego masculino.

Ando inquieto, confuso, revuelto, espeso, muy alejado de mi proceder habitual. Y con hondo pesar confieso —hasta con

vergüenza y pudor— que el motivo y la causa de mi desazón tiene nombre de mujer, y por partida doble: Adriana y Jimena; Jimena y Adriana.

¡Quién me iba a decir a mi edad que un tipo como yo, que ha chuleado al género femenino durante medio siglo, estaría debatiéndose a estas alturas por las cosas del querer! ¡Y de qué manera!

Jimena es única. Es la dama. La mujer que me retó y me venció. La que me ensalzó y la que me humilló.

La que me trasladó al cielo y al infierno. La que me dio a probar las mieles del paraíso y las hieles del averno. A la que deseé y odié tanto como un alma humana es capaz. La que traspasó los límites de la cordura para llevarme al lado oscuro y a la gloria bendita. La única persona que ha supuesto verdaderamente un punto de inflexión en mi tortuosa y exitosa trayectoria vital.

Hete aquí que cuando los duendes nos vuelven a poner a uno

frente al otro —tarea compleja por los excesos compartidos—, ando medio embobado por las malas artes de una víbora. De una pécora salvaje que arrasa todo lo que se le pone por delante. Adriana Liébana es maligna, sí, pero tienen ese no sé qué que a los hombres peleones como yo los pierden. Para empezar, su inteligencia extraordinaria está fuera de toda duda, y a mí el intercambio de fluido intelectual de altas miras me excita tanto como el carnal. Para continuar, su físico no

es difícil de ver..., vamos, que es agraciada hasta en el moverse. Y para completar la jugada, podría afirmar sin riesgo a exagerar que es una ninfómana crónica. Un lujo para cualquier primer espada del cabaret del sexo como yo.

Si me preguntan qué le gusta más a la Liébana, si el poder, el dinero o el sexo, con toda sinceridad, no sabría por cuál decantarme. La señora va tan sobrada de los tres elementos de esta explosiva combinación que al

común de los mortales acaba llevándole por el camino de la amargura.

Para un Premio Nobel como yo, con una trayectoria labrada entre los triunfos perpetuos, acostumbrado a bregar con las élites, quizá el ingrediente de este demoledor cóctel que menos me atrae es el poder. He podido comprobar en infinitud de ocasiones cómo las personas con poder son tratadas de manera diferente a las personas con dinero.

De hecho, las mayores fortunas también sucumben a la influencia de los poderosos de turno: basta hacer memoria con el comportamiento de banqueros y empresarios de tronío con cada nuevo gobierno en cualquier democracia que se precie.

El poder es perverso: promueve el apego e impulsa las atracciones fatales.

Pero vayamos un paso más allá: la erótica se enfoca hacia los aspectos físicos y sensuales. ¿Creen algunos líderes que lo que

realmente provocan son unos deseos irrefrenables de saciar instintos básicos? ¿O es que, tal vez, lo que estimulan es la consecución de privilegios y beneficios solo alcanzables para quienes pertenecen a la élite? ¿Por qué llamarlo erótica, pues, cuando se trata de egoísmo, de interés? Los cargos pasan, las personas permanecen... ¡Menudo coñazo es el estar siempre alerta rebuscando entre las segundas, terceras y hasta cuartas intenciones del que se

acerca! Casi ningún gilipollas de los que ocupan la cima es consciente de los verdaderos motivos de su éxito: no es que su *sex-appeal* sea estratosférico, es que su puesto y las prebendas que trae bajo el brazo resultan atractivos para el sexo contrario.

Para mí lo más atrayente consiste en retar, someter, llevar al límite al otro ídolo de masas... Seducir a través de físicos imponentes está al alcance de muchos cuerpos bonitos; desafiar

con habilidad ya son palabras mayores. De ahí mi cuelgue épico hace cinco años con mi Jimena: abrió la caja de mis truenos, algo inalcanzable para la mayoría.

Yo no creo en la erótica del poder, sino en la erótica de las personas. Lo cual no es incompatible con que algunas poderosas sean irresistibles...

Y en esas andamos, dejándome atrapar con total conocimiento de causa y plena satisfacción carnal entre las redes de una mujer gata,

una mujer araña, una mujer poderosa, una mujer carente de escrúpulos. Adriana Liébana se afana, astuta, en tejer las redes de su lujuria a mi alrededor.

El poder solo debería ser concedido a hombres que no lo adoran.

(Platón)

SECRETOS PERVERSOS QUE CAMBIAN RUMBOS

—Vamos, que lo has pasado pipa brujuleando por las legendarias cuestras de San Francisco, perdiéndote por la bahía, disfrutando de los míticos atardeceres de Sausalito, comiendo langosta y bebiendo buen vino californiano con la pareja de adonis gays que te agenciaste como

cicerones, o saboreando una Sol helada en la cubierta de una embarcación de lujo, mientras lucías palmito entre el limpio cielo y el cálido mar de Cortés.

Sonríó a Bruno con aire ingenuo para intentar disimular una culpabilidad que me mata.

—¡Menuda cabrona estás hecha! —continúa él con su regañina cariñosa—. *Living* la vida rebuena mientras yo echo humo en mi empeño por llevar al periódico al mejor de los puertos. Pero oye,

sin acritud, siempre hubo clases y clases... Tú te lo sabes montar y yo soy un pringado, así de simple. Lo de siempre...

Bruno me besa con ternura. Yo hundo mi cabeza sobre su torso desnudo. Estamos tumbados en el sofá de su salón. Me ha invitado a cenar. Llegué ayer y él tenía unas ganas locas de verme; hasta de bailar conmigo, me había dicho. Pero anoche, recién aterrizada, solo me apetecía meterme en mi cama y recuperar sueño.

Este agotamiento me está preocupando. Será cierto lo que tanto me advirtieron en los años previos los que ya pasaron por este trance: acercándote a los cuarenta debes bajar el pistón de la hiperactividad, o te acaba pasando factura.

Pero hoy carecía de excusa para no quedar con él. Tras más de tres semanas fuera y una explicación comprensible en el día de ayer — más de doce horas de vuelo lo son —, tocaba velada romántica.

—¿Recomendable entonces la isla Ángel de la Guarda?

—Recomendable para cuando pongas toda la maquinaria del diario en marcha y necesites desconectar de todo y de todos. En situaciones de soledad elegida, nada mejor que pirarte a un lugar en el que la compañía más abundante son las ballenas, los pajaritos, algunos delfines y los lobos marinos. Si a ello añadimos la inmensidad de un terreno inhóspito, el viento y el canto de aves

variadas como único sonido de fondo, un cielo claro, puro, y unas aguas cristalinas, calmadas y cálidas, nos encontramos ante la escenografía soñada para el relax.

—¿Y entre tanta soledad y tanta calma no me echaste de menos ni un poquito?

Bruno vuelve a besarme. No ha dejado de hacerlo durante toda la noche. Zalamero. Pasteloso. Dulce. Entregado. Yo, que no soy de remordimientos innecesarios, estoy pasando un mal rato. Le estoy

clavando un puñal venenoso por la espalda. Con premeditación, alevosía y nombre propio: Rodrigo.

Y Bergareche es un hombre que no merece mis mentiras perpetuas. Me duele tanto esta traición...

—¡Pues claro que te eché de menos! Miles de veces. — Dioooooss, qué cínicas podemos llegar a ser las mujeres cuando nos lo proponemos. Más veces de las recomendables, hasta las trolas concatenadas a tutiplén nos salen solas.

—He de confesarte que lo has disimulado de maravilla: apenas un par de mensajes y una llamadita rápida en más de tres interminables semanas. Largas al menos para mí. He ahí la prueba fehaciente de cuánto te has acordado de tu Bruno... Snifffff... ¿Seguro que los adonis eran gays?

—Completamente. Y que conste que con semejantes plantas pienso que es una auténtica lástima...

Bruno bromea, pero soy consciente de que el reproche iba

con toda la intención. No soy de mensajes en general, llamadas en particular, y menos cuando todavía ando a mis cosas, evadida, perdida por algún destino remoto.

En este caso concreto, cuyo único objetivo era la búsqueda estéril de la quinta isla para reencontrarme con mi caballero, como para andarme con monsergas y moneando con *el otro caballero*. Ni ganas ni tiempo. Cualquiera confiesa esto al adorable director de *Orbe*.

—Ya sabes que soy un poco descastada en lo de los mensajitos y llamaditas, mi niño... ¡Qué se le va a hacer! Me conoces y no te pilla de nuevas. No es excusa, lo sé, pero prometo una compensación épica. O varias... Esta noche y en las próximas noches. Y días...

—Tomo nota. Y al pie de la letra. Compensarme de casi un mes de ausencia requiere emplearte a fondo. Muuuucho...

Bruno me toma en sus brazos y me lleva hasta la cama. Me tumba

con una suavidad que enamora. Tal es mi agotamiento que me acurruco contra su fornido cuerpo y el sueño me vence en apenas un par de minutos. No tengo ganas de fiesta ni de fuegos artificiales. Despierto al día siguiente de buena mañana, ya mucho más recuperada. Más fresca. ¡Aleluya! Pensaba que esta fatiga crónica que arrastro se iba a instalar para siempre en mi cuerpo como un jodido parásito.

Él ya se ha marchado; debía llegar temprano a la redacción, me

lo comentó anoche de pasada. Andan atando los cabos de una jugosa exclusiva. De las de portada a cuatro columnas de diario nacional. Remoloneo por unos minutos más entre las sábanas, extendiendo el brazo para alcanzar la almohada del otro lado de la cama y aspiro su aroma: huele a Bruno. Me encanta.

Tras levantarme, me dirijo hacia la cocina. Tomaré un café y volveré a casa. Una vez finalizadas estas extrañas vacaciones, debo

retomar el tajo laboral de nuevo porque octubre está a la vuelta de la esquina. Mañana me pasaré por *Vanity* para planificar los próximos trabajos con Carol, la directora.

Definitivamente, Bruno es un regalo hecho hombre. Me ha dejado café preparado y antes de marchar también bajó a la panadería a por bollería y *donuts* de chocolate recién horneados que lucen apetitosos sobre la encimera.

Pa' comérselo. A los *donuts*, a Bergareche y a toda su estampa.

¡Ay, si no se interpusiese la infinita
sombra de Rodrigo entre este
hombre y yo...!

Le envió un merecido
WhatsApp de los que a él tanto le
gustan y a mí tanto me cuestan...

—*Love you* 

¿Por qué las demostraciones de
amor siempre quedan
sospechosamente envueltas por el
manto de la cursilería?

Mientras desayuno, vienen a mi

cabeza una y otra vez pensamientos que no han dejado de rondarme desde que abandoné San Francisco. Ya en el mar de Cortés merodeaban una y otra vez por ahí dentro. ¿Y si mando a tomar por saco de una santa vez las islas del pecado? ¿Y si entierro el pasado y todo lo que allí aconteció bajo sus aguas por siempre jamás? ¿Y si me propongo seriamente que tanto secreto, exceso, lujuria y transgresión no vuelvan a perseguirme? ¿Y si dejo de lado mi obsesión por la aventura

permanente? ¿Y si sustituyo lo rocambolesco por lo cotidiano? ¿Y si adopto la tranquilidad de una rutina predeterminada como forma de vida?

A la inmensa mayoría de la humanidad no le va tan mal encorsetada en los estándares comúnmente establecidos... De hecho, muchos creen ser felices. Otra cosa es que lo sean...

¿Y si me centro en un ser ENCANTADOR, como Bruno? ¿Alguien con el que tengo la

tremenda suerte de compartir un romance casi de película? Hombres así no se van encontrando detrás de cada esquina... Puedo intentarlo, no pierdo nada. Para retornar al infierno de las excentricidades a la vera de Ro siempre hay tiempo.

A priori —y digo a priori porque sorpresas te da la vida—, Bruno es un dechado de virtudes: está bueno hasta el infinito, tiene un cuerpazo de los que apetecen a cualquier hora, cualquier día de la semana y en cualquier estación del

año; es un tipo culto, listo, de éxito, divertido, dotado de una sensibilidad extraordinaria, gran conversador, su pluma es mejor que la mía, detallista, honesto, viajado, generoso, magnético, muuuuy sexual y no especialmente pelma: sabe respetar mi espacio vital y mi individualidad.

Bueno, en algunas ocasiones, como ayer sin ir más lejos, tiene sus días de pastel de fresa con nata montada, merengue y sirope de caramelo —soy consciente de que

el despliegue de bobadas románticonas para la mayoría de las mujeres son un sueño, en mi caso convertido en carne y hueso tratándose de Bergareche—, pero supongo que esos momentos son inevitables. Como el día que yo me levanto insoportable y no hay quien me enderece a lo largo de la jornada. *Nobody is perfect*, pero algunos lo son más que otros. Eso es así. Bruno se encuentra en el primer grupo, es decir, se trata de la excepción, no de la norma. ¿Y si

me reengancho a una vida calmada?
Con este caramelo de hombre, el
intento podría merecer la pena.

El fracaso en mi búsqueda por
la quinta isla también está
influyendo en las vueltas que le
ando dando a todo lo que tiene que
ver con mis próximas decisiones.

Me llevó días, semanas, una
investigación meticulosa —fallida
pero meticulosa—, estudios
exhaustivos, horas de búsqueda en
el ordenador, llamadas telefónicas,
pensamientos, descartes,

razonamientos, vueltas y más vueltas, pero nada de nada conseguí.

¡Ah! Y un día, que la visita al Pacífico ha sido de todo menos barata. Menudo pastizal me he dejado en las dos Californias, la Alta y la Baja, la estadounidense y la mexicana, para no haber encontrado lo que había ido a buscar: mi destino.

Introduzco la mano en el bolsillo trasero del vaquero y extraigo el tarjetón; en estas fechas

y con tanto trajín, se encuentra algo sucio y bastante arrugado. Aunque ya estoy en Madrid, lo sigo llevando conmigo. Manías, supersticiones...

*Dos ángeles que no lo son,
uno lo fue, el otro jamás lo será,
el yang te indicará el cuándo,
el yin es la puerta a nuestra quinta
isla.*

¡Pero si es que puede tratarse de cualquier cosa! Maldito Ro...

Estoy tan agotada física y psíquicamente que me da una tremenda pereza iniciar de nuevo el proceso de búsqueda para intentar alcanzar una conclusión, para averiguar la certera resolución del jodido acertijo.

¿Y si la isla que al señor Nobel se le ha pasado por la cabeza está en las antípodas? ¿Nueva Zelanda, por ejemplo? ¿Australia? ¿La isla de Tasmania?

Yo tengo que volver a planificar reportajes, entrevistas y

nuevos proyectos; no puedo permitirme el lujo de pasarme otros meses dando vueltecitas por el mundo. Porque solo de imaginar que me puedo lanzar a otra búsqueda a ciegas a tomar por saco de España para errar de nuevo, se me ponen los pelos como escarpías.

¿Y si ya pasó la fecha? Es que esa puede considerarse otra posibilidad... Porque el muy hijo de puta no solo me propone un acertijo del dónde, sino también acerca del cuándo. Podría darse el

caso de que después de seguir estrujándome la sesera, al final consiga descifrar el enigma, me presente en la isla de marras, cualquiera que sea, la cita haya caducado y el señor haya pasado por allí en la fecha que él tenía en mente en su previsión particular; y al no aparecer yo, entonces se largue por donde llegó. Con dos cojones. Muy Ro.

Lo cierto es que no me quedan ni fuerzas, ni ganas, tampoco tiempo...

Iré meditando los pros y los contras en los próximos días, pero de momento tengo intención de centrarme en Bruno. En todo él. De darle una oportunidad a la normalidad.

Si con el paso de los días mi cuerpo sigue pidiendo guerra y la quinta isla revolotea por mi cabeza sin parar, tendré que rendirme a la evidencia. Pero sin prisa.

* * * *

Transcurren unos días tranquilos. Visito la redacción de *Vanity*, planificamos los dos próximos trimestres en total armonía, me reúno con mi editora —quieren contar conmigo para un nuevo proyecto el próximo año—, quedo con buenos amigos a los que tengo un poco abandonados, llamo por teléfono a Diego Ayala —desde luego, en la conversación ni se me ocurre mentar a la bicha de la quinta isla, menos aún a Rodrigo, quien para él es algo así como el

Satán de nuestro siglo—, organizo un par de cenas de chicas, me mimo con una buena sesión de masajes, paso por chapa y pintura, es decir, peluquería, manicura y pedicura. ¡Qué felicidad! Tanto parabién es reconstituyente...

... Y lo más importante: comparto tiempo con Bruno. Más de lo habitual. Pese a mis reticencias iniciales, a mis dudas, a mi aversión hacia todo lo que huelga a formalidad, esta relación me calma, me tranquiliza, me sosiega,

me llena. ¡Este chico me gusta cada día más!

Paseos por el Madrid castizo, escapadas a la naturaleza, caminatas por territorios inexplorados, sesiones de lectura conjunta, besos a la luz de las velas —y de las farolas de callejones oscuros—, desayunos eternos que enlazamos con el aperitivo, descubrimientos gastronómicos simultáneos, conversaciones de las que atrapan, sobremesas intensas regadas por un buen tinto, silencios

seductores, madrugadas de amor que finalizan cuando los rayos de sol del amanecer iluminan su piel...

La dirección del periódico le tiene absorbido, múltiples días hasta abducido, y eso ayuda a que no me agobie. Nos vemos un par de veces por semana; en ocasiones, tres. Los fines de semana casi siempre. Suficiente. Lo justo para disfrutar de los buenos momentos, para acompañarnos, para divertirnos, para potenciar la complicidad y para amarnos sin

posibilidad alguna de cansarnos el uno del otro. Algunos critican que eso de compartir solo los mejores momentos es egoísmo; según mi punto de vista, además de resultar tremendamente práctico, mantiene imperturbable la magia.

En pocas palabras: satisfecha por este nuevo planteamiento y por cómo estoy llevando las cosas desde el retorno de las islas de los ángeles fallidos.

Claro que los tiempos de paz y remanso a lo largo de mi existencia

nunca fueron mi fuerte —aunque me haya empeñado en traerlos a mi vida, en intentar acoplarlos a una trayectoria vital revoltosa—. Parece ser que ya estaba tardando en llegar la aparición de algún sobresalto imprevisto...

Y es que la tendencia a planificar en exceso —atendiendo a nuestros deseos y obviando el caudal natural de la vida— pocas veces culmina en las expectativas preestablecidas. Debiéramos evocar más a menudo la sensata cita

de Rudyard Kipling: «Cuando llegue mañana, cazaremos según lo que mañana exija».

Sucede durante una noche de degustación de caprichos nipones en casa de Bruno: *niguiris* de gamba roja, de pez mantequilla con trufa, *sashimi* de toro, de salmón, *sushi* variado...

Estoy haciendo *zapping* mientras él se acerca con dos *gin-tonics* de Hendrick's con Fever Tree acompañados de sus correspondientes rodajitas de

pepino. «Tras el atracón de comida japonesa que nos hemos zampado, estos digestivos nos sentarán bien», me comenta el muy cachondo.

Alargo la mano para agarrar mi combinado cuando en no sé qué canal aparecen. Al principio pasan de reojo, y al reconocerlos, centro toda mi atención en esos dos caretos que invaden la pantalla de plasma: Rodrigo y Adriana. En mutua compañía. Asistiendo a alguna cena de una entrega de premios de tantas. Se encuentran en

la mesa presidencial —no podía ser de otra manera tratándose de dos celebridades—. La cámara fija el objetivo en ambos. Se recrea con ellos, vaya. Sonrientes, cómplices, diríase que muy cómodos. Demasiado para mi gusto.

Charlan con unos, con otros, con los comensales contiguos, extienden la mano a modo de saludo hacia otros invitados de mesas cercanas... Joviales, sociables, relajados, vestidos impecables, de gala.

Los fotógrafos no dejan de tomar instantáneas de la vicepresidenta y del Premio Nobel, juntitos, en amor y compañía. Pareja de portada, pero no de papel cuché, ni tan siquiera de publicaciones amarillistas. ¡Qué va! Son, o podrían llegar a ser, una pareja de apertura de telediarios.

Ella está casada desde el Pleistoceno y su marido encabeza las listas de animales más cornudos de la fauna universal; la fama de «devora-hombres» de Adriana

Liébana la precede; se cepilla a todo lo que se le pone por delante si lo que ve le resulta tentador.

Sin crítica alguna, sin segundas intenciones y sin acritud. ¿Quién soy yo para cuestionar vidas sexuales ajenas?... ¡Faltaría más, con los episodios tan escabrosos que llevo a mis espaldas!...

Bueno, quizá cuando la muy zorra se prestó a fornicar con el amor de mi vida delante de mis narices en un palco de La Fenice — en el que me habían encerrado con

llave para impedir mi huida, para que observase pasmada y sin posibilidad alguna de reacción cómo se lo montaban—, pues bien, quizá en ese desagradable momento me gané de por vida el derecho de odiarla, insultarla y detestarla por siempre jamás.

Porque existe una gran diferencia entre ese putón de altos vuelos y yo: nunca obligué a formar parte de cualquiera de mis juegos sexuales a nadie a quien no le apeteciese tanto como a mí; nunca,

nunca, participé en episodios en los que terceras personas pudiesen salir heridas en el ámbito de los sentimientos —Ro no cuenta como tercera persona, es una extensión de mi propio yo—. Libertad y respeto por bandera.

Ella, sin embargo, disfrutó con mi padecimiento, gozó con mi congoja, con mi desesperación, en el dichoso palco. Su satisfacción provenía de la humillación y la defenestración de una desconocida. Eso es crueldad. Y carencia

absoluta de humanidad.

Si para mí es un hecho contrastado —hasta el punto de haber conocido las tetas y el coño de Adriana en tres dimensiones, fotograma que, por cierto, me asquea—, el rumor de lo bien que se llevan estos dos en los últimos meses va siendo *vox pópuli* entre los cotillas mayores del reino y en los mentideros de la villa y corte, siempre ávidos de novedosos chismes.

Tampoco los protagonistas

disimulan. Se dejan caer de vez en cuando por sitios públicos, algún restaurante mítico, alguna terraza imprescindible de los hoteles de lujo. Supongo que en esta ocasión, tratándose de una entrega de premios, el protocolo los habrá sentado en asientos contiguos, pero lo cierto es que los puñeteros primeros planos me están estomagando. Y lo peor: Adriana es una señora de bandera. Eso no hay quien se lo quite y he de reconocerlo, aunque me joda.

Guapa no es, ni mucho menos, aunque su atractivo es innegable incluso para mí. Las facciones de su cara son vulgares, del montón; sin embargo, tiene a su disposición a los mejores estilistas, que saben sacar mucho partido de ese rostro. Su espléndida anatomía hace el resto: muy alta, un cuerpo espléndido a pesar de pasar de los cincuenta y unas piernas esbeltas que luce sin pudor alguno. Por supuesto, cuenta con un estilazo incuestionable.

Por si todo esto no fuese suficiente, las lenguas viperinas bien informadas conocen de primera mano que su cociente intelectual es elevado, su cultura, galáctica, y de la fortuna de su familia mejor ni hablar. No es que encabece la lista de las más virtuosas de España en lo referente a acumular cifras prohibitivas en las cuentas bancarias, no; es que se incluye año tras año, desde tiempos inmemoriales y subiendo, entre las más ricas de Europa, entre los

mayores potentados del Viejo Continente.

¡Joder con Adriana Liébana! Y ahí la tengo, poniendo ojitos a mi Ro. ¡¡¡¡A MI RO!!!!

Esa sonrisita irritante iluminando el televisor de lado a lado... La muy perra, además, luciendo unos pendientes de esmeraldas tan grandes como melones y presumiendo de un Armani negro que muestra un hombro al descubierto, enalteciendo la esbeltez de un

cuello de cisne.

Rodrigo la mira y la remira, puede que con admiración — conozco sobradamente las miradas y expresiones de Ro—, también con deseo. Y por ahí no paso. Mi hombre en pleno juego de seducción ante los ojos del mundo —¡y retransmitido en directo!— con una adversaria de altura.

Entonces algo estalla en mi interior. Con tanta fuerza que duele. Con rabia. Con ira. Con furia. Estoy cabreada, colérica, indignada. No

hay nada más peligroso que una mujer despechada. Bueno, sí lo hay: una mujer despechada e inteligente.

Lo que sucede a continuación supone un punto de inflexión en los acontecimientos con los que estoy bregando, con las decisiones sobre las que no dejo de reflexionar acerca de mi futuro.

La revelación que estoy a punto de conocer fulmina mis dudas e inquietudes. Mi indecisión y desconfianza hacia la quinta isla se esfuman. De golpe.

Aunque el fuego me está devorando por dentro y me encuentro fuera de mí, en apenas un fugaz instante, soy capaz de observar cómo Bruno, nada más ver a estos dos en la pantalla y con la excusa de echar más hielo al *gin-tonic*, se vuelve a la cocina.

Al principio pienso que la presencia de Ro invadiendo su salón le incomoda. Es lógico. No deja de ser el tipo con el que viví en primera persona una aventura sexual salvaje, bestial,

extravagante, retorcida, conocida por miles de lectores y gran parte de la opinión pública. Un romance extraordinario.

Cada detalle escabroso está plasmado en un libro de éxito que ha sido leído, comentado y cotilleado por todo dios. Y también se trata de una historia sentimental. De las que dejan huella. Vamos a ir a poniendo los puntos sobre las íes de una buena vez, coño. Que ya va siendo hora. Sexo a raudales, sí, pero también sentimientos. Y

AMOR.

Me dirijo hacia la cocina para traer a Bruno de nuevo al sofá.

—He cambiado de canal... Oye, que fue una casualidad. Haciendo *zapping*, pues apareció Ro..., digoooo, Rodrigo... en esa entrega de premios de la que estaban haciendo un reportaje. Sin más.

—No te preocupes, Jimena, si yo he venido a por hielos y lo de la televisión no ha tenido nada que ver.

Es el típico momento en el que la boca de un hombre dice una cosa y sus ojos muestran otra. Agarro a Bruno de la cintura, le doy un beso suave en la mejilla, en la frente, en sus párpados para entonces cerrados, en los labios; aprieto con pasión los carrillos de su culo perfecto e intento guiarle hacia el salón, tal como era mi propósito inicial... a pesar de que mis pensamientos, mi voluntad, mi psique acaban de ser dominados en toda su amplitud por Rodrigo.

Por el pasillo suelto alguna chorrada para, de alguna manera, quitar hierro al asunto. Sorprendida de que a Bruno le afecte tanto la sola imagen de mi ex. Ilusa de mí, por cierto. ¡Qué lerdas podemos llegar a ser las personas sobre los sentimientos y procederes ajenos! Incluso los de los más cercanos...

—Prometo tener más cuidado para que, cuando estemos a punto de brindar con nuestras copas tras una cena estupenda, no sea yo tan torpe de poner un canal con

personajes..., esto, ummmm..., difíciles. —Intento evitar el nombre de Ro a toda costa. Entonces pronuncio las palabras que resultarán definitivas—: ¡Mira que aparecer la víbora de la vicepresidenta en nuestra velada en un momento tan agradable!

Como estoy agarrando a Bruno por la cintura, noto un respingo involuntario de su cuerpo, como si se estremeciera cuando he pronunciado la palabra *vicepresidenta*. Y me asalta un

flash back. Yo ya he pasado por esto... Recuerdo que en otra ocasión, hace un par de meses, quizá tres, salió a relucir el nombre de Adriana debido a una entrevista que le había hecho Bruno. Entonces él también se mostró extraño y esquivo. Raro, raro... Ya acomodados de nuevo sobre los mullidos cojines, se lo comento:

—Cada vez que te nombro a la vicepresidenta das un respingo, como si te incomodase... Ya sé que es una tía vil y repugnante, pero de

ahí a que te disgustes... ¡Pues anda que no tenemos gilipollas entre los altos cargos! Más o menos en esta proporción: un gilipollas, un cargo público.

Nada, Bruno no reacciona. Se queda pensativo, dubitativo, silencioso. Está a punto de lanzar la bomba. Así, de sopetón. Lo que prometía ser una noche redonda de enamorados se torna en madrugada resolutiva. Y de interés general.

—Mira, Jimena, si quiero que esto funcione contigo, y créeme, es

lo que deseo con toda mi alma, he de ser sincero.

Esas palabras de Bruno me dejan flipada. Cuando los tíos se ponen melodramáticos en conversaciones sobre el amor y similares, me acojonan. ¿A dónde querrá ir a parar? Él prosigue, muy serio, circunspecto.

—Llevamos juntos varios meses y cada día vamos más en serio. Al menos yo. Estoy muy bien a tu lado, soy feliz con tu compañía, te deseo una barbaridad, y por

tanto, hay cartas que es mejor poner encima de la mesa desde ya, antes de que la cosa vaya a más y la relación se construya sobre un pilar de mentiras. Pero ante todo, quiero que sepas que yo sigo siendo un buen hombre. Honesto, fiel a mis valores. Lo he sido desde que tengo uso de razón. Aunque a veces la vida nos ponga a prueba y tengamos que pagar ciertos peajes para conseguir nuestras metas. Nadie atrapa grandes sueños sin pagar algún precio en el camino, de una

manera u otra...

Me quedo callada. No sé a qué viene esto ni hacia dónde va dirigiendo Bruno esta conversación. Por un momento intuyo que va a confesar algún lío de faldas, quizá me haya sido infiel —¡criatura!, mejor que no siga por ahí, que me voy a sentir fatal; por muchas cartas que él ponga sobre la mesa, yo no pienso soltar prenda acerca de La Fenice, la *suite* del Cipriani, el privado del Hot, bla, bla, bla...—. Ante mi inquietante silencio —

provocado en parte por la prudencia y en parte por absoluta falta de comprensión de lo que está ocurriendo—, Bruno continúa:

—Te voy a contar por qué y cómo acepté la dirección de *Orbe*. Más o menos con las mismas palabras que pronuncié ante el anterior director de la publicación, cuando tuvo a bien plantearme tal propuesta y yo decidí subirme a ese tren. En la vida en general, y más ahora en estos tiempos convulsos que nos oprimen, que nos aplastan,

los trenes no pasan dos veces. Hay que subirse a ellos.

—Como quieras, Bruno, cuéntame, cuéntame... Me estás preocupando.

Ahora sí que no entiendo nada. ¿Qué tendrá que ver la dirección de *Orbe*, su trayectoria profesional, los trenes de la vida...? ¿Pero no ha introducido este tema con el convencimiento de la necesidad de cimentar una relación sentimental sobre la verdad?

En fin, abriré bien los oídos. La

solemnidad con la que Bruno me está hablando me pone sobre aviso de que algo que para él es clave está a punto de ser desvelado. Y a todo esto, ¿¿¿qué tienen que ver Rodrigo y Adriana en lo que Bergareche se dispone a contarme???

—Jimena, pertenezco a esa juventud talentosa frenada por un techo de cristal inquebrantable, generaciones inmersas en una sociedad que incide en las viejas glorias (en la gran mayoría de los

c a s o s , g l o r i a s amortizadas,
molestas, inútiles), carcamales al
frente de casi todo impidiendo
triunfos de los futuros campeones.
Nunca tuvimos una generación tan
preparada pero tan
desaprovechada, del mismo modo
que nunca tuvimos una casta tan
carente de formación aglutinando
tanto poder. Sé de jóvenes con una
cualificación extraordinaria,
desbordantes de entusiasmo por
progresar, que se ven desalentados
por toparse con trabas insalvables

para alcanzar un éxito merecido. Abundan profesionales infinitamente mejores que sus superiores abocados al ostracismo para que no les hagan sombra (optando por mantener el culo en su preciado sillón de directivo en tiempos de inestabilidad en vez de potenciar las nuevas ideas que redundarían en beneficio de todos). Sé de políticos con un futuro prometedor a los que arrinconaron por discrepar con cúpulas partidistas carentes de ideología.

Sé de especialistas, de artistas, de periodistas, rebosantes de ingenio que malviven sin poder dar a conocer su talento por falta de oportunidades, mientras observan impotentes cómo cualquiera suplanta a salto de cama el lugar que les corresponde por derecho y aptitudes. Sé de muchos, demasiados, que comienzan a perder la esperanza, y lo que es peor, la ilusión.

Le miro con atención y asiento sin más. Muy de acuerdo con todo

lo que está exponiendo, pero es que ando muy pero que muy perdida...

—Mientras tantos y tantos penan, el mercadeo de favores y política, el tráfico de influencias y cargos públicos, corrupción y partidos, licitaciones y administración, negocios y poder, el nepotismo, el amiguismo y el enchufismo siguen en plena ebullición en todos los ámbitos de actuación: esto es así desde que el mundo es mundo, como la prostitución. Casi todos consienten,

pasan de puntillas, se ponen de perfil, hacen como que no ven, acusan con fariseísmo al adversario, al vecino, mientras que por detrás practican a conciencia lo criticado. Mientras España entera se aprieta el cinturón como nunca, mientras mis amigos, sobrinos, conocidos, colegas, compañeros de universidad, de profesión, están en paro o en el mejor de los casos son ni-mileuristas, los políticos se llenan la boca proclamando austeridad propia y recortes ajenos.

Pero en vez de predicar con el ejemplo, siguen colocando a los suyos en puestazos con sueldos estratosféricos; continúan con sus chanchullos con los de siempre.

Y ahora entra en juego... ¿¿¿el poder??? Bueno, quizá aquí es donde tenga cabida el putón de altos vuelos de Adriana.

—Descubrimos algo gordo, Jimena. Teníamos las pruebas que implicaban a algunas de las figuras más poderosas del país, incluyendo a la vicepresidenta, en media

docena de delitos.

—¡Hombre, Bruno, esto se pone interesante! No pares, por favor.

¡Vaya, vaya, vaya! Así que doña perfecta es tan corrupta, sucia y turbia como cualquiera perteneciente al círculo en el que se mueve. Pero lo suyo tiene doble, triple, cuádruple delito, con la de millones, propiedades, fondos, obras de arte, valores, acciones, divisas que atesora; ya le vale pringarse para seguir acumulando. La codicia humana es insaciable.

—Todo lo que te acabo de exponer hace un minuto no va a cambiar porque publiquemos en portada y a color un trapicheo ilegal de tantos. Sí, muy goloso por las identidades de los protagonistas, pero solo se trata de otro chanchullo más en la cima del poder económico, financiero y hasta judicial. Publicando, lo único que se conseguiría sería eliminar de la palestra presidencial a la pérfida de Adriana..., o del escalafón de los empresarios honorables, por

ejemplo, por darte un nombre, que hay más, a Flavio Calparsoro, mientras que ambos seguirán disfrutando del lujo y de la buena vida desde sus respectivos pedestales tras el pago de una fianza, inalcanzable para el resto, calderilla para ellos. Por no hablar de que más de la mitad de los delitos cometidos ya han prescrito.

—Bruno, ¿y qué me estás queriendo decir con todo esto?

—Que no me resigno a conformarme con una generación

perdida, y que deseo impulsar una generación exprimida. No deseo sentirme un profesional capado, un hombre desaprovechado, un joven limitado laboralmente. Y eso sí lo puedo cambiar desde la dirección de *Orbe*. O al menos intentarlo. Por eso acepté sin dudar la propuesta de Javier, el anterior director. Por eso tomé las riendas de la publicación. Por eso destruimos pruebas y ocultamos ante la luz pública un asunto de interés general.

Comienzo a comprender. A atar cabos. Lo que Bruno me está confesando es que contaban con información suficiente para derrocar a un gobierno y poner patas arriba el mundo empresarial patrio... En vez de publicarlo, pactaron el silencio. Y desde luego, un trato de semejante enjundia lleva aparejado un precio. ¿El hasta entonces dechado de virtudes de Bruno Bergareche se vendió por un trozo del pastel? ¡Menudo chasco!

—Ocultasteis pruebas de un

delito... ¿Quiénes? ¿Por qué? ¿Por el ascenso? ¿Pero por qué me cuentas tú a mí esto? No quiero saberlo, no, Bruno, no, yo no quiero ser cómplice de nada turbio.

—De un delito no, de decenas... Blanqueo de capitales, alzamiento de bienes, malversación, prevaricación, fraude a la Hacienda pública, tráfico de influencias, contratos falseados en las administraciones públicas... Hablamos de cientos de millones de euros y de algunas de las obras e

infraestructuras de más envergadura de este país en los últimos veinte años. Y sí, Jimena. Me vendí. Nos vendimos...

—Así que Bruno tenía un precio... Y por lo que escucho, otros también.

—Javier Ramos, el hasta entonces director de *Orbe*, pasó a ocupar la presidencia del grupo editorial más importante del país, como bien sabes. Éramos los dos únicos que controlábamos todas las piezas del rompecabezas, los que

dirigimos la investigación, los que recopilamos las pruebas. Hubo mucha más gente del diario que participó en una investigación que nos llevó meses, pero tan solo conocían partes de la trama, cada uno únicamente el ámbito en el que trabajaba y en el cual era experto.

—Espera, espera. Ramos ahora dirige el imperio Ibarra, que es competencia vuestra, y tú el diario *Orbe*. ¿Me estás diciendo que dos de los grupos de comunicación más importantes del país, rivales y

competencia directa, también se conchabaron para ocultar semejante noticia?

—Exacto. Fue un gran pacto a varias bandas en el que participaron miembros del Gobierno, empresarios implicados, destacados miembros del mundo financiero y los dos grandes grupos de comunicación. Nada nuevo bajo el sol: así funcionan los grandes asuntos de Estado, no solo en España, sino en cualquier país que se te pase por la cabeza. Todos los

allí sentados salieron ganando de alguna manera.

—Todos menos la verdad verdadera, los sufridos ciudadanos, una vez más, y un descompuesto sistema imposible de recomponer. O sea, Bruno, que en ese horripilante arreglo, rúbrica de una traición para los españoles, quedaron sepultados delitos y vergüenzas entre quienes habíais desencadenado tanto truco y trato, entre los ideólogos de intrigas, complots, conjuros y conciliábulos;

entre los que sentáis cátedra en el código del cinismo: los ilustres integrantes que dirigen el pelotón de los corruptos. Siento comunicarte que desde aquel momento tú también formas parte de ellos, por si no te habías dado cuenta.

—Si lo quieres ver de esa manera... —Bruno rezuma tristeza en la mirada, pero no me provoca ninguna lástima. Al contrario, ha perdido tantos puntos en mi escalafón que estoy muy muy

cabreada con él.

—No es del color con el que yo quiera mirarlo, Bruno: es que eso es así.

—Yo acepté la dirección de *Orbe* y te acabo de exponer a corazón abierto mis razones. Desde donde estoy ahora, puedo hacer mucho más por el país y por la verdad que siendo un simple columnista u otro periodista de tantos. Cualquiera que fuera la decisión que hubiese tomado, el resultado habría sido muy similar,

si no el mismo. Los implicados saliendo muy bien parados o de rositas. Delitos prescritos, acuerdos con la Fiscalía bajo la presión del Gobierno..., en todo caso, alguna fianza que los muy cabrones se pueden permitir sobradamente, y a otra cosa mariposa. Este final puede no ser el de un cuento de hadas, desde luego, pero para mí ha sido un gran final.

Tengo la sensación de que estoy blanca como una pared. La revelación me ha aturdido, pero, de

repente, la imagen reciente de Ro en la pantalla del plasma haciendo el moña con la insidiosa de Adriana Liébana me pone las pilas y sigo tirando del hilo. Quiero saberlo todo sobre esa grandísima zorra. Y es el momento perfecto.

Bien por remordimiento, por intentar agradarme, por evitar otro enfrentamiento conmigo, por arrepentimiento, Bruno confiesa detalles. La gran obra pública por la que saltaron las primeras alarmas y a través de la cual comenzaron a

investigar los primeros indicios, los nombres de conseguidores y testaferros, la razón social de compañías ubicadas en paraísos fiscales que utilizaban como tapaderas, el banco panameño al que fueron a parar algunas de las jugosas comisiones...

La muy fulana dándoselas de superestrella y resulta que nos encontramos ante una mezquina ladrona, ante una delincuente de guante blanco, ante una mafiosa en la cumbre. Alta cuna, baja cama y,

encima, con trasfondo de criminal.

Sigo sin comprender cómo una megamultimillonaria, una de las grandes fortunas de Europa, se presta a semejantes tropelías. Aunque no tardo en concluir que podría ser por el mismo motivo por el que yo me embarqué en el viaje de las islas, aunque en otro ámbito de actuación: por desafiar al mundo, por salir airosa de situaciones en las que los demás sucumben, por saborear el filo de la navaja, por el triunfo de lo

retorcido sobre lo previsible, por la supremacía personal en el límite de todo lo humano y lo divino...

Desde luego que por dinero, poder e influencias no debe ser. Va sobrada de todo la muy hija de la gran puta. Debe haber un punto de inflexión en el camino de las altas esferas en el que pierden todo contacto con la realidad y se sienten —y se creen— semidioses, tocados por la varita mágica de la inviolabilidad. En fin, allá ellos...

Hay que ver en qué poquita cosa me quedo cuando carezco del poder de controlar.

Rodrigo (Pecados que cometimos en cinco islas)

¡Qué sorpresas y noticiones te ofrece la vida en bandeja cuando menos te lo esperas! Nada está perdido... ¡Hay partido contra Adriana! Y yo voy a ser jugadora y hasta árbitro.

Someter al poderoso da

*morbo. La satisfacción del
triunfo sobre el indomable
genera una explosión de
endorfinas.*

*Jimena (Pecados que cometimos
en cinco islas)*

* * * *

VODEVIL EN LA ÓPERA

Las confesiones de Bruno han herido de muerte nuestra relación, pero reflexionando conmigo misma de modo calmado, sincero — porque quiero estar bien segura de lo que decido—, deduzco una conclusión que me tranquiliza, que me reafirma en lo que ando barruntando: ¿hubiese yo tenido un ataque de cólera galopante al

observar a Bruno con Adriana?
¿Una reacción similar tan tremenda
e intensa como la que me asaltó al
ver a Ro y a la vicepresidenta
mostrándose cómplices en
televisión? ¿Me hubiesen dominado
la ira, los celos o la furia por la
visualización de un encuentro entre
Bruno y una amante? ¿Me hubiese
quemado de rabia por dentro? La
respuesta es NO. No me hubiese
agradado en absoluto, pero casi con
toda seguridad ese arrebató de
cólera habría sido improbable.

Las revelaciones de Bruno han abierto una brecha entre él y yo, cierto; le tenía en un pedestal y ha bajado al nivel del común de los mortales. Eso es todo.

No comparto su forma de proceder, aunque entiendo en parte su razonamiento acerca de elegir entre la posibilidad de un castigo incierto para algunos de los componentes de la cúpula del poder o entre un sillón asegurado en la dirección de uno de los diarios de referencia del país.

Además, ¿quién soy yo para juzgarle? Y hay que ponerse en sus zapatos para comprobar qué decisión hubiésemos tomado cada uno en su misma situación. Muy posiblemente, la misma.

Sin embargo, todas estas cuestiones no son el motivo determinante de la ruptura que se avecina: esta se debe a lo arraigado que tengo a Rodrigo dentro de mí, y a que, al fin, soy capaz de reconocérmelo a mí misma sin cortapisas, excusas ni vanas

justificaciones. Ninguna persona puede sustituir al amor de tu vida, juega con desventaja. Hasta en los momentos menos sentimentales y más viscerales: incluso el sexo sin amor también está contaminado por la onda expansiva perpetua de Rodrigo.

Además, en los próximos días recibiré una sorprendente y extraordinaria revelación que me impedirá siquiera el planteamiento de un futuro en común con Bruno, pero eso todavía no lo sé.

Y que conste en acta que terminar con Bergareche me duele en el alma. Con pactos con los malos o sin ellos, es un hombre de bandera, que me deslumbró en cada nueva mañana compartida, que me ha fascinado con los destellos de su sonrisa auténtica, con el impacto de su mirada franca, con sus ocurrencias, sugerencias, iniciativas, con su puntazo bohemio, con su espíritu soñador, con una personalidad arrebatadora que llevaré siempre en mi corazón.

Hasta el final.

De no estar embrujada bajo el hechizo de Rodrigo y encadenada a nuestro paso por las islas, sin duda alguna, Bruno contaba con todas las papeletas para haber sido el hombre de mi vida.

Pero a lo que vamos. Por mucho que me empeñe en racionalizar este tema, mi obsesión por Rodrigo me puede. La intensidad, el deseo, la pasión, la imposibilidad de olvidar, la necesidad de su cercanía, el ansia por su presencia, el

sentimiento de posesión, su recuerdo constante, el asalto de los malditos celos son señales inequívocas de que, o me apresuro por compartir con él la quinta isla, o seré una completa desgraciada lo que me reste de vida. Y yo ya he pasado por esto...

¡Hay que ver lo que nos cuesta, en la mayoría de las ocasiones, a los seres humanos reconocer la evidencia! Por cabezonería, por soberbia, por orgullo, por estupidez o por Dios sabe qué, lo cierto es

que tendemos a complicar situaciones que sobre el papel son cristalinas.

Pero antes de marchar en la búsqueda de Ro, hay un asunto pendiente que debo resolver. Y es que tres son multitud en asuntos que solo competen a dos.

Voy dando vueltas sin parar a la manera de quitarme de en medio a Adriana. Y me quiero divertir. Me apetece putearla. En parte, por devolverle el golpe bajo del palco de La Fenice —necesito un efecto

de autoridad para desquitarme de ese ultraje, una espinita que tengo bien clavada—; y en parte porque, tras la confesión de Bruno acerca de las tropelías de esa degenerada, un ejemplar semejante solo merece mi desprecio.

Puede que para el resto del universo esa tía sea el coco, la todopoderosa millonaria y vicepresidenta a la que todos temen e idolatran..., o un simple salvoconducto hacia el trozo del pastel que pretenden obtener. Para

mí tan solo se trata de un obstáculo imprevisto que se interpone entre mi amor y yo.

Siempre fui valiente, pero estoy a punto de traspasar la barrera de la sensatez —una vez más— para invocar a la osadía más irracional.

Cuando andaba analizando el modo más conveniente de abordarla, cuando todavía no tenía claro qué hacer con esa desgraciada, cuando no estaba definido del todo qué estrategia seguir, ni cómo, ni cuándo, ni

dónde, el azar, a veces —y sin que sirva de precedente—, hace todo ese trabajo por ti y te lo pone en bandeja.

Noche de estreno en el Teatro Real. Acudo con Carol, la directora de *Vanity*, a uno de los actos sociales de referencia de este otoño en la capital.

Nada más acceder por la entrada principal, asistimos al despliegue de egocentrismo implícito en este tipo de eventos. Cada cual haciéndose ver con quien

más le interesa, exhibiendo últimos modelos de firmas de alta costura, calzado de suela roja, joyones de rancio abolengo. Risas falsas, saludos de compromiso —la mayor parte de las veces rebosantes de hipocresía—, abrazos exagerados, modos y maneras ridículas. Más de lo mismo. Visto uno, vistos todos.

Este, al menos, cuenta con un atractivo adicional que le hace apetecible, más allá de los cretinos que adornan el entorno empañando su esplendor: el Real es el Real, y

una noche de ópera siempre merece la pena. Frente a la plaza de Oriente, además de uno de los monumentos más emblemáticos de la ciudad y uno de los principales teatros operísticos de Europa, sus pasillos, palcos, salones y caja escénica llevan impresa la historia de España de los dos últimos siglos.

Estamos haciendo el paripé con un grupo que se ha acercado a saludar a Carol cuando el corazón me da un vuelco. Otro más.

¡Menudo trajín! Últimamente no gano para sobresaltos: acaba de hacer su aparición Adriana Liébana.

Sus llegadas siempre van acompañadas de la revolución de las masas, de murmullos, *flashes*, codazos, y de la entrada en tromba del grupo de asistentes y miembros del equipo de seguridad que siempre la preceden. Enseguida, la corte de pelotas crónicas y de trepas vomitivos que pululan por doquier en cualquier acto social

que se precie hace un corro a su alrededor para dar palmaditas en la espalda, ensalzar su buen aspecto, su excelente gusto, lo acertado de su última intervención pública...
Todo *muy natural y sencillo*.

Y cuando estoy observando el panorama —algo ofuscada y asqueada, para qué negarlo—, un resorte salta dentro de mí, sin preaviso ni pizca de sesera. Me voy directa hacia esa mujer. Con dos cojones y muy poco sentido común.

Doy dos golpecitos en su

carisisisisísima capa de terciopelo azul marino. Mientras *Malicia* gira instintivamente su cabeza hacia mi persona, el brillo de los descomunales zafiros que visten sus lóbulos a punto está de deslumbrarme. La colección de joyas de la estirpe Liébana es legendaria: de las mejores del mundo según todos los catálogos de expertos. No me dejo intimidar y sonrío con retintín, a la vez que suelto:

—Querida Adriana, ¡qué ganas

tenía de que volviésemos a coincidir! —Mientras le planto sin rubor ni vergüenza alguna los dos besos de Judas.

La muy perra se sorprende —es evidente por la expresión de su cara —, pero no pierde la compostura ante mi inesperada presencia. Tan solo replica indiferente:

—Disculpe, ¿nos conocemos?
—pronuncia esas palabras con solemnidad, con elegancia pétrea, mientras la corte de miserables adúladores observa expectante.

¿Así que esas tenemos? ¿Chulita te pones? Pues te vas a enterar, so víbora.

—¡Oh, ya lo creo! Venezia, La Fenice, representación de *Don Giovanni*, palco de la planta superior... Comprendo que saludas a decenas de personas cada día, pero dadas las especiales circunstancias de nuestro encuentro y la excepcional velada compartida con nuestro entrañable amigo común, supuse que no lo habrías olvidado. Ya sabes: hay cosas que

no se olvidan por mucho tiempo que pase...

Adriana se incomoda ante mi seguridad, desparpajo y verborrea. Imagino que el temor que le provoca que yo pueda soltar algo inapropiado delante de la flor y nata de la alta sociedad madrileña, en un entorno tan señorial, con prensa convocada a tutiplén, le hace cambiar de parecer y de actitud.

De hecho, si la memoria no me falla y no suele hacerlo, la familia Liébana ejercita uno de los

principales mecenazgos del Teatro desde hace décadas. La «mecnas» pasa de la indiferencia más absoluta a la camaradería más palpable.

—¡Cómo no, Jimena! Disculpa mi torpeza, estaba un poco despistada saludando a todos estos buenos amigos.

Me agarra de un brazo con decisión y me lleva hacia uno de los rincones menos transitados de la entrada del Real esta noche.

—Tú y yo no somos amigas, ¿a

qué viene este numerito de confraternización? —me increpa disgustada. Intuyo que le acabo de trastocar una jornada de gloria, una más, y no disimula el fastidio. Además, no creo que se sienta cómoda frente a frente de una participante obligada en uno de sus juegucitos sexuales.

Yo, lejos de sentirme intimidada, me vengo arriba. Conozco sobradamente esta tipología de personas ahogadas de éxito, de riqueza, de admiradores y

de lameculos. Rodrigo, sin ir más lejos, es uno de ellos. Acostumbrados a tontainas que todo les consienten y a lisonjeros que a cada paso les reverencian, cuando tienen que enfrentarse a personas que les tratan de tú a tú, como iguales, sin complejos, sin temor ni admiración alguna, se desconciertan. Toda su altanería y seguridad se viene abajo como un castillo de naipes: se derrumban.

—Efectivamente, ni somos amigas ni lo seremos jamás. Los

delincuentes reincidentes nunca han formado parte de mi círculo cercano. Las pervertidas que obligan a participar en prácticas sexuales no consentidas a otras mujeres tampoco son objeto de mi devoción.

—¿Pero de qué me estás hablando, niña estúpida?

—Ni soy una niña ni soy estúpida. Contenga esa lengua bífida, señora.

—Mira, guapita de cara —me suelta con una expresión de

desprecio y un tono repleto de desdén—, que hayas vendido unos cuantos libros y salgas en la revista esa..., ¿cómo se llama?..., ¡ah, sí!, e n *Vanity Fair*, no te hace merecedora de mi tiempo; menos aún te capacita para... ¿insultarme? ¿Amenazarme? Me marcho a mi palco. Y ni se te ocurra interponerte en mi camino porque, a una leve señal por mi parte, mi seguridad personal te pone de patitas en la calle. ¡Y de paso, me ocuparé de señalarte por siempre jamás como

persona *non grata* en este recinto y en cualquier otro de prestigio de Madrid y de España entera!

Ni me inmuto. Fiel a su estilo, Adriana saca a relucir su influencia y tira de amenazas para intentar amedrentarme. No esperaba un diálogo cordial, pero semejante bordería y apenas en los previos me enerva; lo único que consigue su intento de intimidación es que yo todavía me crezca más.

—Quizá haber vendido libros no, pero conocer cada detalle de la

trama de New Corp, de tus tratos de favor al empresario Calparsoro..., te tuteo porque hay confianza, tú ya sabes... —Ahí, ahí, cabreando a la bestia...— ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!, por las compañías implicadas (localizadas, por cierto, en paraísos fiscales para evadir impuestos) en las comisiones ilegales depositadas en un banco panameño que has recibido por la construcción de los túneles de conexión de las dos estaciones de ferrocarril de la capital. Quizá *estos pequeños*

detalles sin importancia sí te hagan postergar un par de minutos tu entrada triunfal en el puñetero palco. Hablando de palcos, ¿vas a encerrar durante esta agradable velada a alguna otra inocente para que satisfaga tus depravados instintos?

El rostro de Adriana Liébana es todo un poema. No pecaré de soberbia creyéndome única, pero debe ser una de las pocas veces de su excepcional vida en la que alguien le planta cara de una

manera tan directa. A bocajarro.
Sin medias tintas ni paños calientes.

Además, ella no tiene ni pajolera idea de mi relación sentimental con Bruno, así que su desconcierto debe ser épico intentando averiguar cómo alguien como yo, una *mindundi*, un insecto, según su sesgado criterio, está al tanto de un secreto de Estado que compete únicamente a los implicados.

Tras unos segundos de estupefacción, la cabrona se

recompone y contraataca. Lleva en los genes la frialdad y la fiereza.

—En el caso de que las majaderías que estás diciendo fuesen ciertas, ¿qué pretendes? ¿Cómo piensas probarlo? Te advierto que, si viertes semejantes acusaciones públicamente sin prueba alguna que lo demuestre, te meto un puro por injurias, calumnias y atentado al derecho al honor, que te dejará tiritando de por vida. ¿Pero tú quién te crees que eres? ¿Y a quién te crees que te

estás dirigiendo? ¡Serás inconsciente!

Lo cierto es que esa euforia transitoria que me ha llevado a abordar a la vicepresidenta de improviso y sin plan B está a punto de jugarme una mala pasada.

Ella sabe sobradamente que esas pruebas no existen, y de contar con algún indicio, desde luego no se encuentra en mi poder. Pero algunos aspectos e ideas vagas que he estado sopesando en los últimos días acerca de cómo devolvérsela a

esta zorra, junto con algo de ingenio e improvisación sobre la marcha, me salva del desastre. Y mi réplica es fulminante, demoledora. La mejor Jimena en acción.

—Mira, Liébana. Pruebas puedo tenerlas o no. Desde luego, a ti no te lo voy a contar, y menos esta noche. Pero sí te desvelaré algunas cositas que te pueden interesar, así, entre tú y yo. Por los viejos tiempos, por la intimidad compartida, por ese encuentro inolvidable en La Fenice a pecho

descubierto...

Hago una pequeña pausa para mostrar una sonrisa de bruja de oreja a oreja, para sacar a relucir un cinismo adquirido al contacto directo con tanto hijo puta, y entonces continúo:

—Todos los detalles de esos delitos y trapicheos vergonzosos que te acabo de enumerar (un insignificante granito de arena entre las montañas de mierda que acumulas, pero de lo más reveladores para la opinión

pública) han sido convenientemente redactados, incluyendo cifras, fechas, nombres y apellidos, razones sociales, y enviados a las redacciones de diarios de relevancia de una decena de países. Obviamente, aquí tienes a los medios de comunicación comprados, así que he traspasado fronteras para librarme de la apestosa influencia que tan bien manejas y diriges. A esos periodistas y receptores de la información les pueden interesar o

no esas revelaciones, aunque intuyo que la conducta delictiva reincidente, el abuso de poder o el tráfico de influencias de la vicepresidenta del Gobierno de España y poseedora de una de las grandes fortunas europeas, es una gran noticia. Pues bien, esos medios podrán investigar y conseguir o no las pruebas que permitan la publicación de tal escándalo, pero la liebre está suelta y campea a sus anchas por cabeceras de reconocido prestigio en el ámbito

internacional. Ya sabes, difama, que algo queda... Por cierto, esta técnica sucia la inventaron los de tu entorno.

—Muy hábil, pero... —Ella pretende hablarme, pero interrumpo bruscamente a Adriana. No puedo regalarle la más mínima concesión. No ahora, que la estoy posicionando contra las cuerdas.

—Todavía no he acabado. Ese mismo documento con instrucciones precisas por si algo malo me ocurriese está también depositado

en notarías extranjeras. Es solo una medida de precaución, para garantizar mi seguridad y mi integridad física, por si te da, a ti o a los tuyos, por ir más allá de los delitos económicos y fiscales para adentrarte en los delitos de sangre. Que cuando la maldad se destapa, no conoce límites...

Puede que aquí me haya pasado de frenada, pecando de peliculera. Los de su casta son ladrones de guante blanco, no asesinos. Demasiado cobardes para

mancharse las manos y las conciencias con sangre inocente. En el fondo de lo que se trata es de demostrar que soy meticulosa y nada está abandonado al azar —a un azar que me estoy inventando sobre la marcha, todo sea dicho.

Adriana, aunque sorprendida, mantiene el tipo. Me impresiona su sangre fría y su imperturbabilidad en situaciones límite. Todavía la tía tiene agallas para ponerse gallito. Genio y figura.

Cambia de táctica, atacando a

su adversario donde sabe que más le duele. Se nota que domina a la perfección las peores artes.

—Podría descolgar el teléfono y conseguir que ninguna editorial ni ningún medio de comunicación se haga jamás con tus servicios de aquí en adelante. Podría hundir tu carrera profesional antes de que finalice la función de hoy en el Real.

Ni me inmuta. Me mantengo impertérrita. Y lanzo la contrarréplica siguiendo el mismo

tono de altanería e insolencia de la que ella hace gala. De eso se trata: de un duelo de titanes. O al menos debo esforzarme hasta la extenuación por intentar interpretar a un titancito... Al menos por unos minutos más.

—Podrías, podrías... Podrías hacer taaaaaaantas cosas... —No soporto que traten de intimidarme con amenazas, así que la vena chulesca me abduce por completo. Que se joda. A muerte. Prosigo—: Mira, no pertenezco al mundo de

poder de altos vuelos en el que te mueves, ni ganas que tengo, habida cuenta de que os desenvolvéis entre la mentira infinita, el chantaje necesario, la infracción sistemática a la ley, la deslealtad y las traiciones continuas. ¡Menudo modo de vida tan patético! Pertenezco al mundo del talento y la creatividad. Cualquiera puede ser un delincuente, un corrupto. Muy pocos pueden convertirse en escritores de éxito. Si me vetas en las grandes líneas editoriales

españolas, me iré a las pequeñas. Si también influyes en ellas, marcharé a las extranjeras. La aptitud para las letras se valora internacionalmente. La literatura es un bien de interés mundial. Las buenas historias y las plumas brillantes no abundan; los derechos de traducción hacen el resto. No se pueden poner puertas al arte, querida. —¡Tomaaaaaa! En todos los morros... —. Así que por mí puedes ir empezando a telefonar a tantos responsables de medios y de

editoriales como te plazca. Ya estás tardando si quieres haber finalizado con un listado infinito para cuando se baje el telón esta noche.

¿Comenzaba a derrotar a Adriana Liébana? Creo que sí. Su respuesta agresiva me lo confirma.

—Muy bien, acabemos con esto de una vez. ¿Cuánto quieres?

—¿Perdón?

—Que cuánto dinero quieres. Estoy dispuesta a barajar una cifra razonable por finiquitar este desagradable asunto cuanto antes.

Muy típico de la escoria y de la calaña de las más altas esferas entre las que se mueve Adriana. Pragmatismo y pasta. Te he entrado como un miura, pero al ver que la lidia no evoluciona a mi antojo, llegamos a un acuerdo en el que las dos partes nos beneficiemos; un pacto siempre es preferible a tener que abandonar el ruedo arrastrada por la arena y enganchada por los cuernos. Tú ganas dinero y yo, tranquilidad.

He de confesar que en ningún

momento del rifirrafe manejé la posibilidad de que la malvada villana quisiera comprarme. Pero por un fugaz instante, tras su inesperada oferta, pensé en añadirle a la petición que yo estaba a punto de formular, a mi objetivo único, un cheque al portador con unos cuantos ceros. Una cantidad ingente de billetes morados es una tentación para cualquier mortal.

Descarté tal posibilidad de inmediato. Se trata de una cuestión de dignidad. Sé ganarme la vida por

mí misma desde siempre y no necesito el dinero; menos aún si es de turbia procedencia y entregado por las peores manos. De cara al futuro no me conviene ninguna deuda con la crápula. Esta tipa se puede meter su dinero por donde la quepa.

—Dinero, dinero, dinero... Las personas como tú todo lo reducís al parné, a la influencia, al poder. Tu *money* me interesa tanto como tu futuro: una mierda.

Ahora sí que la todopoderosa

no entendía nada, y ya no se esforzaba en disimular ni un ápice. Estoy a punto de culminar la faena con un estoque de los que hacen historia. Vamos, zorra, al trapo, que te la clavo.

—¿Entonces qué coño quieres? Me asaltas, me violentas, me confiesas que cuentas con no sé cuántas informaciones, que las estás circulando por el extranjero para evitar mi mano alargada en España, te descojonas de mí, o al menos lo intentas, doy fe de una amenaza

velada, pero bien urdida... ¿Para qué?

—¡Para que me dejes en paz, IMBÉCIL! —Me sale del alma y con una pronunciación atronadora —. Sé capaz de mirar más allá de la acumulación de riqueza, de ese círculo del poder que te absorbe, y hallarás la solución. La más simple de todas, pero la más hermosa. Se trata de AMOR, de sentimientos, de felicidad, de construir un futuro en común, de la ilusión de un reencuentro soñado. Posiblemente

algo que tú no llegues a comprender en toda su grandeza ni aunque disfrutases de diez reencarnaciones. Quiero que salgas de mi vida y sigas con la tuya, que te agencies otro juguete, que te busques una nueva diversión, que dejes de ver a tu último amante o como tú lo catalogues. Rodrigo no es para ti.

Adriana entra en bucle de carcajadas nerviosas. Supongo — semejante reacción así lo indica— que para ella implica una enorme liberación que tal numerito se deba

tan solo a una cuestión sentimental. Aunque el temor, el mal rato y, en cierto modo, la humillación que está padeciendo tardará en superarlos.

—Pues ya le debes de querer para poner en jaque la estructura de poder de todo un país. ¡Insensata! ¡Necia! ¡Realmente crees que un varón merece tanto esfuerzo? ¡Criaturita incauta y temeraria! Él es un hombre magnífico, pocos me he topado por el camino como Rodrigo, pero para mí se trata tan

solo de una distracción; alguien con quien conversar al más alto nivel, un compañero indispensable en cenas de lujo, en sesiones de teatro, de ópera, como la de hoy; un compañero cortés y elegante, un caballero de los pocos que aún ejercita el noble arte de la galantería, un amante ingenioso carente de tabúes ni prejuicios...

—Me resulta completamente indiferente lo que él significa para ti. Es más, cierra la boca porque no deseo saberlo. Lo único que me

preocupa es lo que tú podrías llegar a ser para él. Te quiero fuera de este juego para siempre. Desde YA.

—Insisto, todo tuyo. No participo en peleas absurdas más propias de animales irracionales, de machos dominantes y hembras alfa en celo. No acostumbro a practicar vergonzosas conductas tribales ni costumbres primitivas. Va contra mis principios.

—¿Ves? Cada una tenemos nuestra escala de valores. Contra los míos va la corrupción, la

mentira y el chantaje como forma de vida, el quedarse con dinero ajeno o el defraudar a los propios compatriotas.

Antes de dar por finalizada la conversación suelto la última descarga de munición, una de mi propia cosecha, con el único propósito de hundirla aún más. Noches gloriosas como esta no se disfrutan con regularidad. Alarguemos este momento, pues.

—Por cierto, *querida Adriana*, no hay tales documentos

distribuidos por las redacciones del mundo. No aún. Pero como acabas de comprobar, conozco de muy buena tinta hasta el más mínimo detalle de un asunto feo, muy feo, que podría importunarte. Ningún papel ha traspasado fronteras... de momento.

Es una manera como otra cualquiera de advertirle que la tengo enganchada por los huevos. Al menos un poquito. Una forma sutil de aconsejar: no te adueñes de lo que es mío, ni siquiera

provoques distracción alguna, y tendremos la fiesta en paz.

Por supuesto que no pienso confesar a Rodrigo ni una palabra de este «incidente» compartido con la que, desde esta noche, se convertirá en su examante. Hay secretos de mujer que jamás deben ser revelados...

... En la vida son necesarios los secretos. Y las vidas cargadas de secretos son las más intensas.

Jimena (*Pecados que cometimos
en cinco islas*)

Eché un órdago y coló: he triunfado. Así se consiguen las grandes empresas, arriesgando, sabiendo combinar con maestría — y en su justa medida— un punto de locura con una pizca de intuición y buenas dosis de valentía.

Soy consciente de que mi actuación de esta noche raya la temeridad. Que, posiblemente, encararme con una de las tías más

influyentes de España haya sido una insensatez épica, como ella bien señaló hasta en un par de ocasiones.

Podría haberme estrellado e incluso haber corrido algún peligro. Pero ha merecido la pena. He pecado de irreflexiva, pero terminó por imponerse la brillantez de mi audacia de modo abrumador.

Y encima, con una fabulosa melodía operística de fondo. *Justicia poética*, lo llaman.

Salgo al exterior deleitándome con el eco de *Tosca*, una de las

obras de Puccini con más intensidad dramática, cuyo argumento fusiona magistralmente pasiones a flor de piel, intriga, violencia y hasta muerte.

Es de esperar que en el melodrama que estamos interpretando unas cuantas almas en la vida real la sangre no llegue al río, aunque no prometo nada como me toque más los huevos la pendeja esta...

* * * *

GUARDIANES ALADOS

Durante las dos semanas siguientes me divierto de lo lindo. Me acredito en todos los actos de la agenda pública de la vicepresidenta. Y me sitúo siempre entre las primeras filas, a ser posible en la primera, frente a ella. Se trata de una manera elegante de decir «Eh, tú, te vigilo; los papelitos no salieron, pero podrían

hacerlo en cualquier momento; no te relajes, sigo tus pasos, no pierdo ningún detalle sobre todo lo concerniente a ti». En alguna ocasión hasta me permito la licencia de guiñarle un ojo en plan sobrada. Se debe estar cagando en mí y en todo lo que me rodea, pero esta bestia, lejos de provocarme algún tipo de lástima, me sigue asqueando. La detesto.

En ninguna otra relación cimentada en la sinceridad, en sentimientos puros, o tratándose de

una pareja más convencional, hubiese siquiera planteado en mi imaginación abordar a otra mujer para intimidarla por mantener un romance con un hombre de mi agrado, incluso con algún ex. Eso sí que va contra mis principios, y cualquier comportamiento semejante me resulta de un patetismo insoportable.

Pero este ser vivo de nombre Adriana Liébana escapa a cualquier pauta conocida. Por supuesto, Rodrigo ni es alguien inolvidable

en su vida, ni tan siquiera siente por él algo que vaya más allá de compartir algunas veladas morbosas, buen mantel y mejor vino. Para ella él es un *partenaire* con clase y categoría, que es lo único que Adriana sabe apreciar en su justa medida.

Así que he utilizado mis armas de mujer para liberar de las garras de una egoísta caprichosa y consentida —que solo está enamorada de sí misma— al amor de mi vida. Así de simple. Y lo

volvería a repetir un millón de veces en idénticas circunstancias y ante semejante reptil venenoso.

Superado este duro trance, he retomado el único tema pendiente:

*Dos ángeles que no lo son,
uno lo fue, el otro jamás lo será,
el yang te indicará el cuándo,
el yin es la puerta a nuestra quinta
isla.*

Y estoy tan bloqueada que no sé por dónde tirar. He vuelto a

rebuscar información, a investigar, a preguntar, a tantear destinos insulares que puedan encajar de alguna manera en el rompecabezas planteado por Ro.

Encuentro algunas posibles ubicaciones en una diminuta isla de Uruguay, incluso en las Azores, archipiélago situado en pleno Atlántico con una arraigada tradición católica y múltiples referencias a ángeles de todo tipo.

Pero me cuesta ponerme en marcha, dar el siguiente paso. Me

aterra otro viaje lejano cuyo resultado finalice en un rotundo fracaso como el de Estados Unidos y México. Tampoco atravieso las circunstancias físicas y personales más propicias para embarcarme en una larga travesía por los mares y las nubes.

Incluso he llegado a tantear la posibilidad de llamar a Rodrigo y soltarle un «ni puñetera idea de dónde está la quinta isla, ni de cuándo quieres que nos reunamos allí; no consigo descifrar tu enigma

y me estoy volviendo tarumba de tantas vueltas como le estoy dando; así que dime lugar, fecha y hora, y allí tendrás a tu dama».

Pero eso no sería propio de mí, otorgar un punto extra a Ro sin haberlo peleado hasta la extenuación... Y encima, tras el duelo con Adriana Liébana en el Real, tras una de las actuaciones más delirantes y dementes de mi vida, este reencuentro merece algo más épico que una rendición vía llamada telefónica simplona

poniéndome a los pies del caballero.

¡Señor, qué cruz!... Con la de santos varones que pululan por el planeta —ay, mi Bruno...— y yo suspirando por el intelecto más retorcido y la mente más calenturienta.

Decido salir a despejarme un poco. Me vendrá bien algo de aire fresco. Hace una soleada tarde otoñal y me viene bien caminar a diario. Durante toda la primera quincena del mes de noviembre, el

parque del Retiro muestra la variedad cromática más deslumbrante en cuanto a tonalidades de hojas caducas se refiere: dorados, ocre, rojizos...

Hacia allá me dirijo. Perderme entre sus arbustos, arboledas y caminos me relaja, me recarga de energía. Tratándose de mitad de semana y en el ocaso de la tarde la afluencia no es agobiante, por lo que puedes perderte en tus pensamientos y reflexiones sin miedo a ser importunada.

Algunas mamás empujando extravagantes carritos de bebé — cada vez los diseñan más psicodélicos, en vez de vehículos infantiles parecen transbordadores del espacio exterior—, solitarios *runners*, pandillas de patinadores, caminantes...

Me distraigo unos breves instantes observando el lienzo de un pintor callejero, siguiendo el movimiento ascendente y descendente de sus manos al dibujar, el balanceo de sus trazos,

admirando su concentración, cuando al levantar la vista y dirigirla hacia el enfoque del parque que está plasmando con su plumilla, lo veo.

Se me sube la sangre a la cabeza. Hiperventilo. Analizo en décimas de segundo. Grito. Pataleo. Doy vueltas a la circunferencia ahogada en mis lágrimas de felicidad. Maldigo lo gilipollas que he sido. Eso sobre todo.

Los transeúntes me observan como si yo fuese una lunática;

realmente lo parezco. Un amable caballero se acerca a preguntarme si me encuentro bien.

—No he estado mejor en toda mi vida. —Y le beso en la frente mientras miro el reloj para consultar la fecha de hoy: es 13 de noviembre.

Marcho disparada hacia casa. Me identifico con Phileas Fogg cuando ya había tirado la toalla y descubrió por casualidad que restó horas viajando hacia el oeste en sus peripecias de los ochenta días y

que, por los pelos, iba a salirse con la suya. Marchando hacia Oriente, el aventurero fue al encuentro del sol; por tanto, los días disminuían para él cuatro minutos por cada grado recorrido. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el día inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Phileas Fogg avanzó hacia el oeste vio pasar ochenta veces el sol por el

meridiano, sus compatriotas ingleses no lo observaron más que setenta y nueve.

Exactamente lo mismo que está a punto de sucederme a mí: voy a salir triunfante de una enrevesada contienda cuando ya lo había dado todo por perdido.

Y es que cuando levanté la vista del lienzo del artista, topé de bruces con ello. Se trata de una fecha inolvidable para mí. Y para él: la del 13 de noviembre. El día en el que, hace casi un lustro, la

aventura sin límites que habíamos emprendido Ro y yo terminó de sopetón, con un aciago final bien alejado del guion preestablecido.

Aconteció durante la noche del decimotercer día del undécimo mes. Sobre el regio butacón de terciopelo del dormitorio principal de la segunda planta del palacio veneciano, causado por mi déspota y cruel comportamiento en la tercera isla, Sainte-Marie, y en la cuarta, la inverosímil Venezia. Ro ni me miró, ni me dirigió la

palabra, ni tan siquiera tuvo fuerzas, valor o ganas para encararse conmigo, desapareciendo tal y como había llegado: arrasando. Sin una explicación, sin una despedida, sin un mensaje, sin tan siquiera un adiós.

Rodrigo me citaba ahora en nuestro viaje hacia la quinta isla en esa simbólica fecha para reiniciar nuestra particular odisea el mismo día que quedó destrozada hace cinco años, para reencontrarnos en la isla prometida, retomando la

trama en idéntica fecha en la que la habíamos dejado; justo cinco meses después de nuestra primera toma de contacto en esta segunda parte de la obra, en la *suite* Palladio del Cipriani. Sublime.

El dato había sido pintado de modo llamativo en la base del ángel que ya no lo es. (De hecho, fue noticia reciente que algún vándalo marcó una fecha con pintura roja en la base de la mítica piedra; yo entonces no presté la más mínima atención, pero para mi mayor

suerte, los servicios de limpieza del Ayuntamiento todavía no habían procedido a su limpieza.)

Entiendo que Ro pagó a alguien para que llevase a cabo semejante tarea; no le visualizo brocha en mano infringiendo la ley en la clandestinidad de una noche cerrada y oscura.

Estoy haciendo referencia al Ángel Caído del parque del Retiro. La única escultura del mundo dedicada a Satanás, al demonio, una de mis estatuas masculinas —¡el

yang!— favoritas de Madrid, junto con los Fénix que coronan los edificios emblemáticos capitalinos...

Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes para no volver a él jamás. Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empíreo, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más

*funesta y el odio más
obstinado.*

(John Milton)

La escultura —de impresionante exaltación dramática— emerge majestuosa sobre una fuente circular rodeada permanentemente de agua, lo que viene a significar que el ángel celestial —que ya no lo es porque cruzó al lado oscuro—, el ser alado que representa la masculinidad en el enigma de Rodrigo, el yang al que hace

referencia en el jeroglífico, gobierna una isla, aunque sea artificial y diminuta.

Un Ángel Caído encaramado a un pedestal con gárgolas de bronce, ornamentado con figuras que representan a diablos que agarran con sus manos a lagartos, sierpes y delfines. Además, en nuestra propia ciudad, en el lugar en el que disfrutamos la cotidianidad, donde moldeamos los avatares de nuestras complejas existencias, en nuestro venerado Madrid.

Y yo a la caza de destinos extraños y lejanos, tonta de mí, cuando el objetivo marcado se trata de lo más profundo e íntimo de nosotros mismos. Debí haber buscado más cerca. Golpe maestro de mi caballero. Sí, señor, *touché*.

Desvelado de improviso y cuando menos lo esperaba el misterio que me ha mantenido en jaque durante semanas, ahora, ¡al fin!, sí conozco exactamente hacia dónde debo dirigirme para atrapar el yin, para abrir el pórtico

definitivo hacia nuestra quinta isla.

Esencia de la feminidad, de la valentía y de la transgresión, osada y atractiva, también gobierna una isla, pero esta se encuentra flotando en el cielo. Sobre los tejados de Madrid. El ángel que jamás lo será, porque es mitología pura —anterior en el tiempo a la tradición católica—, se trata de la guardiana alada de la Gran Vía.

* * * *

AL FIN LA DAMA Y EL CABALLERO

Paso por casa corriendo. He vuelto del Retiro tan rápido como he podido, pero ya son más de las diez de la noche. La divina revelación tuvo lugar muy entrada la tarde y el tráfico ha impedido un retorno más ágil.

Si la intuición no me falla —y tengo la certeza de que así será,

porque costó, pero terminé por comprender tanto el rompecabezas de Rodrigo como el significado oculto y las connotaciones sentimentales que conlleva—, segura estoy de que él me estará esperando bajo el yin a la medianoche, el momento mágico por excelencia, idéntica hora a la que me citó en la cuarta isla en el *palazzo* veneciano, lugar donde me repudió por engreída, por cruel, por presuntuosa, por arrogante, por loca, por haber llevado al límite de

lo humanamente soportable a un hombre que no lo merecía.

Para la cita más importante de mi vida —¿realmente lo será o estoy sobrevalorando las expectativas?— debo lucir resplandeciente.

Es obligatorio en el código de conducta de toda mujer que se precie sacarse el mejor partido para presentarse completamente arrebatadora ante el hombre de su vida. Aunque esa mujer haya tardado setenta meses,

interminables dolores e infinitos sinsabores en darse cuenta de ello.

Ducha de agua ardiendo, aceite de agua de rosas perfumando la piel, melena suelta y bien cepillada como a él tanto le gusta, apenas un toque leve de maquillaje rematado con *gloss* cereza en los labios y... vestido *baby doll* rojo Valentino firmado por Isabel Marant, con vuelo bajo el pecho, largo por encima de la rodilla, complementado con cazadora de piel, botas de tacón altísimo a juego

y mi Amazona de Loewe.

La elección de la vestimenta también cuenta con un cierto toque melancólico; excepto por el color —azul entonces, bermellón ahora—, es muy muy similar a la que utilicé cinco años atrás en el mítico Harry's Bar veneciano. Y si no me he puesto esta noche la misma indumentaria ha sido porque ya no dispongo de aquel conjunto. Me deshice de él cuando cualquier referencia a Ro y a nuestro paso por las islas dolía tanto que hasta

quemaban los más nimios recuerdos, cuando cualquier destello en la memoria, hasta el más intrascendente, ardía como un millón de alfileres incandescentes.

El corazón se me sale del pecho y a buen seguro mis palpitaciones están completamente disparadas cuando, a las doce menos diez, tomo un taxi con dirección a la confluencia de dos de las arterias más características de Madrid: la calle Alcalá con Gran Vía. ¡Cómo me gusta este cruce de caminos!

Canturreo a Sabina mientras me
aproximo al yin.

*Allá donde se cruzan los
caminos,
donde el mar no se puede
concebir,
donde regresa siempre el
fugitivo,
pongamos que hablo de
Madrid.*

(Joaquín Sabina)

Con algunos minutos de retraso

alcanzo mi destino. Por la ventanilla distingo claramente la figura de un caballero impecable bajo la impresionante cúpula de cinc del edificio Metrópolis.

Esa isla aérea que sobresale entre los tejados de Madrid, encima de la cual, erguida y desafiante, reposa una silueta femenina grácil y sensual que, a pesar de presumir de unas interminables alas extendidas, no es un ángel: es la Victoria Alada.

Originariamente, esa cúpula

estuvo coronada ¡¡¡por un Ave Fénix de bronce!!!, hasta que la mitología femenina sustituyó a la masculina en esta parcela fabulosa del cielo madrileño. Impresionante concatenación de simbología interrelacionada con nuestra particular historia la que se ha marcado mi caballero.

Rodrigo sostiene en sus manos una rosa roja y un ejemplar de *Pecados que cometimos en cinco islas*. Todo un detalle...

¡Ha conseguido convertir este

crucial encuentro en algo tan mágico!... Todo, absolutamente todo, fue ideado por su cabecita privilegiada teniendo en cuenta peculiaridades y características que cuentan con un significado inolvidable para él y para mí, referenciando a hitos especiales en la historia de nuestras islas, de nuestras vidas.

La fecha en la que él decidió cortar de raíz cualquier vínculo conmigo ha sido reconvertida en el pistoletazo de salida hacia nuestro

viaje a la quinta isla; tres de las esculturas madrileñas que me fascinan: una masculina, poderosa y siniestra, que le representa a él; una femenina, osada y hermosa, a la que identifica conmigo; y el omnipresente ave Fénix, que se equipara a nuestra muerte y resurrección, un tormentoso sendero hasta alcanzar la luz.

Estatuas introducidas todas ellas como clave de un enigma que escribió de su puño y letra, proporcionando un nuevo punto de

partida. El corazón de nuestra ciudad como testigo único de la puesta en marcha del latir acompasado de dos corazones convulsos. Una rosa roja como guiño a la festividad de San Jorge, día de libros y de flores en el que tracé las primeras líneas de *Pecados...* Y un ejemplar del título que él debió escribir para mí y que, al no hacerlo, me empujó para siempre al abismo sin retorno de las letras y al dulce veneno de la literatura.

Sonríe con esa cara entre pícara y terriblemente atractiva que me derritió entonces y me derretirá siempre.

—Decidí traer el libro y la rosa para que me reconozcas sin titubeo alguno, por si la oscuridad de la medianoche te confunde.

—Rodrigo, te reconocería hasta en las profundidades del mismísimo averno...

—Me alegra comprobar que descifraste sin problemas mi pequeña travesura de los ángeles.

—Me sobreestimas, aunque eso me halaga. Me costó, y mucho, resolver tu enigma. Entre otras cosas que ya te contaré detenidamente, un viaje de ida y vuelta al Pacífico.

Ro me dedica una carcajada divertida ante mi revelación, toma mi mano derecha y la besa con dulzura, posando sus labios en cada uno de mis dedos.

—¡Pero si hasta pagué a unos chavales para que pintaran el Ángel Caído y así convertirlo en noticia!

Tú devoras los diarios, supuse que en cuanto leyese las palabras *Ángel* y *13 de noviembre* en un mismo titular resolverías al instante el acertijo.

—Estaba tan absorta (y empecinada) en tus letras que ya no daba para más, Rodrigo...

Soltamos otra carcajada, esta vez al unísono. Resulta ser el primer encuentro civilizado que mantenemos desde nuestro paso por la cuarta isla. La entrevista de *Vanity* fue una reunión profesional,

sin más; el palco de La Fenice, una velada marcada por la lengua bífida de una víbora; la *suite* Palladio, un instante indómito que traerá consecuencias que marcarán el futuro; y el episodio Hot simplemente se trató de uno de los arrebatos turbulentos de una de las identidades sediciosas de Jimena, de esa personalidad camaleónica que, obligatoriamente, yo misma he de desterrar al universo paralelo de los recuerdos pasados.

Miro hacia el libro sin poder

resistir la tentación de preguntárselo:

—¿Has leído mis cinco islas del pecado?

—No he tenido valor. Aún. Pero me encantaría que podamos leerlo juntos cuanto antes. Considero mucho más gratificante leer esta historia, escrita a dos voces narrativas, con la otra protagonista de la trama. Por cierto, enhorabuena por el éxito; me siento orgulloso de ti. De veras.

—Gracias, Rodrigo. —Me

ruborizan sus palabras. Estoy realmente desecha de ternura.

—Cambiate el título que habíamos previsto...

—Cuando lo publiqué estaba taaaaaan cabreada contigo... Desapareciste de la manera más cruel. Y decidí que habías demostrado, o eso creí yo en plena ofuscación femenina, no ser el caballero que yo había idealizado. Así que descarté al *gentleman* y me decanté por los pecadores.

—Acertaste de pleno. Este

título es más sugerente que el inicialmente acordado por ambos.

—¿Por qué no lo escribiste tú? Yo me decidí a hacerlo tras esperar durante mucho tiempo la llegada de esa novela a las estanterías de las librerías.

—Jimena, tú sabes esa respuesta tan bien como yo. Me machacaste, me humillaste, me destrozaste. Plasmar en casi trescientos folios cada momento de nuestra relación, de nuestra aventura, de nuestros excesos, de

nuestras ocurrencias, de nuestras vergüenzas habría significado una tortura diaria para mí. Un dolor insoportable. Nadie en su sano juicio se enfrenta voluntariamente cada mañana a un folio en blanco que le parte el alma. No podía arrancarme el corazón ni mis anhelos más profundos.

Hace una pausa. Me sonrío —y eso me tranquiliza— antes de proseguir con la confesión de amarguras del pasado.

—Además, la publicación de

esa novela te otorgaba un nuevo triunfo ante mí, por si no lo habías apreciado. Concederte el capricho prometido de una obra centrada en una gran mujer, escribir por y para ti. Rubricar ese libro también implicaba regalar al mundo, perpetuar para la posteridad, la personalidad de un ser humano completamente excepcional en su manera de vivir: tú. Y entonces no lo merecías...

—Lo entiendo, Rodrigo. Todavía no he hecho algo que hace

muuuucho debí llevar a cabo: pedirte perdón. No sabes cuánto siento haberme excedido, infligiéndote a conciencia un daño que no merecías. Ni te imaginas lo arrepentida que estoy de que nuestras islas se me fuesen de las manos de semejante manera y haber convertido lo que debió ser una fiesta, un romance imborrable, en un martirio. Porque no solo lo fue para ti. Durante largos meses tras nuestro paso por las islas yo no levanté cabeza. El calvario fue

mutuo, por si en algo te consuela saberlo.

—Estás más que perdonada. Por eso estamos aquí... El rencor y las ganas de venganza, al menos las mías, pasaron a mejor vida. Pero me ha costado la friolera de cinco añazos...

—A mí también me costó sangre, sudor y muchas lágrimas comprender cosas. Por soberbia, por cabezonería, por la maldita costumbre que tenemos las mujeres de evitar reconocer las evidencias

cuando sufrimos las heridas de un abandono inesperado. Y es que tu partida fue implacable.

—Cierto, pero no había otra manera de desengancharme de ti. Dejaste rotas todas y cada una de las más sensibles fibras de mi cuerpo, de mi mente, de mi corazón y de mi alma.

Me emociona escuchar de boca del incorregible, rudo y narciso Rodrigo unas confesiones tan sinceras y desgarradas. Palabras que jamás, jamás de los jamases,

hubiese soñado escuchar. El comprobar que mi Ro es capaz de adentrarse en la complejidad de los afectos más puros, de desnudar su vulnerabilidad sentimental, constituye la revelación definitiva de que la madurez emocional se ha asentado en su conciencia.

—No pude olvidarte, Jimena. Y mira que este viejo diablo sucumbió a todas las tentaciones de la carne, se sumergió en las entrañas de mil y una féminas y se dejó arrastrar por los vicios y las

perversiones más bestiales.

—Yo intenté borrarte de una manera más tradicional: tras los meses oscuros, sucedieron años en los que el género masculino me provocaba la mayor de las indiferencias, hasta que un hombre me interesó lo suficiente como para arriesgarme a probar las mieles de la rutina, de la tranquilidad, de lo previsible. No funcionó. Cualquier hombre al que compare contigo sale mal parado. Por muy especiales que supuestamente sean, me terminan

resultando mediocres, vulgares, previsibles. Y para uno que mereció la pena de veras, para uno al que llegué a querer, a admirar y hasta a idolatrar..., salió rana.

—Eres una mujer complicada, lo sabes, ¿verdad? Y excesivamente selectiva. Mi querida Jimena, usted no es un libro fácil de leer...

—Usted tampoco es el adalid de la mansedumbre precisamente, Ro.

—Muy cierto. Quizá por eso nos necesitamos tanto. Nos

complementamos y nos entendemos. Soy consciente de resultar insoportable para la gran mayoría, infinidad de veces me siento un incomprendido. También admito poseer un carácter rocambolesco.

—Sutil modo de reconocer una personalidad endemoniada... —
apunto con sarcasmo. Ambos volvemos a reír a carcajadas y nos agarramos de la cintura antes de fundirnos en un abrazo interminable.

—Nuestra historia está

inacabada, y a una relación tan extraordinaria como la nuestra hay que ponerle un final feliz, ¿no te parece?

—De hecho, quizá hayamos tardado demasiado en hacerlo...

—Creo que hemos actuado sabiamente, Jimena. Ha transcurrido el tiempo suficiente como para que se hayan diluido los momentos duros, calmado las iras, los recuerdos dolorosos, el dañino rencor, la semilla de una relación destructiva. Ahora solo apreciamos,

desde la juiciosa perspectiva que otorga el paso de los años, las experiencias extraordinarias, lo mejor de cada cual, de cómo nos elevamos hasta el infinito en mutua compañía, añorando volver a sentirlo y disfrutarlo. Ni un ápice de malaje anida en mi interior en lo referente a ti.

—Pues que sepa el caballero que la dama está deseando dar rienda suelta a tanto deseo, a tanta pasión y a tanto... amor como ella es capaz. —Por fin reconozco ante

Rodrigo cuánto le quiero, ¡aleluya!
— Y bien conoces por propia experiencia que eso es mucho.
¡Muchísimo!

—La dama debe conocer que, además de dar, va a recibir de su caballero todo lo mejor. Se acabó llorar ausencias. A tu recuerdo, mi amor ha sido fiel. Y a partir de ahora también lo será mi cuerpo. Si tú me aceptas...

Nos besamos. ¡Qué felicidad!
Un profundo beso de amor bajo la Victoria Alada, en el cruce de las

dos calles castizas por antonomasia, sin tormentas, tumultos ni pendencia. Al menos por esta noche.

—Jimena, quiero compartir contigo los próximos años. Quiero que seas mi mujer. Es decir, mi única mujer. Pero ¡no me pidas que me case contigo, por favor! Aunque lo haría si fuese importante para ti.

Esas eran exactamente las palabras que quería escuchar: sinceras, sensatas, reales. Puro Ro. ¿Acaso nos imaginan pasando por

un altar entre tules y tutús,
merengues y pétalos de rosa,
encajes y diamantes, damas de
honor y música de violines?

—Rodrigo... —respondo
solemne y emocionada—. Seré la
única mujer con la que desees estar
desde hoy hasta quién sabe cuándo,
que espero sean muchos muchos
años... Tú y solo tú serás mi
hombre. Eso sí, ¡tú en tu casa y yo
en la mía, con derecho mutuo y
permanente de pernada! Nada de
compartir frigorífico, armarios,

mando de la televisión o cuarto de baño.

—No puedo estar más de acuerdo. Ni yo mismo lo habría planteado mejor...

—Habrá que escribir la segunda parte de *Pecados*, ¿no? Porque hasta llegar al punto en el que estamos tú y yo ahora mismo ha transcurrido todo un novelón... — Le dedico una mirada de complicidad a Rodrigo mientras lanzo al aire esta posibilidad.

—¡Por supuesto, Jimena! Hay

trama, protagonistas, personajes secundarios masculinos y femeninos que enganchan, intriga... Por cierto, a Venezia ya la podemos considerar un personaje más, ¿verdad? También contamos con viajes a destinos remotos, escenarios lujosos, celos, lujuria, jugadas sucias, venganza, sentimientos, deslices, perdón, pasión, añoranza, sorpresas..., y con amor, mucho amor.

—¿La escribiremos juntos, a dos plumas?

—Es tu obra, Jimena. Tu creación. Tu éxito. Tú la volverás a narrar. Yo seré el autor secundario. Es decir, escribiré el punto de vista de Rodrigo en los momentos clave; también explicaré mis sensaciones, mis pensamientos, el porqué de mis actuaciones ante los hechos que van marcando el rumbo de nuestro camino hacia la quinta isla. Bueno, eso si la autora principal acepta mi humilde proposición...

—Mi nombre en una publicación junto a la de todo un

Nobel, ¡guaaaauuuu! —le respondo zalamera.

—Tu nombre junto al mío es una declaración de amor al mundo. Los galones a tu lado carecen de sentido. Eclipsas mi pasado. Para seguir escribiendo solo tengo que mirarte. Jimena, tú eres la mejor literatura que jamás se haya escrito.

¿Qué mujer no se derrite al escuchar palabras tan bellas? Rendida ante el caballero me hallo.

—¿Y dónde dices que hay que firmar?

—Aquí. —Rodrigo señala sus labios con el dedo índice.

Volvemos a besarnos como si no hubiese un mañana. ¿Se puede sentir plenitud mayor? ¡Y yo habiendo desperdiciado cinco largos años!, primero por inconsciente, segundo por inmadura, tercero por altiva, cuarto por soberbia, y quinto por no dar mi brazo a torcer. Hablando de cinco...

—Rodrigo, ¿y esa quinta isla pendiente?

—Tenemos por delante todas las islas del planeta que a ti te plazcan o se te antojen... Me dejaré arrastrar sin rechistar donde me lleves porque yo tengo cubierto mi cupo: TÚ ERES MI QUINTA ISLA.

¿No es para comérselo?
¿Pueden la madurez, las lecciones de la vida y hasta el dolor moldear tantísimo el, hasta entonces, carácter de un hombre indomable, de un ser endiosado, de un lobo solitario, de un déspota insoportable?

—Yo también tengo una quinta isla para ti, Rodrigo. Una no esperada, ni buscada, ni deseada, pero grandiosa e inconmensurable. —Tomo su mano y la dirijo con delicadeza hacia mi vientre, curvado, colmado, hinchado, repleto de vida—. Se trata de una isla redonda, compacta, perfecta, vigorosa, inquieta, enérgica, vital, rodeada de líquido, sana y creciendo; verá la luz dentro de cuatro meses. Fue engendrada en la *suite* Palladio del Cipriani, en la

conspiradora Venecia. Porque la ciudad de las máscaras se ha confabulado para imprimir su toque maestro a nuestra historia: la concepción del fruto de nuestro amor. Se llamará Clea y es tu hija. Nuestra hija.

PÉTALOS QUE LLEVAN MI NOMBRE

Ro toma mi mano y yo me dejo guiar. Sé hacia dónde nos dirigimos. Él vive en pleno corazón de Madrid —en el impresionante ático de un edificio señorial construido en la primera década del siglo XX—, a apenas diez minutos caminando desde el punto en el que nos encontramos: la morada de

nuestra guardiana alada de la Gran Vía, la isla aérea que gobierna nuestro ángel que ya sí lo será de aquí a la eternidad.

Agarra delicadamente mi cintura y recuesto mi cabeza sobre su pecho. Avanzamos muy despacio, abrazados, casi deslizándonos sobre el suelo, y nos encontramos tan tan apretados que puedo escuchar sus latidos. Eso me calma: me siento protegida, mimada, adorada. ¿El reposo de la guerrera después de tanta batalla

sin tregua? Tiene toda la pinta...

—Sabría que resolverías el enigma y que vendrías aquí esta noche —me confiesa Ro con ojitos de cordero degollado cuando estamos frente al umbral del portón de su hogar—. Así que me permití la licencia de idear una escenografía a la altura de las circunstancias. Una simbiosis de los destinos que ya plasmé sobre el papel para algunos de mis heroicos personajes de ficción junto con retazos inolvidables de nuestro

caótico pasado.

Al abrir la puerta, un intenso aroma me envuelve, y descubro asombrada docenas de destellos luminosos brillando en la oscuridad.

—Son farolillos cuyo interior alberga velas con fragancia de violeta, una de tus preferidas —me aclara.

Las palabras sobran cuando un buen beso —el mejor beso— puede hablar por ti. Mordisqueo primero, rozo sus labios después,

recreándome en la textura húmeda de su lengua mientras una sensación tan explosiva como inexplicable me invade —debe ser felicidad sublime, supongo—. Uno de esos instantes efímeros que valen por toda una vida.

Entonces él me sorprende aún más. Parece ser que esto no ha hecho más que comenzar. En un movimiento rápido e inesperado, pasa su brazo izquierdo por mi espalda, el derecho bajo las rodillas y me eleva a un metro

sobre el suelo.

—¿No pensarías que ibas a traspasar el umbral a pie, verdad? Un caballero de leyenda solo permite a su dama cruzar esta puerta en sus brazos. Más aún si ambos están comenzando a disfrutar de su merecida quinta isla tras un camino largo, tortuoso, casi épico...

Acaricio la pequeña curva de mi vientre, mientras reflexiono en voz alta sin dejar pasar un cierto toque de ironía:

—¡Ay, Clea!, que tu padre se nos está revelando como un romántico de manual. ¿Derrotada la maquiavélica bestia renace una adorable criatura? Vaya, vaya, vaya, interesante...

Cuando cruzamos el umbral, lo que descubro me emociona y remueve por dentro —debo confesar que, desde que Clea crece dentro de mí, la sensibilidad se me está disparando hasta límites que no sabía ni que existían—. El paradigmático de Ro se ha currado

este capítulo de nuestra historia como si de una de sus obras maestras literarias se tratase. Cientos de pétalos de rosas blancas cubren el suelo de mármol, pero eso no es todo. ¡Faltaría más tratándose del genio!

—Son pétalos que llevan tu nombre tatuado —me desvela con orgullo.

Se agacha, toma unos cuantos entre sus manos y los deposita sobre las mías. Con una aguja muy fina ha escrito sobre cada pétalo las

letras que conforman *Jimena*. Esto es demasiado. Las lágrimas y yo somos incompatibles, pero puede que mis pupilas se estén ahogando... En este precioso instante lo que me siento es idolatrada.

—¡Guaaauuu! —exclamo asombrada y agradecida—. ¿Va a ser siempre así a partir de ahora, Rodrigo?

—No te vengas arriba, Jimena, que nos conocemos. —Me guiña un ojo con picardía—. ¿Crees, acaso,

que el desenlace de la quinta isla no merece una ambientación apoteósica, repleta de simbología, como el resto de nuestro romance? Pero te advierto que la interpretación de esta escena es responsabilidad de los protagonistas. Y el futuro, nuestro...

Me agarra de la mano para guiarme hacia su enorme dormitorio de cincuenta metros cuadrados. Reparo en las llamas chispeantes de la chimenea iluminando la estancia

—como en Menorca—. Sobre una impecable mesa de diseño, ubicada junto a la cristalera que da acceso a la terraza, hay dispuestas dos magníficas piezas de langosta perfectamente troceadas —como en Sainte-Marie— sobre bandejas de plata antigua, una bombonera de cristal tallado repleto de mi dulce favorito, el *baklaba* griego chorreante de almíbar —como en Lesbos—, y una cubitera llena de cubitos de hielo sobre los que se balancea mi *rosé* predilecto —

como en Venezia.

De fondo, se van sucediendo las melodías que han estado presentes en cada uno de los acontecimientos clave de nuestro extravagante y convulso pasado: *Clocks* de ColdPlay, la *Serenata para cuerda* de Dvorak, *África* de Toto, la *Barcarola* de Offenbach, los acordes de *Don Giovanni*, *99 red balloons* de Nena, el *Claro de luna* de Beethoven... Estamos escuchando nuestra banda sonora.

Puedo apreciar en cada detalle

la maestría del Premio Nobel: la recreación del ambiente es cinematográfica. Ha sabido plasmar la esencia de la sensualidad desde los cinco sentidos: gusto, oído, vista, olfato... El tacto es cosa nuestra. La interpretación instantánea de nuestro *sexy* cruce de miradas no deja lugar a dudas. Me reclina amorosamente sobre la cama para que dé comienzo la danza de los amantes.

Nos desnudamos con pausa, sin dejar de mirarnos a los ojos hasta

finalizar el ritual que culmina permaneciendo frente a frente, piel con piel. Y entonces jugamos a encontrarnos. Desliza la palma de su mano sobre mi mejilla a la par que yo ladeo el rostro para facilitar sus caricias. Acerca su cara para besar el lóbulo de mi oreja, cuello, nuca, párpados, nariz, labios, dedos, mientras saca una larguísima y suave pluma blanca de debajo de una impoluta almohada vestida con algodón egipcio. Acaricia con ella mis hombros, brazos, pecho,

pezones, estómago —se esmera alrededor de mi ombligo, lugar donde la presencia de Clea se hace más visible—. Tras besar esa parte de mi anatomía —algo prominente aunque no excesiva, al menos de momento—, prosigue deslizando la pluma a lo largo de mis piernas, entre el interior de los muslos, en la línea alba, sobre el monte de Venus, subiendo, bajando...

Escalofríos, sacudidas de calor y un cosquilleo efervescente se adueñan de mí cuando Ro

simultanea el vaivén de la sedosa pluma a lo largo de todos los rincones de mi cuerpo y los lametones rítmicos de su lengua alrededor de mi pubis. Estoy completamente excitada, aunque siento que algo ha cambiado respecto a los polvos tumultuosos de las islas de los excesos, respecto a las antaño veladas compartidas como amantes pendencieros: ahora mi corazón va por delante; él es el que marca el ritmo y el resto de los sentidos le siguen.

Me incorporo muy despacio, sentándome sobre el sexo de Rodrigo, quien permanece tumbado sin dejar de mirarme a los ojos mientras me muevo para incrementar la intensidad del roce de su pene contra mi clítoris. Sus manos se deslizan una y otra vez sobre mi torso desnudo hasta que las posa sobre mi pecho, dibujando círculos y el símbolo de infinito con sus yemas durante largo rato. A continuación, nuestros dedos se entrelazan con una fuerza que corta

la circulación mientras él me penetra a cámara lenta, fusionando pasión y ternura. Siento su virilidad eclosionar dentro de mis entrañas, lugar del que nunca debió haber partido. Presiono con mis paredes internas ese miembro adictivo, el culpable de dirigirme —desde la primera vez— hacia el éxtasis, la demencia, la perversión y la gloria a partes iguales.

—Después de todo, va a resultar que el amor no es *Pecado* ni los amantes, pecadores —me

susurra Rodrigo al oído, mientras juguetea con un par de mechones de mi pelo y permanece dentro de mí.

Gozamos toda la noche. Rememoro a Benedetti —«¡Qué buen insomnio si me desvelo sobre tu cuerpo!»—. Recibimos enredados el nuevo día, una nueva vida. Presenciamos absortos el alba en la que acabamos de matar a la dama y al caballero para que Jimena y Rodrigo ocupen su lugar. Preámbulo de otra alborada mágica: el amanecer en el que Clea

verá la luz.

EPÍLOGO

CARTAS A CLEA

**CUANDO LA VIDA ES
MÁS FASCINANTE QUE
LA MÁS ÉPICA
LITERATURA**

Y la más inverosímil de las
aventuras...

*Todo lo que una persona
puede imaginar, otras podrán
hacerlo realidad.*

(Julio Verne)

Cuando tuve la certeza —¡y me costó más de medio siglo!— de que mujeres de la talla de Jimena solo se cruzan una vez en tu camino —si es que eso llega a ocurrir, que no todo ilustre varón cuenta con la fortuna de tropezar con semejante bendición—, y que por muy tortuoso que este sendero haya sido constituiría una estupidez supina no volver a tenerla entre mis brazos, me autoimpuse la conquista de la quinta isla.

En los lances del amor verdadero, los sentimientos profundos y los deseos eternos, las historias interrumpidas bruscamente, las relaciones inacabadas, pasan factura en el ocaso de la vida.

Quería evitar a toda costa que un hombre como yo, alguien que ha sabido apurar los placeres terrenales hasta límites más allá de lo recomendable, que tiene por bandera la máxima de «es mejor arrepentirse que quedarse con las

ganas», sufriese en sus propias carnes, cuando la muerte aceche, el dolor agudo que implica el remordimiento continuo de «lo que pudo haber sido y no fue, por mi culpa, solo por mi culpa y por mi grandísima culpa».

Cierto es que el tiempo cura heridas y el paso de los meses borró de un plumazo todos los sinsabores, el libertinaje y alguna que otra barbaridad que Jimena jamás debió cometer. Una vez, pues, superadas rencillas y

rencores, enterradas las pretensiones de venganza —la sobrevalorada *vendetta* siempre es estéril, nada mejor que la indiferencia para mortificar—, sentía la obligación conmigo mismo de concederme una nueva oportunidad con la dama. Nada teníamos que perder y todo estaba por ganar.

Tras unos inicios repletos de titubeos y malas sensaciones —el violento reencuentro en Venezia o la cita en el prostíbulo no

estuvieron a la altura de lo que de un caballero se espera, pero uno también tiene su amor propio y debía devolver el golpe antes de ofrecer la gloria—, me volqué en intentar un nuevo comienzo a la altura de las precedentes, de nuestras islas y de las peculiares personalidades y excentricidades de la dama y el caballero, es decir, de Jimena y de mí mismo.

Me esmeré en conseguir una escenografía adecuada y, tras mucho exprimir el intelecto, concluí

que nada mejor que una mitológica adivinanza para guiar a mi dama a la quinta isla prometida por mi parte, juramento aún no cumplido. Deduje que para el reinicio de una relación que debía alejarse del tormento, la pelea, el reto, la extravagancia y el desorden, esperanzado con una segunda parte más personal, íntima y —por qué no reconocerlo— sentimental, nada mejor que citarla en el epicentro del espacio donde transcurren nuestras vidas.

Enigma breve, pero pleno. Quise plasmar lo masculino y lo femenino, haciendo referencia a nosotros mismos: hombre y mujer, Jimena y Rodrigo; representé ambos géneros en dos esculturas emblemáticas sabiendo de su particular fascinación por las figuras esculpidas en piedra, a la par que rememoraba nuestro paso por las islas, pues en el viaje de regreso de Lesbos, toda nuestra conversación giró en torno a estatuas míticas.

La cité bajo los pies de la Victoria Alada —que no deja de ser una isla pétrea suspendida en los cielos de Madrid— para hacerle saber que ella es mi quinta isla: donde esté Jimena, allí se hallará mi destino, mi felicidad, mi plenitud.

Todos los avatares de este nuevo punto de partida, mimados al detalle para agradar a la dama.

Pero ella es Jimena y, cómo no, tenía que apropiarse también de este momento. ¡Y de qué manera!

Anunciando ni más ni menos que mi paternidad.

Con el corazón en la mano: jamás deseé ser padre, nunca tuve esa necesidad vital que tarde o temprano acaba aflorando en la naturaleza humana. Menos aún a mi edad. Para mí estaba por completo descartada la crianza de vástagos: esa posibilidad, simplemente, constituía algo descabellado.

Ni siquiera sé qué hacer con una criatura en brazos. Me desorienta, me descompone, me

aturde. No hablemos ya de convivir con ella y mantener bajo mi tutela y responsabilidad el bienestar y la educación de un cachorro humano.

Tales planteamientos vitales estaban desarraigados en mí hasta un segundo antes de conocer la impactante noticia. Hete aquí que tras el sorpresón y el desconcierto inicial, ando tan ilusionado, tan embobado, que hasta me doy asco.

Desde el instante en que Jimena acercó mi mano a su vientre y sentí en mi propia palma a la niña que

ambos habíamos creado, a la hija que viene en camino, nació instintivamente un sentimiento nuevo para mí, pero inconmensurable, indescriptible: la dicha de ser padre.

Una de las mejores cosas de la vida son las sorpresas. Lo planificado nunca cumple las expectativas.

Jimena (Pecados que cometimos en cinco islas)

Clea. Nombre breve, rotundo, arrollador y peculiar. Me gusta. Siendo hija de su madre, habiendo sido concebida entre las brumas de la laguna durante una tumultuosa noche de granizo, relámpagos y truenos, a las cinco de la madrugada del quinto año, camino hacia la quinta isla, no podrá ser sino una mujer de raza. Una GRAN mujer.

Solo me arrepiento de no haber conocido antes a Jimena; de no haber engendrado previamente a

Clea para disfrutar durante más años de esta gracia y de esta satisfacción antaño desconocida.

Su madre y yo —volcados ambos con el nacimiento de esta niña, ¡quién nos lo iba a decir!— ya hemos decidido cuál será el primer regalo para nuestra hija: dos cartas de amor. De una madre a una hija, de un padre a una hija, a corazón abierto, mostrando sin cortapisas nuestra particular forma de vivir el paso por este mundo, escritas de nuestro puño y letra. Epístolas que

pueda conservar hasta el fin de sus días y releer cuando nosotros ya no estemos.

La de Jimena se basa en la libertad y en la importancia de ser uno mismo; la mía está focalizada en los valores, en qué creer, en lo que de verdad importa.

*El más noble de los hombres
tiene una mente amplia y sin
prejuicios.*

(Confucio)

Mi amada Clea:

*Existen muy diversas formas de
amar, de relacionarse, de actuar,*

de entender y vivir la vida, tantas como personas y personalidades: lo más común es lo generalmente aceptado, pero no tiene por qué ser lo mejor. Lo que es bueno para unos puede ser nefasto para los demás, o viceversa, y el respeto hacia las pautas que siguen las personas en el ámbito más íntimo de sus vidas debe ser sagrado, prevaleciendo la máxima de evitar el daño —propio o ajeno.

Aunque somos responsables de las decisiones que tomamos y

jamás hay que evadirse de las responsabilidades que conllevan, las causas que rodean dichas resoluciones, a menudo, escapan de nuestras manos. Lo desconocido provoca temor, motivo por el que en más ocasiones de las recomendables se machaca, se critica o se juzga implacablemente lo que no se comprende. Habría que eludir el dejarse intimidar por las leyes morales mundialmente aceptadas —muchas veces por comodidad, y

otras tantas por hipocresía—, potenciando el derecho de las personas a escoger. Si seguimos ese mismo criterio para nuestra propia vida, posiblemente alcancemos algo parecido a la felicidad.

Las valoraciones injustificadas, las ideas preconcebidas, los juicios paralelos, las tradiciones obsoletas, los pareceres inflexibles —impuestos por el entorno— suelen impedir el desarrollo pleno

de muchos hombres y mujeres. La mayoría actúa como se supone que debe hacerlo, como les han dicho, como está escrito en las normas. Condicionarse a las reglas encasilla, recorta, restringe, crea adicción: en definitiva, coarta la libertad. Puede que sean socialmente impecables, que hayan actuado como de ellos se esperaba, pero llegará un momento en sus vidas — seguramente cuando sea demasiado tarde para retroceder o

rectificar— en el que se sentirán frustrados por haber reprimido sus verdaderos deseos, por no seguir el camino que les dictaba su corazón, sino el que les venía marcado.

El mundo está lleno de almas atormentadas por no haberse realizado, por su incapacidad para llevar a la práctica los mayores anhelos, por haber impedido el desarrollo de su verdadero espíritu a causa de temores infundados. Amoldarse a

educaciones tajantes y restrictivas termina atiborrando el planeta de clones aburridos y conformistas, cortados por el mismo patrón en vez de potenciar las infinitas posibilidades de la individualidad humana.

Tu padre y yo hemos vivido la vida en general, y nuestra historia en particular, con toda la libertad y la osadía de la que fuimos capaces. Esa manera de transgredir, de ponernos el mundo por montera y de seguir el dictado

de nuestros deseos, de nuestro corazón, de nuestra percepción de la vida, de las relaciones, de nosotros mismos, ha culminado en una trayectoria dichosa. Y hemos sido tan plenos y tan felices que hasta da miedo exponerlo por temor a que se esfume.

Clea, no te incito a desatarte sin control, pero sí a que te atrevas a ser tú misma, a que demuestres tus sentimientos por muy diferenciados o excéntricos que puedan parecer, a saltarte las

normas que detestas o que simplemente no comprendes, a dejarte llevar por la intuición, a dejar fluir la espontaneidad, a desafiar las costumbres sociales que no tienen razón de ser, a reír o llorar cuando tengas ganas, a valorar a las personas por lo que son, a saborear los éxitos que te costó conseguir, a amar profunda, intensa y apasionadamente para alcanzar, si no la utópica felicidad —gran parte de ella proviene de la satisfacción personal y del

equilibrio con uno mismo—, sí al menos para impulsar existencias colmadas de alegría. Las más grandes vivencias son las que acarrean mayores riesgos, y cuando intuyas que algo va a ser hermoso, que un sentimiento es verdadero, no lo abandones: atrápalo y déjate llevar. La valentía de transgredir, a priori arriesgada, suele culminar en la ansiada plenitud.

Hay que creer —y confiar— en uno mismo sin dejarse intimidar

por prejuicios ajenos. Cada cual es dueño de sus aciertos y de sus errores: defiende su derecho a elegir.

«No hay leyes, ni tradiciones ni reglas que se puedan aplicar universalmente, incluyendo esta.»

Jimena, tu madre.

* * * *

Querida hija:

Te escribo unas breves letras

que espero te resulten de utilidad en momentos de dudas existenciales, que los tendrás. Quizá cuando surjan yo ya no esté a tu lado, pero estas líneas pueden acompañarte por siempre. Para otro tipo de titubeos, seguro que encontrarás voluntarios dispuestos a colaborar con criterios dispares, acertados o no.

Con la experiencia que proporciona una trayectoria vital intensa y la sabiduría propia de la madurez, intentaré resolver un

eterno dilema que te asaltará en horas difíciles, las marcadas por la indecisión: ¿en qué puedes creer? Si te llegas a plantear esta pregunta es porque careces de la respuesta. No hay que buscar en religiones ancestrales, ni en filosofías candentes, ni en gurús mediáticos, ni en corrientes ideológicas actuales... Ni siquiera enfrentar el binomio razón versus emociones que alcanzará el equilibrio y fluirá con naturalidad tan solo adentrándose en uno

mismo con el único requisito de la sinceridad. Pero antes de alcanzar la clave, de ahondar en el fondo de la cuestión y de pelear con la voz de la conciencia, para a reflexionar sobre si lo que piensas es lo que crees, si lo que quieres creer no es lo que sientes, sino lo que te conviene, o si lo que acabas creyendo es lo que los demás esperan que creas y pienses.

Solamente cuando cada cual es capaz de despojarse de lo superfluo, del entorno, de los

dimes y diretes, avanzará en la búsqueda de sus credos, que posiblemente difieran de los dogmas ajenos, e incluso de las convicciones mayoritarias: la libertad del individuo es sagrada, al igual que lo es el respeto eterno hacia las creencias que no convergen con las tuyas, porque la necesidad de creer se equipara a la libertad para creer. Y debes adoptar una certeza capital: hay que creer en uno mismo. Serás aquello en lo que creas.

Cuando el tiempo se agota y cada segundo cuenta, cuando una prórroga es utópica aun suplicando por ella, por primera vez, mi doctrina vital se torna cristalina: creo en los momentos, creo en la vida. El verdadero triunfo no es el social, el laboral, el mediático, sino el éxito personal. Y te lo digo yo, que pasé cinco largas décadas con el único objetivo de ser el mejor, el más grande de la literatura, y a quien su máxima satisfacción no se la ha

proporcionado el ansiado y conseguido Premio Nobel —ni más ni menos—, sino la personalidad arrolladora de tu madre, su capacidad para desafiarme, su vitalidad infinita y tu nacimiento.

La confianza es la llave para la conquista del futuro: el éxito está vinculado al compromiso de superación, a la fidelidad personal. Hebbel sostenía que creer posible algo es hacerlo cierto. Por desgracia, no es tan sencillo: para hacer realidad los

sueños hay que perseverar, levantarse fortalecido —no importan las veces después de otras tantas caídas—, mantener una lealtad inquebrantable a las convicciones propias y conservar la rebeldía de querer cambiar las cosas.

Jamás renuncies. Y es que «algunos abandonan con un suspiro de resignación. Otros luchan un poco y luego pierden las esperanzas. Otros nunca se rinden. No se trata de coraje. Tal vez se

deba a la sandez de ansiar la vida». Palabras de Yann Martel que podrían haber sido mías, porque tan rotunda afirmación — la sandez de ansiar la vida— acapara la filosofía de mi madurez, la teoría demostrada que pretendo transmitir para facilitarte un salvoconducto rápido hacia la felicidad o, al menos, hacia una existencia plácida. Puede que parezca presuntuoso por mi parte, pero me guío por el corazón.

Algunos me reprocharán que el anteponerse uno mismo a todo lo demás es un comportamiento egoísta. Confía si te aseguro que sobre el individualismo contemporáneo priman la hipocresía y la doble moral. En los últimos años de una vida que se acerca a su ocaso, lo que provoca es emparte de una franqueza pura. Estoy orgulloso de haber actuado durante todo este tiempo imponiendo mis valores, mi modo de vida, por encima de lo que la

mayoría aceptaba como válido por comodidad, por complacencia, por rutina, por conformismo. Lucha por alcanzar la felicidad tal como tú la concibes. Además, ¿cómo hacer dichosas a las personas que queremos sin poseer plenitud personal?

Clea, cree en el presente, en lo que está por venir, en el pensamiento osado, en la amplitud de miras, en la infinita capacidad del ser humano y reivindica como prioritario el mayor de los

tesoros: la libertad.

Rodrigo, tu padre.

Los viajes de Jimena

Carmela Díaz Fernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito

contra la propiedad intelectual (Art. 270
y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento
de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través
de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93
272 04 47

© Carmela Díaz Fernández, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034

Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico
(epub): junio de 2014

ISBN: 978-84-08-12902-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor
Igual, S. L.,
www.victorigual.com